

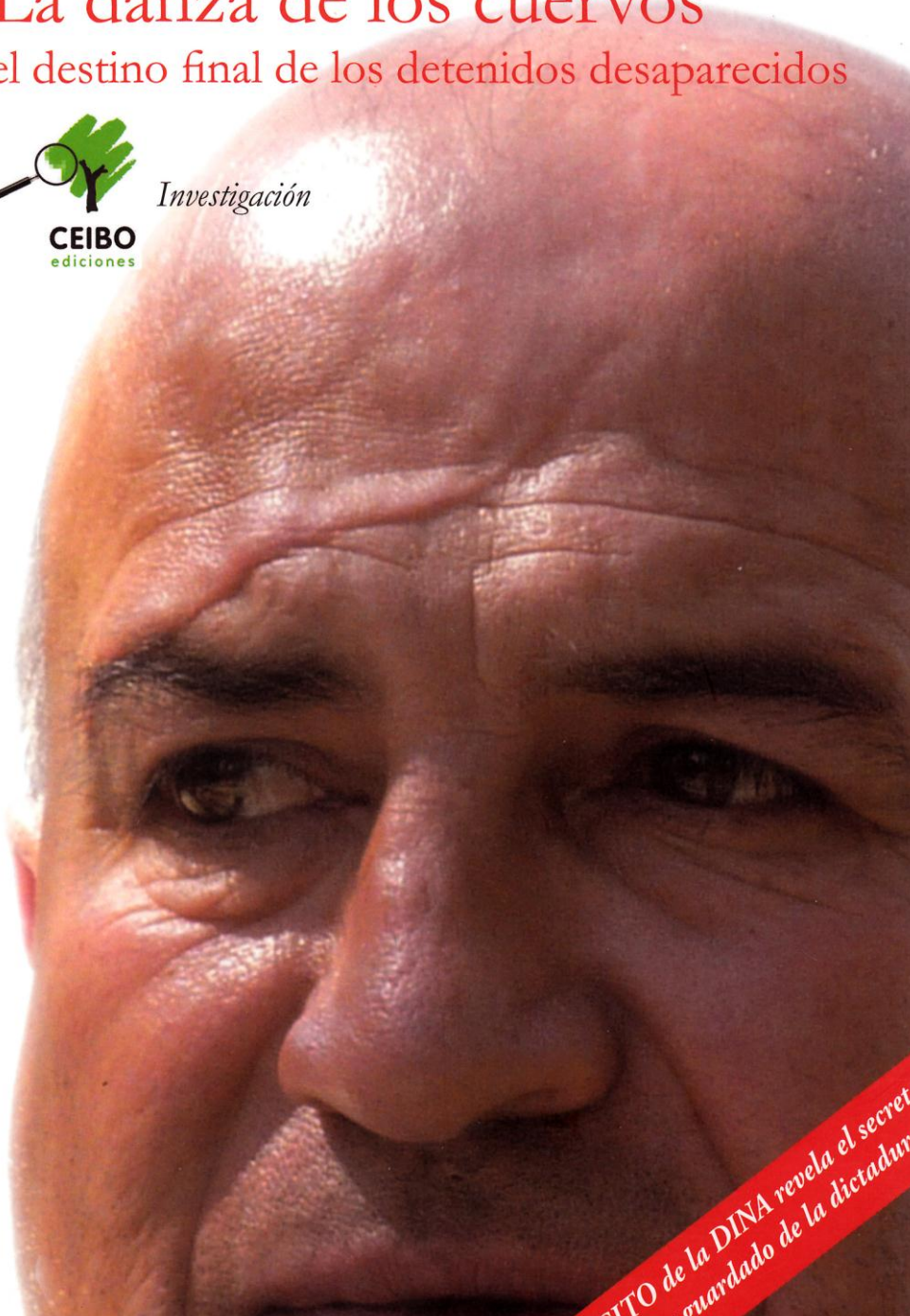
Javier Rebolledo

La danza de los cuervos

el destino final de los detenidos desaparecidos



Investigación



**EL MOCITO de la DINA revela el secreto
mejor guardado de la dictadura**

©Javier Rebolledo
Ceibo Ediciones
Teléfono: (02) 285 1475
www.ceiboproducciones.cl

Fotografía Portada:
de *Jorgelino Vergara Bravo* por Javier Rebolledo.

Diseño y diagramación: Eugenia Prado B.
Corrección de estilo: Antonio Leiva y María Inés Taulis
Edición: Dauno Tótoro

2012, Santiago – Chile
I.S.B.N.: 978-956-9071-15-7

Impreso por Alfabetas Artes Gráficas.

La danza de los cuervos
el destino final de los detenidos desaparecidos

Javier Rebolledo



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2012

Índice

Prólogo. Entre el afecto y el espanto	9
1 La revancha del mocito	17
2 Fotografías del pasado	27
3 El nido	51
4 El vuelo	55
5 Conociendo a los cuervos	59
6 Pasta de agente	67
7 Integrando la bandada	73
8 Emigrando al mar	81
9 Cuervos, halcones y águilas	87
10 Pájaros locos	95
11 Abandonando el segundo nido	101
12 Alejandro Dal Pozzo Ferretti	105
13 Los colegas	111
Lista de agentes del cuartel Simón Bolívar al año 1976:	116
14 El “Doctor Tormento”	119
15 Las aves de presa	127
16 El bautizo del pajarito nuevo	135
17 Alguien tiene que ponerse	139
18 La pajarita del almacén	147
19 Buitres	151
20 Oscuro plumaje	165
21 Las Dinaolimpiadas	175
22 La aplanadora	181
23 Aroma de mujer	189
24 La limpieza mecánica	195
25 La espiral	207
26 La presa mayor	215
27 Pidiendo huevadas	229
28 Prácticas de vuelo	237
29 La larga garra de Contreras	243
30 La desmemoria	259

Agradecimientos

*A mis padres, Patricio y Ana Luisa
por escuchar y darme consejos.*

*A mis hermanos,
Diego, Tomás y Pamela.*

*A Marcela Said y Jean de Certeau
por alentarme a escribir estas páginas.*

*A Pablo Azócar por sus consejos
al momento de escoger con quién publicarlo.*

A Nancy Guzmán por su ayuda profesional y humana.

A Jorge "Gato" Escalante por estar siempre presente.

*A Juan Andrés Guzmán por enseñarme a investigar,
lo que me facilitó este trabajo.*

*A Carmen Gloria Díaz,
quien encarna en gran medida el corazón de este libro.*

Y a todos mis amigos y amigas que dejo fuera.

Prólogo

Entre el afecto y el espanto

Es extraño que El Mocito no terminara suicidado. Raro que hasta hoy no cayera abatido por las balas de viejos camaradas de la DINA o la CNI, por *traidor*. Jorgelino Vergara es un hombre que desde niño aprendió a sobrevivir. Su examen de grado lo rindió entre el olor de la carne quemada en el cuartel Simón Bolívar, y los aullidos en la tortura. Lo aprobó con nota sobresaliente. Cargando muertos al hombro. O envolviéndolos para el viaje final al fondo del mar.

Este libro es su historia. Una gran historia. Contada de manera reluciente por el autor. Una historia que atrapa en el espanto. Retrata lobos sedientos de sangre. Salda cuentas con el olvido. Ataca de manera mortal a la indiferencia. Sobrecoge en el calvario de las víctimas. Descarnada. Violenta. Familiar. La historia de un hombre que en su adolescencia recién conoció la ternura, en casa de un criminal. Lo más parecido a un hogar. Entre fusiles y buena mesa. Recibió emocionado su primer regalo de navidad. Primeros zapatos nuevos. Juró lealtad y silencio al escalón más despiadado de lo humano.

Servicial en casa de Manuel Contreras. Atento a cumplir sus deseos y los de su familia. Descubriendo con 16 años lo que en 1974 muy pocos conocían en Chile. Con sigilosa curiosidad. Memoria sobresaliente. Voluntad incondicional para agradecer a sus amos. Sed de aprender. Piedra callejera pulida hasta convertirse en diamante. Corazón abierto al cariño. Inteligencia aguda. Orgullosa en la DINA. Sentirse uno de ellos. Cargando un arma. Entre el compañerismo y la bestialidad. Sirviendo café y galletas en medio del tormento. Limpiando la sangre de los destrozados a punta de corvo. Águila vigilante. Olfato de oso. Adivinador de la muerte. Sobreviviente en el infierno. Esclavo de rostros desfigurados que asaltan la memoria. Administrador brillante de su conciencia. Todo ello es Jorgelino Vergara Bravo, El Mocito del horror.

Nunca antes un ex agente relató tan detalladamente la crueldad recogida en esta obra. El cuartel Simón Bolívar donde anclaron la Brigada Lautaro, su brigada, y el Grupo Delfín fue el único lugar de donde nadie salió vivo. El Mocito fue testigo dorado. Según él, jamás torturó ni mató un prisionero. Según él. En este libro así lo sostiene. Es el hombre que en 2007 abrió la llave de la verdad. Por sus relatos judiciales cayeron más de sesenta ex agentes jamás conocidos ni mencionados en proceso alguno. Por ello es extraño que aún esté vivo. Aunque siempre está atento a cualquier movimiento. Cambio abrupto de recorrido para chequear un eventual seguimiento. Si es observado. Espiado. Enfocado. Apuntado. No vive en paz. Y pocas veces piensa en Dios. *Dios no estuvo ahí*. En aquel lugar donde desfiguraron rostros con fuego. Quemaron huellas dactilares. Extrajeron con violencia a punta de alicate y cortapluma el oro de las dentaduras. Esta es la primera vez que El Mocito cuenta toda esa miseria humana. Ni siquiera en sus declaraciones judiciales relató tanto. ¿Cuenta todo?

¿Qué es Jorgelino Vergara? ¿Asesino? ¿Cómplice? ¿Encubridor? ¿Víctima inocente? ¿Buscador de cariño en la hoguera? ¿El mal en persona? ¿Corazón de fierro enmohecido? El Mocito es un personaje complejo. Un niño que quiso ser agente. Porque le gustaban las armas. La defensa personal. Buena figura musculosa. Ser admirado. Hambriento de ser alguien en la vida. De casualidad en las garras malditas. Oportunidad de quebrar la pobreza. Ignorante extremo. Abandonado de afecto. Pero aprendió a relacionarse con el crimen. Lo aceptó. Lo facilitó. Colaborador del terror. Minúsculo engranaje del exterminio. Amparado del poder. Si no mató ni torturó de propia mano, como afirma y recontra afirma, al menos cómplice de los crímenes más espantosos de toda la historia del terrorismo de Estado. La Brigada Lautaro y el Grupo Delfín, fueron los agentes más siniestros de toda la DINA. Jorgelino Vergara fue una pequeña pieza del secreto mejor guardado de la tiranía por 34 años. Sin la existencia de este tornillo, tal vez hasta hoy aquel secreto permanecería oculto. ¿Cómo pudo guardarse por tanto tiempo el misterio del destino final de las direcciones clandestinas del Partido Comunista? Existiendo tantos que lo conocían. Presencia perfecta del miedo a morir. Porque difícilmente aquel silencio lo motivó la lealtad a principios. ¿Qué principios?

De aquel pobre huérfano a tan temprana edad, prácticamente no quedó nada. Todo fue absorbido por sus feroces deseos de ser alguien respetado. En aquel tiempo, portar un arma inspiraba respeto. La pertenencia a la cofradía de la *lesa humanidad*. Sentía que crecía en años. En responsabilidades. Servicial a cualquier capricho. Con el paño blanco de Mocito sobre el brazo extendido. Humita negra. Chaquetilla blanca impecable. Fue el primer peldaño de su orgullo en casa del jefe de la DINA. Recepción de *importantes* personajes. Ropa nueva. Fragancia a limpio. Desconocido olor de lo nuevo.

¿Cómo no ansiar ese espacio como suyo? Si hasta conoció el abrazo y las lágrimas de la *tía Mariuja*, esposa de Contreras. En aquel tiempo, segundo hombre más poderoso de Chile. La *tía Mariuja* le pedía perdón por gritonearlo. Y él emocionado lagrimeando también en ese abrazo. Escena de comedia real. Si nunca nadie le había pedido perdón. Y lo hacía esa mujer. Simbolizaba a su madre.

Este libro es el lado opuesto al documental filmado sobre la vida de Jorgelino, El Mocito. En aquel hay cápsulas de vida actual. Recuerdos. Fantasma del pasado. Campo tranquilo. Ruido de pájaros maravillosos. Música que estimula el pensamiento. Bálsamos suavizantes del pavor. Donde cabe preguntarse ¿es esta una víctima de la carroña humana? Por el contrario, en el libro la violencia es el corazón del relato. Estremecedor. Duro. Lija que raspa el alma. Una obra en la que a veces hay que detenerse un instante para asimilar el pánico. Preguntarse, ¿es esto obra de humanos? Pero el autor también nos introduce en esferas de afectos. Cariños de su vida. El ser nunca es solo maldad. El torturador vuelve a su familia. Acaricia a sus hijos. Quizás va a misa y comulga. Seguramente no confiesa el lado miserable de su existencia. Y al día siguiente retorna a su otra vida. Desdoblada en la brutalidad. La inclemencia.

De su vida *dorada* en la DINA, Jorgelino ingresó a una nueva experiencia en la CNI. No se apartó de los suyos así como así. El *Mamo*, su organización, cayeron en desgracia después del asesinato de Orlando Letelier en Washington. En la CNI ya no están sus *padrinos*. Contreras. Juan Morales Salgado, jefe de la Brigada Lautaro. Tampoco un grupo de agentes a quienes, entre rugidos de prisioneros en la tortura y gritos de clemencia rogando un disparo para poner fin al sufrimiento, empezó a sentirlos sus amigos. Ahora se siente solo. Y percibe que le empiezan a faltar el respeto. Por su condición de Mocito. Aunque un Mocito más fogueado. Endurecido.

Que jamás mostró debilidad. Sus tareas son ahora diferentes. Sirve café y tostadas. Pero también espía. Sigue *enemigos*. Estafeta. Hurguea documentos inculpadores. El ambiente es otro. Ya no hay afectos. Le faltan el respeto ganado en casa de Contreras y en Simón Bolívar. Respeto que siempre anheló. Cumpliendo con esmero. Con agrado hasta en las labores más indignas. Le resulta intolerable.

Es la nueva etapa del mal. Comprendió que querían deshacerse de él. ¿Cómo? ¿Corriendo la misma suerte del agente de la DINA Manuel Leyton? Envenenado con gas sarín por traición. Podía ser. Nada era imposible. Lo aprendió a la perfección. Recurrieron a la siquiatria. Obligado a someterse a sesiones con un siquiatra. La esperanza que lo declararan demente. El siquiatra resolvió: un *inadaptado*. *Conflictivo*. Entonces lo echaron. Sin un peso en los bolsillos. ¿Pago a sus servicios? ¿A su esmero? Indiferencia. Abandono. El mundo derrumbado. El hambre. La miseria. Alcohol para el olvido. Hasta que un día de 2007, integrantes de la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones, dieron con su paradero cerca de Curicó. Se decidió a romper el juramento. El secreto mejor guardado de la dictadura. 34 años. Lautaro. Simón Bolívar. Delfín. Destino final de los dirigentes comunistas clandestinos.

Ahora sobra el tiempo. Está en el campo. Vida puerca. Entre la naturaleza. Los montes. Concierto magistral de pájaros. ¿Importan esos pájaros hermosos? Le cantan entendiendo que necesita paz en el alma. Silencio perpetuo de las noches. Se levantan fantasmas. Rostros de la memoria. Última mueca del pavor antes de morir. Otros, desangrados al filo del corvo. Aun respirando. Tuvo que limpiar la sangre. Sabe que sufrirá por dentro. No derrama lágrima. Orgullosa. *Yo nunca me quiebro. Aprendí a sobrevivir. Soy un perro. Ellos me enseñaron.* Vive allegado haciendo labores de campesino. Dos meses permaneció prisionero después de *abrir la llave* ante el juez Víctor Montiglio

en 2007. Mujer e hija lo abandonaron. Salvó del procesamiento porque a la fecha de los precisos hechos investigados, aún era menor de edad. Está solo. En la quietud campestre. Agilidad felina. Excelente estado físico. Completo adiestramiento DINA. Tiro. Cuchillo. Linchaco. Paracaídas. Sobrevivencia en ambientes hostiles. Arme y desarme de armas. Defensa personal. Veloz como flecha para correr. Victorioso en Olimpiadas de la DINA. Aplausos. Abrazos. Felicidad. El más rápido entre todas las brigadas.

¿Qué pasa con Dios? Sabe que él *no estuvo allí en Simón Bolívar*. Olvidado por esos años. Así era mejor. Que Dios no se meta en mis asuntos. Algo de piedad guardaba su corazón. Más agua a escondidas a los prisioneros. Noche de navidad 1976. Por algunas horas quedó solo en el cuartel. Sigiloso, sacó del calabozo al secretario general del Partido Comunista en la clandestinidad. Víctor Díaz. El *chino*. Lo condujo al casino. Invitaba él. Pavo. Ensalada. Pan de Pascua. Ambos en silencio. Disfrutando la cena. ¿Por qué? ¿Qué pasó por sus pensamientos? ¿Recuerdo de su primer regalo en la navidad anterior en casa de los Contreras-Valdebenito? Si lo sorprendían sería castigado. Por ningún motivo, rápido lo volvió al calabozo. Antes de que regresaran los otros agentes de guardia. La mudez del campo. Ahora era el tiempo de pensar en Dios. ¿Temía el castigo a la maldad? Quizás. *¡Viva la Virgen del Carmen!* Allí iba entre los fieles. Por las calles de Curicó. Avivando a la Virgen. *¡Que Dios lo bendiga, gatito!* Su despedida cariñosa, cada vez que nos vemos o hablamos por teléfono. Reza en un templo evangélico. Alguien le habla y lo toca. Como para salvarlo. Otros bailan poseídos al son de una guitarra. No es bueno ahora estar lejos de Dios. *Soy católico*. Igual una noche volteó a siete que robaban en una empresa donde operaba de guardia. A punta de golpes de linchaco. Una fiera. *Conmigo no se metan*. Personalidad reposada. Enigmático. Vestimenta pulcra. Lenguaje pausado. Medita las palabras.

Jorgelino Vergara no miente. Sus dichos son confirmados. Chequeados por un tribunal. No miente. Quizás oculta. Sobre todo en la última fase de su vida como agente en la CNI. Allí fue testigo de otros crímenes. *No voy a volver a meter la cabeza al wáter.* Declaró judicialmente varias horas ante el juez Víctor Montiglio. Contó lo necesario para que cayeran más de sesenta ex agentes desconocidos. Al final, se paró para abandonar la oficina. Extendió la mano al magistrado. Se le heló la piel. El juez le informó que debía dejarlo detenido. *Usted sabe mucho.* Nunca más. Aprendió que saber mucho no es bueno. Contarlo todo tampoco. La cárcel demuele. No cantan los pájaros hermosos. *No voy a volver a meter la cabeza al wáter.* Se lo deja muy claro al autor. *Por ningún motivo.* Ya habló suficiente. Quizás su Dios lo perdonó. Quizás todavía no. ¿Tal vez nunca? *¡Viva la Virgen del Carmen!*

Jorge "Gato" Escalante

La revancha del mocito

A las diez de la mañana del sábado 20 de enero de 2007, el ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago Víctor Montiglio ingresó al Palacio de Tribunales por una puerta lateral utilizada habitualmente para la circulación del personal de servicio o para el tránsito rutinario de los gendarmes custodios en días festivos. El ministro Montiglio había interrumpido horas antes las vacaciones de verano junto a su familia, luego de escuchar atentamente a su interlocutor del otro lado de la línea telefónica. Avanzó por el pasillo –vacío ese día y a esa hora– y subió en un pequeño ascensor privado hasta su despacho. Ahí se sentó a esperar la llegada de algo importante. Lo presentía.

Tres días antes, el miércoles al amanecer, el inspector Claudio Pérez, miembro de la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones, había recorrido las calles de Curicó y localidades aledañas en un vehículo 4 x 4 propiedad de la institución. Llevaba seis meses intentando dar con el paradero de un hombre que no dejaba huella, de una persona con apellido común y con pocas señas particulares conocidas. Un fantasma. Había preguntado por él a decenas de personas a lo largo de todo Chile. Una nueva pista lo había llevado hasta Curicó.

El inspector había escuchado acerca de él a través de testimonios de ciertos agentes de la DINA¹. Algunos decían recordarlo vagamente como un asistente de mozo, o mocito, uno más de los numerosos civiles que prestaron servicios para la Brigada Lautaro². Otros se acordaban de su nombre: Jorge. Uno de ellos declaró a la policía que el tipo había sido el encargado de matar con sus propias manos, el año 1976, a quien estaba a la cabeza de la dirección clandestina del Partido Comunista de Chile en el interior, el subsecretario general en la clandestinidad, Víctor Manuel Díaz López.

—¿Un mocito asesinó al subsecretario general del Partido Comunista?

—Sí, el “Mocito”, a él le habían encargado la tarea... Él y nadie más que él debe saber dónde está el cuerpo.

Luego de un largo trabajo investigativo Pérez consiguió identificarlo. Vivía en el sur. Una foto suya figuraba en el Registro Civil.

El inspector Claudio Pérez llegó finalmente hasta el interior de la VII Región, dio vueltas alrededor del lago Vichuquén por sinuosos caminos de tierra. Hacia esos lados apuntaban los testimonios de algunos lugareños que decían haberlo visto. Recordaban su cicatriz en la frente. Trabajaba en la tala de bosques. Pero nadie lo había visto últimamente.

El viernes 19 de enero de 2007, después de días sin resultados, cerca de las tres de la tarde llegó hasta la casa de una señora, una anciana. Ella vio la fotografía y le confirmó: trabaja en el terreno vecino.

Una casa de madera desvencijada junto a otra de barro, algo más grande, en medio de un terreno enorme lleno de plantaciones industriales. Un campesino de gran estatura y anchas patillas a lo Elvis

1 Dirección de Inteligencia Nacional, policía secreta de la dictadura que operó entre 1973 y 1977.

2 La Brigada Lautaro fue la agrupación que dedicó sus fuerzas a exterminar y hacer desaparecer fundamentalmente a miembros del Partido Comunista entre 1976 y 1977. Originalmente era la guardia personal del director de la DINA, Manuel Contreras.

Presley lo recibió en la puerta. Salvador, el administrador del fundo y capataz de los jornaleros, conocía al hombre de la fotografía. Era uno de los taladores. De hecho, alojaba en su propia casa y compararía con su familia. “Un tipo de muy buen humor”, manifestó.

El policía, alentado por los datos obtenidos y la posibilidad de –por fin– hallar al esquivo sujeto, decidió esperarlo en el portón de ingreso al predio forestal. Se armó de paciencia, se dispuso a no hacer más ruido que el necesario y esperar su aparición. Un par de horas más tarde lo divisó desde lejos mientras se acercaba caminando con tranquilidad. El otro también vio al detective, pero continuó avanzando y se detuvo ante sus narices.

–¿Don Jorgelino Vergara Bravo?

–Ese soy yo –respondió sin una pizca de nerviosismo.

El agente le explicó brevemente el motivo de su visita y le indicó que debía acompañarlo para tomarle una declaración.

–Los estaba esperando desde hace mucho tiempo –fue la lacónica respuesta del hombre de la cicatriz mientras se subía al vehículo.

El inspector Pérez consiguió una oficina en una comisaría de la policía civil de Curicó. Eran cerca de las siete de la tarde cuando comenzó la declaración. Decía estar indignado. No solo negaba haber matado a Víctor Díaz, sino que además sabía quiénes lo habían eliminado.

Esa noche, la historia desconocida de Chile, la del único cuartel dedicado de modo expreso al exterminio, donde se decidió el destino final de los detenidos, las matanzas y lo que debieron sufrir los secuestrados antes de ser asesinados, comenzaba a fluir por boca de quien decía no haber tenido poder alguno dentro de la estructura de la DINA ni de la Brigada Lautaro. “Yo solo era un asistente de mozo”, insistía.

Se develaba así uno de los secretos mejor guardados de la dictadura. Durante treinta años se había mantenido cubierto por el más tupido velo, protegido por un pacto de silencio fraguado entre los

asesinos, sus cómplices y quienes habían participado o escuchado lo que ocurría durante esos años de espanto.

Dueño de una memoria fotográfica, Jorgelino recordaba decenas y decenas de nombres, sus “chapas”³, los cargos y funciones que desempeñaba cada uno en la Brigada Lautaro, las instituciones a las que pertenecían y la crueldad que los caracterizaba.

Alertado por su subalterno, el comisario Abel Lizama –por entonces jefe nacional de la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones– viajó en ese mismo instante desde Santiago por la carretera Norte-Sur para escuchar de primera mano lo que Jorgelino tenía que decir.

Lizama llevaba por entonces cerca de diez años investigando los crímenes de la dictadura, desde mucho antes de la formación de la Brigada de Derechos Humanos (departamento de elite especializado en este tipo de delitos, que paradójicamente presidía por último día). Por su experiencia, siempre había intuido la existencia de un cuartel y de una agrupación encargada específicamente de eliminar y hacer desaparecer a los presos políticos. Pero nunca había logrado pruebas incriminatorias. A esas alturas, su hipótesis era prácticamente una quimera, capaz de quebrar la razón a cualquiera.

Al escuchar el testimonio de Jorgelino, el comisario no sabía si celebrar o llorar. Jamás había oído nada similar. Nunca, en todos sus años de servicio, algún agente de la DINA se había prestado para describir, desde las entrañas de la estructura misma, algo así de explícito y violento.

Hasta las cinco de la madrugada del día sábado, Jorgelino, el “Mocito” de la DINA, narró a los detectives una parte importante de los horrores que presenció mientras servía café a los torturadores durante los atroces interrogatorios, o cuando vio a los detenidos desangrarse sobre una multicancha en el patio del cuartel Simón Bolívar, ubicado en la calle Simón Bolívar número 8800, de la comuna de La Reina, en la ciudad de Santiago.

3 Nombre ficticio que supone una identidad alternativa a la real. Con ella los agentes de la DINA cometían las acciones delictuales en condición de anonimato.

Los detectives pusieron la declaración impresa ante los ojos de Jorgelino. Debía leerla y luego firmar.

De inmediato, el comisario Abel Lizama llamó por teléfono al ministro Víctor Montiglio, quien sustanciaba la causa conocida como “Calle Conferencia”⁴, y le transmitió la declaración por fax para darle a conocer los antecedentes puntuales del caso. A partir de ese momento todo podía suceder.

Montiglio, desde su casa de veraneo, lo escuchó atentamente y luego decidió que Jorgelino debía declarar ante él ese mismo día, en Santiago. Era sábado, los tribunales estaban cerrados, pero no importaba. Tres horas más tarde, el ministro los recibía en su despacho del Palacio de Tribunales. Víctor Montiglio era conocido hasta ese momento por haber aplicado sistemáticamente la Ley de Amnistía en varios casos de lesa humanidad. Su doctrina se resumía en “hacer respetar la legalidad vigente en Chile por sobre los tratados internacionales que señalan la imprescriptibilidad de este tipo de crímenes”. Por su postura se había granjeado el odio y desprecio de numerosos familiares de detenidos desaparecidos.

Jorgelino se sentó ante Montiglio y narró nuevamente lo que los agentes ya conocían. Al concluir se sentía satisfecho. Se levantó de su asiento e hizo ademán de despedirse.

—No puedo dejarlo ir —dijo el ministro.

—Pero si yo colaboré con todo lo que me pidieron... Y más, mucho más. ¡No puede dejarme preso, yo no soy un criminal y tengo familia! —suplicó.

4 “Conferencia” es el nombre de la calle donde fue detenida la primera dirección clandestina del Partido Comunista, en 1976. También se denomina así al proceso judicial que investiga los crímenes cometidos en esa oportunidad. A raíz de la resolución de esta causa se conoció la existencia de la Brigada Lautaro y otros crímenes cometidos por esta agrupación durante ese año y también en 1977. En general, todos los crímenes de esta brigada son investigados como episodios bajo el nombre de la causa madre que abrió la investigación: “Calle Conferencia”.

Luego de su confesión, Jorgelino fue detenido e incomunicado en la Cárcel de Alta Seguridad, ubicada en calle Pedro Montt.

En los días posteriores y gracias a estas declaraciones, más de sesenta ex agentes de la DINA fueron detenidos en distintos puntos del país en el más absoluto sigilo, sin darles tiempo ni posibilidad de ponerse de acuerdo entre ellos para coordinar el contenido de sus declaraciones. Debido al bajo perfil y al evasivo estilo de vida que suelen llevar, a muchos costó rastrearlos. Además, un número importante de ellos jamás habían sido nombrados previamente en un proceso judicial, por lo que prácticamente “no existían”. A la larga, todos cayeron y los penales destinados a este tipo de criminales debieron duplicar y triplicar sus esfuerzos para darles “alojamiento”.

¿Quién iba a pensar que, en marzo de 2007, el ministro Víctor Montiglio iba a ser el encargado de dictar el mayor procesamiento de la historia de Chile por crímenes cometidos durante el período más duro de la dictadura? Setenta y cuatro personas, entre agentes pertenecientes a la Brigada Lautaro y directivos de la DINA, procedentes de todas las ramas y rangos de las Fuerzas Armadas y de Orden, estaban tras las rejas gracias a la memoria fotográfica de el “Mocito”.

Encerrado en su pequeña celda, Jorgelino no se enteró del torbellino desatado a raíz de su testimonio. En varias ocasiones los gendarmes fueron a buscarlo. Con una camisa de fuerza similar a la utilizada con los enfermos mentales y engrillado de pies y manos, fue trasladado hasta los tribunales para ser careado con sus ex compañeros de labores. Frente a frente y en presencia del ministro, todos lo negaron. Nunca lo habían visto, decían.

En la tercera ocasión fue enfrentado al coronel Juan Morales Salgado, jefe de la Brigada Lautaro durante el período en que se llevaron a cabo los crímenes investigados por la justicia. El hombre, de aspecto campechano, con cabello cano bien peinado, alto y robusto, lo observó largamente tras sus gruesos anteojos de miope. Habían pasado treinta años.

Hoy, con un juez reemplazante, el caso sigue abierto, al parecer sin diligencias pendientes y próximo a dictarse sentencia. Todos los agentes de la DINA están procesados por los crímenes en contra de los dirigentes del Partido Comunista en 1976, aunque libres mientras no haya un veredicto.

La fortuna de Jorgelino resultó ambigua. Por un lado, Montiglio, mucho antes de morir, lo exculpó de responsabilidad debido a sus escasos diecisiete años de edad al momento de presenciar y ser cómplice de los crímenes juzgados. Por otro, como durante su cautiverio prefirió no contarle nada a su esposa y tampoco quiso llamarla, ella decidió abandonarlo. Cuando salió libre era soltero nuevamente.

A raíz de esta experiencia —que él califica como “una traición de la justicia”— y también debido a que en los años posteriores a los relatos ante el ministro Montiglio siguió trabajando para las agencias de inteligencia —en la CNI⁶ y ya no como menor de edad—, decidió no entregar más datos sustanciales a los investigadores. Por lo menos no de forma proactiva.

En 2010, Jorgelino Vergara Bravo fue protagonista de un documental acerca de su vida titulado *El Mocito*, en el que yo —el autor de este libro— participé junto a Marcela Said y Jean de Certeau en la investigación periodística y como asistente de dirección. Lejos de la denuncia, esta cinta buscó reflejar su estado interior, sus dolores, su personalidad ambigua, ubicada en el límite entre la víctima y el victimario.

Jorgelino no tuvo problemas para trabajar en el documental y colaborar con datos y contenidos en sus declaraciones judiciales.

La última semana de 2011, entre Pascua y Año Nuevo, decidí narrarme su historia en profundidad durante una serie de largas entrevistas. Nos reunimos en Santiago, en distintos cafés y restaurantes de la comuna de Ñuñoa, donde hubiera silencio y él se sintiera seguro. Porque creía —y aún cree— que lo pueden matar. Dice haber

6 Central Nacional de Informaciones, organismo heredero de la DINA.

—¿Jorgelino?

—Mi coronel...

—¿Cómo estás, cabro?

El coronel Morales fue el primero en reconocer ante la justicia que Jorgelino no era un espectro ni un paranoico. Por el contrario, dijo que “el muchacho” había estado bajo sus órdenes en la Brigada Lautaro en el cuartel Simón Bolívar, “un cabro muy esforzado”. Cómo no iba a recordarlo, si él mismo lo había pedido para trabajar con los suyos, cuando Jorgelino se desempeñaba como asistente de mozo en casa del director de la DINA, Manuel Contreras⁵.

Poco después, otro agente de la Brigada Lautaro, Jorge Segundo Pichunman Curiqueo —también procesado—, hizo lo mismo. Lo recordaba bien. Y así, poco a poco al comienzo y luego con velocidad pasmosa, el castillo de mentiras y el pacto de silencio se fueron resquebrajando y convirtiéndose en una avalancha de recriminaciones y acusaciones cruzadas. “Yo no fui, él fue”, se repitió tantas veces que pronto los agentes de la DINA ya no pudieron ponerse de acuerdo.

Las traiciones parecían venir de todos lados y algunos de ellos comenzaron a confesar más y más, y así entraron en detalles tan escabrosos o más que los narrados por el propio Jorgelino.

Montiglio, desde el otro lado de la mesa, no perdonaba; interrogaba y volvía a interrogar minuciosamente a todos los agentes, hasta que casi cuatro años más tarde recibió una noticia inesperada: había incubado un cáncer que resultaba tan fulminante como mortal. Apenas alcanzó a solicitar su jubilación antes de ser internado en el hospital. Murió el 30 de marzo de 2011.

5 Manuel Contreras Sepúlveda, general en retiro recluido en el penal Cordillera por numerosas causas de lesa humanidad. Durante la dictadura fue el único director de la DINA y era considerado, luego de Pinochet, el hombre más poderoso del país. A él se le responsabiliza de numerosos crímenes emblemáticos, entre otros los asesinatos del general Carlos Prats y del ex canciller Orlando Letelier. La Brigada Lautaro fue la agrupación más cercana al director de la DINA, constituida por los agentes de su mayor confianza.

recibido amenazas de muerte, papeles por debajo de la puerta. Por eso duerme con un ojo siempre abierto; cada cierto tiempo abandona sin previo aviso el lugar donde se alberga, para encontrar un nuevo paradero y así estar más seguro. Y en las calles es igual: siempre atento, siempre alerta.

En este libro decidí incluir parte de las brutales declaraciones de otros agentes que, luego de la confesión de Jorgelino, por obligación o conveniencia, comenzaron a “colaborar” con la justicia. Todo el material es parte del sumario investigativo que está aún en curso. Me pareció necesario divulgarlo por su relevancia y por la cantidad de años que se ha mantenido en reserva producto de las extensiones temporales propias del sistema judicial antiguo.

También amplié episodios observados por Jorgelino desde su precaria óptica de servicio, porque su mirada la mayor parte de las veces, es puertas adentro, desde la servidumbre en casa de la familia Contreras, que lo recibió siendo un niño, y de la DINA, que lo cobijó ya más grande.

Accedió a hablar de todo, “de la DINA, de la CNI, de mi vida ahí”, de cómo se sintió, de sus culpas inconfesas y a revivir el infierno una vez más. Abrir la puerta casi siempre cerrada y contar incluso aquello que hubiera preferido mantener lejos de su memoria, siempre incrustado en su conciencia.

Fotografías del pasado

A comienzos de 2006 colaboraba en *La Nación Domingo*⁷ desde hacía ya más o menos un año. Violaciones a los derechos humanos durante la dictadura era mi “área de interés”. Detenidos desaparecidos, agentes escondidos, episodios desconocidos... y había buena recepción del público. Muchos exiliados leían la versión electrónica y la gente de izquierda consideraba esa publicación como “el medio” dispuesto a difundir aquellos temas como imperativo editorial.

A esas alturas, varios colegas del semanario me sugirieron “reinventarme”. “Este tipo de temas se encuentra a la baja. Ya investigamos y divulgamos los aspectos más grotescos de la dictadura, sin pelos en la lengua, pero es tiempo que vayamos cerrando el ciclo”. Además, ya tenían un especialista en la versión diaria para cubrir los eventos importantes.

Me había acercado a ese periódico –primero como colaborador esporádico y luego de forma regular y constante– debido a su posición de defensa de los derechos humanos y por el espacio que destinaba a los periodistas que elegían cubrir este tipo de temas.

7 Edición dominical del diario cuyo accionista mayoritario es el Estado de Chile, *La Nación*, por entonces con fuerte acento en la investigación periodística.

Tres años antes, en septiembre de 2002, *La Nación* había denunciado la rearticulación del Comando Conjunto. Se suponía que el grupo operativo encargado de eliminar disidentes de la dictadura en 1975 era parte de un negro recuerdo colectivo, pero uno de sus integrantes reveló que seguían en contacto. Y lo declaró en las páginas de *La Nación*.

El terremoto noticioso fue mayor. No tanto por el hecho mismo del rearme o puesta en contacto de los integrantes del grupo para tramar mentiras y no muertes como en el pasado, sino porque dejó en evidencia la falsedad de los datos aportados por ellos mismos y otros militares a la Mesa de Diálogo, instancia que había sido creada por el gobierno para reunir a militares, ex agentes, víctimas, familiares, sacerdotes y abogados de derechos humanos tras una meta común: cerrar las heridas del pasado. Con la idea de “colaborar con la verdad y la reconciliación en Chile”, el Ejército entregó los nombres de 200 víctimas mortales –180 identificadas y 20 NN– finiquitadas por los servicios de inteligencia o las Fuerzas Armadas. El golpe fue duro y pareció marcar a muchos chilenos, quienes, por primera vez, se sensibilizaron con el tema. Fue un mea culpa nacional. Por primera vez el Ejército admitía oficialmente lo que ya se sabía: los cuerpos de varias de las víctimas habían terminado en el fondo del mar.

¿Todos los datos entregados en la Mesa de Diálogo habían sido mentiras? No todos, pero una porción importante sí.

Ya como parte del equipo de periodistas de *La Nación*, me dieron el espacio y respaldo necesarios para continuar publicando este tipo de temas junto a otros más atingentes a la actualidad nacional. Un tiempo después, entrado 2007, cuando se conocieron los crímenes de la Brigada Lautaro, pensé sin embargo que los consejos habían sido certeros, por lo menos desde el punto de vista noticioso: estos temas causaban menos impacto en la opinión pública que antes.

Ya no era como en 1998, cuando Pinochet fue detenido en Londres, gracias al trabajo del juez español Baltasar Garzón y del chileno Juan Guzmán Tapia –quien lo investigó y luego lo encargó reo

al procesarlo—, y la caja se destapó liberando su veneno en medio de controversias de jurisdicción, sentimientos de justicia y también de nacionalismo extremo, especialmente en la derecha chilena. Por entonces, y también antes, la “Caravana de la Muerte”⁸ y otros episodios criminales tan cinematográficos como el del asesinato del ex canciller Orlando Letelier⁹ quedaron marcados a fuego en muchos lectores.

Nadie lo negaba, pero era pasado.

A pesar de esa evidencia creía y creo todavía en el peso de una especie de karma nacional colectivo. Veía desde mi profesión cómo cada vez que el tema quería cerrarse —como decisión de Estado o medida editorial—, la herida emergía de nuevo, manando la misma cantidad de pus. Había sucedido varias veces ya.

Las mentiras de la Mesa de Diálogo influyeron también en mí para continuar. La idea de una democracia construida sobre un Estado nuevo y democrático, capaz de ir hacia adelante con todos de la mano, no parecía posible. No, mientras persistiera tal grado de mentiras por parte del “mundo militar”. Una trampa horrible tendida a los familiares de las víctimas respecto del paradero de sus seres queridos, fantasmas inalcanzables durante tanto tiempo, por un instante muertos y nuevamente fantasmas por otra eternidad.

Como a muchos otros que se han sumergido en estos temas les debe ocurrir, una cosa es ver en televisión los letreros con el “¿dónde están?” y otra es reportearlo, revivir el dolor junto a ellos y darles la esperanza de publicar sus historias ya contadas tantas veces, ahora una vez más, desde un nuevo punto de vista. Ahí, en esa área de grises —no de denuncia, sino muchas veces de recuerdos inconclusos en medio de un café o de una tostada en sus casas, indefectiblemente

8 Comitiva del Ejército de Chile comandada por el general Sergio Arellano Stark y ordenada por el propio Pinochet, que en 1973, recién ocurrido el golpe de Estado, recorrió el norte y sur de Chile asesinando a más de cien opositores al nuevo régimen.

9 Economista, ministro de Relaciones Exteriores, del Interior y de Defensa del gobierno de la Unidad Popular, fue asesinado junto a Ronni Moffitt en Washington por la DINA, con una bomba bajo su automóvil, en 1976.

te detenidas también en el tiempo—, resonaba con otro sentido el “¿dónde están?”, el “¿por qué?”, “¿por qué no me pude despedir?”, “la recuerdo como si fuera ayer, el aroma de su chaleco tan vívido, la arruga bajo la comisura de sus labios... tantos años, tantos años sin saber, sin respuestas”.

La responsable directa de mi interés por estos temas había sido Carmen Gloria Díaz, una ex mirista¹⁰ exiliada en Londres. Ella y su madre, Laura Rodríguez, fueron brutalmente torturadas antes de dejar Chile durante la dictadura. La conocí en Santiago en 2005, reportando violaciones a los derechos humanos, además fui pareja de su hija, Andrea. Así, durante cerca de cuatro años formé parte de esa familia y conocí de cerca esa clase de dolor, como también el de otros torturados por la DINA y su sucesora, la Central Nacional de Informaciones (CNI).

En 2009, el karma —como lo llamo— reflató las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura y, en parte, me devolvió algo de la razón perdida con mis artículos. Presentado en forma novedosa, la gente pareció entender la problemática, ahora desde el corazón. A través del formato dramático, la serie de televisión *Los 80*¹¹ logró que incluso televidentes de derecha, o que condenaban a los “subversivos” como víctimas de sus propios actos, cambiaran su ángulo de visión. Le tomaron cariño a una familia esforzada, de clase media emergente, con integrantes rebelándose ante la tiranía de la dictadura. Los siguieron y los siguen temporada tras temporada, viendo reflejada —quizás— su naturaleza humana en la de ellos.

10 Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

11 Serie de televisión chilena que cuenta la historia de una familia de clase media emergente durante la década de los ochenta.

Con *Los archivos del cardenal*¹² pasó algo similar. Actores taquilleros y la acción de la Iglesia en un país católico abrieron la herida nuevamente.

De todas formas, la postura de la mayoría de esos espectadores se mantiene intacta o con pequeños matices al momento de defender cuestiones “trascendentales” de la dictadura de Augusto Pinochet, como son las “bases estructurales del Chile emergente de hoy”.

Cambios individuales en personas igualmente individuales. Algunos reales, otros cosméticos; pero a nivel político, nada. La Coalición por el Cambio, que llevó a Sebastián Piñera a la primera magistratura del país, incluye en sus filas a funcionarios que trabajaron para la dictadura, como el actual ministro secretario general de la Presidencia, Cristián Larroulet.

El alcalde y militante de la UDI –principal partido de la coalición gobernante– Cristián Labbé no solo va a cumplir dieciséis años en su cargo en la comuna de Providencia, sino que además se jacta de haber pertenecido al núcleo cercano a Pinochet como guardaespaldas mientras era militar en servicio activo. La justicia lo ha “rozado” al investigarlo por casos de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, pero jamás ha dado en el blanco.

Labbé, en noviembre de 2011 y con el movimiento estudiantil en pleno período de protestas masivas, autorizó una reunión en el Club Providencia para rendir homenaje a Miguel Krassnoff Martchenko. Acudieron al festejo muchos admiradores de “su obra”, funcionarios pertenecientes a la vieja escuela vinculada a la dictadura, quienes aplaudieron el lanzamiento de una nueva edición del libro *Miguel Krassnoff. Prisionero por servir a Chile*, escrito por la nieta del historiador Francisco Encina, Gisela Silva.

12 Miniserie de televisión chilena que da cuenta de las violaciones a los derechos humanos en Chile durante los años duros de la dictadura, desde la óptica del trabajo realizado por la Iglesia para intervenir en la situación.

Coincidentemente, Labbé y el director responsable de la editorial Maye —la que publicó el libro— habían servido a Augusto Pinochet: Alfonso Márquez de la Plata fue su ministro de Agricultura y, además, hoy es director de la Fundación Presidente Pinochet, compartiendo testera con uno de sus hijos, Marco Antonio.

El homenajeador, Krassnoff, es uno de los más recordados agentes de la DINA y está preso en un penal reservado exclusivamente para violadores a los derechos humanos durante la dictadura. Tiene acumulados cerca de 140 años de condenas. Es probable que no vuelva a caminar libre por las calles.

El escándalo fue mayúsculo. El vocero de gobierno, Andrés Chadwick, salió a blindar la imagen del presidente Sebastián Piñera diciendo que ellos no apoyaban homenajes a personas que cumplieran condenas, y menos a aquellos vinculados a violaciones a los derechos humanos. Pero desde su mismo partido, la UDI, algunos militantes distinguidos se apuraron a relativizar el hecho. El presidente del gremialismo, Juan Antonio Coloma, lo calificó como un error, pero señaló que de ninguna forma reprenderían a Labbé como militante: “Esa es la gracia de la democracia. La ciudadanía de Providencia lo decidirá”. Otros miembros de la UDI fueron más allá y derechamente no lo condenaron.

La dificultad para el gobierno y para la coalición se encontraba incrustada profundamente en su ADN y también en su pasado más cercano. En noviembre de 2009, Sebastián Piñera, entonces candidato a la presidencia, había asistido a una reunión con cerca de mil ex militares jubilados, varios de ellos aquejados por los achaques de las condenas que vienen en camino por violaciones a los derechos humanos sirviendo a Pinochet. La reunión fue parte de sus últimos esfuerzos, en plena campaña, por lograr los votos que hicieran la diferencia en el escrutinio.

Lamentablemente, el encuentro masivo no pudo ser reportado por la prensa: su comando no informó acerca de ese mitin. Según varios asistentes, Piñera les aseguró que velaría por la aplicación de

los tratados internacionales y por el principio de la prescripción de los delitos, incluidos los cometidos por militares.

El problema era y es que la doctrina de la imprescriptibilidad de los casos de violaciones a los derechos humanos, como se expresa en los tratados internacionales suscritos por Chile, es precisamente la semilla que permitió detener a Pinochet en Londres y también para tener presos en cárceles chilenas a militares que participaron en los crímenes.

Pero una parte importante de los responsables permanece libre. Varios condenados han visto rebajadas sus penas durante el gobierno de Sebastián Piñera, o han sido dejado libres antes de cumplirlas¹³.

En medio de esta realidad nacional, avanzando siempre hacia algún sitio, con tiras y afloja de un lado y otro, yo investigué y difundí estos temas. Primero, con menos información a mi disposición, puse el corazón arriba de la mesa, y luego, con más experiencia, me volqué a la denuncia dura. Fue gracias a la labor de la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones, la de los abogados de derechos humanos que hasta hoy trabajan como verdaderos apóstoles de la causa, y la de los jueces que se decidieron a investigar los casos en profundidad.

Ya, en pleno gobierno de Michelle Bachelet, parecía que casi todo estaba dicho. Pero faltaban episodios por develar. Quizás el más terrible de ellos aún estaba por contarse. El secreto mejor guardado, el lugar donde se mató a muchos detenidos desaparecidos, el cuartel de exterminio, el núcleo del terror.

13 Observatorio de Derechos Humanos de la Universidad Diego portales, 2011. "Condenados por crímenes DD.HH. excarcelados por concesión de beneficios". Durante los gobiernos de la Concertación por la Democracia, este beneficio se entregó a dos reos. Durante lo que va de la nueva administración, suman cuatro, entre ellos Gerardo Urrich, jefe de la Brigada Purén.

En mayo de 2007, un nuevo caso se iba abriendo como una herida olvidada. Siguiendo un rumor, muchos fueron llegando hasta el punto de encuentro en la plaza Carlos Ossandón, de la comuna de La Reina. A las cuatro de la tarde, en los prados siempre llenos de estudiantes del Liceo B-64 se reunían ya unas 200 personas, integrantes de agrupaciones de derechos humanos, hombres, mujeres y niños.

La velatón partió por avenida Carlos Ossandón hacia el sur, rumbo a Simón Bolívar. Ocupaba toda la calle. Aunque era de día y el sol iluminaba los rostros, las velas encendidas se encumbraban en las manos y, a pesar de que era un día triste, a ratos todos entonaban canciones heredadas de sus parientes desaparecidos. Invocaban antiguas consignas de la Unidad Popular, con banderas rojinegras o solo rojas, también de otros tiempos. Boinas, corte de pelo y barba como las de sus héroes, también muertos o desaparecidos en otra época.

Una solemnidad especial se hacía presente: se trataba de una visita al único centro de exterminio conocido hasta ese momento.

Apenas un mes antes, el 1 de abril, junto a mi colega del diario *La Nación* Jorge Escalante, habíamos publicado un extenso reportaje acerca de los crímenes cometidos en el cuartel Simón Bolívar. El contenido del artículo resultaba tan duro que, a nivel editorial, tuvimos problemas para sacarlo a la luz. Tuvimos dificultades incluso con las agrupaciones de familiares de detenidos desaparecidos: no querían que se conocieran los detalles de las muertes de sus seres queridos.

El reportaje, a pesar de ser uno de los más duros y descarnados de su época, no tuvo el impacto noticioso de otros tiempos. Pero no fue así para el puñado de familiares presentes esa tarde de mayo, como siempre en busca de respuestas, de ritos capaces de devolverles algo de aliento, de paz.

Acudí a la velación junto a mi familia y llevé una cámara digital con la que grabé diferentes momentos. Ante el lente recuerdo haber visto pasar a uno de los editores de mi diario, a alguna personalidad política, a la presidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, Lorena Pizarro, y a su antecesora, Viviana Díaz.

Para Viviana, la visita tenía un sabor especial y amargo. Su padre, Víctor Manuel Díaz López, ex subsecretario general del Partido Comunista, había sido asesinado ahí. Su caso había sido confesado por los agentes solo cuatro meses antes. Ella llevaba buscándolo desde su desaparición, en mayo de 1976. Cuando la procesión llegó hasta el portón del número 8630 y con el velatorio sobre la vereda, rodeándola, Viviana Díaz agarró un megáfono y habló de su padre, de cómo había sido él, y las lágrimas de todos brotaron. Luego explicó aspectos técnicos del funcionamiento del cuartel, detalles acerca de los crímenes y dio paso al espanto.

Producto de los cánticos, los vecinos del sector comenzaron a salir de sus casas. Esa parte del barrio se divide en parcelas con grandes construcciones más antiguas y condominios de casas más pequeñas y juntas, producto de subloteos posteriores.

Uno de estos curiosos llamó la atención de los organizadores del evento. Salió del portón del número 8800, cuarenta metros al oriente de donde se suponía estaba el cuartel Simón Bolívar. Era un condominio enrejado con un callejón único y recto de unos 70 metros de profundidad. A su alrededor se erigían casas de dos pisos, color terracota, enfrentadas.

—¿Acá pasó algo con los derechos humanos? —preguntó, y uno de los más informados le contó detalles acerca del asunto—. Es que... ¿sabe? Aquí pasan cosas muy raras. Nosotros a este lugar ya no le decimos “el condominio”, le decimos “el condemonio”.

Luego de la confidencia reparó en mí y en la cámara y su luz roja encendida. Calló por unos instantes y luego me pidió que dejara de grabarlo. En ese instante otro vecino se me acercó. De unos cuaren-

ta años de edad, caminaba rumbo a su casa, media cuadra al oriente, luego de haber comprado el pan junto a su hijo.

—Están equivocados de lugar, no es ahí... No es ahí donde tienen que dejar las velitas —y señaló el 8800, el “condemonio” donde vivía el vecino que recién me había pedido dejara de grabar.

El vecino locuaz conocía el recinto desde su infancia. Pasaba por ahí en las mañanas rumbo al colegio cuando niño y el portón siempre permanecía cerrado, monolítico. Le impresionaba que en la noche la luz del farol de calle se encendiera automáticamente cuando alguien pasaba por fuera. Eran los años setenta y esa tecnología le resultaba desconocida y atractiva.

Pero en general todos los vecinos sabían que ahí existía un cuartel e intuían algo oscuro. ¿Todos los que llegaban lo hacían siempre vestidos de civil, cargando armas largas, metralletas, fusiles? ¿En dictadura, ante la vista de todos? “Imposible”, se decían a sí mismos.

Tiempo después asocié este encuentro con cierta sensación que me estremeció el pecho al escuchar la frase de un amigo y compañero de trabajo: “Javier, acá todos somos culpables. Todos sabían lo que sucedía. Salía en folletos, en revistas. Y si quieres te digo más... la gente desaparecía [y recalca esta parte] desde sus propias casas. No volvían a aparecer nunca más. El que diga que no sabía nada es o un cínico o un autocomplaciente, y en cualquiera de los dos casos, un inconsciente. Todos sabían y todos somos culpables. Falló la derecha, obvio, pero falló también la izquierda y el centro y todos como seres humanos. No rasguemos vestiduras ahora”.

Un par de semanas después de la velatón, mi pareja y yo fuimos hasta el 8800 de la calle Simón Bolívar, al “condemonio”. El tema le interesaba sobremanera producto de su historia familiar. Era de día y el conjunto residencial se veía ordenado como un juego de Lego. Toqué varios citófonos antes de comunicarme con el vecino que se había molestado mientras lo grababa días antes. Durante la espera intenté imaginar cómo habría sido el interior de ese sitio en los años duros. La sala de guardia, el estacionamiento. ¿Y los baños? ¿Y la

cancha de baby fútbol techada donde torturaron a los detenidos? Y, seguro, en algún lugar debía erigirse el casino, el de los chistes, el de los cafés luego de las intensas jornadas de trabajo, el lugar donde se desboca la siempre conocida camaradería entre los soldados. Pero ahora no había nada de eso, solo silencio, la sensación de pesadez obtusa en el aire que rodea esas casas, esos autos estacionados ante las entradas, esas bicicletas tendidas sobre el césped.

Desde la tercera casa emergió el vecino que durante la velatón me había pedido apagar la cámara. De unos sesenta y cinco años, más bien gordo, de rostro redondo, cabello blanco y unos ojos rasgados y profundos que se ahondaron un poco más al ver de quién se trataba. Había abierto la puerta eléctrica y yo lo observaba desde el umbral. Nos miró con la respiración entrecortada. No quería problemas, dijo, pero de todos modos nos hizo pasar a su domicilio.

Nos llevó hasta el living. Partió de a poco, con el tronco inclinado y la panza apretada contra las rodillas, la barbilla casi rozando el cuello, como si alguien fuera a escuchar sus confesiones. Transpiraba y la voz se le entrecortaba más y más. Sabía que podía sonar ilógico para una mente racional; al principio creyó que su esposa estaba loca, pues veía gente en el patio, atravesando el jardín trasero, justo ahí frente a sus ojos. No podía ser. Y después empeoró. ¿Alucinaciones? Puede ser, pero cierta noche él también vio a una persona en la puerta de la habitación, detenida quizás en qué pensamiento. ¿Un ladrón? ¿Un ladrón observándolo, como si el tiempo no contara? “Puede ser, todo puede ser”.

Nos contó también que al momento de inaugurarse el condominio Simón Bolívar 8800, él y su familia, incluyendo a su hermano, compraron ahí. “Pero pronto comenzaron las penaduras típicas, como en las películas, así mismo... Las luces encendiéndose y apagándose sin un dedo en el interruptor; el agua del baño girando hacia el lado contrario; los nervios de punta y la sensación de pesadez constante durante la noche”.

A los pocos meses de estar ahí, su hermano enfermó de un cáncer que lo llevó a la cama y al poco tiempo a la tumba.

Sus vecinos inmediatos hacia el interior del pasaje prefirieron dejar su casa a los pocos meses de llegar a habitarla. En los años posteriores, su valor comercial fue bajando constantemente. Ningún otro comprador ha sido capaz de durar más de tres meses. ¿Qué sucede ahí?

Según nuestro anfitrión, por algún motivo desconocido para él, ninguno de los vecinos cruzaba palabra con los demás. “No hay vecindad; menos, amistad. Me he preguntado un millón de veces la razón, pero aparentemente no existe nada y ya me tiene cansado la vecina del frente. Todas las noches, pero todas, con sus gritos insostenibles, agudos, alaridos. ¿Qué se puede hacer? No sé, esperar, angustiarse solamente”.

Después de escuchar este testimonio, de despedirnos y partir en el auto, comentamos la similitud entre su narración y lo contado por los vecinos de la Villa Grimaldi, el centro de detención y tortura más conocido de Chile, ubicado a pocas cuadras de ahí.

No sé si habrá algo de cierto en todo esto. Nunca he visto nada fuera de lo común. Además, mi trabajo obliga a la razón, a los datos objetivos, tiende a alejar las ideas vagas en busca del hecho.

El caso es que poco tiempo después, la Policía de Investigaciones corrigió la dirección inicial en sus archivos. El portón de Simón Bolívar 8630, donde todos dejaron sus velas, correspondía a la salida posterior del Liceo B-64. Simón Bolívar 8800 había sido el lugar donde operara la Brigada Lautaro. El “condemonio”.

Necesitaba conocer a Jorgelino Vergara, el “Mocito” de la DINA, el hombre que había “desgranado el choclo”, según yo mismo había publicado en *La Nación* un par de meses antes. Sus declaraciones judiciales, un vómito de verdad, incriminaban a sus compañeros, pero... ¿También estaría plagado de mentiras? ¿Cuánto omitía este hombre? ¿Qué más sabía? ¿Cómo luce un tipo con semejantes vi-

vencias? ¿Cómo voy a lucir yo si lo veo, escuchando todo lo que esté dispuesto a contarme? ¿Le voy a preguntar? ¿Contrapreguntar?

Lo llamé desde el diario. Conseguí su número celular gracias a una fuente reservada. Estudié bien mis palabras iniciales. Debía dejar en claro mi objetivo y no parecer inseguro. Del otro lado de la línea me sorprendió una voz pausada y entera que pretendía hacerme el trabajo más fácil. Sí, estaba dispuesto a reunirse conmigo para contarme todo. “Es mejor así, en persona es mucho mejor”.

Estaba viviendo temporalmente en casa de un campesino llamado Salvador, quien cuidaba un terreno sembrado de pinos industriales, y Jorgelino se dedicaba a la tala. El sitio estaba ubicado de Curicó hacia la costa; se llegaba por caminos de tierra. Era el mismo sitio donde habían llegado los agentes de Investigaciones para interrogarlo y luego traerlo detenido a Santiago.

En esta primera ocasión, sin embargo, me indicó que nos reuniríamos en un lugar de más fácil acceso, un par de kilómetros antes, donde el camino estaba asfaltado.

Viajé junto a la documentalista Marcela Said. Con su marido, el francés Jean de Certeau, tenían en mente hacer un documental acerca de la vida de este hombre. Su idea de fondo era escarbar en la banalidad del mal, en cómo este se revela en distintas formas, situaciones y sujetos, y cómo en determinado momento le puede tocar a cualquiera el turno de tomar la guadaña entre sus propias manos. A mí me interesaba entonces aprender el oficio de documentalista. Era un proyecto interesante.

Llegamos al lugar señalado y a la hora acordada. Era una curva en un camino interior hacia la costa. Detuvimos el automóvil y nos apeamos. Todo correspondía a la descripción hecha por él mismo: un pequeño caserío disperso, antiguo, de adobe y madera. Pero faltaba nuestro interlocutor. Dudamos, pensamos en llamarlo. De pronto apareció a nuestras espaldas. Estaba sobre un pequeño peñón verde que le permitía una panorámica del entorno. Jeans, zapatillas y una polera similar a las del Ejército era su indumentaria.

—Jorgelino Vergara Bravo, para servirles. ¿Quieren pasar a tomar unos vasos de bebida?

Piel oscura, bronceada, calvo, bigotes y bajo ellos un sonrisa segura de anfitrión, de dientes blancos también, bien cuidados. Cerca de un metro setenta. Ancho y firme.

Nos explicó la razón de su estadía en el campo con Salvador. El lugar que había elegido como punto de reunión con nosotros era su casa. “Me robaron todo, no dejaron nada”. A poco más de diez metros estaba la construcción de madera prefabricada sobre un terreno sin árboles, húmedo, cubierto de malezas. Abrió la puerta. Living, pieza y un baño. Y adentro efectivamente no había nada, ni un mueble; la puerta había sido forzada. Una fotografía de Bruce Lee con el nunchaco (arma de artes marciales) en sus manos, en posición de combate, era el único decorado.

Nos relató lo sucedido con el ministro Montiglio y la Policía de Investigaciones. Se sentía traicionado por la justicia; no habían respetado la palabra empeñada. Los detectives habían sido muy claros con él, pero muy claros: si ayudaba, si recordaba y contaba lo que sabía, todo iba a estar bien. “El ministro sabe y seguro va a entender su posición”.

—Entonces... ¿cómo no ayudar pues? Si más encima los recuerdos a uno le hacen mal tenerlos adentro. Además, yo solo vi, nunca hice nada.

Dos meses estuvo preso en Santiago después de “colaborar con la justicia”. Lo habían tratado como a un criminal, decía, encerrado junto a otros criminales. Si hasta le había tocado conocer al ex líder de la Colonia Dignidad, Paul Schäfer¹⁴, cuando estuvo preso.

14 Máximo líder y fundador de la Colonia Dignidad. Luego de formar parte de las juventudes hitlerianas y desempeñarse como enfermero en la Segunda Guerra Mundial, emigró a Chile, a la VII Región, donde creó su enclave. La justicia probó que ahí se asesinó a disidentes de la dictadura y se violó a menores. En 2005 escapó del país. Finalmente fue apresado en Argentina y extraditado a Chile. Fue condenado a cuarenta años de cárcel. Murió preso el 24 de abril de 2010.

—Estaba viejito, no hablaba nada el caballero, solo así, todo el tiempo... con una sonrisita medio cínica.

Antes de trabajar en la tala con Salvador se dedicaba a la repartición de huevos a pequeños comerciantes de pueblitos igualmente pequeños, todos ellos en el interior. Pero en un recorrido se desbarrancó, con los huevos incluidos. La camioneta quedó inutilizada y él también, por un tiempo. Comenzó a trabajar con Salvador para lograr recomponer el vehículo.

En ese tiempo vivía en la casa hoy vacía, acompañado de su pareja y la hija de ella.

La Policía de Investigaciones lo encontró en la casa de Salvador porque ya no podía repartir huevos y debía ganar dinero. Si no hubiera sido por el destino desbarrancado, habrían llegado a buscarlo a la casa y seguro se habrían encontrado con su mujer. ¿Qué habría sido peor?

Cuando lo soltaron y volvió a casa, a la que ahora solo le quedaba el póster de Bruce Lee, su mujer ya no estaba, lo había abandonado.

—Lo entiendo desde cierto punto de vista... Yo no la llamé ni una vez en dos meses para decirle: “Oye, estoy vivo, me tienen detenido, pero voy a volver, no te preocupes. Espérame”.

Nada, en ese momento prefirió el silencio, la vergüenza era demasiado grande, el secreto de todo lo vivido en el cuartel Simón Bolívar, los crímenes perpetrados ahí dentro eran tan terribles. Entonces, de cierta forma, se lo tenía ganado. Y la culpa era de Investigaciones y de la justicia por no haber cumplido con su palabra, “por dejarme preso a pesar del tremendo testimonio entregado”.

Jorgelino no encajaba con la imagen que nos habíamos hecho de él. Según su propia declaración judicial, la que abrió el caso, solo le había tocado observar, siempre atento y con una curiosidad inagotable, todo lo que sucedía en el centro de tortura y exterminio. Pero tanto a Marcela como a mí nos llamó la atención su seguridad desde el comienzo y el grado de especificidad de sus recuerdos al momen-

to de referirse a nombres de personas, fundamentalmente los de sus ex compañeros. Memoria de elefante. Parecía jactarse de ella.

A pesar de la tragedia narrada se veía ágil, locuaz, de buen ánimo. No olvidó su invitación a tomar un vaso de refresco en la casa del otro lado de la calzada. Era de adobe, deslavada, de muros roídos por el tiempo; una habitación de ingreso con dos sillones desven- cijados y una televisión. Al fondo se oían voces de mujeres. Él las llamó.

—Estas son mis viejas, me quieren mucho y yo también las quiero a ellas.

Las ancianas lo conocían solo desde hacía dos meses y ya lo ado- raban. ¿Una virtud de Jorgelino?

De pronto su gesto se volvió frío, duro. La inmensa cicatriz que cruza su frente bruñida y que le cubre parte de la nariz se volvió solemne. Le explicamos que pretendíamos hacer un documental acerca de su vida, grabarlo en acciones cotidianas, con la familia, trabajando la tierra, con los vecinos y una que otra entrevista con- tando lo que le tocó ver y oír.

—Ni un problema, pero... solo una pregunta: ¿cómo llegaron a mí, cómo consiguieron mi número?

—Bueno, eso no se lo podemos contar... Secreto profesional.

—Entonces, alguien está filtrando...

Le habían dicho que su controvertida declaración judicial se en- contraba bajo secreto del sumario. Algo funcionaba mal. El ministro Montiglio había puesto su testimonio en un cuaderno reservado.

No me había preguntado nada cuando hablamos por teléfono. Dejé que llegáramos hasta allá, que estuviésemos sentados frente a frente para manifestar sus dudas acerca de nuestro origen. Insistí en mi labor periodística y en la importancia de mantener la reserva de las fuentes. Quiso ver nuestras cédulas de identidad. Cuando nos las regresó, volvió a ser el anfitrión jovial del comienzo.

–Si no es que desconfíe de ustedes, nada de eso... pero la cuestión es complicada. Tienen que entenderlo, estos gallos son asesinos, don Javier, asesinos despiadados.

Por eso, antes de que dieran con él, estaba metido ahí con su familia, alejado de todo. Y cada cierto tiempo tomaba sus cosas y partía sin dejar rastro.

–Son vengativos, y perfectamente pueden matarme.

Ya le habían deslizado una nota por debajo de la puerta. Una amenaza de muerte. No tenía la menor idea de cómo lo habían ubicado, luego de tantos años y justo después de confesar los crímenes de la Brigada Lautaro.

Sus dudas se centraban en los grupos cercanos a Manuel Contreras y también en militares en servicio activo en la Dirección de Inteligencia del Ejército.

–¿Si no cómo, don Javier, cómo?... si no puede haber sido tanta la coincidencia.

En todos estos años, su camuflaje en la vida le había servido a la perfección.

–No me asustan, yo no tengo miedo, desde chico siempre he sido igual; pero de todas formas me preocupo.

Esa tarde conversamos solo superficialmente con Jorgelino. Avanzamos de noche por la carretera de vuelta a Santiago, coincidimos en que nos había parecido un tipo seductor, con una disposición a la conversación única, muy atento; pero a la vez, algo rígido se percibía al observarlo con algo más de atención.

Nos preguntamos si Jorgelino realmente había sido el “Mocito” de la DINA, como repetía cada cierto rato, a quien le “tocó ver demasiado por error”, con la taza de café en medio de una sesión de torturas, o con un sándwich en un plato mientras estaban matando a un detenido... o si realmente habíamos estado frente a un agente. Concordamos en que lo más preocupante había surgido al

momento de preguntarle cuándo se había retirado de los servicios de inteligencia.

—En 1985.

—¿Y cuándo empezó?

—En 1974, como asistente de mozo en la casa del Mamo Contreras. Durante ese período recibí alguna formación militar y después me destinaron a la Brigada Lautaro. Ahí estuve hasta 1977.

—¿Siempre como mozo?

—Siempre, señor, siempre.

—¿Y después, a partir de ese año y hasta 1985?

—En la CNI, cuartel general y también en el cuartel Loyola¹⁵.

—¿Todavía como mozo?

—Sí, todavía como mozo.

Regresamos un par de semanas después. Esta vez nos acompañó el esposo de Marcela, Jean de Certeau. Fuimos a la casa de Salvador, el enorme campesino con patillas como las de Elvis Presley, “polera” musculosa y la mitad de su panza a la vista, que trataba a Jorgelino como si fuera su hermano. “Lino”, le decía con cariño. Encontramos un lugar donde hacer una entrevista. Un banquito de madera sin respaldo. Detrás de él, un muro celeste. La cámara lista, el sonido también. Jorgelino había tomado algo de alcohol. No se le veía borracho, pero sí un poco envalentonado.

—Yo soy el tipo más honesto que pisa la tierra. Aunque tú no lo creas. Aunque fui partícipe involuntariamente de secuestros y de asesinatos, yo lo vi, pero nada más... No podrías tú acusarme a mí de asesino ¿Sí o no? No podrías acusarme de asesino, porque la verdad, en los hechos, yo no fui asesino —dijo a cámara con fuerza y recalco la última frase—. Pero sí te digo una cosa: asesinaron, mataron tanta gente, comadre —y se llevó el puño cerrado al pecho—, sin escrúpulos

15 Belgrado es el nombre de la calle donde se ubicó el cuartel general de la DINA. Loyola es uno de los cuarteles donde Jorgelino trabajó luego de Simón Bolívar 8800. Hasta ahora no se ha ahondado mayormente en sus características y funcionamiento.

la mataron, puta. Para qué te digo más, para qué te digo más... La mataron tan sin escrúpulos que a mí me dolía, siendo un adolescente. Ese es mi cuento. ¿Qué más quieres?

Era el Jorgelino más sincero que conoceríamos en todo el rodaje.

Luego contó los horrores vividos en el cuartel Simón Bolívar, con lujo de detalles. Cuando terminamos nos sentimos conformes con el testimonio. Comimos una cazuela de pollo con la familia de Salvador y con Jorgelino en una calurosa salita de madera. Él tomó un poco de más y en un momento se acercó a Jean para hablarle más en confianza. Estaba seguro de que mi colega pertenecía al servicio secreto francés, no le cabían dudas. Jean rió; Jorgelino, también.

A partir de ese día seguimos grabándolo en distintas situaciones a lo largo de casi tres años. Se presentaba a sí mismo como una víctima. Protestaba por su destino de perro y reconocía su pasado tormentoso.

De forma recurrente, cuando lo escuchaba narrar sus vivencias, venían a mi mente los familiares de las víctimas el día de la velación, suspendidos en 1973, atrapados ahí. También los espectros en pena atormentando al vecino del condominio de Simón Bolívar 8800, el mismo sitio en que nuestro personaje inició su carrera en la DINA. Todos parecían despojados y atravesados por algo que los convirtió en una fotografía. Los familiares, gritando contra la dictadura y a favor de sus familiares. Los fantasmas, protestando contra los vivos, su memoria, su destino final y silencioso. Él, Jorgelino, un silencioso por voluntad propia durante treinta años, atrapado entre la conveniencia de dejar todo como estaba, o decidirse de una vez a hablar. Y ahora, contando todos los crímenes frente a nosotros, había dado un paso, ya fuera por conveniencia o porque quizás esos mismos fantasmas protestaban en su conciencia. Tal vez los escuchaba, tal vez no.

Con el transcurso de los meses y de los años conocí aspectos concretos de su personalidad. Su filosofía de vida es muy simple y cruda: si ve problemas en el horizonte, toma sus cosas y parte. Ha

levantado campamento tantas veces. No importa si el ancla de su presente es una mujer o incluso un hijo, él parte. Y cree que si todos o muchos siguieran su esquema de vida, viviríamos en un mundo mejor.

¿Y sufre? Expuesto y borracho, o con la borrachera de la noche anterior aún galopante y los ojos llorosos, lo dijo durante otra de las entrevistas para el documental. Tenía una boina negra calzada en la cabeza.

—Gracias a Dios soy un tipo astuto, porque Él me lo permite, soy un tipo astuto. Sé manejar las situaciones. Sé manejar un montón de cosas... Y lo hago. ¡Sobrevivo! Ese conocimiento me lo dieron quienes tenían que dármele, lo he recopilado y sé sobrevivir. Eso me da fortaleza. Y un amor por la vida que nadie lo tiene. ¿Tú crees que alguna vez en la vida yo me he quebrado por eso? Jamás, no me quiebro, no me quiebro. ¿Sabes por qué no me quiebro? Porque me enseñaron en la vida a no quebrarme, a ser fuerte, a ser perro. A ser como yo soy.

En etapas posteriores ha tomado distintas formas. Lo he visto como un posible victimario que se guarda una parte importante de sus recuerdos en el desván de la memoria hasta el fin de los tiempos. También como víctima, amparado en que él no lo hizo.

—Solo vi, era muy pequeño o no tenía la suficiente instrucción como para llegar a obtener un trabajo decente, sobre todo considerando mi origen, lo mucho que me costó salir adelante sin padre ni madre.

Para la película, y luego durante la escritura de este libro me dediqué a conocerlo, a tratar de entender su lógica interna. Conversamos largamente sobre su infancia, los referentes familiares, la culpa... Y también sobre su relación con Manuel Contreras y su familia. La influencia de ellos en su personalidad y cómo se transformaron en su imagen de hogar. El cariño recibido de la “tía Maruja”, la esposa de Contreras, y las vacaciones con ellos en el balneario de Rocas de Santo Domingo.

En alguna medida, reporteándolo para *La Nación* y para *El Moci-to*, le seguí la pista a sus palabras.

A fines de 2007 entrevisté al ex director de la DINA, Manuel Contreras. Estaba condenado a pasar el resto de sus días encerrado en el Penal Cordillera. Ganas de conversar no le faltaban. Quería expresar, sobre todo, su opinión política acerca de algunos militares condenados que se habían dado a la fuga ese año. Uno de los casos en plena efervescencia en ese momento era dar con el paradero de uno de sus colaboradores más cercanos, el general en retiro Raúl Iturriaga Neumann, miembro de la DINA exterior y coordinador de numerosas acciones de la “Operación Cóndor”¹⁶.

Cuando mi colega Luis Narváez y yo estuvimos ante él en el Penal Cordillera, de La Reina, reportando para *La Nación*, se le veía delgado, demacrado. Llevaba el pelo corto como siempre, completamente blanco, y la chaqueta verde de tela veraniega algo grande para su talla. Le habían detectado cáncer al colon. Recuerdo el escalofrío al ver su rostro curtido por tanta acusación, siempre en posición de partida y con ese tono seco de voz de aquellos que tienen poca paciencia.

Le dimos el espacio para que hiciera su defensa de los militares perseguidos por la justicia y también para que atacara a los gobiernos de la Concertación, “irrespetuosos de la amnistía establecida en la Constitución de la República creada en 1980 por Augusto Pinochet”.

En un momento de la entrevista vi el espacio para preguntárselo:

—¿Conoció a Jorgelino Vergara Bravo?

—Jamás, no sé de quién me habla.

—¿Está seguro? Dice que fue asistente de mozo en su casa...

16 Es el nombre de un plan coordinado entre los servicios de inteligencia del Cono Sur contra la disidencia interna. Funcionó entre 1970 y 1980. Chile fue integrante fundador. Sus miembros activos fueron Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil. De forma esporádica colaboraron Perú y Colombia.

—Totalmente seguro. ¿Usted cree que el director de inteligencia, el di-rec-tor, iba a tener a un civil metido en su casa?!

Unos instantes más tarde me ordenó apagar una cámara filmadora que yo había llevado a la entrevista para que quedara registrada. Le molestaba. Desde el principio le echó el ojo, pero no dijo nada. Con mi insistencia le di la razón para poner los puntos sobre las íes. Él mandaba. La di vuelta, no la apagué. Al final volví a dirigírsela al rostro. No dijo nada.

Sin quererlo, antes de conocer a Jorgelino, en 2006 visité las cabañas donde, luego me contó, pasaba las vacaciones, primero con los Contreras y después solo, acompañado de los agentes de la DINA. Yo reportaba entonces el campo de concentración Tejas Verdes, en San Antonio, cercano a las cabañas en “A” del balneario de Rocas de Santo Domingo. Famosas. Habían pertenecido a la Central Única de Trabajadores hasta el golpe de Pinochet. Luego fueron usurpadas por el Ejército, transformándolas en el primer centro de formación de agentes de la DINA. Ahí se torturó a muchos detenidos, la mayoría de ellos provenientes del puerto de San Antonio. Se experimentó con ellos, se perfeccionaron las técnicas. Posteriormente, a partir de 1975, pasó a ser el centro oficial de vacaciones de los agentes del servicio de inteligencia.

En esa ocasión me contacté con una agrupación de antiguos detenidos, todos ex miembros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Olga Letelier, Cosme Caracciolo y Ana Becerra traspasaron conmigo la valla de entrada. Era la primera vez que volvían a ese lugar desde su detención en 1973.

El sitio estaba completamente abandonado. Nos acercamos caminando al grupo de cabañas interconectadas en medio de un tierral arenoso y con un bosque a sus espaldas. Aún estaban los camarotes, los colchones, las sillas. Era el mismo lugar que habían conocido a ciegas, a tientas, con los ojos vendados. Las mismas camas donde estuvieron encadenados, el mismo tipo de colchonetas. Y el casino... donde los torturaron.

Un año después, luego de mucha insistencia ante el Ejército, en septiembre de 2007, conseguí permiso para ingresar nuevamente y grabar. Estaba igual, sin un alma a la redonda y el suelo circundante era una mezcla de arena y fango. Al frente de las dependencias había un conjunto de dunas, y tras ellas el sonido del mar.

Recorriendo las construcciones por fuera nos llamó la atención una colmena incrustada sobre el muro externo de una de las cabañas en “A”. Miles de abejas luchaban por entrar a la casita a través de una pequeña ranura. Cuando entramos, el interior era un verdadero cementerio de abejas. Miles, o tal vez cientos de miles de ellas muertas sobre el piso, apiladas una al lado de la otra a lo largo del espacio. Era imposible avanzar sin pisarlas y escuchar el sonido seco, como papeles de dulce crujiendo al abrirlos y arrugarlos.

En el recorrido ingresamos a una de las dependencias que en su puerta señalaba “Cantina”. Era un salón con una mesa de pool fantasma, una tiza sobre uno de los bordes y un par de sillas polvorientas. Un zorzal pequeño, cansado de golpear contra uno de los ventanales, movía las alas ya sin fuerzas. Lo tomé y lo dejé afuera, sobre unos matorrales y a la sombra de un eucalipto.

Por destino o por azar, mientras estaba haciendo este libro, viajaba en auto con Jorgelino luego de terminar la sesión de entrevistas extenuantes. Lo llevaba hacia el sitio en que él estaba alojando, la casa de la “tía Mila”, una mujer de edad, vecina al cuartel, que lo conoció bien cuando él trabajaba ahí y a quien quiere como a una madre. Yo iba al volante. A tres cuadras del cuartel Simón Bolívar, desde un costado de la calle voló un pájaro. Jorgelino me alcanzó a decir “qué bonito el zorzal”, antes de que este se estrellara contra el auto. Nunca había atropellado un pájaro en toda mi vida.

No lo comentamos.

Durante el trabajo del libro y también mientras hicimos la película discutimos su amplia participación en los servicios de seguridad durante la dictadura. Su hablar y modos marciales siempre me han llamado la atención.

No se considera un agente porque no recibió “la instrucción que debe recibir un agente”. Si no, otro habría sido su destino. Ser un profesional. Por eso se siente perjudicado por el Ejército.

—Ellos me tomaron chico, me usaron... y cuando ya no les serví, entonces me botaron.

¿Pero no me ha dicho que sus recuerdos de esos tiempos son terribles y que no le gustaría volver a pasar por ellos? ¿No debería sentirse liberado de esa gente en vez de considerar que lo botaron? ¿Habría sido más feliz si es que no lo hubieran echado, si lo hubieran dejado dentro de la DINA para siempre y hubiera llevado a cabo una “carrera brillante”?

Para mí, Jorgelino se mueve en el terreno de los claroscuros, quizás como muchos. El problema es que con esa actitud estuvo en medio del que probablemente fue el pasaje más violento y monstruoso de la historia de Chile. Le tocó estar de un lado, como a otros les tocó estar en otro. Lo hizo sin vergüenza ni pudor y así lo cuenta.

Su formación de mozo en la casa de Manuel Contreras le sirvió para construir su personalidad. Siempre diligente, atento, con una gran sonrisa. Así lo entiende él, así le enseñaron, así lo aprendió, así nació, no sé...

Nunca usó pañales, solo un cuero de oveja y una bolsa choclera. Calentito y apiñado junto a los hermanos, mientras el frío se colaba en las noches por entre las rendijas de los tablones. Y ella sonriéndole. Su madre.

Era una mujer cariñosa y humilde. Tremendamente religiosa también. Como cada noche, las manos juntas, todos los chicos a su lado para el rezo sagrado. Ella se encargó de enseñarles a persignarse con todo cuidado, sin dejar ninguna parte del rito fuera. Tenía un carácter fuerte y llevaba las riendas de la casa. Y cocinaba rico, en una ollita metálica de tres pies sobre un brasero, adentro de la pequeña casa de campo. No había gas, ni luz eléctrica. Todas las mañanas los niños hacían el mismo recorrido para ordeñar las cabras.

Durante ese tiempo nunca faltó la leche ni la carne. Uno o dos chivitos a la semana bastaban para alimentar al clan. Y ella con la guitarra, con sus cantos populares.

Originalmente eran doce hermanos, pero como sucedía por entonces en las familias de campo, varios fueron quedando en el camino. A uno le dolió el estómago, se puso duro y cuando su rostro comenzó a tornarse morado perdió la sonrisa; le dieron yerbas, pero bueno, murió a los pocos días. Otros se perdieron antes de que él naciera.

A uno “lo regalaron” a los abuelos para que ellos lo criaran mientras ayudaba a los ancianos en los quehaceres de la casa. La cocina, el lavado de la ropa, la comida, todo lo que se pudiera. Eran pobres, no había mucho alimento. Y a cambio, ese hermano perdido en los recuerdos, Luis Antonio, tuvo comida y techo. Tuvo una vida.

Cuando él tenía cuatro años, en la familia quedaban siete hermanos vivos. Algunos de ellos a esas alturas ya eran adultos, casados y con hijos, viviendo en Curicó, la ciudad más cercana y el lugar donde había que emigrar en busca del porvenir.

Del padre heredó el gusto por la ropa bonita. No usaba la típica manta de Castilla común en esos años. Llevaba espuelas metálicas, como las de la caballería montada del Ejército, y una argolla de plata donde calzar el pie. A pesar de su pobreza, el hombre lucía un poncho con cuello, cuadrillé por un lado, café por el otro. Claro, ese era el tiempo en que todavía sonreía, le gustaba eso de lucir bien. Esa imagen no se fue nunca más de su memoria.

Y ni un garabato, por ningún motivo, no era forma de tratar a las personas eso de andar con la chuchada en la punta de la lengua. A lo más un carajo, solo si la situación lo ameritaba, cuando no le hacían caso, y eso no pasaba casi nunca.

Casi todo el día afuera, de sol a sol, ayudado por los más grandes, José Vicente, Rosamel, Bernardina y Antonia. Llevar a pastar a los animales, limpiar los canales de regadío, traer el carbón para hacer el fuego... y luego el mismo ciclo una vez más, día tras día.

El terreno había sido de los abuelos maternos, pobres también ellos. Había limoneros, naranjos, perales, duraznos. Y cada verano vendían fruta en los alrededores. Así hacían algo más de dinero para la familia.

Un día su madre desapareció de la casa. El recuerdo de ese tiempo se hace borroso; la sensación de ausencia y él sobrando un poco. Hasta el día en que su hermano Francisco, el mayor de todos, llegó a buscarlo.

Entonces conoció la ciudad y por primera vez vio una casa de verdad. Estaba impresionado. En el patio delantero había miles de piedras enterradas en el piso, puestas en orden, formando un manto donde poner los pies. Una construcción inmensamente grande, pero del mismo barro que se desmoronaba en la casa. En la habitación de cielo alto en madera hacía mucho frío y ahí estaba ella, de espaldas sobre una cama, más pálida que nunca, cansada, tapada con frazadas de pies a cabeza. Primero habían pasado los hermanos a despedirse; solo faltaba él, el menor de todos.

La madre lo besó en la frente. “Sé siempre un hombre saludable, de bien. Tengo el presentimiento de que vas a ser un hombre inteligente”. Una última mirada y se le cayeron las lágrimas, pero él no entendió, no le tomó la importancia al momento. No volvió a verla. No recuerda más. Cuatro años.

Después de aquel día no volvió a ver sonreír al padre. Dejó de trabajar; ya no quería niños cerca.

Hasta que un día nuevamente llegó Francisco. Fue a buscarlos a todos para llevarlos a vivir con él en Curicó: él, el padre —que ya no salía de su melancolía— y los tres hermanos, niños también.

Pero a Francisco no le alcanzaba el dinero del sueldo para alimentar tantas bocas. José Vicente y Rosamel partieron a las casas de otros hermanos. Ahí debían ayudar con el aseo y con la preparación de la comida. Cumplió cinco años.

Luego vino el colegio, el Liceo 70 Jorge Alcalde, de Curicó. Le gustaba. Tenía ganas de aprender. Pero duró poco. Pronto partió a vivir con otro hermano: Lisardo.

El vuelo

Debe haber llegado hasta tercero básico. No más. Y los volvieron a repartir. ¿Nostalgia? No hay recuerdo de ese tiempo. Partieron a la casa de Lisardo en Los Niches, otro de los hermanos mayores, que tenía nueve hijos.

Era un lugar bien pobre, pero precioso. Robles, coihues, peumos, arrayanes, laureles, maitenes, boldos y quillayes, y ríos pedregosos, con saltos, pozos helados y cristalinos camino a la cordillera. El hermano era empleado del fundo y estaba a cargo de la poda y el cuidado de los manzanales.

La familia habitaba un “colectivo”, un galpón con un pasillo de unos sesenta metros de largo con quince o veinte piezas por cada lado. Tenían asignadas tres piezas y dormían apretados. No alcanzaba para tantos. Un pan y una taza de té. Pasaban penurias. Conoció el significado del hambre, del estómago apretando por dentro. Se enfrentó a la sensación de que nada podía ser peor que eso, que cualquier cosa valía con tal de encontrar un bocado de lo que fuera. Los zapatos eran o muy grandes o muy chicos y se rompían, por eso prefería sacárselos y correr así, a pie pelado.

Ahí comenzó a formar el callo, la dura protección que después le sirvió en la vida.

Se levantaba antes de que saliera el sol, como los demás, para ir a cortar pasto para las gallinas y los cerdos y buscar leña para cocinar. Lavaba también la ropa de todos y debía cocinar. ¿Y el colegio?

Al principio fue. Había una escuelita a unos kilómetros de distancia. Había que caminar, tomar una micro y volver a caminar. Pero en los inviernos se hizo difícil: los barrizales, el frío, la lluvia y sin la ropa necesaria para el viaje. Y después el trabajo en la casa se volvió más duro.

Comenzó a sentirse explotado, alejado de todo.

Para empeorar las cosas, el padre estaba cada vez más lejano, cada vez más silencioso. Casi no se levantaba. Una mañana llegó la ambulancia y se lo llevó a Curicó. Cuando lo vio subir a la camilla tuvo un presentimiento terrible: no iba a volver. Por eso, desde ese tiempo le tiene miedo a los presentimientos. No fallan nunca. Dos semanas alcanzó a estar internado. Tres veces fue a visitarlo. La última vez ya no hablaba, estaba pálido, delgado y las manos heladas. Un día ya no despertó. ¿De qué había muerto? No lo supo. Alguna vez lo preguntó, pero nadie supo responderle. De viejito, seguramente, estaba deteriorado, es lo más parecido a una razón. Quizás por la muerte de la madre, el peso de los años en el trabajo duro.

¿Lo extrañó? ¿Para qué mentir? La verdad, no... en lo más mínimo. Tenía siete años.

Desde esa edad hasta los quince años estuvo en Los Niches, siempre lo mismo, ya completamente integrado al mundo del trabajo: cosechar las manzanas en la estación, revisar que los regadíos no se taparan, quitar el barro acumulado y el agua, siguiendo el camino hacia las plantaciones. Lo único entretenido eran los partidos de fútbol que organizaban los fines de semana.

Unos años antes, los hermanos José Vicente y Rosamel habían partido a trabajar a Santiago. No tenía idea dónde estaban ni en qué

trabajaban. En la capital, sabía, había más oportunidades de salir adelante que en ningún otro sitio.

Cierto día, José Vicente y Rosamel aparecieron imprevistamente en el “colectivo”. Venían a buscarlo, le habían conseguido trabajo.

Estaba feliz, hacía rato que la sensación de encierro, el trabajo duro, el ser explotado, lo tenían cansado. Además, quizás hasta pudiera recuperar los estudios escolares.

Abordaron el tren en Curicó. Pararon en Romeral para ver a su hermana Antonia. Compartieron con ella un rato antes de reemprender el viaje rumbo a Santiago. Estaba encantado, era la primera vez que se montaba sobre una máquina como esa, llena de jóvenes de su edad, hombres solos, mujeres, grandes bolsos, maletas, gallinas cacareando.

Finalmente llegaron a la gran ciudad. Impresionado, sí, totalmente, nunca antes había visto algo igual. Le gustó. José Vicente y él viajaron ahora hasta la casa donde trabajaría y habría de cambiarle la vida. En el camino, arriba de una micro, se lo dijo una vez más: “Tienes que tener cuidado, Jorgelino, pon ojo con la familia, con respeto, aprende rápido. El dueño de casa es una persona muy importante, un militar. No lo olvides”.

José Vicente llevaba a su hermano menor con una buena recomendación: él mismo trabajaba en casa del director de Correos y Telégrafos, el general en retiro Galvarino Mandujano. Contreras y Mandujano tenían una relación estrecha, eran compadres. Sus respectivas esposas eran amigas íntimas. Se esperaba que Jorgelino hubiera heredado parte del talento de su hermano.

Llegaron a la intersección de las calles Pocuro y Antonio Varas, en la comuna de Providencia. A un costado del portón había una garita de guardia. Era una casa grande, de dos pisos, con ligustrinas en el cerco que casi no permitían ver el interior. Solo el segundo piso. Tocaron el timbre y entraron al jardín. Era un espacio amplio; a la derecha se encontraba un sector para los automóviles y a la izquierda un prado de pasto verde, bien cuidado, flores, plantas, ár-

boles, todo ordenado. Entonces salió de la casa la “tía Maruja”. José Vicente ya la conocía y lo presentó como su hermano menor, antes de retirarse y dejarlo solo.

En la casa aguardaban los cuatro hijos de la familia: Maite, Mariela, Alejandra y Manolo chico. Tras el saludo de rigor y una breve presentación, lo llevaron a recorrer la casa. Era gigante. Dos pisos. Abajo, un living grande, un comedor, una sala de estar y la cocina. Arriba, cuatro habitaciones.

La “tía Maruja” le presentó a la señora Regina. Trabajaba con ellos desde hacía muchos años. Era una mujer de confianza, tranquila y muy amable. Regina lo iría incorporando a las labores de a poco, en la medida que fuera aprendiendo.

Dormiría en la habitación de servicio. Una pieza donde cabía una cama limpia y ordenada, quedaba también un pequeño espacio para un velador y para moverse con cierta facilidad. Además, tenía un baño solo para él. Y con luz eléctrica. Todo ajeno, todo nuevo. Le encantó, nunca en su corta vida había tenido tanto lujo.

Doña Regina le mostró dónde quedaba el negocio para ir a comprar el pan. En el futuro, esa sería su primera función. También debía llevarle el desayuno al coronel. “Pronto lo vas a conocer”.

Era junio de 1974.

Conociendo a los cuervos

Durante la segunda tarde en el nuevo hogar, mientras arreglaba algunas cosas en el living, lo vio pasar rápido, caminando con el paso corto que lo caracterizaba rumbo al segundo piso de la casa. En esa ocasión no le tocó abrir el portón, todavía estaba recién llegado. Doña María Teresa dijo: “Mira, ese grande de ahí es mi marido”. No le pareció grande, más bien bajito y relleno. Así que ese era. No parecía militar.

De a poco se fue sintiendo cómodo. La casa era muy segura. Había militares por todos lados resguardando las medianías. Una agrupación constante de conscriptos, con cascos y armados, circulaba las veinticuatro horas del día por el perímetro del lugar, escudriñando las calles aledañas de forma mecánica, perfecta. Y los vecinos también eran todos militares. Al lado derecho vivía el edecán del presidente, René Vidal, y a la izquierda se encontraba la casa de Herman Brady, ministro de Defensa. Iba a comprar el pan, sacaba a pasear al perro de la familia —el Kazán. Era quiltro, pero muy bonito—, lo llevaba hasta la plaza Inés de Suárez, a unas cuadras de distancia, en Bilbao con Regimiento Cazadores. Durante los casi dos años que vivió ahí repetiría esa rutina de forma mecánica muchas veces y conocería superficialmente a algunos chicos de su edad.

Al tercer o cuarto día, la familia hizo una convivencia. Por primera vez se enfundó en el traje de mocito: una chaqueta blanca que doña Regina le pasó y una corbata humita negra al cuello. En esa ocasión había ido un garzón desde el cuartel general donde trabajaba el coronel, cuya única función era preparar el ponche a la romana. Todos sabían que al coronel le encantaba ese trago, pero solo preparado por ese garzón. Tenía una fórmula secreta. Iba y venía desde la cocina en busca de más vasos, de copas servidas, de otras ya vacías. Era gente importante, gente bien vestida que ocupaba los dos salones de la casa y también el patio trasero. Una muralla enorme evitaba que alguien pudiera ver lo que sucedía ahí adentro. No había ángulo. Desde ahí abajo solo se lograba divisar unos edificios lejanos.

Estaba en la cocina junto a otro ordenanza y doña Regina, lavando, cuando entró el coronel. Se le veía algo más suelto, menos constreñido. Lo miró y con el tono golpeado que luego se daría cuenta era su estampa para con todos los subalternos, lo saludó con un seco “hola, mijo”. Le extendió la mano. Se la estrechó. “¿Hace cuánto estás acá?”.

Por esos primeros días, doña María Teresa le enseñó también lo que sería la rutina diaria en la casa. Desde las cinco de la tarde en adelante debía estar atento. En cualquier momento podían llegar. Debía abrir el portón principal para permitir la entrada del automóvil y esperar que el coronel se apeara para recibirle dos cosas: un maletín negro y una metralleta. Luego debía correr hasta la puerta de calle, cerrarla tras la entrada del patrón y subir las escaleras con los dos utensilios hasta el segundo piso. Con cuidado, aunque siempre tenía el seguro puesto. Era muy simple: debía dejar el maletín al lado del velador y el arma encima de este.

Detrás del coronel siempre iban sus guardaespaldas armados hasta los dientes. No se alejaban de él en ningún momento. En verdad se veían bien. Con terno, corbata, grandes pistolas dentro de la sobaquera y también sus ametralladoras colgando. Siempre atentos a los detalles. Cuando el coronel estaba ya adentro descansando,

o en el living revisando algunos papeles, ellos permanecían afuera, esperando adentro del automóvil, merodeando por los rincones del jardín, sin dejar de prestar atención, sin pestañear.

Todos los días debía prepararle el desayuno luego de levantarse a las seis y media y haber ido a comprar el pan y el diario. Leía la notita que le dejaba cada noche la “tía Maruja” encima del mesón de la cocina, donde le decía qué servirle al coronel. Le gustaban los churrascos, también los huevos y una taza de café. A las siete y media ya estaba lista la bandeja con el desayuno. Esperaba en la cocina el sonido del timbre apretado desde la habitación del Mamo. A esa hora, cuando subía, lo escuchaba ducharse. Luego, a esperar otro rato al lado del timbre de la cocina. El sonido y a correr de nuevo al segundo piso, a la habitación. Tomar del velador el maletín y la metralleta. Llevarlos corriendo hasta el automóvil segundos antes de su partida y pasárselos a uno de los guardaespaldas apostado al lado del automóvil de la institución. Todo bien programado.

Empezaba a acostumbrarse a la rutina cuando cierto día el coronel le pidió una leche con plátano a destiempo. La preparó doña Regina. La llevaba en un plato desde la cocina hacia el segundo piso cuando, al llegar a las escaleras, se encontró con dos guardaespaldas.

—¿Adónde llevas eso?

—Al segundo piso, es para el caballero.

—¿Caballero?!

—Sí, para el caballero.

El “Loco Olmedo” —después supo que su “chapa” era esa— sacó el arma del cinto, una pistola enorme, y se la puso en la sien. No dejó caer el vaso, no perdió el equilibrio. Lo tomó de las mechas y le puso la boca cerca del oído.

—Mi coronel, hueón. ¿Entendiste? No es el “señor” ni el “caballero”, es mi co-ro-nel.

La voz sonaba furiosa y el cañón le apuntaba a la cabeza, golpeando contra la sien. Había entendido a la perfección, no volvería a

cometer el mismo error. Después regresó a la cocina para serenarse.

Pero había otros guardaespaldas que lo trataban bien, como el “Abuelo” Aedo, suboficial del Ejército, tranquilo y amable, o Tolsa, yudoca experto. Betancourt era igual de pesado que el “Loco” Olmedo al principio, después se fue ablandando hasta convertirse en su amigo.

Ese mundo le gustaba, lo atraía... y sus armas también. Además, por algún motivo los oficiales que llegaban a la casa tenían con los guardias un trato excelente. Ahí comenzó a plantearse la idea de ser un agente; o sea... no necesariamente un agente, pero sí un profesional, un militar de carrera, con su sueldo, un guardaespaldas y comprar buena ropa. Le gustaba la forma que tenían de moverse dentro de los espacios, la seguridad, el profesionalismo, la exactitud y el desplante que veía en esos hombres. Quería ser así, como ellos.

Todavía no sabía con exactitud quién era el coronel, pero durante las siguientes semanas sintió crecer en él las ganas de ayudarlo en una situación límite. Era un hombre de respeto y, mal que bien, se trataba del líder de una familia que le daba techo, donde se sentía cada vez más adaptado, más cómodo. Por eso andaba siempre con el oído atento por si escuchaba algún grito muy fuerte afuera, o las ruedas de un auto rechinando, o si veía a alguien sospechoso, y avisaba. A las labores de mozo comenzó a agregar las de ayudante de guardaespaldas, o por lo menos eso le gustaba creer.

Veía que llegaba gente importante a la casa. Algunos vestían de uniforme, otros de civil. Y también comenzó a memorizar sus nombres. Un núcleo más cercano pasaba todo el tiempo ahí, llegaban después del horario de trabajo. Y eran tratados por el “Mamo” Contreras, la señora María Teresa y sus hijos como si fueran parte de la familia.

El “Gringo”¹⁷, por ejemplo, iba seguido y se tomaba unos tragos, conversaba con el coronel. Al parecer era experto en tecnología.

17 Michael Townley. Agente estadounidense miembro de la DINA. El gobierno chileno decidió extraditarlo a Estados Unidos en 1978 como consecuencia de su participación en el asesinato de Orlando Letelier y Ronni Moffitt.

Le hablaba de inventos y de cuestiones que debía comprar en el exterior. Nunca entendió entonces a qué se referían con los dispositivos y ese tipo de cuestiones. Entre café y café, trago y trago, un sándwich y a veces un plato de comida, se fue haciendo experto en escuchar.

Daba la impresión de que la señora María Teresa sentía cierta admiración por el “Gringo”, así como a él le demostraba ternura. Hablaban de Michael cuando no estaba... que sabía tanto y que además manejaba el inglés a la perfección... Y cuando la Alejandra, que estudiaba en las Monjas Argentinas del Sagrado Corazón, tenía prueba de inglés, Michael Townley le ayudaba a estudiar y a repasar... Se pasaba tardes enteras junto a la chica en la sala de estar. Quizás por eso también le tenían tanta buena dentro de la familia.

Townley, además, estaba a cargo de la tecnología de la casa. Un “citófono”, le decían ellos, pero era un teléfono de línea cerrada. Así, oprimiendo un botón, el coronel se comunicaba directamente con otras unidades del país y con el presidente. Asimismo había un equipo de comunicación radial. Otro igual, pero portátil, adentro de su automóvil.

La “tía Maruja” le enseñó cómo ocupar los equipos de la casa, en caso de tener que contestar. Todos los manejaban a la perfección: los hijos del coronel, doña María Teresa y también doña Regina. Era una regla, en caso de emergencia.

¿Recuerda alguna otra visita en especial? Una de esas fue todo un evento. Entre mediados y fines de 1974. Habían reforzado la seguridad de la casa. Estaba en la cocina preparando la comida con doña Regina antes de que llegaran los invitados y como la hija de esta señora trabajaba en el cuartel general, ya sabía que el caballero que venía a cenar esa noche era nada menos que el jefe del servicio de

inteligencia uruguayo, un tal Bordaberry¹⁸, el nombre era igual que el de un cantante de esa época. Por eso no se le olvidó. Le gustaba su voz.

A la hora de la comida fue el encargado de servir la mesa. Lo hizo bien. Unos días atrás, doña María Teresa –ahora ya “tía Maruja”– le había enseñado con lujo de detalles cómo se hacía. Arriba, la cucharita y el tenedor de postre; a la izquierda, los tenedores, para pescado, para carne, etc. Lo habían ensayado varias veces, ella siempre con una paciencia eterna. Se le notaba que lo quería, si ella misma le dijo: “Dime tía, Jorgelino, es mejor”. Y también lo había instruido en cómo servir y por dónde retirar los distintos tipos de copas. Ella sonrió, le cerró un ojo, en secreto para los demás invitados. Lo estaba haciendo bien.

Después de la comida los dos hombres se encerraron solos en el living, mientras él servía las copas. Bordaberry le contaba al coronel cómo estaba funcionando su país y Contreras hacía lo mismo. “Estoy combatiendo al MIR y al Partido Comunista con todas las formas habidas y por haber. Tengo la fórmula para hacerlo”. Eso fue todo lo que pudo escuchar, no lo fueran a pillar parando la oreja. ¿Un copuchento? Nooo, eso sería grave.

Con tanta persona importante y tanta tecnología y necesidad de cumplir rutinas exactas, comenzó a preguntarse qué tan importante era su patrón. No sabía cuál era su puesto exactamente, pero era

18 Juan María Bordaberry. Presidente Constitucional de Uruguay entre 1972 y 1973 y luego dictador de ese país hasta 1976. Militante del Partido Nacional, de formación y pensamiento conservador. Durante su período en el gobierno repelió con fuerza a los Tupamaros, grupo de izquierda de orientación marxista. Los militares cuestionaron su autoridad y a fines del 73 pactó con ellos. En 1974 encabezó un golpe de Estado, de la mano con los militares, y comenzó a gobernar Uruguay con puño de hierro. Su caída se debió a que, en 1975, consideró establecer un gobierno de carácter franquista. Para ello presentó un documento a la Junta de Oficiales donde proponía eliminar definitivamente a los partidos políticos de Uruguay. Lo consideraron demasiado arriesgado; el costo institucional para el país y la sanción desde el extranjero podía costarles caro. Decidieron reemplazarlo. En 1974, cuando se produjo la visita de Bordaberry a Contreras, la DINA ya contaba con el Departamento de Operaciones Exteriores, cuyo objetivo principal sería establecer una estrecha relación y colaboración con los servicios de inteligencia de otros países del cono sur. Gracias a su funcionamiento se llevaron a cabo crímenes como las conocidas “Operación Colombo” y la “Operación Cóndor”.

obvio que debía ser alguien de muy arriba, encargado de temas de la política del país. “Es un director”, le explicó la señora Regina, pero no entendía nada de eso. Todavía no. “Es muy cercano al señor presidente, a don Augusto Pinochet”, abundó ella, “uno es padrino de la hija del otro. Son íntimos, íntimos, desde hace mucho. Y además el coronel es su brazo derecho. Así que ojo si llama el presidente, Jorgelino”.

La primera vez que llamó fue durante la tarde, por el citófono. Levantó el auricular y del otro lado escuchó la voz nasal, pausada:

–¿Aló? Buenas tardes. ¿Don Manuel Contreras?

–¿De parte de quién?

–De su compadre.

Justo pasó la Mariela, la segunda en edad de las Contreras.

–Oiga, Mariela.

–Dígame, Jorgelino.

–Teléfono para su papá, por el citófono.

–¿Quién es?

–Su compadre.

Ella solo sonrió con picardía antes de ir con el recado hasta la sala de estar. El coronel llegó rápido hasta el teléfono, al lado de la escalera.

–Okey, sí, contesto arriba –y se perdió en el segundo piso.

Pasta de agente

Así, a partir de pequeñas piezas inconexas, aprendiendo día a día, iba construyendo el puzle de su vida.

Sin duda quería quedarse ahí, en casa del coronel. Podría intentarlo por lo menos y, si Dios quería, hasta podría recuperar los estudios. ¿Cómo no iban a ayudarlo si tenían tanto poder?

Observaba con atención a las visitas más recurrentes: Juan Morales, Miguel Krassnoff, Burgos de Beer, Moren Brito, todos juntos o por separado. En su memoria quedó grabada su estampa, su forma de conducirse. Cualquiera de ellos sentado al frente de su coronel, con un trago en la mano o un café, y él ahí de prestado, por unos instantes.

¿Cuántas veces? ¿Quién recuerda cuántas veces se amarró los zapatos?

Le quedó registrado el tema recurrente de aquellos encuentros: hablaban de “paquetes”. Pronto entendió que se referían a cadáveres. ¿Ellos mismos los mataban? ¿Cómo saberlo en ese momento? Todo era muy secreto.

¿No les importaba hablar de eso con él presente? Ni lo más mínimo. Por lo menos nunca los vio callarse cuando llegó con algo para servirles. Todo lo contrario. Le decían al coronel que “tantos habían sido dados de baja”, eliminados, a personas se referían y también lo dijeron. Y el coronel del otro lado, inmutable, simplemente firmaba los documentos, porque todo quedaba documentado.

También hablaban de operaciones de inteligencia, de “proyectos”. Querían hacer de cada unidad, de cada brigada, un equipo especializado.

Para el momento de estos recuerdos de Jorgelino ya estaban en pleno funcionamiento varios centros de detención y tortura, tales como Villa Grimaldi, Tres y Cuatro Álamos, Londres 38 y José Domingo Cañas, lugares desde donde los detenidos eran muchas veces sacados sin vida luego de las sesiones de tortura. La DINA contaba con un complejo organigrama para dar respuesta a la necesidad de “terminar con la disidencia”. Los sujetos presentes en estas reuniones eran justamente los encargados de los centros de detención y tortura más conocidos de Chile. El círculo de confianza del coronel Contreras.

Miguel Krassnoff estuvo a cargo de las agrupaciones Halcón 1 y Halcón 2, parte de la Brigada Caupolicán, encargada de dar caza al MIR entre 1974 y 1975, los años más duros y que concentran mayor cantidad de crímenes. Desde el centro de detención de Londres 38 y luego la Villa Grimaldi, las víctimas que salieron de ahí con vida lo recuerdan como uno de los interrogadores más duros, solo superado por otro de los incondicionales del coronel Contreras, el entonces mayor Marcelo Moren Brito, jefe de la Brigada Caupolicán. Fue segundo de a bordo y luego jefe de Villa Grimaldi. Leal a Contreras hasta el final. Un tipo brutal, temido

por los detenidos de ese recinto. Su sobrino y militante del MIR, Alan Bruce Catalán, estuvo detenido en ese centro. Hasta hoy se desconoce su paradero. Burgos de Beer era el ayudante personal de Contreras en el cuartel general y en Villa Grimaldi.

¿Sentía espanto o temor? No, nada de eso, si a él no le espantaba nada... o casi nada. A esas alturas, ese tipo de comentarios comenzó a parecerle normal, como también las personas frecuentando la sala de estar, parte del ritmo de ese hogar.

Cada vez se sentía más integrado al clan. Todos lo trataban bien, pero Mariela Contreras era la más amable, siempre le preguntaba: “¿Cómo estás, Jorgelino?”.

¿Y el varón? El Manolo chico... ¡Cabro mal enseñado, casi siempre adentro de su pieza, a veces con malos modos, seco, un poco como su padre! Le gustaban los rifles a “postones”, andar disparando por ahí. Una vez tuvieron un problema con una vecina que fue a alegar porque había disparado a su casa. Pero no había sido nada de importancia, nada que trajera alguna consecuencia a la familia.

Pronto se encandiló con las artes marciales, Bruce Lee era su ídolo máximo. No recuerda si lo heredó de los agentes o del Manolo chico. Cuando el hijo del jefe estaba en clases en el colegio San Ignacio, de avenida El Bosque, a veces se quedaba registrando su pieza y veía sus revistas de Bruce Lee. Él mismo se las prestaba para hojearlas, pero tratándolas con cuidado. Era impresionante. La musculatura definida. Y con sus nunchacos de madera.

¿Se llevaban bien los hermanos entre ellos? El Manolo chico siempre andaba agarrado del moño con la Alejandra, la segunda más chica. Tenía malas pulgas ella, pero nunca las peleas llegaron a mayores. En esas pocas ocasiones salía el grito de la “tía Maruja” y todo volvía a la tranquilidad. Porque ella era le ley dentro de ese hogar. Entonces sí, puede decirse que había diferencias y problemas, pero menores. En general era una familia tranquila, acostumbrada a reunirse cada noche a comer y los fines de semana a almorzar todos

juntos en el comedor interior. Sin muchas palabras, una que otra. Y el coronel, normalmente silencioso, concentrado en la comida o quizás en qué estaría pensando.

Como era el asistente de mozo oficial en casa de los Contreras, aprendió el secreto del ponche; se lo confesó el propio garzón del cuartel general. “Así lo podís preparar tú mismo para mi coronel cuando quiera”. En realidad era muy simple: en un pocillo grande echaba treinta litros de vino blanco, dos litros de champán y un litro de aguardiente o pisco. Se podía de las dos formas. Pero el secreto se encontraba en la fruta. De los cinco tarros de piña picada necesarios para la preparación, el garzón tomaba dos y los molía en la juguera. Y mucho hielo. Como toque de gracia, lo que al coronel más le gustaba: los bordes de la copa humedecidos y espolvoreados con azúcar flor, como se hace con el pisco sour. Le gustaba aprender y demostrar lo hábil que era, se sentía bien.

Para la siguiente convivencia, él mismo preparó el ponche y se ganó la titularidad de esa misión en adelante.

Se juntaban harto seguido, solo por el gusto de compartir. Y generalmente los mismos de siempre, solo que en estas ocasiones llegaban con sus señoras, sus hijos y sus hijas, como familia. Burgos de Beer y Townley siempre en una esquina, conversando con alguien de quizás qué tema secreto; Krassnoff, con su whisky; Juan Morales, con varios tragos de más. La “tía Maruja” también era buena para tomar, pero no siempre, en la semana no, en esas ocasiones sí, solo compartiendo. Claro que cuando le dolía la cabeza lo llamaba... Un par de pastillas con whisky y santo remedio.

Ese mismo año pasó la primera Navidad con la familia Contreras. La Alejandra y el “Mamito” habían salido de vacaciones con el colegio. La Maite estaba recién casada con Hugo Carter. Todos juntos para la comida. Él atendiendo con el traje de mozo, como si fuera un día más. Luego, recoger y esperar que llegaran las doce, la medianoche. Y lo llamaron. Estaban en el living junto al árbol navideño, todos alegres y emocionados antes de recibir sus regalos. Él

no tenía idea de qué se trataba, jamás le habían regalado nada. No conocía la emoción de ese evento. Y ahí estaba el paquete envuelto en papel de colores para él; sintió cómo se le desbordaba la alegría al recibir un par de zapatos —nuevos, relucientes, negros—, un pantalón precioso, calzoncillos, calcetines y una camisa. Tenida completa. Sí, más que contento, feliz.

De cierta forma se sentía en deuda. Ahora que había comenzado a tomarles cariño, la necesidad de hacerse notar dentro del grupo de alguna forma, como fuera, se acentuó en su interior. Siendo competente, atento, por ejemplo. Y una noche tuvo su oportunidad.

Debe haber sido a fines de 1974 o a principios de 1975, ya había terminado todas las labores del día. Así que, acostado a esa hora con la luz apagada pero aún despierto, con la casa en silencio total... Y de pronto las ruedas de un automóvil rechinando agudo, a toda velocidad y luego la ráfaga de balas, veloz, y los vidrios cayendo despedazados contra el piso. En un instante, antes de siquiera haberlo pensado, ya había cruzado la cocina, subido las escaleras y se encontraba en la pieza de Mariela y Alejandra. Era un camarote. Mariela estaba bien. No alcanzó a preguntarle nada a Alejandra. Con violencia la tomó de la ropa en la oscuridad y la tiró sobre el piso. Los dos estaban ahí, acostados, ella sollozando. No tenía ninguna herida, solo el susto.

La ventana de esa habitación daba hacia Pocuro. Era la más expuesta. Pero, por seguridad, el coronel había mandado poner placas metálicas que cubrían una porción importante. Iban desde el piso hasta un metro y medio de altura. Luego, al revisar los impactos de los proyectiles, vieron las marcas en el metal. Muchas balas habían golpeado contra la barra.

Cuando llegó hasta la pieza el coronel, en pijama, se veía nervioso, sin pronunciar palabra. Lo vio ahí, junto a sus dos hijas, tendido en el piso. Estaban todos bien, no había sido nada. Alejandra se había puesto a llorar por miedo nomás, por el ruido de las balas. Contreras no le dijo nada, el coronel jamás felicitaba a nadie por sus

acciones, por lo menos nunca lo vio hacerlo, y en esa ocasión, que era como para merecerlo, tampoco le llegó. Pero lo vio en sus ojos, se había anotado un “porotito”.

El atentado no salió en las noticias. Tampoco sabe si pillaron o no a los responsables. En la casa no se volvió a hablar del episodio.

Integrando la bandada

Por ese tiempo conoció la “chapa” del coronel. Cuando no estaba presente, sus guardaespaldas lo llamaban el “Mamo”. Que lo dijieran delante de él, el “Mocito”, le pareció un signo de confianza. Empezaron a agarrarle estima, algunos... Con los más pesados nunca pudo hacer buenas migas, no lo dejaban acercarse, pero igual los atendía a todos. Generalmente era cuando llegaban junto al coronel desde el cuartel general al terminar la jornada de trabajo. Pasaban por una bebida, de repente un sándwich. Y ahí los fue conociendo. El más buena onda era Betancourt, el yudoca, nunca le supo el nombre. Los demás decían que estaba medio cagado de la cabeza. Todo el día andaba practicando las llaves, entrenando nuevos golpes y contrallaves. A él le interesaba todo eso. Era parte de su profesionalización, cumplir bien su trabajo. Además, era necesario.

A principios de 1975, cuando tenía dieciséis años de edad y poco después del atentado a la casa del coronel —él cree que a modo de premio por su valor—, los mismos agentes se lo comunicaron: iría a entrenar al polígono de tiro del Regimiento Buin, ubicado en Recoleta, para aprender a disparar.

Estaba emocionado. La idea no solo le gustaba, le encantaba. Ese día lo llevaron en automóvil. Ahí conoció a su instructor, el teniente Nieto. Un tipo muy pesado y seco. Duro también para hablar, para dar las instrucciones. Partió con lo más básico. El tipo de armas, el tipo de calibres, dónde se porta el arma, cómo evitar que un tiro se le escapara, qué era la “bala pasada”, cómo se quitaba el seguro. Después, cómo disparar, adónde apuntar. Las medidas de seguridad eran muchas.

El teniente Nieto le presentó las armas que luego debería aprender a manejar. El revólver Rossi, italiano, calibre 38, en la versión cañón largo y corto. La pistola española automática Llama y el fusil AK-47.

Tres meses duró la instrucción. Durante ese período sintió en su interior algo satisfactorio, algo “rico”. Disparó tiro a tiro, por ráfagas, afinó la puntería, a la cabeza, al cuerpo. Lo hacía muy bien y los deseos de ser militar, con las armas ahí por primera vez en la mano, se multiplicaron, y se convenció aún más de que lo suyo debía ser convertirse en un soldado profesional.

Al lado de su habitación, entre el lavadero y la cocina de la casa de los Contreras, estaba la sala de armas. Ahí guardaban un revólver Rossi como el que le habían enseñado a utilizar en el polígono, una pistola M-10 y un fusil AK-47. Cada vez que podía, después de terminar el trabajo en la casa, las labores de aseo, en algún espacio libre o el día domingo, entraba a la salita con el mayor sigilo. Las miraba primero, las limpiaba. Luego empezó a alinearles la mira tal como había aprendido, a desarmarlas en todas sus partes. También las aceitaba. Ahí se pasaba un millón de rollos: él convertido en agente, disparando al enemigo. Era raro, pero en ese tiempo sentía ganas de que pasara algo, un nuevo atentado... lo que fuera, y ahí poder disparar.

Terminado ese curso de instrucción, la “tía Maruja” le dijo que iba a ir al Regimiento de San Bernardo. Durante tres meses alojaría allá, donde le iban a enseñar lo básico en cuanto a modales y rigor.

La idea no le molestó. Podría seguir aprendiendo a usar armas y algo de defensa personal, cosas que de verdad le interesaban.

Tomó una micro hasta La Moneda. Desde Nataniel con la Alameda partió en el bus expreso. Fue una rutina constante que pasó sin mayores sobresaltos ni emoción. Todos sus compañeros estaban haciendo el servicio militar. De cierta forma, él también. Eso era: un acondicionamiento físico general, levantarse temprano en la mañana, aprender el valor del compañerismo, correr mucho por los campos, con y sin obstáculos. Por campos de arrastre. Y la limpieza, mantener siempre el aseo personal y la ropa limpia. No hizo amigos. Lo miraban raro.

Terminó el curso en San Bernardo y volvió a sus labores de mocito dentro de la casa. Una tarde, quizás qué estaba haciendo en ese momento, el coronel se le acercó. Le preguntó que cómo le estaba yendo.

—¿Te gustan las cosas que te enseñaron?

—Sí, por supuesto.

—Qué bueno, sigue esforzándote, lo estás haciendo bien. No olvides que acá a futuro puedes hacer una carrera.

A partir de ese momento redobló los esfuerzos. Apenas tenía un rato libre, pasaba a la sala de armas y cada vez se volvía más veloz armando y desarmando el revólver. Y con las revistas de Bruce Lee veía los pasos, las patadas, e intentaba llevarlas a cabo tal como indicaban las fotografías.

Betancourt le contó a la señora María Teresa que le gustaban las artes marciales. Que andaba todo el tiempo preguntándole cómo se hacían las llaves. Propuso llevarlo con ellos a tomar algunas lecciones de defensa personal. Seguro le iba a servir para su desempeño en la casa en caso de cualquier emergencia. Ella accedió.

Las clases eran tres veces por semana, pero en su caso sería solamente una vez. El resto del tiempo debía seguir cumpliendo las labores en la casa del coronel. Iban todos juntos al cuartel general en

calle Vicuña Mackenna con Belgrado (Belgrado 11), casi cayéndose del centro de Santiago. Él no lo sabía aún, pero ahí mismo, en otro piso, tenía su despacho el coronel.

La DINA se había cambiado a esas dependencias pocos meses antes. Originalmente sus oficinas estaban en el segundo piso del Congreso Nacional, en el centro de Santiago, cuando era todavía una entidad misteriosa de la que solo se conocían oscuras y siniestras leyendas transmitidas de boca en boca.

La sala de artes marciales estaba en el subterráneo, un espacio inmenso donde también se encontraba el casino del cuartel. No estaba del todo bajo tierra, unos visillos en lo alto de los muros permitían ver desde afuera su interior. Servían también para ventilar el lugar.

El instructor era un coreano. Venía de la academia de artes marciales del “Guatón” Petit¹⁹, cerca del cuartel, en Diez de Julio con Portugal. Con él entrenaban todos los guardaespaldas del coronel y también los de otras autoridades importantes del país. Y tenía fama de “terrible”.

El primer día transcurrió en una instrucción general para entrar en calor e ir viendo qué le gustaba más. El profesor coreano le preguntó amablemente con quién deseaba entrenar en la clase. Con Betancourt, sí, con él tenía más confianza, al resto no los conocía tanto. Betancourt hasta le había pasado un kimono. Le quedó inmenso de grande, le puso un elástico en la cintura, así no se le caería.

Quería aprender kárate. Tolosa y Betancourt lo apadrinaron. Cuestiones básicas. Moverse con las piernas dentro del espacio en forma de “H”, las patadas, dónde y cómo, la forma de moverse con respecto al enemigo. Esto sí le gustaba. Era estrategia, debía pensar rápido, los reflejos listos, moverse con sigilo, ver las flaquezas, los posibles errores de un contrincante, para luego atacar.

19 Academia del maestro Arturo Petit Almonte, único instructor de artes marciales autorizado por la dictadura para operar en Chile entre 1973 y 1975. Fue instructor de diversos cuerpos e instituciones de las Fuerzas Armadas. Condecorado por Augusto Pinochet.

En la siguiente clase tuvo que enfrentar al profesor coreano. Se veía tan delgadito y pequeño –“seguro con una patada lo desarmo”–, como que se fuera a quebrar. Intuitivo o qué, cómo saberlo. Se acercó, le puso las manos sobre los hombros. Lo miró. “*Celal* los ojos”. Bueno, cerrados. Un instante de silencio. Y luego sintió la cachetada en el rostro junto con el viento. El coreano no le había quitado las manos de los hombros. Cuando abrió los ojos de nuevo, el “sensei” estaba frente a él en la misma posición. Tampoco había nadie cerca. Había sido una patada, se la encajó por dentro, doblando, girando, rotando la pierna. El caso era que de alguna forma lo había golpeado. Impresionante el coreano.

Debe haber sido a la tercera o cuarta clase, quizás la quinta. El profesor le enseñaba kárate, la especialidad que había elegido. Y lo alababa, le impresionaba la fuerza con que golpeaba, siendo solo un muchacho. Con los cajones manzaneros era una fiera. Quebraba uno con el pie de una patada, el siguiente con un golpe de puño directo, rasante, y el tercero con la cabeza. El coreano, impresionado, aplaudía: “Mucha *fuelza* usted, muy bien. Muy *dulo*, muy *dulo*”.

Le habría fascinado asistir tres veces por semana como todo el resto. La única alternativa era entrenar en el patio de la casa cada vez que tuviera un tiempo libre: las patadas, los golpes, esquivar. Luego comenzó a aprenderse las rutinas completas, los katás y con el nunchaco practicando sin respiro. Leía todo lo que caía en sus manos y que estuviera relacionado con la defensa personal, se devoraba las revistas del Manolo chico y también otras que comenzó a comprar con el sueldo. Estudiaba los golpes. Cuando llegaba la hora de la clase de la semana siguiente, ya estaba avanzado, había estudiado. Y el profesor coreano lo seguía alabando. Estaba haciendo las cosas bien.

El coronel le daba de comer los días domingo a Tutankamón, un queltehue²⁰ que vivía en el balcón del segundo piso. Levantaba la

20 *Vanellus chilensis chilensis*. Ave nativa de Chile cuyo hábitat se extiende desde Copiapó al norte hasta Llanquihue al sur.

persiana y se quedaba observando el patio, lo veía practicando los pasos, cada vez más rápido, siempre con la misma fuerza. Él, al oír el sonido de la persiana, se esforzaba aún más.

¿Le sirvió tanta formación? Claro, en muchas ocasiones. En peleas de curados, con los huasos, duros como ellos solos para recibir los golpes. Y en la Iansa, la industria azucarera, donde trabajó después, muchos años después de la instrucción y de su vida en la casa de los Contreras. Sí, esas enseñanzas le salvaron la vida.

Un viaje en el tiempo hasta el año 1985. Es el encargado de seguridad en la planta de jugo de manzana de la Iansa, en Curicó, cerca de su tierra natal.

El coronel de Ejército Lilibardo Oyarce, ya en retiro, era el director de seguridad de la planta y al verlo notó de inmediato su origen, la formación recibida. En la forma de hablar, en cómo redactó el currículum. Más tarde, luego de entrar en confianza, hablaron más en privado, solos. Le preguntó dónde había trabajado y con quién. Le contó una parte, solo una parte, la necesaria para que el caballero quedara impresionado. Muy bien, pertenecía a la familia militar, aunque hubiera entrado por la puerta de servicio. No importaba.

Fue jefe de diez guardias de un total de cuarenta. Debía evitar los robos de la gente de afuera, ladrones especializados, comunes y peligrosos. Con su nunchaco y con una pistola. Además de jefe, también hacía rondas con el resto de los guardias por todas las instalaciones. Ese trabajo le gustaba.

Una noche descubrió a ocho jornaleros robándose herramientas de la empresa. “No, déjenlas ahí. Si lo hacen, el lunes pueden volver a trabajar. Acá no ha pasado nada”. Cinco tenían cuchillos. Cuatro metros de distancia, unos adelante, otros por atrás y a los lados. En un instante lo estaban apuñalando por todos lados. Sintió un rajazo en la espalda, otro en el brazo. Eran tipos peligrosos, patos malos de una población de por ahí. Querían robar no más. No dudaban.

Ah no, lo estaban matando. Sacó el nunchaco y les dio en todos lados, no recuerda a quién porque no los conocía. Pero en las pier-

nas a uno, en la cabeza a otro. Dedos quebrados, piernas, cráneos rotos por los golpes certeros. El jefe de obras, un ingeniero, llegó corriendo. “¡Vergara, ¿qué pasó?!”. Y los tipos tirados a su lado, lamentándose.

Esa experiencia fue dura para su integridad física. Pero cuando ocurrió su mente ya había sufrido mucho. Ya conocía el mundo. Ya había visitado las oscuridades de su conciencia. Sin poder despegar los ojos del techo, siempre atento y con sobresaltos, el cuerpo entero temblando sobre la cama. Luego ese cansancio o fatiga. Fue en los tiempos duros, cuando el trabajo era duro también.

¿Culpa? ¿Culpable de qué, si no era mayor de edad, y además la culpa de qué puede servir?!

¿Quizás arrepentirse de lo vivido? ¿De qué puede servir el arrepentimiento... y arrepentirse de qué? Calentarse la cabeza con esos fantasmas no tiene el menor sentido. Eso no corre. Como ejercicio mental, no los recuerda nunca, los tiene apartados en un baúl bien lejos de todo lo demás, de la vida concreta, del día a día. El trabajo es el mejor remedio, el mejor de todos. Mantener la cabeza llena de trabajo, todo el tiempo ocupada. Lo hecho, hecho está. Punto. Tendría que ser el rey de los huevones para “psicosearse” él mismo con eso. Ahora, una cosa es verdad: cada cierto tiempo, de vez en cuando, esa incomodidad todavía le aflora.

Y sumando y restando, las clases con el coreano, claro, le sirvieron para la vida.

Todas eran grabadas por una cámara frente a la sala de instrucción. Un plano general que captaba todo y a todos ahí dentro. En fila, ordenados, haciendo los pasos al son de las órdenes del pequeño profesor, los gritos de guerra a coro. Luego, cualquiera podía pedir verse en una pantalla ahí mismo, en una mesita con televisor terminada la clase. Y a él, por supuesto, le gustaba mirarse para perfeccionar el estilo.

En eso estaba, o en clases, ya a principios de 1975. Fue la primera vez que le vio la cara. Empezó el rumor que venía el presidente al

cuartel general. Ordenarse, ordenar todo. Llegó con tres automóviles detrás de él. Del auto bajó con tres guardaespaldas más. Pasó por el pasillo frente a ellos y subió hasta el primer piso. Iba a visitar al coronel. Unos veinte minutos deben haber estado allá encerrados en la oficina. Después, Pinochet pasó de vuelta caminando rápido con sus tres guardaespaldas a la siga. Esta vez, antes de dejar el lugar, hizo un ademán de despedida hacia los que estaban más cerca, sin detenerse. Y tal como había llegado se fue.

¿Era Pinochet el que iba a visitar a Contreras y no al revés? A veces. Y entre los agentes y las personas con las que conversaba, era parte del “chaqueteo” diario. Lo escuchó varias veces: que el coronel “se lo metía en el bolsillo”.

¿Cómo es eso? No sabe. Como si a través de su personalidad lo convenciera de algo o que hacía las cuestiones sin pedirle permiso. Esto último le parecía muy difícil, más probable la primera posibilidad. Pero se querían mucho.

Emigrando al mar

En mayo de 1976, dos guardaespaldas de Pinochet llegaron con un Ford Mercury a la casa del “Mamo”. Recuerda que él mismo les abrió la puerta. Lo traían por encargo del presidente para el coronel en el día de su cumpleaños. Era enorme, un autazo. En el estacionamiento, a un costado del jardín delantero y de la casa, estaba el *station* familiar y el Fiat 600 de la Mariela, que era su primer auto y un regalo de su padre. Lo corrieron hasta el jardín y en su lugar retrocedió el regalo. Tenía una tremenda insignia parecida a la de los Mercedes Benz. Traían una cinta larga de colores. Lo rodearon con ella de arriba abajo. En el techo, un precioso nudo. En el capó, los agentes colocaron una tarjeta, seguramente de agradecimiento. Terminada la operación se fueron. Los despidió la “tía Maruja”.

Esa tarde todos andaban como locos adentro de la casa, por el patio. Y él afuera, cuidando... no le fuera a pasar algo al auto, aunque era prácticamente imposible. El coronel estaba en el cuartel general. Hasta que llegó a la casa. Como de costumbre, le abrió el portón. Ingresó junto a sus guardaespaldas en el automóvil del servicio y llegó hasta el lado del regalo. Cuando se bajó se quedó mirándolo impresionado. “¿Qué pasó aquí?”. Con el rostro seco, las mejillas

caídas y los ojos pequeños, rasgados. Ni una sonrisa; no, él no era de sonrisa fácil. Y él al frente suyo, listo para recibirle el maletín y la metralleta, como todos los días. En eso salieron la “tía Maruja” y sus hijos. “Es de tu compadre Augusto, Manuel, un regalo”. “Ah”, dijo, o algo como guau o chuta, pero siguió ahí. Miró la nota y se subió. Lo vio por dentro, ante la mirada atenta de sus guardaespaldas.

Las vacaciones de verano fueron la prueba del vehículo. Toda la familia había partido ya al balneario Rocas de Santo Domingo en el *station*, con la supervisión de guardaespaldas. Él se había quedado en la casa. Debía esperar al coronel. Iban a viajar juntos. Echó arriba su bolso. Se montaron los dos solos. El coronel iba a manejar el regalo en carretera por primera vez. Atrás, en otro vehículo, iban custodiando el viaje Tolosa y el “Abuelo” Aedo. Todo bien, pero no conversaba nada; el coronel tampoco era de muchas palabras con los clases, menos con él. Silencioso, concentrado en el camino. A lo más, un “oye, mueve el espejo retrovisor. Bien, ahí está bien”. Seco.

Antes de llegar a Melipilla, en El Monte, vieron el puente. Al frente, un camión tres cuartos en sentido contrario, a la misma distancia. No alcanzaban a pasar dos vehículos. No se decidía. Que sí, que no. Y él empezó a sentirse frenético. En un instante el coronel aceleró la máquina al máximo de su potencia. Iba a toda velocidad. Cuando llegaron al puente se roncó un poco en la tierra y entraron algo ladeados. Por un milímetro no chocaron contra la baranda, que si no, se van para abajo. Y el piloto del camión, tremenda chantada al otro lado, justo antes de pasar, que si no habría sido peor, un choque frontal. Pasaron con el bólido hasta el otro lado y luego continuaron. No atinaba a decir palabra. Estaría pálido, seguro. Y el coronel con una sonrisa: “Menos mal que esta joyita responde. Muy bien”.

Eran las primeras vacaciones en su vida. El año anterior no había ido junto al clan, pues estaba en plena instrucción en la Escuela de Infantería de San Bernardo. Llegaron a una cabaña de madera sobre los cerros, en medio del bosque, a unas cinco cuadras de la playa, pequeñita, con cuatro habitaciones, pero con todas las comodidades. Living y comedor, todo junto. El coronel con la “tía Maruja” en

una pieza. En la otra, Maite –recién casada con Hugo Carter–. En la otra, juntos, Manuel chico, Alejandra y Mariela. En la habitación de servicio, él solo.

La señora Regina no iba a esos viajes. Partía de vacaciones a otro lado. Así que la “pega” era un poco más dura. En la mañana estaban las labores de desayuno para toda la familia; después, las camas. Y en las tardes a pasear al Kazán, el perro bonito. Partían en la caminata los dos juntos desde la casa bajando por el camino de árboles inmensos hasta la playa y desde ahí al sur por la arena... hasta llegar al roquerío al lado del río, donde comienza el Regimiento Tejas Verdes²¹.

En esos paseos por la playa se dio cuenta de que ahí mismo “vacacionaban” también los agentes y los guardaespaldas. Los veía tendidos en la playa con sus familias y tras ellos muchas cabañas en “A”, idénticas y de color naranja.

El coronel no se mezclaba con ellos. Su familia tampoco. Se bañaban y ponían sus toallas justo al frente de la casa, a unos 300 metros de las cabañas de veraneo. Hasta ahí llegaba el recorrido y ni de visita se aparecía. Descansaba bastante en el lugar, se le notaba. No bajaba siempre, pero bastante más relajado, con los papeles y el diario que sin falta mandaba a comprar con sus guardaespaldas a Llolleo. A veces, cuando algo pasaba, asuntos que no comentaba con nadie, partía a Santiago por el día, hacía sus cosas y luego volvía por la noche a comer con la familia.

También iban seguido al cuartel Tejas Verdes a comer con otros oficiales. Pero él sí comenzó a hacer vida social con otros agentes de la DINA y sus familias. Claro, le gustaba. Tenía el físico de un adulto. En los ratos libres bajaba a la playa con un frasco con vaselina a la mano y de ahí a todo el cuerpo. Y la piel bronceada al sol, musculoso. En ese tiempo, uno de sus íconos era Rocky Balboa, el

21 El Regimiento Escuela de Ingenieros Militares Tejas Verdes, ubicado en San Antonio. Al momento del golpe era dirigido por el coronel Manuel Contreras. Funcionó como el primer campo de concentración de detenidos de la disidencia.

de la película, así que la toalla al cuello y empezar a correr veloz, paso largo, estético y atlético, por la playa al lado del mar hasta el roquerío. Y cuando llegaba ahí, como un escarabajo por las piedras y rocas, subiendo hasta llegar arriba, a lo más alto, como Rocky.

Lo observaban las hijas de los suboficiales y de los clase. Todas ellas se juntaban a mirarlo pasar. Le pusieron sobrenombres, según se enteró luego. No era “el joven de la toalla”, era “el joven de la toballa”. Y también “el lolo”.

Le servía ser el mocito de la familia Contreras, era una buena carta de presentación. Y también tener al Kazán al lado. Tiempo después se iba a hacer conocido como “el regalón del Mamo”, otro sobrenombre que en algunos círculos le sirvió y en otros fue un ají picante en semejante parte.

Los agentes de la DINA llevaban a sus familias por quince días. Luego debían partir a Santiago de vuelta. Los traían y los llevaban en buses grandes. Desde ahí descendía la prole completa, pelotas, quitasoles y bolsos incluidos. Llegaban hasta las cabañas. Cada una con su reglamento muy serio, respetado por todos. En la jerga del lugar pasaban a ser “colonos”. Así los llamaba el capitán Sánchez, encargado del lugar, la primera y la última palabra. En cada puerta había un cartón amarillo con letras negras, el reglamento indicando las normas a cumplir. La limpieza de las habitaciones, el ruido, la higiene de los baños. “Consideración, señores colonos”, esa era la norma general para los agentes en vacaciones.

Iban oficiales y suboficiales. Pero claro, el trato era distinto. Todo, desde la comida y la calidad de las piezas. Cuando se iba un grupo, ese mismo día llegaba otro. Por lo menos cien personas. Y ahí el capitán organizaba la fiesta de bienvenida a los nuevos “colonos” y la de despedida de los que partían. Se juntaban los dos grupos. Mucha comida, porque en el casino estaban los cocineros especialistas en asados y contrataban una orquesta de música. Entonces se armaba el bailable. Esas noches el ruido estaba permitido hasta tarde y también los tragos, que corrían de mano en mano. Y las risas del

conjunto, saltando con la música. El casino lleno. Pura camaradería. Nunca, en todos los años posteriores que le tocó ir de vacaciones a esas fiestas, vio una pelea. No, nada de eso, allá todos se portaban bien.

Y el que quería tomarse un traguito por la noche iba a pedirle permiso al capitán Sánchez. El caballero era buena onda y los autorizaba para ir a beber algo a la playa con los compañeros. En la oscuridad, al lado de las dunas y con el mar de Santo Domingo de fondo, hacían las fogatas. Las familias de los agentes sentadas alrededor del fuego. Todos juntos cantaban canciones acompañados de una guitarra. El “Fosforito” tocaba muy rebién. Una preciosa voz, todos a coro lo seguían. Después venían las adivinanzas, de lo que fuera, los *sketchs...* y el aguardiente corriendo de mano en mano, mezclado con café y con las risas de los presentes iluminadas por las llamas del fuego en el momento de relajo, muy lejos de las funciones diarias de Santiago en sus respectivas brigadas.

Y durante el día los monitores se la pasaban organizando actividades para los “colonos”. Partidos de fútbol. El voleibol se practicaba mucho también. Alianzas, colores, juegos para los niños, pruebas de resistencia. Muchas risas, barras y más risas.

A la Alejandra Contreras le agradaba correr distancia por la playa. Tenía buena resistencia, le gustaba, era parte del equipo de atletismo de su colegio, las Monjas Argentinas de Pedro de Valdivia. Y lo invitó a acompañarla un día. Juntos corriendo al lado del mar, por la arena dura hasta los roqueríos donde comienza el cuartel Tejas Verdes. Al final venía la rematada. Ella “le ponía con todo”. Si hubiera querido la dejaba atrás en un dos por tres. Pero no, a su lado mejor, habría sido mala onda ganarle, si era una mujer, la hija de su coronel, además. Se podría haber visto feo.

Cuando regresaron de correr, Alejandra le contó a su padre que él lo hacía muy bien. El coronel quiso verlo con sus propios ojos. Salieron a un costado del cerro. Iba descalzo. El suelo era de maicillo, con piedrecillas gruesas, afiladas. Partió como un bólido por el cami-

no hasta perderse en la distancia. Cuando volvió, Contreras parecía sorprendido. “¿Corres a pies pelados?!” En ese momento recordó su infancia en el sur junto a sus hermanos, de una casa para otra, para todos lados corriendo descalzo con los pedidos y también por los caminos y senderos en el campo. Es cierto, era un bruto, así es.

Cuervos, halcones y águilas

Hacía tiempo que esperaba esa oportunidad —insinuada por el coronel tiempo antes— para defender a la familia en caso de un atentado o de lo que fuera: a partir de entonces lo llevarían a todos lados con ellos.

Durante el invierno de 1976 fueron todos juntos al Cajón del Maipo²². Alojarían unos días en una casa grande, la casa de piedra. En verdad era de piedra, de un piso, con muchas habitaciones, tantas que él dormía en una solo y los guardaespaldas en otra y los hijos y el coronel con la “tía Maruja” en otras.

Hasta antes de septiembre de 1973 la casa había sido propiedad del director del diario *El Clarín*²³. A ella, antes del golpe, habían sido invitados Pablo Neruda y uno de los amigos más queridos del periodista, el presidente Salvador Allende. Después del golpe la casa fue usur-

22 Cajón andino. Se ubica al oriente de Santiago. Corresponde a la cuenca del río Maipo.

23 El director de *El Clarín*, Darío Sainte Marie, más conocido como “el hombre de la pluma ácida”, “Volpone”, vivía ahí con sus cuatro hijos y su esposa, Carmen Kaiser.

pada por la DINA. Cuando el cuartel Rocas de Santo Domingo dejó de ser el lugar de entrenamiento y formación de los agentes de Contreras, la casa de piedra la reemplazó transitoriamente, hasta que la instrucción se afincó definitivamente en Rinconada de Maipú²⁴, donde posteriormente se creó la Escuela Nacional de Inteligencia, lugar de formación por excelencia de las futuras generaciones de agentes de la dictadura.

Durante algún tiempo, la casa de piedra también funcionó como cuartel. Varios detenidos desaparecidos de jerarquía en sus respectivos partidos políticos fueron llevados hasta allí para ser careados con altos personeros de la dictadura, incluyendo a Augusto Pinochet. Ahí, supuestamente, el ex dictador recibió al subsecretario general del Partido Comunista, Víctor Díaz López, cuando este recién había sido secuestrado. Pinochet quería “conversar” con su presa más codiciada.

Para él solo era una casa exquisita donde le tocaba cortar leña para ponerla dentro de la salamandra. Se tenía que duchar a toda velocidad porque en su baño no tenía agua caliente y la que corría era un hielo, venía de vertientes. La nieve estaba ahí mismo, a los pies de la casa.

Los guardaespaldas del coronel acompañaban a Manuel chico y a Alejandra al centro de esquí de Lagunillas. Se la pasaban todo el día allá esquiando, felices. La “tía Maruja” no, le daba frío y estaba todo el día dentro de la casa.

A él no le tocaba cocinar, pues un matrimonio de allá, los cuidadores de la parcela, se preocupaban de alimentarlos. Sí hacía el aseo y todas las tareas que le encomendara el coronel, el café y el desayuno de la mañana incluidos.

24 En Rinconada de Maipú, al poniente de Santiago, se instaló definitivamente la Escuela Nacional de Inteligencia. Fue el centro de formación y perfeccionamiento de los agentes de la DINA primero, y luego de la CNI.

Los ratos libres los pasaba afuera, en la nieve con los guardaespaldas. Estaban Betancourt, el “Negro” Ortega y Segura. Una vez salieron con los rifles hacia los cerros, todos juntos. A lo lejos se veían árboles. Primero disparó uno contra un tronco. Eran balas incendiarias, querían probar su efectividad. Y el árbol comenzó a arder entero. Todos ahí mirando cómo ardía el follaje y el tronco en ese día helado. Luego otro y otro. Pero no había peligro de incendio, por ningún motivo. Abajo, en la base del árbol o del tronco, estaba la nieve. Y el fuego de a poco iba llegando a la misma, hasta apagarse.

Subieron un poco más. Muy alto volaba un ave oscura y enorme, con sus alas llenas de plumas, el cogote pelado y una cresta roja colgando. Nunca había visto uno cara a cara, tan cerca. Era enorme, gigantesco. Era un cóndor en pleno vuelo, planeando. El “Negro” Ortega llevaba un fusil AK-47. Le apuntó directo y le dio. El cóndor cayó hasta la quebrada.

Al día siguiente llegó un hombre de visita. Era pequeño, de cabeza larga, se parecía un poco a Ricardo Lagos, el ex presidente. Estuvo unas tres horas con el círculo de hierro del coronel. Por primera vez escuchó el nombre de Ricardo Claro, un hombre poderoso dentro del país, influyente, dueño de muchas empresas. Era una ocasión importante, venía de visita a ver al coronel, así que desde Santiago lo escoltaron en automóviles de la institución los guardaespaldas: el “Flaco” Leiva, el “Negro” Ortega, Betancourt, el “Abuelo” Aedo y el “Loco” Olmedo. Llegaron a la casa de piedra por la tarde. Y para la cita también llegaron algunos de los cercanos del coronel: Krassnoff, Burgos de Beer y Rolf Wenderoth²⁵.

Como de costumbre, le tocó servir la comida, el cafecito y los tragos. Algo hablaban acerca de otros empresarios. El coronel le mencionaba los nombres de hombres de negocios de izquierda y le decía “ojo con ellos”. Había mucha camaradería y confianza entre los dos.

25 Coronel en retiro, miembro de la DINA. Uno de los hombres más cercanos a Contreras. Está implicado en el crimen del diplomático español Carmelo Soria.

Ese mismo año, Ricardo Claro se había aliado con los empresarios Javier Vial y Fernando Larraín Peña para formar el holding financiero más poderoso de Chile: los “Pirañas”, conocidos con ese seudónimo debido a su voracidad al momento de enfrentar los negocios. En ese período, Claro era un personaje importante, pero no se encontraba todavía en la lista de los más ricos del país. Ya era polémico. Le venía desde su etapa universitaria, cuando estudiaba Derecho en la Universidad Católica y fue expulsado de la Federación de Estudiantes debido a su apoyo abierto a la “Ley Maldita”²⁶. Siempre lo reconoció con cierto orgullo. Como también su marcado apoyo a la dictadura de Augusto Pinochet.

Fundó su imperio con base en la Compañía Sudamericana de Vapores, que adquirió durante la dictadura, una de las cinco navieras más grandes del mundo. También creó el canal de televisión Megavisión, de marcada línea editorial conservadora. Dentro del holding construido por él a partir de los setenta se encuentran Elecmetal y CristalChile.

Tiempo después, recién terminada la dictadura, conmocionó a todo Chile cuando llegó a un programa de televisión del canal de su propiedad y puso una cinta de casete en una radio. En ella, el actual presidente de la República, Sebastián Piñera, entonces “un político con futuro”, se refería de modo despectivo a su compañera de partido Evelyn Matthei²⁷, con quien competía por el

26 La Ley de Defensa Permanente de la Democracia, también conocida como “Ley Maldita”, fue dictada en 1948. Mediante ella se prohibió la existencia del Partido Comunista de Chile.

27 Evelyn Matthei es una política chilena, ex militante de Renovación Nacional, ahora integrante de la UDI. Es la actual ministra del Trabajo y Previsión Social. Además, es hija del ex comandante en jefe de la Aviación y miembro de la Junta de Gobierno Fernando Matthei.

liderazgo de Renovación Nacional. Piñera estaba presente en el programa en vivo cuando Claro le hizo la encerrona.

Todos se preguntaron de dónde había sacado la cinta Ricardo Claro. Y, por supuesto, provenía del sitio desde donde el empresario había establecido muchos de sus contactos: el Ejército de Chile. Piñera llevó el caso a la justicia con una denuncia de escuchas telefónicas ilegales. Finalmente se condenó a un capitán de Ejército, quien supuestamente había grabado por cuenta propia a Piñera. También por cuenta propia el empresario había decidido dejar en vergüenza a Piñera ante todo Chile, mostrando la grabación en la que dejaba a su compañera de partido por el piso. Pocos creyeron esta versión, pero el caso se cerró ahí, no se persiguieron más responsabilidades.

Claro había iniciado su apoyo a la dictadura desde el principio. El 12 de septiembre de 1973, un día después del golpe de Estado, fue nombrado asesor del ministro de Relaciones Exteriores, el vicealmirante Ismael Huerta Díaz. Con esa investidura lo acompañó a Washington para asistir a la reunión anual de la ONU. Era el estreno del régimen en el exterior ante el resto de los países del mundo. A pesar de todo, las críticas fueron solo un mal rato. Ricardo Claro consiguió fondos internacionales para el país durante ese viaje.

En junio de 1976, fecha muy cercana a la reunión en la casa de piedra, Claro fue nombrado por Pinochet coordinador de la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos. La reunión se celebró en Santiago y Jaime Castillo Velasco, ex ministro de Justicia y de Tierras y Colonización del gobierno de Eduardo Frei Montalva y fundador de la Democracia Cristiana, era entonces presidente de la Comisión de Derechos Hu-

manos. En ese puesto se había esforzado por denunciar las violaciones a los derechos humanos en Chile. Para la reunión de la OEA, Castillo Velasco, junto a cuatro juristas, elaboraron un documento donde se daban a conocer algunas de las atrocidades del régimen. La misiva era un grito de auxilio dirigido a los ministros de Relaciones Exteriores de los veintitrés países asistentes, que contrastaba con el clima carnavalesco organizado por el régimen. Y Claro era el alma de la fiesta. El coronel Contreras aportaba la seguridad necesaria de los asistentes a través de sus hombres. Ricardo Claro habló en esa ocasión ante la OEA. Trató a los autores de la carta de traidores. “Una canallada, una cobardía moral, constituye algo nunca antes visto en la historia de Chile. Lo único que queda es exponer a los denunciadores al juicio de la opinión pública chilena”. Pocos días más tarde, Jaime Castillo Velasco fue arrestado y expulsado del país. La guardia de esa reunión estuvo a cargo, entre otros, de agentes de la Brigada Lautaro, el núcleo cercano de Manuel Contreras. Así lo reconoció el abogado de uno de los inculcados en la investigación del ministro Montiglio. Para intentar liberar de responsabilidad al ex agente Federico Chaigneau, Hernán Núñez Labarca envió un escrito al juez. Ahí lo justificaba diciendo que las labores de su defendido solo fueron de guardia en esa unidad. Hasta la fecha, solo Jorgelino y otro ex agente²⁸ han “cometido la imprudencia” de vincular a Claro directamente con los servicios de inteligencia.

28 El otro agente que relacionó a Ricardo Claro con la DINA fue Eduardo Cabezas Mardones. El ex agente de la DINA declaró ante el ministro Víctor Montiglio. Señaló que le tocó estar presente en una reunión entre Ricardo Claro, el coronel Manuel Contreras y Arturo Ramírez Labbé. El trío se reunió en la Enoteca del cerro San Cristóbal. El motivo de la cita, según Cabezas, fue “ya no político, sino económico”. Eran los años duros para la DINA. Los recursos comenzaban a faltar y los agentes civiles e informantes externos debían ser pagados por alguien para mantener la gran estructura montada.

Lo vio en esa ocasión en la casa de piedra. No tiene dudas. Todos sabían de su importancia, estaba en boca de los guardaespaldas. Llegaría a ser un hombre clave para todos los agentes y empleados civiles de la DINA.

Pájaros locos

Una vez más, organizar las maletas y partir toda la familia junta, esta vez hacia el sur. Iban tres automóviles. En el Ford Mercury regalado por Pinochet viajaba el coronel con la “tía Maruja”, Mariela, Alejandra y Manolo chico. En el *station* iba él junto a Tolosa, conversando de la vida, de las artes marciales, de llaves, mujeres, nunchacos. Atrás cerraba la caravana otro automóvil con el resto de los guardaespaldas, entre ellos Aedo, Betancourt y Segura, listos para saltar en caso de cualquier evento.

Un viaje tranquilo hasta las cercanías de Parral, con solo un par de paradas. El recuerdo es un poco ambiguo a estas alturas. Era de noche y en la oscuridad la visión de ese portón enorme con totoras en la solera. Colonia Dignidad, la primera y única vez que estuvo ahí, aunque siempre oyó hablar de ellos, de los alemanes, antes y después de esa visita, pero solo en esa oportunidad tuvo la ocasión de compartir con el grupo de colonos.

Por ese tiempo, la Colonia Dignidad –rebautizada más tarde como Villa Baviera– proyectaba hacia el exterior una imagen idílica. Se grababa a sus integrantes haciendo pasteles, fabricando mantequilla, reflejando un siste-

ma de armonía familiar. Solo años después, en la década de los años ochenta, cuando un colono escapó de ella y volvió a Alemania, se conocieron algunas de las atrocidades ahí ocurridas, como el régimen de esclavismo, las violaciones a niños, las separaciones obligadas de los matrimonios. Todo bajo la férrea custodia y control de su creador y máximo líder, Paul Schäfer.

Los recibieron en el estacionamiento. Recogieron las maletas y llevaron a los guardaespaldas a un pabellón con varias piezas a cada lado. Los Contreras fueron instalados en otro sector.

Cómo serían de raros los alemanes, que todos, incluyendo los guardaespaldas del coronel, se sentían incómodos en su presencia. A la hora de almuerzo, al desayuno o para la comida, se juntaban en el inmenso casino. Cocinaban rico, eso sí, exquisito. “Tenían cara de estar locos, con los ojos bien abiertos, loquísimos, como cagados de la cabeza”. Cuando pasaba por el lado de ellos con la bandeja llena de comida, sentía la mirada de sus anfitriones en las mesas cercanas clavada en su espalda.

Decidieron quedarse el mayor tiempo posible dentro de la habitación. Jugó Carioca seguido con el “Abuelo” Aedo y con el “Negro” Ortega. El resto de los guardaespaldas seguía al coronel a sus reuniones con los alemanes. Él no, lo habían llevado de agregado, para no dejarlo solo en la casa el fin de semana.

Mucho antes de viajar a la Colonia Dignidad con la familia Contreras y también mucho después, los alemanes siempre estuvieron presentes. O en palabras del coronel o en conversaciones privadas de los guardaespaldas.

No podría precisar bien en qué estaba metido su patrón con los alemanes de la Colonia Dignidad, pero en algo andaba. El rumor entre los guardaespaldas era muy fuerte. El “Viejo” Valdebenito, por ejemplo, decía que allá los detenidos “se iban dormir con los pescados”, pero sin órganos. ¿Vendían órganos? El “Negro” Ortega pensaba que los trasladaban a Bélgica y a Suiza. Esos eran los países

a los que supuestamente mandaban los órganos de personas muertas en Chile, órganos de los detenidos desaparecidos.

Tiempo después asoció estos rumores con un viaje a Bélgica hecho por uno de los hombres duros, experto en este tipo de asuntos²⁹. Cuando volvió a Chile, con el viático se compró un automóvil cero kilómetros, se jactaba, era la envidia de todos los agentes. Ni los oficiales tenían un auto tan elegante como ese. ¿Andaba metido en eso del tráfico de órganos, como decía el chisme de pasillo entre los agentes de la DINA? Cómo saberlo. Le huele un sí. Pero no es nada comprobable.

Durante los años setenta, la colaboración de la Colonia Dignidad con la dictadura chilena fue muy estrecha. Está comprobado que funcionó como centro de detención y tortura. Y también que se eliminó a personas en su interior. Además, ahí se fabricaron armas químicas y convencionales de guerra en sus instalaciones y laboratorios. Incluso se sospechó que se intentó la fabricación de una bomba atómica.

La duda nació luego de la extraña desaparición del matemático y andinista Boris Weisfeiler, en 1985. Su caso es parte de la intrincada red tejida en torno a la Colonia Dignidad. Como un supuesto turista, el hombre de nacionalidad estadounidense, pero ruso de nacimiento, llegó a las inmediaciones de la Colonia Dignidad, en la VII Región, donde se perdió su rastro hasta el día de hoy. Un testigo protegido en una investigación paralela desarrollada por el FBI dijo que Weisfeiler fue encontrado cerca de la colonia con implementos de camping. Al revisar su mochila dieron con un contador Geiger de radiactividad, varios pasaportes con distintas iden-

29 Bernardo Daza, agente de la Brigada Lautaro, es quien, según Jorgelino, hizo el viaje. Varios agentes de la DINA, miembros de la Brigada Lautaro, eran parte del Departamento Exterior, encargado de llevar a cabo atentados y otras operaciones de diversa índole en el extranjero.

tidades, todo bajo el falso fondo de su saco de dormir, además de otros elementos sospechosos que lo señalaban más como un agente que como un turista. Según el hombre en las sombras del FBI (al parecer, un militar de Parral), luego de golpear a Weisfeiler lo llevaron detenido a la colonia, donde se lo entregaron a Paul Schäfer. Ahí lo habrían asesinado.

El caso de Weisfeiler se encuentra radicado en la justicia chilena. Su hermana Olga viaja todos los años a nuestro país con el intento de dar con su paradero.

Lo único concreto hasta ahora es que en 2006 Paul Schäfer recibió su primera condena por abuso de menores. Veinte años de presidio. Fue condenado por un tribunal de Talca. El resto de las aristas vinculadas al enclave y a la figura de Schäfer se encuentra en manos del ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago Jorge Zepeda, quien también en 2006 lo condenó por infracción a la Ley de Control de Armas, luego de dar con un arsenal en sus dependencias. El fallo dice que el conjunto de armas “parece haber sido construido para ser utilizado en un conflicto bélico, como medio de combate”.

Pero la mayoría de los delitos cometidos por la colonia, o dentro de ella cuando tenía poder en Chile, están envueltos en una nebulosa. Algunos colonos han señalado que hubo tráfico de órganos, espionaje, homicidios —y no solo contra personajes políticos—, empresas fantasma, etc., pero nada ha sido expuesto de modo oficial.

La investigación del ministro Zepeda no va a dar nuevos frutos porque la cerró, dejando estos misterios en la oscuridad jurídica.

Uno de ellos es la identidad de personajes públicos, políticos y empresarios que durante los años de oro de la colonia, en plena dictadura, la visitaban y se deleitaban con sus manjares en compañía de su máximo líder.

En 2005, en medio de los allanamientos producto de los delitos atribuidos a Paul Schäfer y sus secuaces, la Policía de Investigaciones dio con miles de fichas, todas elaboradas cuidadosamente por los alemanes. Era el conteo y currículum de los visitantes al enclave. La Jefatura de Inteligencia Policial elaboró un completo informe con todos los antecedentes de las personas vinculadas a estas fichas.

Junto a otro colega solicitamos la desclasificación de las fichas, entendiendo que el caso estaba fallado. Pero la respuesta del tribunal en ese momento fue que el ministro Zepeda, por algún motivo desconocido para nosotros, separó este contenido en un cuaderno reservado y luego le aplicó la Ley de la ANI³⁰. Esta ley tiene el objetivo de mantener en reserva información que pueda afectar “el orden y la seguridad nacional”. ¿Por qué Zepeda consideró que si algún día se conocía el nombre de las personas que fueron a la Colonia Dignidad en calidad de huéspedes de Paul Schäfer, se podría afectar la seguridad del país?

Desde el mundo político, algunos de sus defensores más férreos han sido el ex senador de Renovación Nacional Sergio Diez, y el senador de la Unión Demócrata Independiente³¹ Hernán Larraín. Ellos habrían frecuentado el enclave. El empresario Horst Paulmann, quien vendía y vende los productos de la colonia en su cadena de supermercados Jumbo, es otro de los que habría estado ahí.

30 Agencia Nacional de Inteligencia. Organismo creado en 2004 para asesorar al Presidente de la República en materias de inteligencia. Depende del Ministerio del Interior.

31 La Unión Demócrata Independiente (UDI) es un partido de extrema derecha que junto con Renovación Nacional (RN) conforman la Coalición por el Cambio (anteriormente Alianza por Chile), la cual llevó a la presidencia de la República a Sebastián Piñera.

Incluso la ex ministra de Justicia de la dictadura y prima de Augusto Pinochet, Mónica Madariaga, afirmó en entrevista a *La Tercera* (14 de agosto de 1997) que el líder asesinado de la UDI, Jaime Guzmán, realizaba adoctrinamiento a futuros líderes del partido dentro del enclave. Entre ellos se encuentran Andrés Chadwick, actual ministro secretario general de Gobierno; Pablo Longueira, ministro de Economía, Fomento y Turismo, y Luis Cordero, cofundador de la UDI.

Desde la justicia, un puñado de jueces y de abogados influyentes también aparecían dentro del círculo de protección de Schäfer cuando comenzó su caída.

Al oír los comentarios de Jorgelino, a su vez escuchados de otros agentes de la dictadura, la duda se acrecienta aún más.

Abandonando el segundo nido

A esas alturas de 1976 estaba hecho un experto en las labores de asistente de mozo en el hogar de los Contreras. No cometía errores y le sobraba tiempo para entrenar seguido las artes marciales. Era parte del ritmo interno del hogar, en ese momento también el suyo.

Había aprendido ciertas frases de memoria para atender a los invitados y causarles una buena impresión. Quería que lo vieran claro, fresco, listo, atento. “¿Me sirve un vaso de bebida, joven?”. Y él: “De inmediato, dama, un segundito”. Veía en sus ojos cómo se impresionaban con el trato correcto, y eso le gustaba.

Lo aprendió ahí, no en el entrenamiento con los milicos, “que son brutos, de hablar áspero, groseros”. Para él siempre ha sido mejor tratar a la gente bien. Una máxima. Mientras atendía, el oído parado y la vista atenta a las reacciones de los invitados. Se daba cuenta cuándo pronunciaba una palabra mal –por equivocación, o por ignorancia principalmente, por la falta de un colegio donde formarse–. Lo miraban y él los miraba de regreso y corregía al tiro, no

le gustaba andar mandándose condoros, y menos con gente importante de visita en la casa del coronel. Aprender, sí, eso le gustaba. El origen de todo seguramente fue su padre que odiaba las groserías, siempre atento con el buen trato: “Jorgelino, tú igual hazme caso”.

Y la “tía Maruja” se encargaba de hacerle sentir bien todo el tiempo. Solo en una ocasión se le arrancaron los nervios. Alguna embarrada se había mandado él, seguro. El recuerdo del hecho no es claro, pero sí la reacción de ella. En un instante fue como una metralleta, le gritó de todo. No la reconocía, jamás la había visto así y nunca volvió a verla en ese estado.

“Cabro de porquería”, y tantas otras cosas que no guardó en la memoria. Solo sobrevive el recuerdo de su rostro alterado, furioso, y él de pie al lado de la escalera, en silencio ante la “tía Maruja”, transformada en un energúmeno. Y luego, desde arriba, desde los dormitorios, los gritos de Mariela y de Alejandra, defendiéndolo de inmediato: “¡Mamá, pero cómo! ¡Mamá, ¿qué está haciendo?! ¡Cómo trata así a Jorgelino!”. Se deshicieron en llamados de atención en su defensa.

Y la mujer se lo quedó mirando por un instante con los ojos llenos de lágrimas: “Perdón, Jorgelino, no sé qué me pasó, perdón”. Y lo abrazó fuerte. La tía estaba arrepentida de verdad. Y lloraba en sus brazos. Entonces lloró él también junto a ella.

¿Por qué? ¿Se sentía ofendido? No, nada eso. Cuando lo estaba retando no sentía pena, ni tampoco miedo, sino extrañeza. Se sintió conmovido cuando ella lo abrazaba de esa forma. Creyó que ella pensaba: “Pobre chico, pobre niño, es guachito, no tiene a nadie”. Y él pensó lo mismo de sí mismo: “Pobre niño, pobre guachito que no tiene a nadie”. Entonces fue por eso que las lágrimas rodaron por sus mejillas y se mezclaron con las de ella.

¿Sentía amor por ellos? No, el amor de familia lo conoció mucho tiempo después. Pero por la “tía Maruja” sentía cariño. Por el coronel, respeto y, sí, en ese momento también algo parecido al cariño. Era una imagen fuerte, de familia, aunque no lo tratara como a

un hijo. Finalmente, haciendo los quehaceres encomendados en esa casa, solo cumplía un papel.

Pero admiraba al coronel, al “Mamo”, debido a su cultura y capacidad. Un estratega, manejaba seis idiomas, inteligente.

A pesar de la indiferencia con la que lo trató más tarde, en la mediana de la vida, cuando se encontraron luego de muchos años de no verse las caras; a pesar de eso, seguía admirándolo.

Incluso en tiempos mucho más cercanos al presente, cuando todos ya estaban silenciosos, ocultos en sus vidas privadas, sin sacar la cabeza del agua y lo vio de nuevo, ya más viejo, más delgado, enfermo, sin el garbo, sin las ganas, sin la fuerza ni el aura de poder. Los guardaespaldas ya no lo rodeaban, pero algo le quedaba, aunque fuera una infinitesimal parte de lo que ese hombre había llegado a ser.

Durante la infancia en el campo, ¿qué sentía por su familia? Amor no. “¿Cómo iba a sentir amor por gente que desde chico me explotó en el campo de sol a sol?”. La sangre tira, es cierto, y él es de ahí. Pero no sintió amor por sus hermanos, hermanas, sobrinos, primos... por nadie.

Con el tiempo aprendió a quererlos, cuando comenzaron a darle la cabida dentro de sus vidas, como siempre creyó merecer. Como hermano, como tío. Pero tampoco va a mentir diciendo: “Nooo, si yo los quiero mucho”. Lo justo con lo justo y nada más.

Alejandro Dal Pozzo Ferretti

Y fue estando ahí con los Contreras, a los dieciséis años, durante el invierno y un poco antes de la época de mayor frío en Santiago, que le comunicaron la noticia: lo iban a contratar en la DINA, el lugar donde mandaba el coronel. La “tía Maruja” –le dijeron los guardaespaldas– era la impulsora de la idea. Contento.

Fue su última noche en esa casa. No volvería a alojar ahí. Se iniciaba a partir de ese momento un nuevo capítulo en su vida.

A la mañana siguiente lo pasó a buscar el “Viejo” Valdebenito junto a Pedro Contreras Morán. Venían de parte del coronel Juan Morales Salgado, “así que arriba, vamos”. El servicio había comprado recién los Peugeot 504 y el auto tenía olor a nuevo. Lo llevarían a la oficina de contrataciones, paso obligatorio antes de comenzar sus nuevas labores.

Bajaron hasta Vicuña Mackenna rumbo al cuartel general de calle Belgrado. Valdebenito lo acompañó hasta la oficina del segundo jefe de la DINA, el comandante Pedro Espinoza Bravo.

Entraron a la oficina y el comandante le preguntó cuál quería que fuese su “chapa”. Ya lo tenía pensado, a esas alturas sabía que los agentes no usaban su nombre real, sino uno ficticio. En su caso el nombre elegido se descomponía en deseos y vivencias por partes iguales. “Alejandro Dal Pozzo Ferretti”. Así quedó registrado. De ahí en adelante ese sería su nombre para todos los efectos. Debía usarlo ante cada persona que se presentase, ya fuera civil o miembro de la DINA. Daba igual.

El primer apellido pertenecía al cuñado de la “tía Maruja”, Mario Dal Pozzo. Siempre le había gustado cómo sonaba. Y el segundo al hijo de un capitán de Ejército de apellido Ferretti al que había conocido cuando iba a pasear al Kazán a la plaza Inés de Suárez. Vivía ahí mismo, en las torres, junto al capitán Morales Salgado.

Luego, Pedro Espinoza le pasó un papel escrito. “Léelo con cuidado, tranquilo y después me lo firmas”. Así lo hizo. Era el juramento de ingreso a la DINA, quizás el documento más importante que firmaría en su vida; el que tenía mayor mística, por lo menos.

La memoria no es exacta. Pero era algo como que “todo lo visto, escuchado, todo en silencio, para siempre, hasta la tumba”. Era un juramento a la bandera de Chile, de “quienes darían la vida por la patria de ser necesario”. Pero sobre todo se hacía hincapié en eso, en los muchos “secretos que vería en el futuro y que ni muerto debía contar ni una palabra de todo eso”.

Lo hicieron firmar dos contratos idénticos. Se establecía su paga, las funciones básicas a cumplir y nada más. Debía firmar los dos. La única diferencia entre ambos era que al final, donde debía poner su firma, en uno estaba su nombre real y en el otro su “chapa”. ¿Motivo? Ni la menor idea, ni antes ni ahora.

Luego de unos instantes de espera, su credencial estaba lista. “Alejandro Dal Pozzo Ferretti”. DINA. Y al lado, el puño de hierro cerrado, inflexible. Atrás decía: “Se agradecerá a las autoridades policiales y civiles otorgar todo tipo de cooperación”.

Estaba adentro.

De vuelta. Subió al automóvil junto a los dos agentes, ahora sus compañeros de trabajo.

Debían pasar primero por la casa del coronel. Hacer sus maletas, tomar todas las cosas y partir al cuartel. Todavía no tenía la menor idea dónde quedaba.

A la pieza. Listo, una última mirada a la casa del coronel. La “tía Maruja” estaba ahí para despedirlo. Él no sentía pena, para nada. A ella se le cayeron las lágrimas cuando le dijo adiós.

Y partieron de nuevo por las calles. Bilbao, a la derecha, Carlos Ossandón, ya en la comuna de La Reina, hasta Simón Bolívar, a la izquierda. Unos cien metros. El inmenso portón, un hombre armado, vestido de civil. Una sala de guardia. Era muy profundo, por lo menos unos setenta metros de profundidad. Y al final se veía el techo de un gimnasio.

Un poco más adentro, a la derecha, un casino. Al centro, una sala. Y a la izquierda, al fondo, casi al frente del gimnasio techado, las oficinas. El camino de maicillo para el automóvil solo les permitía avanzar hasta el centro del terreno del cuartel donde estaban los estacionamientos. El resto había que hacerlo a pie. Varios caminitos llevaban a las distintas instalaciones del cuartel. No era un edificio único.

Ahí, apoyadas sobre un muro donde daba el sol con fuerza ese día de invierno, vio por lo menos a diez mujeres, la mayoría de ellas jóvenes, calentando los huesos y la carne, con un cigarro en la mano y tomando café. Lo miraron con extrañeza. De inmediato comenzó el cuchicheo tras sus espaldas y un saludo así no más. Y más voces mientras avanzaban hasta la oficina general.

El “Viejo” Valdebenito lo llevó hasta la oficina central, donde lo esperaba el hombre que conducía todo eso, el capitán Juan Morales Salgado. Ya lo conocía bien de la casa del coronel, era el regalón de la “tía Maruja” y seco para los whischachos.

Ahí en la oficina estaba el hombre corpulento, bonachón y de anteojos. Lo recibió bien. “Mira, acá tu labor va a ser mantener un

poco el aseo del cuartel, dar de comer a los detenidos cuando los haya, y llevar un café, un sándwich, cuando alguien te lo pida”. Estaba clarísimo. La pega era bastante parecida a la que estaba haciendo antes.

“Entonces te muestro el cuartel, para que nos entendamos”. Muy bien. Morales caminó delante de él. Pasaron por el lado de las mujeres para comenzar desde el principio y que entendiera bien la disposición de las distintas oficinas, dónde iba a estar él, etc.

Y ahí aprovechó de presentárselo a las chiquillas. “Él es Alejandro, viene de la casa del coronel Contreras, trabajaba ahí. Nos va a ayudar acá con las cuestiones de aseo; si necesitan algo para tomar, comer, se lo pueden pedir a él”. De inmediato lo notó. El instinto maternal, cómo saberlo: le habían agarrado buena altiro. De ahí en adelante le dirían “Nenito”, como apodo cariñoso. La que más lo quiso en todos esos años fue la Joyce Ahumada. Siempre atenta y preocupada de él.

Y partió la ubicación de las partes del cuartel. Desde afuera hacia adentro y desde la derecha hacia la izquierda.

Primero, la caseta de guardia, una construcción pequeña donde los agentes registraban el ingreso y salida de todos al cuartel. Avanzando, también a la derecha, un casino con entre diez y quince mesas. Ahí comía todo el personal del cuartel. Tenía una mesa de ping-pong. A un costado, la cocina, conectada con el casino por un pasillo. Ahí se hacía el almuerzo y se preparaban todas las solicitudes del personal. Cuando le pidieran un cafecito o un sándwich, ahí debería ir, solicitarlo al cocinero. Antes de consumir, eso sí, todos debían firmarle un vale. Y todo se cobraba luego por planilla, a fin de mes.

Detrás de la cocina, avanzando hacia el fondo del terreno, un conjunto de camarines con sus respectivos baños y duchas. El lugar había sido acondicionado para recibir a los detenidos. Eran seis habitaciones pequeñas. Él debería alimentarlos. Les pasaría la comida por debajo de la puerta metálica. Una ranura inferior se lo permitiría.

A la izquierda, a poco más de cinco metros, la casa de solteros donde alojaría él. “Esa te la va a mostrar luego el jefe de la plana mayor, el suboficial Sagardía”.

Y al fondo del terreno, topando con la muralla divisoria posterior, el gimnasio. Enorme. Era una multicancha de fútbol, voleibol, tenis... lo que quisieran. Arriba remataba en un techo de zinc a bastante altura. Sin muros a los costados, abierto.

Ya en el fondo del terreno, avanzando hacia la izquierda, en el costado poniente del gimnasio, una casa grande. Desde el fondo hacia delante, primero estaba la oficina de los oficiales Barriga y Lawrence. Ahí tenían su baño, escritorios y una litera metálica parada a un costado.

Esta construcción de un piso también tenía un comedor utilizado por oficiales y suboficiales. Dos baños para oficiales y suboficiales. Una sala de armas, donde se guardaban las pistolas, fusiles y las granadas. La oficina del comandante del cuartel, Juan Morales, y al lado otra más pequeña para su segundo, el teniente Armando Fernández Larios, y otros como Chaigneau, Dumays, Garay y Sovino. “Los vas a ir viendo”. También una sala de guardia, donde el suboficial de turno dejaba por escrito todas las novedades del día acaecidas dentro del cuartel.

Afuera de la casa, justo al frente, un casino, pero para oficiales. Era una habitación mediana con mesas y sillas. Casi no se ocupaba para comer.

Ya volviendo hacia la puerta de entrada, por el lado izquierdo o poniente del cuartel, la sala del doctor Pincetti. “Pronto lo vas a conocer. Le gusta mucho el café”. Era una casa prefabricada, una mediagua de material ligero; la habían construido especialmente para él.

Y justo en el centro del cuartel, una piscina pequeña en forma de riñón. A su lado, árboles frutales y prados verdes.

El capitán Morales le mostró las instalaciones deportivas, la barra, las máquinas para hacer ejercicios, justo al lado de donde él

dormiría. “Bueno, y acá todas estas instalaciones están para que tú las puedas usar cuando quieras; esa es la idea”. Muchas gracias.

De ahí lo llevó a conocer al jefe de la plana mayor, el suboficial Sagardía. Era el encargado de ver todos los asuntos de los agentes antes de llegar donde el jefe máximo. Solucionaba los problemas menores y además sería su jefe directo, la persona a quien reportarle cualquier anomalía, cualquier duda, cualquier demanda.

Sagardía lo llevó hasta el pabellón de solteros donde dormiría. Tenía tres habitaciones y un baño común. “Esta va a ser tu pieza. Es para los agentes más jóvenes, aún sin casarse y que alojan aquí todos los días del año”. Para él estaba perfecto, era su salvación. No tenía donde parar. ¿Y su sueldo? El mínimo establecido por la ley de esos tiempos.

En su pieza había un camarote. Él ocuparía el de abajo y el de arriba Jorge González Vega. Este chico estaba incluso por debajo de él en rango. Era hijastro de uno de los cocineros, Carlos Marcos, y su tarea era ayudar en la limpieza de los vidrios de las distintas habitaciones y también lavar los automóviles del servicio.

En las piezas vecinas alojaban los que serían sus mejores amigos dentro del cuartel: Sergio Castro Andrade, “Corderito” para todos, muy simpático, lo querían hartos por su buen humor; era cabo primero de Carabineros. En la otra, el “Negro” Oyarce, cabo segundo del Ejército.

Ese mismo día empezó a acostumbrarse al lugar. Conocer un poco, unas vueltas, memorizar los sectores, la mejor forma de reaccionar a toda velocidad. Quería hacerlo bien, lo mejor posible.

A dormir. Se sentía supercontento.

Más que contento.

A pesar de ser conocida como brigada, en estricto rigor Lautaro fue más bien una unidad o una agrupación integrante de la Brigada Secreta, dependiente directa de Manuel Contreras. En su misma línea jerárquica se encontraban la Brigada de Inteligencia Metropolitana, la Brigada Ciudadana, la Brigada Exterior y la Brigada Económica. Cada una se dedicaba a un punto sensible para la política de la dictadura y todas ellas realizaban operaciones de inteligencia.

La Lautaro se creó entre marzo y abril de 1974, según declaró su fundador, el entonces capitán Juan Morales Salgado, hoy preso por el crimen del general Carlos Prats y su esposa, Sofía Cuthbert, cometido en Buenos Aires ese mismo año. Su misión sería prestar seguridad personal al director de la DINA, Manuel Contreras. Para desarrollar esta labor inicialmente se asignaron cuatro infantes de Marina, todos destacados en defensa personal. Con el tiempo el grupo, compuesto por Sergio Escalona, Bernardo Daza, José Meza Serrano y José Luis Meza Zúñiga, fue conocido como “los míos”. Así los llamaban tanto Morales como Contreras.

Pasado menos de un mes llegaron nuevos integrantes provenientes de distintas ramas. Entre ellos venía la suboficial de Ejército Elisa del Carmen Magna, esposa de Escalona. Solo gente de confianza.

El primer cuartel de la Brigada Lautaro se ubicó en calle Marcoleta, en una torre de la Remodelación San Borja. Ahí comenzaron a funcionar. A los pocos meses, con la llegada de más y más agentes, el grupo se trasladó al piso 19 de la torre número 5, en el mismo conjunto de edificios, justo en la esquina de Portugal con Alameda. Estaba frente al edificio Diego Portales, por entonces sede de gobierno.

Lautaro comenzó a crecer. A comienzos de 1975 eran cerca de veinte integrantes entre hombres y mujeres. Y también amplió sus actividades. A la seguridad del coronel Contreras y la de otros miembros de la Junta Militar se sumó la búsqueda de información política de determinadas personas. Fundamentalmente opositores, pero también adherentes que Pinochet y Contreras observaban con ojos recelosos.

Según Morales, vigilaban a gente que trabajaba para CEMA Chile, una fundación destinada a entregar “bienestar espiritual y material a la mujer chilena” y que durante la dictadura fue comandada por la esposa de Pinochet, Lucía Hiriart.

En agosto de 1975, la Brigada Lautaro se trasladó a Simón Bolívar 8800, en la comuna de La Reina. El cambio de domicilio coincidió con que el coronel Contreras, junto a toda su familia, se trasladó de su vivienda en Pucuro con Antonio Varas y comenzó a ocupar una casa ubicada en Príncipe de Gales, cerca de la intersección con Carlos Ossandón. La distancia entre la nueva casa y el cuartel era de unas diez cuadras.

Entre mayo y junio de 1976 llegó hasta el cuartel Simón Bolívar otra agrupación. Su nombre era Delfín y su jefe era el capitán Germán Barriga Muñoz. En la práctica, este grupo se encontraba operativamente dividido en dos. Uno a cargo de Barriga y el otro estaba en manos del teniente de Carabineros Ricardo Lawrence Mires.

Tanto Barriga como Lawrence tenían experiencia persiguiendo a los grupos opositores a la dictadura. Barriga estuvo a la cabeza de la Agrupación Purén, encargada de dar caza al Partido Socialista. Se mantuvo ahí hasta 1975. Lawrence había formado parte de la Unidad Águila, integrante la Agrupación Caupolicán, que se dedicó a exterminar a los miembros del MIR³², la primera misión en el ideario del régimen militar. Tal como Lautaro, ellos dependían en su conjunto de la Brigada Secreta; o sea, de Contreras.

A fines de 1975, los grupos de Barriga y Lawrence ubicaron sus oficinas en la Villa Grimaldi, también en la comuna de La Reina. En ese momento, según la declaración de numerosos agentes —entre ellos Lawrence—, la orden directa de exterminar al Partido Comunista vino del coronel Contreras. El objetivo de la misión era desarticular por todos los medios existentes la organización política en cada una de sus escalas y jerarquías.

Instalado el Grupo Delfín en el cuartel de Simón Bolívar, la Brigada Lautaro mantuvo en su jefatura al mayor Juan Morales Salgado, mientras los recién llegados siguieron recibiendo órdenes operativas del capitán Germán Barriga y del teniente Ricardo Lawrence, que operaba como el segundo en el mando.

Cuando Delfín se instaló en Simón Bolívar era un grupo aparte. Pero con el tiempo esto cambió. Muchos de

32 Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

los agentes de la Brigada Lautaro comenzaron a cumplir funciones conjuntas con sus nuevos compañeros en la detención, tortura y eliminación de personas. Así lo probó la justicia y así lo confesaron sus integrantes, de uno y otro grupo, cuando los casos se comenzaron a abrir gracias a las declaraciones de algunos y el secreto pasó a ser un festival de traiciones entre ellos. Juan Morales Salgado se ha esforzado por desmarcarse de Delfín, señalando que ellos se mandaban prácticamente solos debido a su “experticia” en la detención de personas. Algunos agentes de Lautaro y de Delfín apoyaron su versión, otros la negaron, entre ellos Jorgelino. Cuando llegó al cuartel Simón Bolívar, en junio o julio de 1976, se encontró con Barriga, con Lawrence y con Morales Salgado a la cabeza y con todos los agentes fusionados en la detención, tortura y muerte de personas. Por este motivo, en sus declaraciones siempre ha señalado que la división entre Lautaro y Delfín era nominal, pues en la práctica todos cumplían la misma tarea y quien daba el sí o el no final de una determinada acción siempre fue Juan Morales.

La investigación judicial —encabezada por el ex ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago Víctor Montiglio— por el “caso Calle Conferencia”, operativo en que fue capturada la primera dirección clandestina del PC a comienzos de mayo de 1976, acreditó detalladamente también de qué forma varios de los agentes “originales” de la Brigada Lautaro participaron en la detención, torturas y crímenes durante el período en que operaron en Simón Bolívar, prestando pleno apoyo a las operaciones del grupo Delfín. Ejemplo de ello lo constituyen Jorge Pichunman, Bernardo Daza, Sergio Escalona, Héctor Valdebenito y Gladys Calderón, por mencionar solo a algunos.

Según ha sido probado, la participación de agentes Lautaro “originales” en las acciones criminales se debió a la orden directa del jefe de esta brigada, Juan Morales Salgado, para prestar total colaboración (personal, oficinas y logística) al grupo comandado por Barriga y Lawrence. Es probable que agentes de la Brigada Lautaro durante su estadía en el cuartel Simón Bolívar hayan continuado haciendo seguimiento a personas, como antes de fusionarse con los Delfines. “Mis funciones en este cuartel fueron las de hacer algunos seguimientos al senador Jaime Guzmán³³ durante un mes, labor que yo cumplía en una moto que me había comprado.”, declaró en la causa el agente Carlos Bermúdez.

33 Abogado, profesor de Derecho de la Universidad Católica. Asesor de Augusto Pinochet. Autor intelectual de la Constitución Política de 1980. Fundador de la UDI. Senador de la República (1990-1991). Asesinado en 1991.

Lista de agentes del cuartel Simón Bolívar al año 1976:

Lautaro originales

(Todos los grados son en situación actual de retiro)

1. Ahumada Despouy, Joyce Ana. Ejército. Suboficial.
2. Almendras Estrada, Roque Aníbal. Carabineros. Suboficial.
3. Álvarez Vega, Hiro. Ejército. Suboficial.
4. Arriagada Mora, Jorge Hugo. FACH. Civil
5. Aspe Rojas, Celinda Angélica. Armada. Suboficial.
6. Bermúdez Méndez, Carlos Justo. Ejército. Suboficial.
7. Calderón Carreño, Gladys de las Mercedes. Enfermera.
8. Castro Andrade, Sergio Hernán. Carabineros. Suboficial.
9. Chaigneau Sepúlveda, Federico Humberto. Ejército. Teniente coronel.
10. Daza Navarro, Bernardo del Rosario. Armada. Suboficial.
11. Escalona Acuña, Sergio Orlando. Armada. Suboficial.
12. Escobar Fuentes, Jorge Marcelo. Ejército. Brigadier.
13. Ferrada Retamales, Bernardino del Carmen. Ejército. Suboficial.
14. Ferrán Martínez, Guillermo Jesús. Ejército. Suboficial.
15. Guerrero Aguilera, Gustavo Enrique. Carabineros. Suboficial.
16. Guerrero Soto, María Angélica. Ejército. Suboficial.
17. Gutiérrez Valdés, Pedro Antonio. Ejército. Suboficial.
18. Jiménez Escobar, Berta Yolanda. Armada. Suboficial.
19. Lagos Yáñez, Luis Alberto. FACH. Civil.
20. Magna Astudillo, Elisa del Carmen. Ejército. Suboficial.
21. Manríquez Manterola, Jorge Lientur. Armada. Suboficial.
22. Marcos Muñoz, Carlos Segundo. Ejército. Civil.
23. Meza Serrano, José Miguel. Armada. Suboficial.

24. Meza Zúñiga, José Luis. Armada. Suboficial.
25. Montre Méndez, Manuel Antonio. Carabineros. Suboficial.
26. Morales Salgado, Juan Hernán. Ejército. Coronel.
27. Navarro Navarro, Teresa del Carmen. Armada. Suboficial.
28. Obreque Henríquez, Manuel Jesús. Ejército. Suboficial.
29. Orellana de la Pinta, Claudio Orlando. Carabineros. Suboficial.
30. Oyarce Riquelme, Eduardo Alejandro. Ejército. Suboficial.
31. Pichunman Curiqueo, Jorge Segundo. Carabineros. Suboficial.
32. Rivas González, Adriana Elcira. FACH. Suboficial.
33. Riveros Valderrama, René Miguel. Ejército. Coronel.
34. Saavedra Vásquez, Orfa Yolanda. Carabineros. Suboficial y empleada civil del Ejército.
35. Sagardía Monje, Jorge Laureano. Carabineros. Suboficial.
36. Sarmiento Sotelo, José Manuel. Carabineros. Suboficial.
37. Silva Vergara, Marilyn Melahani. Carabineros. Suboficial.
38. Sovino Maturana, Hernán Luis. Ejército. Capitán.
39. Torres Negrier, Camilo. Carabineros. Suboficial.
40. Urrutia Acuña, Luis Arturo. Carabineros. Suboficial.
41. Vacarella Gilio, Italia Donata. Carabineros. Suboficial.
42. Valdebenito Araya, Héctor Raúl. Carabineros. Suboficial.
43. Vergara Bravo, Jorgelino del Carmen. Ejército. Civil.

Delfín

(Todos los grados son en situación actual de retiro)

1. Acevedo Acevedo, Heriberto del Carmen. Carabineros. Suboficial.
2. Altamirano Sanhueza, Orlando del Tránsito. Armada. Suboficial.
3. Álvarez Droguett, Víctor Manuel. Ejército. Suboficial.
4. Andrade Gómez, Jorge Claudio. Ejército. Teniente coronel.
5. Barriga Muñoz, Germán Jorge. Ejército. Coronel (muerto).
6. Bitterlich Jaramillo, Pedro Segundo. Ejército. Suboficial.
7. Cabezas Mardones, Eduardo Patricio. FACH. Suboficial.
8. Cornejo Marillanca, Osvaldo.
9. Díaz Radulovic, Jorge Iván. FACH. Suboficial.
10. Díaz Ramírez, Guillermo Eduardo. FACH. Suboficial.
11. Friz Esparza, José Mario. Carabineros. Suboficial.
12. Garea Guzmán, Eduardo. Ejército. Civil.
13. Jaime Astorga, Rufino Eduardo. Carabineros. Suboficial.
14. Lawrence Mires, Ricardo Víctor. Carabineros. Teniente coronel.
15. López Inostroza, Carlos Eusebio. Ejército. Suboficial.
16. Miranda Meza, Carlos Enrique. Ejército. Suboficial.
17. Ojeda Obando, José Alfonso. Carabineros. Suboficial.
18. Pacheco Fernández, Claudio Enrique. Carabineros. Suboficial.
19. Piña Garrido, Juvenal Alfonso. Ejército. Suboficial.
20. Reyes Lagos, Eduardo Antonio. Ejército. Suboficial.
21. Rinaldi Suárez, Carlos Ramón. Ejército. Suboficial.
22. Risco Martínez, Héctor Gustavo. Muerto.
(No se identificó institución).
23. Rojas Yevenes, Mario del Carmen. Muerto.
(No se identificó institución).
24. Torrejón Gatica, Orlando Jesús. Ejército. Suboficial.
25. Troncoso Vivallos, Emilio Hernán. Carabineros. Suboficial.
26. Vilches Muñoz, Ana del Carmen. FACH. Civil.

El “Doctor Tormento”

Durante los primeros días, a “poner ojo” en todo. Aprender los nombres de los oficiales, de los suboficiales, las labores que cumplían, dónde trabajaban, todo lo que hiciera falta para servir sus necesidades. Los que mandaban junto a Morales Salgado eran claramente Fernández Larios, Sovino, Chaigneau y también los otros dos, Barriga y Lawrence.

En la mañana tomaba el desayuno en la cocina. Él se preparaba lo suyo, un pan, un café, o se lo pedía a los cocineros del cuartel, padre e hijo con el mismo nombre, Carlos Marcos.

La hora de llegada del personal era a las ocho de la mañana, pero muchos no se aparecían sino hasta las nueve. La mayoría no tenía automóvil propio, el cuartel quedaba muy lejos y el acceso no era fácil en esos años. Una vez al día se juntaban todos en el casino principal. Ahí se formaban, él también. Era algo como “rendirle honores al comandante de brigada”, Juan Morales. Los salientes de guardia se presentaban de pie a su lado y entregaban la orden del día. Cada uno debía cumplir sus labores específicas. Durante el primer período, su rutina era la misma cada día: aseo, comida a los detenidos en los calabozos y estar atento a cualquier pedido de los oficiales.

Muy pronto le llamó la atención un personaje. La primera vez que pidieron “un café para el doctor Pincetti”, caminó desde la cocina hasta el costado opuesto del cuartel. El agua, el café y el azúcar, todo arriba de la bandeja, hasta la salita donde trabajaba el hombre.

Llegó hasta la casita prefabricada, subió unos cuatro escalones y tocó la puerta. Al entrar se encontró con el doctor. Era gordito, ni grande ni chico, silencioso, pálido y sus ojos se veían pequeños tras los lentes “poto de botella”.

La habitación era blanca; el piso azul de flexit lavable. Entrando, a la izquierda, se encontraba el escritorio; a la derecha, una camilla, y al fondo, una especie de estante de madera y vidrio con medicamentos.

Una persona estaba sobre la camilla. Era un detenido, las manos sin esposas, amarradas con correas. De su boca salía una espuma blanca, se veía semidormido, hipnotizado. En uno de los brazos tenía un tubito transparente, flexible, con una aguja clavada al brazo y una mariposa para medir el paso de sangre.

Alcanzó a verle el rostro. Estaba con toda su ropa, sin venda, los ojos semicerrados, parecía entre mapuche y oriental. Blanco, pelo liso, nariz ancha, gruesa, corta. El doctor Pincetti interrumpió momentáneamente su trabajo y con su calma característica le dictó la norma a futuro. “Mira, para que sepas cómo me gusta el café. Tres cucharadas, pero llenas hasta arriba, sin azúcar”. Así, amargo le gustaba. Muy bien. Y el doctor entonces le ordenó dejar la habitación. Debía continuar con su “paciente”.

Nunca más volvió a ver a ese detenido. Ni en los calabozos ni en ningún otro sitio.

La segunda vez que lo llamó fue esa misma semana, un par de días más tarde. El suboficial de guardia le notificó que el doctor Pincetti necesitaba un café. Y partió. En esa ocasión el hombre estaba sobre un banquito alto y el detenido de turno acostado de medio lado sobre la camilla. Le hablaba al oído, despacito. Este detenido se notaba más drogado, más ido, balbuceante.

Un rato antes, cuando venía saliendo de su pieza en el pabellón de solteros, lo había visto salir desde el calabozo junto a los agentes custodios que lo llevaban por el camino hacia la oficina de Pincetti. Eran cerca de las nueve de la mañana. El prisionero medía entre un metro sesenta y un metro sesenta y cinco, moreno, sin barba, pelo liso, de entre treinta y treinta y cinco años, no más, contextura mediana.

Le hizo el café a Pincetti ante sus ojos antes de escuchar las indicaciones. Se acordaba perfecto de las medidas. Tres cucharadas de café bien llenas y nada más. Solo el agua hirviendo. Muy bien. Cumpliendo con su parte del trabajo. Luego, retirarse a sus labores.

Ese mismo día –un par de horas más tarde debe haber sido–, Pincetti avisó que quería otro café. Partió. Cuando entró se dio cuenta de que estaba con el mismo detenido, todavía lo estaba “trabajando”, todavía lo estaba preparando para quién sabe qué. Tenía la boca llena de espuma, completamente inmóvil, y Pincetti, con un rollo de papel a su lado, limpiándole las babas que salían de su boca.

En la DINA, Pincetti era conocido como el “Doctor Tormento” o el “Hipnotizador”, nombre puesto por los propios agentes. Pero hasta antes del golpe militar era conocido como el “Doctor Destino”, pues conducía un programa en la Radio Occidente de La Serena. Durante esos tiempos lo suyo eran los consejos amorosos y el horóscopo.

Hasta ahora nadie se explica cómo llegó tan arriba y de qué modo obtuvo tanto respeto por parte del coronel Contreras como para ubicarlo en el seno de la DINA, en calidad de psicólogo, parapsicólogo o “especialista en persuasión”. Le creía, eso está claro.

Cuando en 2002 el ministro de la Corte de Apelaciones Alejandro Solís lo interrogó por la desaparición de Luis San Martín, Pincetti le confidenció que estando en Villa Grimaldi, Contreras le pidió hipnotizar al personal de

ese centro para medirles el coeficiente intelectual. Algo similar habría llevado a cabo en otros centros de detención y tortura. Según declaró, este sistema de hipnosis les quitaba un peso de encima a los detenidos, pues mientras se llevaban a cabo las pruebas podían eximirse de las sesiones de tortura dura de los especialistas en estos tormentos.

Dos factores —explicó Pincetti a la justicia— eran fundamentales para el éxito de su terapia de hipnosis destinada a sacarle información al detenido: el signo del Zodíaco, con el que podía determinar si una persona era o no hipnotizable y su coeficiente intelectual. A su juicio, una persona con mayor inteligencia era más susceptible a la hipnosis que una menos inteligente o más tonta.

Muchas, pero muchas veces, vio a detenidos ser llevados a los interrogatorios de Pincetti. Los llevaban los agentes. Lo veía en esas ocasiones, mientras hacía el aseo de las pequeñas habitaciones, o cuando llevaba las bandejas con comida.

Los llevaban engañados. Siempre les decían lo mismo:

—Mira, te vamos a llevar a una sala donde tenemos un médico. El te va a atender porque tú tienes un problema.

—¿Cuál es mi problema?

—En el fondo estás cagado un poco psicológicamente, entonces te va a ver un profesional. Así, supuestamente, el detenido iba confiado donde Pincetti.

Y después los traían babeados y medio dormidos. Los metían a los baños, los limpiaban un poco y de vuelta a los calabozos. Pero otras veces no volvían de su oficina.

Pero solo en pocas ocasiones estuvo dentro de la “consulta” de Pincetti con los detenidos y pudo ver sus rostros como para recordarlos. Víctimas del “Doctor Tormento”. Solo esas dos veces ya narradas... y una más. Esta última es la más nítida de todas.

La colaboración del doctor con la DINA se extendió durante toda la existencia de esta y luego continuó con su sucesora, la Central Nacional de Informaciones (CNI). En el año 2000 recibió una condena de diez años de prisión por el asesinato del carpintero Juan Alegría. La CNI lo eliminó para encubrir el crimen del presidente de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), Tucapel Jiménez³⁴. Cuando Carabineros lo encontró muerto en su casa, Alegría tenía a su lado una nota donde confesaba el crimen. Posteriormente la justicia comprobó que Pincetti había ingresado junto a los agentes de la CNI a la casa y antes que estos lo mataran lo hipnotizó, induciéndolo a dejar la nota inculpatoria.

En 2003, el juez Juan Guzmán lo procesó por el secuestro del ex diputado Bernardo Araya y su esposa, María Olga Flores, y de los integrantes de la dirección clandestina del PC, todos desaparecidos hasta la fecha: Marta Ugarte, Mario Zamorano, Jorge Muñoz (esposo de la fallecida dirigente del PC Gladys Marín), Elisa Escobar, Uldarico Donaire, Jaime Donato, Lenin Díaz y Víctor Díaz.

Según testimonios de un agente de la DINA, Emilio Troncoso Vivallos, los detenidos fueron llevados a la base aérea de Peldehue y luego los subieron a helicópteros para lanzarlos al mar. Pincetti los inyectó con un ingrediente mortal antes de que abordaran.

34 En 1982, la CNI asesinó a Tucapel Jiménez, uno de los principales líderes sindicales del país y disidente de la dictadura. Un año más tarde, para encubrir el crimen, la CNI eliminó a un modesto carpintero de Valparaíso, Juan Alegría Mundaca. Lo obligaron a escribir una carta donde confesaba el crimen de Jiménez y luego le cortaron las venas de sus brazos simulando un suicidio.

Sus pasos lo llevaron por el camino de maicillo nuevamente, con su bandeja, el agua y el café. Entró y un hombre mayor, de unos cincuenta años, estaba acostado de medio lado sobre la camilla. A su lado se encontraba el doctor Pincetti. En su brazo tenía el mismo tubito colgando del brazo, ahora sí lo entendió: era una sonda. Y de ella brotaba sangre directo al piso de flexit azul. No era un chorro, pero era abundante. Una poza se estaba formando en el piso y un hilito viajaba hacia la puerta de entrada.

Sobre el detenido y el doctor Pincetti colgaba del techo un espejo grande, reflejando su imagen y la sangre que salía desde su brazo. El detenido tenía el rostro descompuesto, como espantado. Hipnotizado y espantado. Seguramente por ver cómo se estaba desangrando, muriendo de a poco frente a sus propios ojos y escuchando las palabras del doctor, persuadiéndolo de que confesara.

Después de cumplir su trabajo, dejar la oficina.

Un rato después, el suboficial de guardia le pidió que fuera a limpiar la sangre del piso de la “consulta” del doctor Pincetti. Cuando llegó con el trapero y el balde, el detenido ya no estaba. Como los otros dos anteriores, nunca más volvió a saber de él. Pincetti también había dejado la habitación. Solo estaba la enorme cantidad de sangre derramada sobre el flexit azul, bajo la camilla y en gran parte de la habitación. La poza y el camino ennegrecido que ya había comenzado a coagularse. Era una masa densa y él con el escobillón dejando todo limpio.

Agachado al lado de la camilla descubrió el secreto del “Doctor Tormento”: la sonda puesta en el brazo del detenido estaba unida a otra que bifurcaba el camino y se introducía por un costado del colchón. De ahí colgaba una bolsa con sangre. ¿De quién era? Nunca lo supo, pero era sangre de verdad.

Los detenidos estaban siendo engañados. Si hubieran perdido esa cantidad de sangre habrían muerto mucho antes. Y no morían, por lo menos no en manos de Pincetti.

En 2005 fue procesado junto a Manuel Contreras, Paul Schäfer y otros agentes de la DINA por el secuestro del fotógrafo y militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) Juan Maino Canales y el matrimonio compuesto por Elizabeth Rekas y Antonio Elizondo, todos secuestrados en 1976 desde el departamento de estos últimos y trasladados clandestinamente a la Villa Grimaldi. Maino fue derivado posteriormente a Colonia Dignidad, donde desapareció.

Gracias a ese antecedente, uno de los ex colonos dijo a la justicia que Pincetti hipnotizó a detenidos en Dignidad. El “Doctor Tormento” reconoció haber “ablandado” a gente de Talca que luego fue llevada al enclave alemán.

Pincetti estuvo preso cerca de siete años. A comienzos de 2007, el Servicio Médico Legal le practicó exámenes psiquiátricos y lo declaró afectado por una “enajenación mental irreversible”. En ese momento estaba detenido en el Hospital Penitenciario de Gendarmería. De inmediato fue sobreseído. Quedó libre.

El 7 de junio de 2007 murió en la Posta Central.

De esas visitas a su “consulta” durante el segundo semestre de 1976, cuando Pincetti todavía era un dios dentro de la DINA, en la memoria quedó la sangre. Imposible de olvidar. También un cintillo metálico, como el de las machis³⁵. Algunas veces sobre la mesa o colgado de una silla, cuando hacía aseo. Varias placas unidas entre sí por un alambre y un cable que se extendía hasta un control con una aguja para medir el voltaje. ¿Cuál sería su uso? En ese momento no tuvo ni idea, solo lo imaginó alrededor de la frente de los detenidos. Lo tomó en sus manos. Le llamaba la atención.

35 Autoridad mapuche, guía espiritual y médica.

Varios años más tarde, el “Doctor Tormento” se lo calzó sobre la cabeza a él y terminaría con sus dudas pegado al techo. Sí, sintió el destello de energía; sí, su cuerpo se contrajo entero... sí. Pincetti, ¿un huevón malo? Sí, un huevón malo malo.

Todos los agentes hablaban de él. No se relacionaba mucho con el resto. Lo veían como un bicho raro. Había que tratarlo con cuidado, eso estaba claro.

Pero, en el fondo, llegó a la conclusión de que era un “*chanta*”.

Las aves de presa

Desde su primer día en el cuartel Simón Bolívar, los calabozos siempre estuvieron con detenidos. Nunca los vio vacíos durante todo ese segundo semestre de 1976. A veces eran cinco o seis. Podían ser cuatro, cinco, dos y a veces el doble, unos doce cuando en el cuartel ordenaban una “operación rastrillo”. Durante estas, el comentario de los agentes era que “caía de todo, justos y pecadores”. Y los justos... bueno, pasaban por pecadores, porque ahí la regla básica era que ningún detenido salía con vida.

Solo uno de esos seis calabozos siempre estuvo ocupado por la misma persona: Víctor Díaz López, detenido en mayo de 1976 antes de la llegada de Jorgelino al cuartel. Bastante tiempo.

Para el resto, la norma eran siete días de cautiverio y torturas; a veces menos. Máximo, dos semanas.

Abría el candado de la puerta metálica principal. Entraba con los platos de comida. A su derecha se encontraban las puertas de los seis calabozos. Al fondo del pasillo, una litera de fierro. Muchas veces durante su estadía ahí le tocó verlos amarrados a la “parrilla”,

así le decían. Obvio, los detenidos en sus habitaciones escuchaban cuando torturaban a sus compañeros de celda. El espacio era pequeño dentro de los calabozos, “si era un camarín de fútbol acondicionado nada más”.

Les llevaba la comida en bandejas desde el casino, hecha por los rancheros Carlos Marcos y su hijo. Era parejo para todos: una porción del mismo tamaño que la suya y que la del resto del personal del cuartel. ¿Por qué? Cómo saberlo, simplemente era así, por lo menos por el lado de la alimentación, la ley era pareja. Al desayuno, un té en un vasito plástico pequeño, de cumpleaños, y una tostada con margarina. La once, igual.

En la parte inferior de las puertas de los calabozos había una trampilla, una puerta más pequeña. Entonces, atención, “saque las manos por abajo”, y les quitaba las esposas. Deslizaba la comida, o el té con pan. Luego de un rato volvía a buscar los trastos.

Estaban flacos, malolientes, algunos con las barbas largas. Quizás venían de otros centros de tortura. Y las mujeres también demacradas. Unas cinco vio. Solo se acuerda bien de una, claro como el agua. Niños nunca vio, por lo menos a él no le tocó.

A veces, cuando llegaba la hora del baño, los sacaba y les pasaba un jabón, y ellos, siempre con temor, “un champucito, por favor”. Terminado el aseo personal les alcanzaba una toalla. Todavía las recuerda, blancas y con letras institucionales azules del Ejército de Chile.

Cuando los detenidos necesitaban defecar u orinar y él estaba ahí, lo llamaban por otro visillo ubicado en la parte de arriba de las puertas. Y de nuevo todo el procedimiento. Eso sí, los baños tenían taza, todo bien en orden. Muchas veces debían esperar largo rato, pues además de atender sus necesidades debía también servir a los oficiales del cuartel y otros pedidos especiales. “Limpia esto, ayuda allá”. Era bastante pega.

Ni siquiera llevaba arma de servicio cuando estaba con los detenidos en los calabozos. No la necesitaba. Ellos ya “no atinaban

a nada”. Estaban tan estrujados, por decirlo de alguna manera, no oponían resistencia. Quizás le tenían miedo, en realidad quizás cuáles serían sus pensamientos.

La orden era que nunca podía darles agua a los detenidos después de una sesión de tortura. O se morían. Por algún motivo que desconocía entonces, les daba un paro y se iban. Y cuidado, porque cuando volvían de las sesiones siempre estaban sedientos. Comida sí, y pasada una hora, agua.

Eso era la rutina: comida, tortura, desayuno, tortura, onces, tortura, almuerzo, tortura...

Muchas veces los torturaban ahí mismo. Le tocó verlo y escucharlo en muchas ocasiones, mientras hacía el aseo, de pasada, o al momento de llevar un plato de comida.

En febrero de 2007, el agente de la Brigada Lautaro Jorge Pichunman, hoy de sesenta y seis años, también recordó esta rutina en el tribunal. Según él, casi ningún detenido soportaba las torturas, casi todos morían a consecuencia de los interrogatorios. Las aplicaciones de corriente, los golpes y el “submarino seco” destacaban entre los apremios más comunes. Para estos últimos se usaban bolsas plásticas para ahogar a los detenidos.

Eran bolsas de supermercado, comunes y corrientes. Generalmente la operación la ejecutaban tres o cuatro agentes. Ah, y la maquineta. La caja, la “gigi”, le decían. De ella salían dos cables eléctricos y al final tenían amarradas un par de llaves. Una debajo de la lengua de los detenidos. Para fijarla les enrollaban cinta adhesiva desde la mollera hasta la pera. Boca bien cerrada. A ellos en el pene, tocando sus tetillas, pegados con la cinta. A ellas en sus pechos y dentro de la vagina. En otros sectores del cuerpo también las fijaban con cinta adhesiva; en todos los puntos sensibles del cuerpo. Eran especialistas todos ellos, tipos probados.

Pero igual en una ocasión les pasó el accidente. Y claro, se preocuparon, la habían embarrado, error infantil nomás. Fue en octubre

de 1976, lo vio él mismo: nueve de la mañana, recién les había dado su desayuno. Como de costumbre, Víctor Díaz le pidió un vaso de agua de más. Después debía comenzar a hacer el aseo del pasillo, los baños. Cloro, paños, escobillón. Todo en orden. De pronto llegan tres agentes, Obrequé, Meza y “Marco Antonio”. Ese último era uno de los principales del grupo del capitán Barriga. Alto, fuerte y de ojos azules. Sacaron al detenido del calabozo. Todavía no llevaba una semana ahí. Lo recuerda bien: delgado, de un metro setenta y cinco o un metro ochenta; cabello rizado, rulos pequeños, moreno, fibroso, delgado, ojos café. Lo amarraron a la litera con paños y comenzaron la sesión. Uno, no recuerda cuál, daba vuelta a la manivela de la “gigi” y el voltaje aumentaba. Y los gritos del hombre, la contracción muscular y las preguntas de los agentes.

Debía ser doloroso. Por ese tiempo, o poco después, él mismo probó la “gigi”. Con sus compañeros de trabajo, jugando. Por learse un rato. Poner los pies descalzos sobre las llaves, y otro a dar vuelta a la manivela. Con una velocidad mediana empezaba a hacerse insoportable.

Pero esta vez —no se acuerda bien si acaso se le quedó el cloro o el paño— volvió a los camarines. Habían parado por un instante la sesión. El detenido se había hecho de todo. El lugar estaba fétido, sucio. Lo tenían dentro de la ducha, el agua cayendo contra el piso. En ese momento escuchó el golpe seco contra las baldosas. Claro, había tomado un trago. Y murió al instante.

Rato después, mientras caminaba por las afueras de los calabozos, la enfermera Gladys Calderón entró con su neceser. Un rato después, los tres agentes torturadores sacaron el cadáver. Lo lanzaron desnudo sobre el piso del gimnasio.

No volvió a ver el cuerpo.

Este episodio no fue mencionado en sus declaraciones a la justicia. No lo recordó en su momento, pero después hizo memoria: los agentes mencionados son el infante de Marina, hoy en retiro, José

Manuel Meza, Manuel Obreque, suboficial de Ejército, y “Marco Antonio”. Los dos primeros eran parte del grupo de agentes de la Brigada Lautaro original. “Marco Antonio” fue identificado por la justicia: el suboficial de Ejército Pedro Bitterlich Jaramillo.

Los turnos de los interrogadores los determinaba el comandante del cuartel, el capitán Juan Morales. Llegaba un detenido y decía: “Tú y tú, a interrogarlo”. No importaba si los agentes eran de los Delfines de Barriga y Lawrence o Lautaros originales de él mismo. Cuando decía “ya, a interrogar a tal detenido”, los elegía al azar. No eran turnos específicos de torturadores. Por lo menos no ahí en el cuartel Simón Bolívar.

Al final estaban todos juntos y revueltos allá adentro. Pero había especialistas, claro. A Juvenal Piña le decían el “Elefante” y era malo malo. Héctor Risco, Guillermo Ferrán e Hiro Álvarez, Claudio Pacheco, el “Yiyo”, el cabo Manuel Leyton, al que le decían “Mario Segundo”. Gente probada y que asimismo formaban sus propios equipos de detención, los que venían funcionando aceitados ya desde la agrupación Delfín.

También fueron interrogadores los infantes de Marina que habían formado parte de la Brigada Lautaro cuando recién se creó: Bernardo Daza, el “Chanco”, porque era inmenso, y Sergio Escalona, el “Negro”, un especialista en defensa personal, cinturón negro de yudo. Los dos eran parte de los más duros del cuartel y miembros del grupo de “los míos”, así los llamaba el capitán Morales. Gente de su extrema confianza, probados en la guardia del coronel Contreras.

De detención e interrogatorio participaban todos, según la operación. También lo hacían las mujeres. La labor de ellas era algo más sutil. Generalmente no estaban con la “gigi” dándole vueltas hasta reventar al detenido. No, siempre se las veía cerca de su rostro, a veces con el oído puesto en la boca cuando chapuceaban alguna palabra. Y una grabadora. Ellas eran las encargadas de llevar el re-

gistro, anotar lo datos, para luego analizarlos, formar los reportes de inteligencia, sacar conclusiones y con esa información detener a otros, hacer relaciones en el tiempo, anticiparse.

Las “tipeadoras” oficiales eran la “Chany”, Adriana Rivas, secretaria bilingüe y elegida mientras estudiaba en el Intituto AIEP (hoy de la Universidad Andrés Bello); también Orfa Saavedra, secretaria bilingüe y mujer de confianza de Manuel Contreras y su entorno.

Todo el análisis se iba luego al cuartel general.

Fuera de tortura, o cuando no estaban en operaciones, el ambiente dentro del cuartel era ameno. La mayoría lo trataba bien. Y entre ellos igual, nunca vio a ninguno picarse ni siquiera en las pichangas que jugaban dentro del cuartel, con barra de un lado y otro. Es que el orden era vertical. No mezclar las cosas. Siempre se mantenía la camaradería.

Pedro Contreras Morán tiene un lugar especial en sus recuerdos. Tiempo después él le compró su motocicleta. Ni un problema, le dio facilidades. Un caballero. Tenía una polola dentro de la DINA, la Vilma, que trabajaba en el cuartel general. En una ocasión viajó con ellos en su Renault 5. Iban a las Rocas de Santo Domingo. Se llevaban bien. Un tipo correcto, tranquilo, respetuoso. Cariñoso con ella.

Como interrogador: duro, duro, duro... un perro. Pero fuera de ese horario nada de eso, muy buen trato.

Y todas las mujeres lo trataban a él con mucho cariño; “Nenito”. Muchos años después, cuando comenzaron a verse las caras nuevamente, cuando salieron de la oscuridad por un instante, cazados por los sabuesos de Investigaciones, ellas lo recordaban así: “¿El Nenito? Claro que sí, el Nenito”.

“Los agentes fueron como mis padres y las agentes como mis madres”. Le preguntaban de todo. De su vida, de sus amores. En la mañana tomaba desayuno con ellas, todos juntos. “Ya, Nenito, anda a comprar un tarro de durazno, un par de cremas. A ver somos cuatro, dale, cómprate cuatro bistecs”. Lo invitaban. Y él, feliz. Partía

caminando derecho por Simón Bolívar en la mañana, o en la tarde hasta Carlos Ossandón, hasta llegar al minimarket de Simón González. Ahí tenían de todo. Volvía y se pegaba tremendas comilonas con ellas; la “Chany”, la “Joyce” y la “Marilyn” eran las más cariñosas con él. Era mutuo, claro, el cariño en esas situaciones también va de vuelta.

El bautizo del pajarito nuevo

Una mañana de agosto de 1976 se vio en la lista. Había llegado hasta la pizarrita para cumplir con la obligación cotidiana: leer la orden del día. Y ahí estaba, incorporado a la guardia junto al resto de los agentes. Desde ese día en adelante trabajaría haciendo rondas, en la sala de guardia, registrando las novedades, los ingresos y salidas de automóviles.

Lo primero que pasó por su mente: “Voy a usar un arma... ¡Ah, qué bien!”. Se sintió cumpliendo con su parte y ellos con la de ellos, darle la oportunidad.

Las guardias se hacían de a dos y duraban doce horas. Desde las ocho de la noche hasta las ocho de la mañana. Y el nuevo turno los relevaba.

De ahí en adelante estaría siempre atento a cualquier movimiento extraño. Una pistola al cinto y el fusil AK-47 colgado del brazo. Sabía ocuparlos, lo había aprendido en las clases con el teniente Nieto.

Más o menos por esos días, un suboficial de Carabineros muy buena onda, Luis Avendaño Orozco, lo invitó a una comida con un grupito de agentes. Algo íntimo. “Estás invitado a tomar algo, comer un pollo”. Bueno, claro, había que ir.

Fue en las Torres de San Borja, en el centro. La mesa estaba puesta. Ocho de sus compañeros estaban ahí. De invitadas, amigas de los agentes. Mujeres estupendas, pero estupendas. Impresionantes, como modelos. La mayoría estaban casadas. Esposas de camioneros, le dijeron cuando preguntó, esposas de hombres de otras profesiones también, que viajaban durante mucho tiempo al extranjero en algún curso o misión de trabajo.

Y él de pajarito nuevo entre todos ellos. Con dieciséis años, un pollito entre los veteranos. Y comenzaron a salir los tragos después de la comida. Whisky, pisco, lo que uno quisiera. Había tomado alguna vez, pero nunca hasta quedar curado.

De repente, en medio de la conversación, ya más alegres todos y él también, le dicen: “Esta comida fue organizada para ti, es tu bautizo por empezar a formar parte de la DINA. Así que debes hacernos ahora un show, pero un show bueno”. Y las mujeres comenzaron con las palmas a pedirlo a él arriba de la mesa, ahí lo querían ver. Un show pero bueno, bueno, bueno.

La música sonaba fuerte adentro del bulín, todos alentándolo, los rostros un poco ebrios y él también, por supuesto. Ya llevaba algunos tragos dentro del cuerpo y se sentía con el valor suficiente. Arriba de la mesa, entonces, a bailar al ritmo de la música. Y las mujeres abajo, primero gritándole piropos, que fuera más allá, y luego le sacaron la ropa.

Y en ese momento sus compañeros destaparon las botellas de champán. Las agitaron y comenzaron a lanzarle los chorros espumantes sobre la cabeza, las manos, las piernas. Entero empapado. Y en un momento, todo estaba desquiciado, hasta whisky, ponche, vino y piscolas le caían en el rostro.

Era el bautizo oficial.

Esa noche quedó tan curado que el recuerdo sigue siendo muy borroso. Baile, tragos, un whisky en la mano, mujeres... Y una de ellas con él, conversando. Totalmente ebrio, sonrisas, gritos, carcajadas, una humareda transpirada a su alrededor y él parte de ellos, también ahí, dale que dale.

Después ya no hay más imágenes de esa noche. A la mañana siguiente despertó en una de las habitaciones del departamento, sobre una cama con una caña infernal. El cuerpo cortado, dolor de cabeza. Y una mujer a su lado, dormida, era estupenda.

No puede dar fe, pero lo más probable es... nada, no pasó nada. Seguro. No estaba en condiciones físicas. ¡Tremenda oportunidad perdida!

Alguien tiene que ponerse

Recordaba claramente al hombre de negocios que había sido tan bien atendido en la Casa de Piedra. ¿Cómo olvidarlo si se convirtió en el encargado de pagarle el sueldo en secreto, tras bambalinas? De forma que no se notara. Sí, alguien tenía que ponerse, y el encargado de pagar el sueldo era este señor, Ricardo Claro, y eso no era un secreto. Era un financista de la DINA porque todos los civiles ahí eran contratados por la empresa financiada por él.

¿Todos? Casi todos.

¿Cómo se enteró? Cuando los sueldos comenzaron a atrasarse. A ellos les pagaban los primeros de cada mes, puntual siempre, como al resto del personal que era parte del Ejército. Todo se hacía a través de una empresa que se llamaba Boxer y Asper Limitada³⁶ y que más adelante, no recuerda exactamente cuando, pasó a llamarse simplemente Asper. Todas las colillas de sueldos de los funcionarios civiles, o la mayoría, según le consta, pertenecían a estas empresas. La oficina estaba ubicada a un costado del paseo Ahumada, en la calle La Bolsa, justo en la punta de diamante, segundo piso.

36 Entre enero de 1974 y octubre de 1976, Boxer y Asper Limitada no fue inscrita en el *Diario Oficial*.

La Sociedad Administradora de Servicios de Personal Limitada, cuyo nombre de fantasía es Asper Limitada, y que sería la continuadora de Boxer y Asper, se constituyó el 8 de octubre de 1984, en Santiago. Sus socios originales son Germán Alfredo Esquivel Caballero, con dirección en Vicuña Mackenna 79, departamento 503 y Mario Aguirre Monreal, domiciliado en Agustín Fontaine 9100, comuna de Las Condes. Daniel Aguirre Monreal, hermano del segundo, al ser consultado en el desarrollo de esta investigación señaló que su hermano Mario había sido contador y que trabajó para el Ejército. Germán Esquivel, el otro socio fundador, es teniente coronel de Carabineros (r), ex integrante del Comando Conjunto y encargado de contrainteligencia de la DI-CAR³⁷. En 1986 fue procesado por el ministro Carlos Cerda por la desaparición de Reinalda Pereira y Edras Pinto, militantes del Partido Comunista.

Según el acta de constitución de Asper Limitada, se presentó también en la ocasión Miguel A. Poblete R., sin especificar su función, a quien no se pudo identificar. La dirección que presentó entonces Poblete fue Calle Nueva York, número 53, oficina 81, Santiago. Esta dirección coincide con el lugar en que Jorgelino recuerda funcionaba Boxer y Asper Limitada.

El 21 de octubre de 1985 Germán Esquivel Caballero dejó la sociedad e ingresó Ernesto Darío Zamorano Barrueto, quedando él junto a Mario Aguirre Monreal como únicos socios. No fue posible individualizar a Zamorano Barrueto.

El 4 de diciembre de 1987 dejó la sociedad Mario Aguirre Monreal e ingresó César Atilio Risi Vignola, con domicilio en Portugal 38, torre 5, departamento 221, co-

37 Dirección de Inteligencia de Carabineros.

muna de Santiago. Esta es la misma torre donde según el testimonio de todos los agentes de la Brigada Lautaro funcionó su primer cuartel. Risi Vignola se convirtió en único socio junto Ernesto Darío Zamorano Barrueto

Risi Vignola es coronel en retiro del Ejército, miembro de la comisión revisora de cuentas del Cuerpo de Altos Oficiales en Retiro de las Fuerzas Armadas con dirección en Avenida Libertador Bernardo O'higgins 1452, comuna de Santiago.

Risi Vignola no figura en la guía telefónica, pero su domicilio es calle La Macarena 84, departamento 202, comuna de Las Condes.

Entre los miembros de la organización que alberga a ex altos oficiales en retiro junto a Risi Vignola, se encuentra el coronel (r) Alberto Elissalde Muller quien, como subdirector de personal de la DINA, formó la empresa de pantalla Elissalde y Poblete³⁸. A través de ella también se pagaba a los agentes de la DINA. Nótese que uno de los formadores de Asper Limitada es Miguel A. *Poblete R.*

El 1 de junio de 1989 Zamorano Barrueto dejó Asper Limitada y entró Luis Isaac Contreras Prieto. Como mayor del Ejército se encuentra en la lista de pilotos pertenecientes al Comando de Apoyo del Ejército (CAE), con base en el Aeródromo de Tobalaba que en 1978 formó parte de la “Operación Retiro de Televisores”

38 La empresa Elissalde y Poblete aparece vinculada a varios casos de violaciones de los derechos humanos. Para uno de ellos, que en clave operativa se denominó Operación Valquiria y que se refiere al asesinato del ex Presidente Eduardo Frei Montalva, a través de la Unidad Especial de Inteligencia Militar, UAT, la cual dependía directamente del Comandante en Jefe General Augusto Pinochet, se desarrolló la unidad operativa Valquiria, DC. De los aspectos económicos y logísticos se encargó la empresa Elissalde y Poblete, una de las fachadas que utilizaba la DINA para financiar sus operaciones. Fuente: embajada/ CIA-Chile/ Copia de acción/9091/ARA/APO Enviado/CIA/chileto/was/DC/SECRET-3290/EYESONLY Secreto sensible/Enero 84/86/99/ informe.

que consistió en exhumar cuerpos de detenidos desaparecidos y lanzarlos desde helicópteros del Ejército al mar.

El 10 de enero de 1990, recién recuperada la democracia, la empresa se disolvió y se estableció que los socios “liquidarán el haber social” de la empresa de común acuerdo.

¿Cómo sabía que Claro estaba detrás? Cuando comenzaron a atrasarse los sueldos, él y otros civiles pidieron explicaciones al encargado de la plana mayor del cuartel. En ese momento era el “Viejo” Sagardía. Tomó el teléfono delante de ellos y habló con la secretaria de Boxer y Asper. Le decía a ella que por favor le pidiera los sueldos a don Ricardo Claro. Y eso pasó varias veces. Cada vez que se atrasaban los sueldos, el “Viejo” Sagardía siempre hablaba directamente con la “Chica” Peki, que trabajaba en el cuartel general con el coronel. Entonces ella le decía: “Ya está lista la solicitud firmada por el coronel [o por Pedro Espinoza]³⁹ para que salgan los sueldos de Boxer y Asper”.

El comentario generalizado era ese: Claro los salvaba con dinero, aportes, todo el tiempo. A veces iba al cuartel general y después de esas visitas aparecían las platas y los inventos especiales de Michael Townley, los adelantos tecnológicos.

¿Volvió a ver a Ricardo Claro alguna otra vez? El 76 o el 77, ya no lo recuerda con claridad. El hombre llegó y subió hasta el segundo piso del cuartel general de la DINA. Se encerró con el coronel, también con Pedro Espinoza y con Álvaro Corbalán⁴⁰.

39 Pedro Espinoza participó de la “Caravana de la Muerte”. Fue subdirector de la DINA.

40 Jefe operativo de la CNI.

El recuerdo puede coincidir con los años duros para la DINA, cuando comenzaron a escasear los recursos. El cuerpo de generales venía mirando con malos ojos a Contreras desde años antes. Era “solo un coronel” y les negaba el acceso a la información. Los encontrones más rudos habían sido con el director de Inteligencia del Ejército, general Odlanier Mena⁴¹, en 1975, quien criticaba sus métodos. En esa ocasión ganó Contreras. A través de un decreto, Pinochet subordinó todos los servicios de inteligencia a la DINA. Ese año, Mena pasó a retiro y de inmediato a cumplir labores de embajador en Panamá y Uruguay.

Pero en 1977 era distinto. La DINA ya no estaba en su apogeo y el dinero era escaso. Ahí el sentido de la declaración de Eduardo Cabezas Mardones, agente de la DINA, al ministro Montiglio. Cabezas dijo que el coronel Contreras le encomendó a su jefe, el oficial Arturo Ramírez Labbé, crear y hacerse cargo de una “brigada especial” con funcionamiento en un departamento del paseo Bulnes. Su objetivo específico sería conseguir recursos frescos para la DINA.

“El trabajo consistía en que Ramírez Labbé tenía que tomar contacto con personas importantes, como empresarios. Por ejemplo, Ricardo Claro”, declaró Cabezas.

En 2010 me tocó investigar como periodista parte de estos antecedentes junto a mi colega Jorge Escalante. Ricardo Claro estaba ya mortalmente enfermo y no accedió a recibirnos. Necesitábamos entonces contactar a Arturo Ramírez Labbé. Era el eslabón perdido de la

41 Director de Inteligencia del Ejército entre 1974 y 1975. Luego de la caída de Contreras en la DINA, Odlanier Mena fue el primer director de su sucesora, la Central Nacional de Informaciones (CNI).

cadena de dimes y diretes, secretos, chismes y leyendas fraguados durante tantos años a la sombra de la DINA. Además, por algún motivo, Ramírez Labbé nunca había sido mencionado en un caso de violación a los derechos humanos. Mayor razón para acrecentar nuestras sospechas. Parecía el hombre de las sombras, el “hombre del maletín”.

Llegamos hasta su casa en la comuna de Las Condes. Un edificio en Alcántara casi al llegar a avenida Colón. Lo esperamos durante varias horas. El conserje nos dijo que no vivía ahí, pero que iba regularmente todos los días... menos ese día. Decidimos dejarle una nota en la que señalábamos nuestro teléfono de contacto. Al pie de la carta, en vez de poner nuestros nombres, mi colega firmó con el seudónimo “Santucho”, en alusión al guerrillero muerto⁴². Más que una broma, era una forma de provocar su reacción.

Ese mismo día sonó el teléfono. Era Ramírez Labbé. Estaba molesto y preocupado. Quería saber cómo habíamos dado con él, saber quiénes éramos. No hizo alusión a la nota ni a quien la firmaba. Somos simples periodistas escribiendo una nota, le dijo Jorge Escalante. Nuestro objetivo era conocer su opinión respecto de lo señalado por Eduardo Cabezas, comprobar si acaso había trabajado para la brigada especial de la DINA encargada de recolectar fondos, a qué empresarios había contactado en ese trabajo y cuál había sido su rol en la reunión con Ricardo Claro y Manuel Contreras. Su respuesta fue tajante: “Miren, yo no soy un cualquiera... conozco gente y les recomiendo que se anden con cuidado”.

42 Guerrillero argentino, fundador del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Era verdad. Figuraba por entonces como gestor de ventas de la Empresa Nacional de Aeronáutica (Enaer) de la Fuerza Aérea de Chile para El Salvador, Panamá, Honduras y República Dominicana⁴³, y la misma función la ejerce actualmente para los Astilleros y Maestranzas de la Armada (Asmar), desde comienzos de los años 2000.

43 En el 2000, representando a Enaer para Centroamérica, se vio envuelto en una controversia por asuntos de sobreprecio y disputas de pagos entre el gobierno de República Dominicana y esta empresa por la compra de ocho aviones Pillán.

La pajarita del almacén

Recién lo habían “ascendido” –por llamarlo de alguna manera– de sus labores de simple mozo a “mozo con atribuciones de guardia”. Tres días a la semana cumplía cada tarea. Llevaba poco tiempo usando su pistola, la Llama española. Casi siempre la calzaba detrás del pantalón. Cuando a las agentes les daba algún antojo, eso sí, partía de inmediato: derecho por calle Simón Bolívar, la cuadra larga en bajada directa hasta la esquina con avenida Echeñique, sin cruzar la calle y luego doblar al sur hasta el almacén en la esquina de Simón González.

En una oportunidad compró manzanas, plátanos y volvió rápido al cuartel por el mismo recorrido. Dejó las frutas sobre la cocina y partió al baño. Ahí se dio cuenta con horror: la pistola no estaba en la parte trasera de su pantalón. No estaba en ningún lado. Adentro del cuartel tampoco.

Como rayo partió por la calle rehaciendo el recorrido. Era muy simple: debía buscar entre las plantas, sobre el pasto, sobre la vereda. ¡En alguna parte debía estar!

El camino lo llevó hasta el almacén, el minimarket en la esquina con Simón González. Entonces se dio cuenta: “Seguro que cuando saqué las frutas, ahí me agaché, se me debe haber caído entre las

manzanas o los plátanos, entremedio de esos cajones, o en el piso”. Estaba en eso, buscando, cuando el joven que atendía el lugar se le acercó.

–¿Busca algo, joven?

–Se me cayó algo aquí.

–Aquí no hemos encontrado nada –le dijo con una sonrisa pica-rona en los labios.

Era evidente que esa gente ya, más o menos, sabía o sospechaba quién era él y también los otros agentes. Se les notaba en el aspecto.

El joven caminó hasta el mostrador, se agachó y sacó el arma, su pistola, guardada dentro de una bolsa plástica.

–Tome, esto es lo que se le perdió.

–Putá, más que agradecido. Dígame cuánto le debo.

–No me debe nada.

Le preguntó su nombre: Pancho. De ahí en adelante, de a poco, conversando trivialidades, se fueron conociendo. Cada viaje al almacén era igual, se encontraban y empezaba la cháchara de por lo menos diez minutos. Tenían la misma edad y sus temas de interés eran iguales: mujeres y mujeres.

Estaban en eso afuera del minimarket uno de esos días cuando pasó una muchacha caminando junto a ellos.

–Mira, Pancho, estupenda, ¿verdad?

–Sí, estupenda.

Ese fue todo el comentario, nada más. De verdad le había gustado. Pero no la conocía, no sabía nada de ella. Pancho no aportó ni un dato más.

Como una semana más tarde lo invitó a su casa. Había hablado con su madre y ya era oficial: estaba invitado a tomar once el domingo.

Quedaba cerca del cuartel. Una cuadra al oriente, dos a la derecha y luego la población. Pasajes, casitas, pequeños callejones, placillas, todo multiplicado por diez, todo igual, repetido varias veces.

Pancho lo pasó a buscar a una esquina. Caminaron. En la puerta de la casa los recibió una señora pequeñita, silenciosa, pero de tono seco y claro. De ahí en adelante la conocería como la “tía Mila”.

Ella y su marido, junto a Pancho y él, sentados alrededor de la mesa. Queso, jamón exquisito y todos muy animados. De inmediato se sintió cómodo. En ese momento vio a la muchacha por segunda vez. Se acercó a la mesa, lo saludó. Era la misma chica que había visto una semana antes. Se quedó helado. Pancho lo miró, burlón. “Mira, te voy a presentar a alguien muy especial, mi hermana”. Se llamaba Olga ¡Preciosa!

Al principio no les dijo dónde vivía, ni su nombre verdadero. Y mucho menos sus funciones, eso jamás. Para todos en esa casa era “Alejandro”. Así era mejor. Y en el cuartel decidió guardar en secreto sus nuevas amistades el mayor tiempo posible. Era peligroso. Sabía perfectamente que la situación era ultrasecreta y delicada.

Pasado un mes del acercamiento con la familia de la “tía Mila”, Pancho le preguntó dónde vivía. Se lo dijo: Simón Bolívar 8800. Pero nunca imaginó la repercusión inmediata de sus palabras.

Estaba de guardia una noche. Mientras recorría las instalaciones, haciendo la ronda de vigilancia, escuchó una voz afuera, solitaria. Se preocupó. Apuró el tranco hasta el portón. Llevaba su fusil al hombro y la pistola en el pantalón

Abrió la reja y se encontraron. Pancho lo veía por primera vez en esa actitud, vestido de ese modo, armado. Lo miró de frente y no sintió vergüenza.

—No puedo hablar en este momento, Pancho.

—Dale, si yo solo venía a buscarte para ir a la casa y jugar Carioca.

—De verdad en este momento no puedo, pero mañana paso por el minimarket y conversamos.

—Muy bien.

Todo muy natural.

Al día siguiente pensó bien sus palabras mientras avanzaba por Simón Bolívar rumbo al minimarket para hablar con su nuevo amigo. Le dijo que eran militares, gente del Ejército. Hasta ahí nomás. No más datos de los estrictamente necesarios y trató de bajarle el perfil a todo el asunto. Nada de levantar una polvareda porque no tenía idea cuál era la ideología de esa familia, si eran pinochetistas u oposición. Nunca había hablado con ellos de política.

Pancho se lo hizo más fácil. Sin preguntas y lo entendió bien. La relación no se estancó, por el contrario. Con el paso de los días, Olga comenzó a gustarle más y más. Poco tiempo después, ya conociéndola un poco más, se sintió enamorado por primera vez en sus diecisiete años. Estaba feliz. Y cumplió con todo el ritual familiar: lo sentaron en el living una tarde ante la “tía Mila” y su marido. Podía salir con ella, con el permiso de ellos. Todo en orden.

Pasaba casi todo el tiempo libre con ellos. Tampoco tenía mucho más donde ir. Solo sus dos hermanos, José Vicente y Rosamel, eran cercanos, pero ellos tenían sus propias vidas, sus familias, entonces no era tan simple.

Una tarde, Pancho le pidió si podía ayudarlo con una mudanza. Su abuelita se cambiaba de una casa a otra, dentro de la misma Villa La Reina, ese domingo. Como tenía el día libre no tuvo ningún problema en aceptar.

Sudaron la gota gorda. Todo el día cambiando las cosas de lugar, cargando a pie las camas, las repisas, los libros, todo. Por la tarde, cansadísimos los dos, llegaron de regreso completamente sudados, con la ropa inmundada de tanto acarrear muebles polvorientos. “Me tengo que ir a la casa”, dijo. Obviamente no habló de “cuartel”, simplemente dijo “casa”. En ese momento, la “tía Mila” lo remeció. Que le pasara toda su ropa, que no iba a ningún lado así de cochino. “Y métete a la ducha”. Obedeció feliz.

Esto no lo ha contado a la justicia. Cuando lo interrogaron no era parte de los casos en proceso de investigación. Tampoco pretendió recordarlo en ese momento, pero le ha rondado la cabeza durante todo este tiempo.

Siempre sucedió de noche, cuando no quedaba ni un agente en el cuartel. Ni Morales ni la gente de Barriga, nadie. Solo la guardia y los que habitaban el pabellón de solteros. Dos o tres agentes a lo más. Todo el cuartel en medio de un silencio profundo.

Fines de agosto de 1976 o principios de septiembre. Entre dos y tres de la madrugada. Estaba en su habitación, dormido, pero escuchó el ruido de llaves y las puertas de los calabozos abrirse. Extraño, a esa hora nunca se abrían las celdas. El movimiento habitual era durante el día, ya fuera por la circulación de los agentes para torturas u otras cuestiones, y funcionaban en horario de oficina. En la noche solo quedaba la guardia atenta a cualquier movimiento en las inmediaciones, cruzándose cada cierto rato en la oscuridad.

Luego, pasos al lado de su habitación y los gritos desgarradores, una y otra vez, apenas a unos diez metros de distancia. Un minuto. Provenían desde un costado del pabellón de solteros donde él alojaba, desde la zona de las barras metálicas para hacer ejercicios que estaban a pocos metros de la entrada del gimnasio. El suelo era de baldosines y un poco más allá de maicillo, una especie de ripio que cubría todo hasta el ingreso al gimnasio.

Silencio. No más gritos, nada más. Luego, la voz del teniente Fernández Larios⁴⁴ ante la puerta de su habitación. “Dal Pozzo, sal afuera”.

De un salto se levantó y se vistió. Parado al frente de la puerta estaba el teniente. Lo llevó hasta el lugar donde estaban las barras de ejercicios. “Mira, quiero que esto me lo dejes soplado, limpio, limpio”.

Fernández tenía un corvo⁴⁵ ensangrentado en una mano. A su lado estaba el teniente Chiminelli, el “Chimi” le decían dentro del cuartel, aunque no trabajaba regularmente ahí. También tenía un corvo en su mano lleno de sangre. Ni una palabra más.

Unos metros más allá se encontraba uno de los detenidos. Aún con la vista vendada. Acostado sobre el maicillo al lado de la entrada del gimnasio. Estaba rodeado por un charco de sangre. En calzoncillos y nada más. El cuerpo rojo, con manchones, cortes profundos de los que ya no brotaba sangre. No sabe, no puede saberlo, quizás tenía signos vitales todavía, pero se veía muerto o ya en camino recto hacia la muerte.

En ese sector no había luces. Solo un poste del terreno contiguo disipaba las sombras de medio lado. Con ese brillo opaco le vio el rostro cubierto por la venda. Bigotes, más bien relleno, gordito, entre un metro sesenta y metro sesenta y cinco.

44 Armando Fernández Larios. Oficial del Ejército, en ese momento teniente. Actualmente vive en Estados Unidos. Es uno de los implicados directos en el crimen Orlando Letelier en Washington.

45 Cuchillo característico militar usado por los soldados del Ejército de Chile.

Los dos, Chiminelli y Fernández Larios, se alejaron caminando hacia la puerta del casino. La luz estaba encendida. Ahí se quedaron murmurando un rato, quién sabe por qué tan bajo, con los cuchillos todavía en sus manos.

Él quedó ahí con el cuerpo al lado, a unos dos metros de distancia. Conectó la manguera a la llave. Dio el agua y comenzó a lavar los baldosines. Escurrió la sangre hacia un costado, donde había una pequeña acequia.

Luego fue a la cocina. Un paño para limpiar, una escoba para encauzar mejor el camino de la sangre.

Trabajando con el paño y agachado sobre los baldosines. Le habían dicho “impecable, soplado”. Debía cumplir la orden al pie de la letra y punto.

Nunca más volvió a ver a ese detenido. Solo vio cuando los dos tomaron el cuerpo por las extremidades y lo llevaron hasta el gimnasio. Su espalda arrastrada contra el piso dejó un grueso reguero de sangre, imperfecto, despintado.

Juan Chiminelli Fullerton y Armando Fernández Larios eran viejos conocidos.

Juntos se hicieron famosos años más tarde, ya en democracia, cuando se conoció su participación integrando la comitiva militar —a poco de ocurrido el golpe— que bajo el mando del general Sergio Arellano Stark recorrió el norte y sur de Chile eliminando presos políticos.

Chiminelli, teniente en ese momento, fue algo así como el “secretario” de Arellano en la “Caravana de la Muerte”. Fernández Larios, también teniente, formó parte del grupo operativo que ordenó los fusilamientos y acuchilló con corvos a los detenidos.

Según los testimonios de detenidos en Copiapó, Fernández Larios tenía una particularidad: usaba un arma, su marca registrada, una bola metálica con púas. El

mango era una cadena. Con ella torturó y golpeó al profesor Leonello Vincetti Cartagena, de treinta y tres años. Actualmente, Chiminelli y Fernández Larios están procesados por los crímenes de la “Caravana” en la investigación que llevó a cabo el ex ministro de la corte de Apelaciones de Santiago Juan Guzmán⁴⁶.

Cuando sucedieron los hechos narrados por Jorgelino habían pasado tres años desde su recorrido por Chile matando a diestra y siniestra.

Quizás estaban recordando buenos tiempos.

No pasaron más de diez días entre el primero, el segundo... y el tercero. Al parecer, la forma de operar siempre era la misma y siempre Fernández Larios estaba en el cuartel. Como era el segundo jefe, por algún motivo estaba ahí a esas horas, dos o tres de la madrugada.

Chiminelli, su amigo cercano, llegaba en moto a esas horas. Seguro lo llamaba por teléfono el propio Fernández Larios. Y se escuchaban sus risotadas desde el casino, fuertes. ¿Estarían tomando? Fernández Larios era malo para el whisky.

El segundo fue cerca del 18 de septiembre. Un poco antes. Está seguro por un detalle: en el casino —cuando fue a buscar los implementos de limpieza— estaban las cajas con serpentinas y papeles para pegar y adornar el cuartel con banderitas fiesteras. Entonces fue para esa ocasión, un poco antes de las Fiestas Patrias.

También eran las dos de la madrugada. También estaba durmiendo. Pero esta vez los escuchó un poco antes, cuando recién los dos salían del casino rumbo a los calabozos de los detenidos. Se levantó y llegó hasta la ventana de su habitación. En la penumbra, a través de una ventana vio pasar a los dos con las llaves del calabozo. Salieron de él con un detenido vendado, en calzoncillos.

46 Juan Guzmán Tapia. Ex ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, quien investigó diversas causas de lesa humanidad durante la dictadura, entre ellas la “Caravana de la Muerte”. Fue el primer ministro chileno en procesar a Augusto Pinochet.

Lo ubicaba. Era alto, cerca de un metro ochenta, o más. No parecía chileno. Cabello fino, claro, no rubio, castaño claro, joven. Los ojos nunca se los vio. Lo recuerda con la venda.

Luego escuchó los gritos desgarradores desde exactamente el mismo sector que la primera vez. Un instante insoportable. Y luego el silencio. Y al rato de nuevo Fernández Larios tocándole la ventana. Y lo mismo: “Dal Pozzo, quiero esto soplado, imposible más limpio, estamos claros”. “Sí, estamos claros”.

Los oficiales no parecían estar en condiciones normales, como en el día, lo tenía claro. Fernández Larios, con la típica muletilla de llevarse la mano a la nariz mientras le daba instrucciones. Sí, igual que los coqueros, así lo analizó luego ya más grande y experimentado. Acelerados y con las ansias aún a flor de piel, recién desbocados, la respiración entrecortada y la mirada brillante. Para él que estaban jalando coca cuando les corrían corvo a los detenidos. Estaban enteros drogados. Si no, ¿cómo explicar los ojos reventados, los gestos duros de los rostros y después de hacer lo que hacían, de vuelta al casino y las risas más fuertes aún, durante toda la noche?

Y el joven ahí tirado. Lleno de tajos profundos a la altura del estómago, las vísceras salidas de su interior, desparramadas a un lado de su cuerpo. Totalmente muerto, asesinado por Chiminelli y Fernández Larios.

Los dos caminaron hasta el sector de los baños con los corvos rojos, seguramente a lavarse la sangre. Él, a la cocina a buscar los implementos para limpiar. Conectar la manguera a la llave del agua y ser cuidadoso con las rendijas entre los baldosines, rojas, opacas por la poca luz de esa hora de la madrugada.

En esa ocasión, el agente Guillermo Ferrán y otro —no recuerda su nombre— estaban de guardia. A ellos les ordenaron levantar el cadáver y llevarlo hasta el gimnasio. Nuevamente el camino de sangre sobre el maicillo, delatando su ruta.



Ahumada Despouy, Joyce Ana.
Ejército. Suboficial.



Arriagada Mora, Jorge Hugo.
FACH. Civil.



Bermúdez Méndez, Carlos Justo.
Ejército. Suboficial.



Calderón Carreño, Gladys de las
Mercedes. Enfermera.



Daza Navarro, Bernardo del
Rosario. Armada. Suboficial.



Escalona Acuña, Sergio Orlando.
Armada. Suboficial.



Ferrada Retamales, Bernardino
del Carmen. Ejército. Suboficial.



Ferrán Martínez, Guillermo
Jesús. Ejército. Suboficial.



Guerrero Soto, María Angélica.
Ejército. Suboficial.



Magna Astudillo, Elisa del Carmen. Ejército. Suboficial.



Manríquez Manterola, Jorge
Lientur. Armada. Suboficial.



Meza Serrano, José Miguel.
Armada. Suboficial.



Meza Zúñiga, José Luis.
Armada. Suboficial.



Morales Salgado, Juan Hernán.
Ejército. Coronel.



Obreque Henríquez, Manuel
Jesús. Ejército. Suboficial.



Orellana de la Pinta, Claudio
Orlando. Carabineros. Suboficial.



Oyarcé Riquelme, Eduardo
Alejandro. Ejército. Suboficial.



Pichunman Curiqueo, Jorge
Segundo. Carabineros. Suboficial.



Rivas González, Adriana Elcira.
FACH. Suboficial.



Saavedra Vásquez, Orfa Yolanda.
Carabineros. Suboficial.



Valdebenito Araya, Héctor Raúl.
Carabineros. Suboficial.



Acevedo Acevedo, Heriberto del
Carmen. Carabineros. Suboficial.



Andrade Gómez, Jorge Claudio.
Ejército. Teniente coronel.



Bitterlich Jaramillo, Pedro
Segundo. Ejército. Suboficial.



Díaz Radulovic, Jorge Iván.
FACH. Suboficial.



Díaz Ramírez, Guillermo
Eduardo. FACH. Suboficial.



Garea Guzmán, Eduardo.
Ejército. Civil.



Lawrence Mires, Ricardo Victor.
Carabineros. Teniente coronel.



López Inostroza, Carlos
Eusebio. Ejército. Suboficial.



Miranda Meza, Carlos Enrique.
Ejército. Suboficial.



Ojeda Obando, José Alfonso.
Carabineros. Suboficial.



Piña Garrido, Juvenal Alfonso.
Ejército. Suboficial.



Reyes Lagos, Eduardo Antonio.
Ejército. Suboficial.



Rinaldi Suárez, Carlos Ramón.
Ejército. Suboficial.



Risco Martínez, Héctor Gustavo.
Muerto. (No se identificó Inst.).



Rojas Yvenes, Mario del Carmen.
Muerto. (No se identificó Inst.).



Vilches Muñoz, Ana del Carmen.
FACH. Civil.



Troncoso Vivallos, Emilio Hernán
Carabineros. Suboficial.



Barriga Muñoz, Germán Jorge.
Ejército. Coronel.



Chiminelli Fullerton, Juan Viterbo.
Ejército. Coronel.



Contreras Sepúlveda, Juan Manuel
Ejército. General.



Guerrero Soto, María Angélica.
Ejército. Suboficial.



Olderoock Vernhard, Ingrid Felicitas.
Carabineros. Mayor.



Pincetti Gac, Osvaldo.
Doctor Tormento.



Townley Welsch, Michael Vernon.
Agente DINA. Civil.

A él no le tocaba limpiar esa parte. Eso lo hacía a la mañana siguiente un empleado que vivía al lado, entre el colegio y el cuartel Simón Bolívar. El hombre era una especie de cuidador. Ya todos lo conocían, era de confianza y por las mañanas los agentes de guardia lo dejaban entrar sin ningún problema. Cortaba el pasto, podaba los árboles, picaba las raíces de los paltos, los naranjos y los nogales, cuidaba un pequeño huerto con verduras entre el gimnasio y las oficinas y también era el encargado de echar maicillo sobre el teñido de sangre. Pasar el rastrillo hasta que no se notara.

Tras la limpieza, de vuelta al casino con los implementos de aseo. Al lado, Chiminelli y Fernández Larios solos en una mesa, desquiciados, vociferando, riendo a carcajadas, tensos, duros, felices, sin prestarle la menor atención.

Se sirvió un café, quizás una bebida para despabilar. Agua en el rostro. Cómo explicarlo. Después de cumplir esas funciones quedaba como desarmado.

Ahí comenzaron sus pesadillas. La sensación de dormir sin dormir, de no pegar un ojo en toda la noche. Las risas de Fernández Larios y Chiminelli desde el casino, drogados o lo que fuera. Y esos sobresaltos tremendos a cualquier hora.

El tercero fue similar, salvo pequeñas diferencias. A este no lo escuchó gritar, nada, silencioso. Despertó con el golpe de Fernández Larios en la ventana, nuevamente para el aseo perfecto del lugar.

Cuando llegó, lo mismo de nuevo, pero con otro rostro y tamaño. De las características de su cara, nada. No se puede, no es que el recuerdo falle, era una masa sanguinolenta y magullada. Algo de barba puede ser, o bigote, quién sabe, demasiada sangre. Pero delgado, desnudo, de unos veinticinco o treinta años, no más.

Chiminelli, a un costado, cerca de él. Esta vez no llevaba un corvo, tampoco un yatagán, era algo parecido a un cortaplumas gigante. Grande, grande.

En esos tiempos dormía en la misma habitación con Jorge González Vega, el hijastro del cocinero, Carlos Marcos. Y en la otra habitación estaba “Corderito”, Sergio Castro Andrade. No lo conversaron, imposible dar fe si lo escucharon o no, si despertaron con los gritos de los detenidos o con las risotadas de Chiminelli y Fernández Larios.

En 1978, un juzgado federal de Washington procesó a Armando Fernández Larios por su participación, junto a Manuel Contreras y el segundo hombre en jerarquía dentro de la DINA, Pedro Espinoza, por el crimen del ex canciller Orlando Letelier, ocurrido el 21 de septiembre 1976. En la ocasión se solicitó a Chile su extradición, pero luego de momentos de alta tensión entre ambos países, Chile la negó.

Los crímenes narrados, cometidos por Chiminelli y Fernández Larios, son cercanos en fecha al crimen del ex canciller asesinado.

En 1985, Fernández Larios se acogió a retiro del Ejército y viajó a Estados Unidos para entregarse a la justicia norteamericana. Allí fue interrogado y condenado en calidad de cómplice por los tribunales. Originalmente su condena fue de siete años de prisión, pero luego de cumplir cinco meses fue dejado en libertad debido a su notable colaboración en la resolución del caso.

Fernández Larios negoció contar su participación en el crimen. Su compañero de labores, Michael Townley, expulsado de Chile en 1977, también había confesado todos los detalles.

Entre otras cosas, Fernández Larios dijo que quien ordenó el crimen de Letelier, en el que también murió su secretaria, Ronni Moffitt, fue el director de la DINA, Manuel Contreras.

Su trabajo consistió en viajar a Washington con pasaporte falso unos días antes del asesinato y hacer un seguimiento de Letelier, registrar los lugares frecuentados, los horarios de salidas. La idea era tener un completo cronograma de sus actividades para poder eliminarlo.

Cuando fue dejado en libertad se trasladó a Miami, donde vive en la actualidad con su nombre verdadero. Nunca quiso acogerse al programa de protección de testigos de ese país.

En 1999, la familia del ingeniero Winston Cabello presentó una demanda civil en la corte del distrito sur de Miami en contra de Fernández Larios por asesinato, ocurrido en octubre de 1973 en Copiapó, durante la “Caravana de la Muerte”. El juicio duró varios años y Fernández Larios fue condenado a pagar cuatro millones de dólares. No pagó. Su defensa argumentó que no contaba con esa suma de dinero.

En esa ocasión, Fernández declaró a la jueza a cargo de la causa que se había entregado voluntariamente a Estados Unidos para enfrentar los cargos criminales en su contra y pidió al juzgado que renunciara a la investigación por falta de jurisdicción. La petición fue rechazada en dos oportunidades.

En esa declaración también señaló: “El gobierno de Estados Unidos no me acusó de tortura o asesinato y nunca he cometido actos de tortura y asesinato”.

Nada que ver con el recuerdo guardado en su memoria respecto de Fernández Larios. Un asesino de sangre fría. Chiminelli, igual o peor. Y sus risotadas y la falta de sueño en esas noches y las que vinieron luego.

Le cuesta todavía catalogar a Fernández Larios. Su imagen tomaba distintas formas en diferentes ocasiones. Lo conocía desde los tiempos en casa del coronel Contreras. También lo visitaba seguido, era parte del círculo más cercano de confianza de él y de su familia.

Le gustaba jugar tenis. En el cuartel nadie más jugaba. Y el teniente Fernández le enseñó. Para él, positivo. Entre eso y hacer aseo o estar de guardia, mil veces prefería el tenis.

Al principio sus compañeros de labores no entendían. Llegaba el teniente y lo sacaba de su trabajo. Después, con el tiempo, se dieron cuenta que era para jugar tenis y no les gustaba. Pero no podían alegar. No era su decisión. Era la orden de un oficial.

Se ubicaban en el gimnasio y empezaban a raquetear. Al poco tiempo le compró una tenida completa. Los shorts, la polera y las zapatillas. Y una raqueta marca Dunlop de madera, muy comunes en esos tiempos. Fabuloso, tremendos partidos, tardes enteras dándole de lado a lado. Y le empezó a sacar buenos puntos.

En ese momento se sentía de igual a igual. Fernández Larios no era picado, y cuando le hacía un buen punto se lo celebraba.

En una ocasión se les cayó la pelota a la casa del vecino de parcela, don Jorge Morales. Veloz, saltó el muro y comenzó a avanzar semiagachado, escudriñando por el piso de la parcela silvestre, entre malezas, árboles frutales y flores. Un poco más allá, la casa. Y de pronto la imagen de su vecino, parado al pie de la puerta viéndolo. Un hombre maduro, pálido, con un sombrero. Había encontrado la pelota en ese preciso instante, así que se la mostró sin palabras. Una sonrisa de él, otra sonrisa de vuelta y otra vez al partido.

El teniente Fernández era el segundo de a bordo. Y al parecer los subversivos le seguían la pista. Lo recuerda porque en varias ocasiones los agentes de Lautaro debieron prestarle seguridad personal. Incluso custodiaban la casa de los padres de Fernández. Al parecer había sido víctima de un atentado terrorista. A él le tocó ir, hacer guardia y alojar ahí. En realidad no hacía mucho, solo mantener el ojo abierto y la oreja parada. Estaba vacía. Enorme, en José Domingo Cañas, casi al llegar a avenida Macul. Del cuartel general le llevaban comida, una colación. Y él también se compraba su pedacito de carne y lo cocinaba ahí, en esa tremenda cocina. Se sentía cómodo ahí. Nunca vio nada sospechoso.

Oscuro plumaje

Ya había entendido, estaba todo claro, sabía de qué se trataba todo ahí adentro.

Estaba de guardia en la garita a un costado del portón de entrada. Venían en un auto custodiados por dos o tres agentes. No recuerda los nombres. Ya venían vendados. Eran extranjeros, peruanos o bolivianos. Sí, seguramente peruanos. Apariencia típica. Morenos, bajos, pelo negro. Los bajaron apenas llegaron al cuartel. Quedaron parados ahí, frente a la garita.

Casi de inmediato llegó caminando el capitán Morales Salgado junto al capitán Germán Barriga y el teniente Ricardo Lawrence.

Entre los tres los empezaron a interrogar ahí mismo. Gritos, golpes. El más loco esa vez era sin dudas el capitán Morales. Impresionante. Uno de los dos extranjeros cayó al piso producto de los golpes y con los tacos de los zapatos lo pateaba en la cabeza, sobre la cara contra el maicillo. La cabeza se azotaba y volvía a levantarse. Todo el rostro roto. Una mezcla de sangre, tierra y los granos de maicillo incrustados en la piel.

¿Qué iban a responder si esos peruanos no sabían nada? Seguro cayeron detenidos por equivocación.

O tal vez eran parte de un plan. Conejillos de Indias.

A él nunca se lo explicaron. Simplemente cayeron como todos los demás detenidos de los calabozos. Estuvieron un par de semanas, quizás un poco menos. Septiembre... octubre, por ahí.

Esa vez llegó el coronel Contreras al cuartel. No iba casi nunca, pero era una ocasión especial. Venía acompañado del “Gringo” Michael Townley y de Chiminelli. Los esperaban Juan Morales, Fernández Larios, Barriga, Lawrence y varios suboficiales.

Él estaba en el casino, casi en la puerta de salida que conectaba con la cocina. Todos llegaron hasta ahí juntos. Y los peruanos también, torso desnudo, vista vendada, manos atrás esposadas. Comenzó a calentar el agua por si acaso, preparó la bandeja con las tazas y el café. Listo, dispuesto.

Dos agentes pusieron a los peruanos contra uno de los muros del lugar. Townley, el coronel y el resto se ubicaron frontalmente en relación con los extranjeros, a una distancia de unos diez metros más o menos.

El “Gringo” Townley sacó entonces un aparatito. Era como un control remoto con unas antenitas pequeñas y le comenzó a mostrar al coronel la forma de utilizarlo. El coronel lo agarró entre sus manos y apuntó. En un instante salió volando el dardo. Antes de siquiera verlo ya estaba pegado sobre la boca del estómago de uno de los detenidos.

El coronel movió la palanquita del control remoto y el peruano cayó de inmediato al piso, fulminado, contorsionándose en un millón de contracciones musculares, de un lado para otro durante un rato. Los presentes observaban el nuevo invento y los efectos de la prueba. El coronel movió la palanca de vuelta y las convulsiones se detuvieron.

Solo quedaba uno de los peruanos de pie. El otro, desmayado después de la primera prueba. El mismo acto. El coronel apunta, le

da justo en una tetilla. Aprieta el botón de la electricidad, mueve la palanca y el detenido cae al piso. Tremendas convulsiones. Se azotaba la cabeza contra el piso ese hombre.

Hasta que detuvieron la descarga.

En ese momento, el teniente Fernández Larios lo quedó mirando. Les preguntó si acaso se servían un café. Muy bien. Todos ellos tomaban en tazas chiquititas. Les sirvió a todos y ahí quedaron conversando.

Los dos peruanos, ya un poco repuestos, fueron despertando. Los llevaron a los calabozos. Esa maquinita se la llevaron del cuartel. Supuestamente servía para detener personas a distancia sin llamar demasiado la atención. Más de 200 voltios y un alcance de 50 metros. Él la bautizó como la mini “gigi”. Era igual a la máquina de tortura usada en el cuartel con los detenidos, pero en miniatura e inalámbrica.

Cuando Jorgelino declaró este episodio ante la justicia, otros agentes reconocieron la estadía de los extranjeros dentro del cuartel. Fue tiempo después, cuando se comenzaron a dar cuenta de que el pacto de silencio estaba hecho trizas, cuando ya cada uno comenzaba a tratar de salvar la espalda por sus propios medios.

El agente Héctor Valdebenito, suboficial de Carabineros, reconoció ante la justicia haberlos capturado. Según declaró, fue en octubre y los dos extranjeros fueron de los primeros detenidos en el cuartel. El capitán Morales Salgado le ordenó partir junto a los infantes de Marina Escalona y Daza a detener a dos sujetos que habían sido identificado como posibles agentes peruanos. “Estaban haciendo preguntas medio raras en el Ministerio de Defensa”.

De noche fueron a buscar al primero a su domicilio en el sector norte de Santiago, cerca de avenida Independencia. Condujo a los agentes hasta donde vivía el otro,

en el poniente, cerca de Matucana. “No sé el nombre de esos peruanos, eran personas de más o menos veinte o veinticinco años de edad. Los ingresamos al cuartel y los dejamos en el calabozo, en los camarines que se usaban como calabozo. Fueron interrogados por Morales, me parece, ya que yo no lo presencié. Quedaron detenidos varias noches, comprobándose que no tenían nada que ver”.

El agente Eduardo Oyarce Riquelme era por entonces suboficial del Ejército y amigo de Jorgelino. Ambos alojaban en el pabellón de solteros. Conoció a los extranjeros. Según su versión entregada a la justicia, uno de ellos era peruano y el otro boliviano. Juan Pablo y Rafael. “Supe que se llamaban así cuando eran cacheteados por Daza” (Bernardo, alias el “Chancho”). Dijo también que “Rafael era pareja sentimental del embajador peruano en Chile”, y que era el chofer de este funcionario diplomático.

En 2007, trabajando como periodista en *La Nación*, intenté saber quiénes eran estos dos ciudadanos extranjeros. Le pedí una versión al Ministerio de Relaciones Exteriores, pero nunca recibí una respuesta. Revisé las listas de detenidos desaparecidos extranjeros establecidos por la Comisión de Verdad, Reconciliación y Justicia... y nada. Solo figuraba la denuncia de un peruano, pero mucho después, en la década de los ochenta.

En la Embajada de Perú me dijeron que no tenían registros correspondientes a esas fechas. Averigüé el nombre del embajador en Chile de ese país en 1976: José Carlos Mariátegui. Llamé por teléfono a Perú. Me comuniqué con la esposa del diplomático en su número domiciliario. Tenía la voz gastada, grave. Su marido había muerto. Cuando comencé a contarle la razón de mi llamada, sus

palabras se volvieron frías, cortantes. No quería seguir escuchando del tema. Nada, no iba a hacer comentarios. “Hasta luego”.

La segunda vez que sacaron a los extranjeros del calabozo de nuevo fue un evento mayor. Pasado un rato, Contreras llegó al cuartel junto a Michael Townley en un automóvil. Él estaba haciendo aseo en las oficinas en ese momento y vio pasar a dos agentes con los dos detenidos esposados y vendados desde los calabozos hasta el muro exterior del pabellón de solteros, donde vivía él.

Nuevamente el grupo era numeroso, pero esta vez se quedaron al aire libre, a pleno día. Era al parecer una prueba de nuevos adelantos. Morales, Barriga, Lawrence y varios más llegaron de todos lados del cuartel, llamados a presenciar la novedad. Y varias mujeres, entre ellas Gladys Calderón, la enfermera.

Michael Townley se puso un casco parecido a los de los astronautas. Y unas antiparras. Y de un banano sacó un tubito con sistema de spray. Se acercó a los peruanos y se puso al lado de uno, muy cerca de su rostro, escuchando su respiración, intentando no hacer el menor ruido. Inhalación y exhalación.

Cuando el peruano inhaló, Townley apretó el spray sobre su nariz. Nada más. En ese mismo instante, el detenido cayó muerto. Así nomás... en no más de cinco segundos. Un par de saltos y nada más. Se acabó.

El otro debió escuchar la caída de su compañero, o habrá sentido la presencia de la muerte a su lado y se puso inquieto. Empezó a moverse de un lado a otro, asustado. Frenético estaba. Entonces le ordenaron a los agentes Emilio Troncoso y Hernán Díaz Radulovic, el “Gitano”, tomarlo de los brazos y mantenerlo en el lugar, de pie, firme. “Quédate tranquilo”, le decían al peruano, “si aquí no pasa nada”. De a poco les fue haciendo caso y luego de unos segundos pareció algo más tranquilo. Como cansado. Su respiración todavía agitada.

Townley se acercó de nuevo y apretó el spray. Le dio al peruano, que murió en el acto, pero una parte del líquido pulverizado también le llegó a los agentes, sobre todo al “Gitano”. Empezó con convulsiones al tiro. Y Calderón, la enfermera, se lo llevó a una oficina. Todos espantados. Estaba envenenado. Le ordenaron a Jorge Pichunman partir a comprar leche al minimarket. Pero “en tres tiempos”. Salió en la moto y volvió con la leche. Se la dieron, solo eso, nada más.

Ahí los dos agentes empezaron a normalizarse. Pero los dos peruanos jodieron. Los dejaron en el gimnasio tirados para después en la noche empaquetarlos e ir a botarlos.

Según las declaraciones de otros agentes, efectivamente los peruanos murieron gracias a la aplicación de gas sarín. Algunos de ellos dicen que fue el propio Townley el que se envenenó accidentalmente y no Díaz Radulovic ni Emilio Troncoso Vivallos.

Jorge Pichunman reconoció que debió partir a comprar leche luego del crimen. También declaró que Townley se vio afectado por el gas sarín. Según recuerda, después de un rato ya estaba bien.

Es muy probable que la prueba con los peruanos haya sido la forma de ver si el gas funcionaba o no. Por esos días, Townley viajaría a Estados Unidos, a Washington concretamente, con pasaporte falso; se reuniría con Armando Fernández Larios y recibiría de él información acerca de los movimientos de Orlando Letelier en esa ciudad. Su misión era asesinarlo. A ese viaje llevó un frasco del perfume Chanel número 5 lleno de gas sarín. Era una de las posibilidades para eliminar a Letelier. Finalmente, por razones logísticas, se decidió matarlo por medio de una bomba a control remoto. Townley la instaló bajo el auto y los encargados de presionar el

botón del detonante fueron los ciudadanos cubanos anticastroistas Dionisio Suárez y Virgilio Paz. El auto de Letelier explotó en pleno corazón de la capital de Estados Unidos.

El escándalo en Chile se desató cuando la justicia estadounidense detectó que Townley y Fernández Larios habían ingresado a Estados Unidos antes del atentado con pasaportes e identidades falsas. Los errores de la DINA en esta operación le costaron caro al coronel Contreras.

Producto del revuelo y controversia internacional que tomó el caso, Contreras fue llamado a retiro en 1977. La DINA fue clausurada y en su lugar se creó la Central Nacional de Informaciones, con uno de los máximos detractores internos de Contreras como su primer director: el general Odlanier Mena, que volvía del exterior en gloria y majestad.

Townley y Fernández Larios se transformaron en piezas fundamentales para la investigación de los crímenes de la dictadura. Sobre todo Townley, ya que su estadía coincidía con el crimen de Letelier y su secretaria, Ronni Moffitt. Odlanier Mena quería su confesión y Contreras pretendía evitar que esto sucediera. Por ningún motivo pensaba reconocer este crimen. Sería su fin. Se parapetó en su casa, varios agentes de la DINA que luego pasaron a retiro junto con su jefe lo acompañaron y se transformaron en su guardia pretoriana por esos días. Contreras estaba frenético. Entendía que para muchos podía resultar más conveniente tenerlo muerto que vivo. Townley opinaba lo mismo respecto de él mismo. Finalmente accedió a contarle todo a Odlanier Mena y con eso rompió el círculo de hierro. Durante todos esos

días permaneció en su casa en la calle Vía Naranja de Lo Curro junto a su esposa, Mariana Callejas⁴⁷.

Finalmente, Townley fue engañado por la CNI. Le dijeron que lo enviaban a Concepción. Ahí debía declarar por un crimen anterior al golpe, cometido por un grupo de integrantes de Patria y Libertad⁴⁸, del que Townley formó parte⁴⁹. Pero la CNI, en vez de mandarlo a Concepción a declarar por esa causa, montó a Townley en el mismo aeropuerto en un avión rumbo a Washington, donde fue entregado a la justicia norteamericana. Allá, Townley contó todo con lujo y detalles, desde la planificación misma de la operación.

Antes de partir a Estados Unidos para siempre y cortar sus lazos con Chile y la DINA, Michael Townley, asustado, escribió una serie de declaraciones juradas. Con su firma y huella digital impresa, con fecha 14 de marzo de 1978, detalló su participación en la organización terrorista y su rol en ese crimen.

En 1990, su esposa las entregó a la justicia estadounidense en la causa contra del cubano Dionisio Suárez, uno de los participantes del asesinato de Letelier. Todas iban en un sobre sellado que afuera señalaba con letra manuscrita del “Gringo”: “Si ha habido causa suficiente para abrir este sobre, acuso al gobierno chileno de mi muerte. Específicamente como autor intelectual al general Manuel Contreras Sepúlveda”.

47 Mariana Callejas. Agente de la DINA, ligada a Patria y Libertad.

48 Grupo de ultraderecha, de ideología fascista, organización política y paramilitar, opositora al gobierno de Salvador Allende. Dejó de existir el 11 de septiembre de 1973. Varios de sus integrantes pasaron a formar parte de las filas de la DINA.

49 Townley mató al cuidador del Canal 5 de televisión de Concepción, Jorge Henríquez, en una operación coordinada por el grupo opositor a Allende Patria y Libertad. Su idea era desbloquear las transmisiones del canal que reproducía las emisiones de Canal 13.

En esa documentación, Townley indica que en 1974 fue reclutado por Pedro Espinoza Bravo para formar parte de la DINA. Aceptó de inmediato debido a que era un anticomunista declarado. En ese papel viajó a Estados Unidos a comprar elementos explosivos y a México para eliminar al ex ministro de Economía de la Unidad Popular, Pedro Vuskovic, pero finalmente la misión fue abortada.

En 1975, el coronel Contreras lo radicó junto a Mariana Callejas en la casa de Lo Curro, ubicada en la calle Vía Naranja 4925. Ahí, por orden del director de la DINA, comenzaron a trabajar en la fabricación del venenoso gas sarín.

Para llevar a cabo la misión y montar el laboratorio químico de la DINA, Townley reclutó a un amigo de los tiempos de su militancia en Patria y Libertad, el químico Eugenio Berríos⁵⁰.

Durante todo 1975, Townley viajó por Europa comprando elementos y artefactos que hicieran posible fabricar el gas mortal. Según señala en su carta-confesión, el gas sarín estuvo listo para la Semana Santa de 1976. Ahí se comenzó a fabricar. Luego pasó a formar parte de la Brigada Mulchén, a través de la agrupación Avispa. Él mismo les enseñó el uso del gas a ellos.

Según confiesa, le consta su uso en por lo menos dos casos. La muerte del conservador de Bienes Raíces de Santiago, Renato León, y un cabo del Ejército que se había robado una renoleta.

50 Químico de la DINA. Fue quien logró crear el gas sarín en Chile. Asesinado en 1992 en Uruguay en una operación conjunta entre los servicios de seguridad de ambos países.

El caso del conservador actualmente está siendo investigado por la justicia. El segundo es el cabo Manuel Leyton Robles, uno de los integrantes de la Brigada Lautaro.

En ninguno de sus relatos y declaraciones posteriores Michael Townley reconoció ni dio pistas sobre el crimen de los dos ciudadanos peruanos, o uno boliviano y otro peruano, según las distintas versiones.

Hasta ahora nadie sabe quiénes son. La justicia no ha podido determinar mayores antecedentes sobre ellos.

Héctor Valdebenito, el mismo agente que detuvo a los dos extranjeros, recuerda que el capitán Morales, al día siguiente de la muerte de los extranjeros, le ordenó ir junto a sus dos agentes de confianza, Escalona y Daza, hasta la cuesta Barriga⁵¹ para lanzar ahí los cadáveres. “Me parece que era un Peugeot 404 o un Chevi Nova. Enfilamos hacia la cuesta Barriga y llegamos a la entrada de la cueva, que era una mina abandonada. Llevamos los cadáveres hasta el fondo, alumbrándolos con linternas y los lanzamos al pozo que existía al final. De vuelta me pasaron a dejar a mi casa y ellos se fueron a sus domicilios”.

51 Cuesta Barriga. Ubicada al poniente de Santiago. Ahí se escondieron muchos cuerpos de detenidos desaparecidos.

Las Dinaolimpiadas

Con el pasar de los meses en el cuartel de Simón Bolívar sentía más y más confianza por parte de sus compañeros, sus jefes, de todos. En la guardia custodiaba la salida y entrada de personas tres veces por semana. Cuando no cumplía esa labor, llevaba los cafés a las jefaturas en medio de las sesiones de torturas o cuando fuera.

Hacía las guardias con gusto. Eran una oportunidad para seguir avanzando hacia la “profesionalización”. Incluso comenzó a hacer guardia algunos días a la semana en la nueva casa del coronel Contreras, ubicada ahora en avenida Príncipe de Gales, casi con Carlos Ossandón, muy cerca del cuartel. Ahora volvía al nido como un agente más. Vestía como agente, con terno, corbata, buenos zapatos.

Y el trato con la familia se volvió más bien frío. Sin favoritismos.

Los agentes de turno formaban grupos de dos o tres y se instalaban en el antejardín para resguardar la casa del coronel, adentro del automóvil. Cuando le tocaba a él, conversaba con el “Negro” Oyarce, con “Corderito” o con Gutiérrez, sus amigos más cercanos en el cuartel. Hablaban de minas, de salidas, cosas de jóvenes, con las armas en la sobaquera. Cada cierto rato, subir al techo con agilidad, observar el ambiente a lo lejos, las otras casas, el resto de las panderetas, la cordillera cercana.

Pero entonces, ¿fue agente o no fue agente? No. No le pagaban como a un agente, solo el sueldo mínimo, siempre fue lo mismo.

—Esas fueron labores de agente.

—Bueno, sí, labores de agente, sí, también.

Pero siempre debió seguir llevando el café a los superiores cuando no hacía labores de seguridad. Así que también mocito, eso siempre, a lo largo de su “carrera”.

Durante los descansos se iba a casa de la “tía Mila” y compartía con la familia durante las tardes a la hora del té, o al almuerzo. Cada vez sentía más cariño hacia esa mujer, como si fuera una segunda madre. Y por las noches se juntaba con su mejor amigo, el Pancho, o andaba por ahí con la Olguita, a esas alturas ya su polola en serio. Eso seguía avanzando bien.

Sus amigos del cuartel eran secos para el carrete, para salir, para las mujeres. Y ahí él también “cayó calado”. De a poco le agarró el gustito a las salidas, a la compañía, al trago... Vestían impecable cuando iban a las discotecas de moda, como Las Brujas, en Príncipe de Gales, o a la Match One, que tenía una piscina. De cierta forma era lo que él había querido siempre.

Y sus amigos se la hacían más fácil. Buena labia. Todos cabros de buen humor. Al que le tocaba le tocaba. No se le va a olvidar nunca. Claro, ellos lo debieron planear antes y como él era pájaro nuevo cayó redondo. En la discoteque le cargaron la mano en los copetes. Terminó borrado, sin conciencia, dormido profundamente sobre el auto de uno de sus amigos por Echeñique hasta Carlos Ossandón. Lo sacaron del auto y lo dejaron en el jardín delantero de la 13ª Comisaría de Carabineros.

Despertó detenido. Por suerte conocía a uno de los carabineros. Los dos mandaban a lavar la ropa al mismo sitio. Cuando le estaban pasando para adentro formalmente —todavía bastante ebrio—, salió a defenderlo: “Yo conozco a este cabrito”. Y lo fue a dejar al cuartel.

A pesar de esos excesos, nadie en ese cuartel tenía mejor condición física que él. Era algo innato, una resistencia única. Fuerte, un bruto.

Se levantaba a las seis de la mañana y salía a trotar por las calles del barrio. Luego se pasaba horas en las barras de ejercicios o en los partidos de tenis extenuantes con Armando Fernández Laríos, y en el verano, a las piscinas. No tenía el cuerpo de un joven de dieciséis años.

Una vez al año se organizaban los Juegos Olímpicos de la DINA. Participaban todas las brigadas de distintas partes de Santiago. La Villa Grimaldi, la Brigada de Explosivos, la Clínica London y muchas más. Todos se reunían en la Escuela Nacional de Inteligencia, la ENI, en Rinconada de Maipú. Ese era el lugar donde se formaban los nuevos prospectos para el servicio.

Había sido seleccionado por la Brigada Lautaro para representarlos en la carrera de resistencia. Morales y Barriga habían hecho la elección. Entrenaba corriendo por Simón Bolívar hasta la plaza La Reina, luego hacia arriba hasta Vicente Pérez Rosales y después volver por Simón Bolívar.

Su condición física era excelente, lo felicitaban y había un régimen de alimentación especial para él mientras entrenaba para los Juegos Olímpicos, por órdenes de Morales: al desayuno, bistec, leche, harta fruta, bien alimentado, harto ejercicio. Esa era la fórmula.

El día de las pruebas, el capitán Germán Barriga lo llevó en su Fiat 147. El teniente Lawrence se fue junto a los otros corredores en un Peugeot.

El encargado de recibir a los competidores, organizar todas las pruebas y llevar el conteo de los resultados era el director de la ENI de esa época, el mayor Christoph Willikie, quien muchos años después fue procesado y condenado por sus andanzas junto a Manuel Contreras. En 1974 fue parte del aparato de la DINA en el exterior que digitó el crimen del ex comandante en jefe del Ejér-

cito de Chile Carlos Prats y su esposa, Sofía Cuthbert, el 30 de septiembre de 1974. También fue parte del equipo que eliminó a Lumi Videla, militante del MIR. Luego de torturarla y asesinarla fue lanzada al interior de la Embajada de Italia en Chile, que por esos días asilaba a numerosos perseguidos políticos. Era una advertencia. Para la ocasión, Videla fue maquillada, como si hubiera ido a una fiesta. Los agentes de la DINA se encargaron de vestirla con un traje de noche para la ocasión.

El mismo Willikie, en 1976, de tenida deportiva les dio la charla de bienvenida a los deportistas de la DINA. Debían cumplir las reglas de lealtad en la competencia.

En natación no anduvieron bien. Las otras brigadas tenían infantes de Marina más jóvenes que ellos, rápidos en el agua. Parece —no está seguro— que tampoco ganaron la competencia de dominación en la piscina. En esa prueba, subidos sobre una cámara de neumático, dos competidores se enfrentaban con unos palos con protecciones. Se daban golpes hasta que uno botaba al otro de la cámara.

Varias de las mujeres de la Brigada Lautaro fueron a gritar por ellos, a darles fuerza para ganar. En general, cada brigada llevaba su barra.

Su prueba era la posta de 4 x 4.000 metros. Una tremenda prueba. Partían corriendo desde la ENI y se internaban en el campo hasta llegar a los polvorines. Y de vuelta, corriendo a todo dar.

Como era el mejor le asignaron dos turnos, el primero y el cuarto. Las otras dos postas las realizaban Ricardo Ruiz y Jorge Ramírez Hernández. Partió bien. Entregó el testigo en primer lugar, a bastante distancia del que lo seguía.

Se subió al auto de Barriga y partieron al lado de los corredores, dándoles ánimo a sus compañeros. Cuando llegaron a la tercera posta habían perdido el primer lugar. Iban segundos, pero de cerca. Barriga gritaba, era muy competitivo, pero los atletas de su brigada —los Delfines—, eran puros chanchos. ¿Piña? Apenas podía caminar, un

desastre. ¿Obreque? Otro guatón chico. No es por menoscabarlos, pero para el tipo de misiones llevadas a cabo debieran haber estado impecables. Obvio.

Se adelantaron en el auto de Barriga hasta la última posta. Se bajó del auto, calentó un poco y listo. Cuando su compañero llegó partió como un bólido a alcanzar el primer lugar. Alcanzó al puntero y lo pasó. Luego lo dejó atrás, lejos de su tranco.

Esa prueba la ganaron. Todos los felicitaron. En los años siguientes ganó siempre. Era el corredor con mayor y mejor resistencia de toda la DINA.

La aplanadora

Daniel Palma había sido marginado del Partido Comunista en 1950, producto de divergencias ideológicas internas. Ese mismo año, el presidente Gabriel González Videla había obligado al PC a la clandestinidad tras procribirlo mediante la “Ley Maldita”. Durante los años posteriores, Daniel fundó dos organizaciones políticas de corte marxista: la Vanguardia Revolucionaria y Ranquil⁵². Con el triunfo electoral de Salvador Allende y la Unidad Popular, muchos militantes de la última organización se inscribieron en otras colectividades, pero Palma permaneció en Ranquil, asesorando a trabajadores en la articulación de sindicatos, entre otras labores.

52 En homenaje a las víctimas de la matanza de Ranquil, ocurrida en el sur de Chile, en la Región de La Araucanía, en 1934. Un grupo de campesinos y mapuches del sur se levantaron en contra de la opresión de sus patrones. Se unieron y marcharon hacia Temuco. Un batallón policial los cercó en el sector de Ranquil. Los asesinaron a todos. Cerca de doscientas personas.

En sus memorias, Rosalía Keller, esposa de Daniel, habla acerca de los días posteriores al golpe y recuerda cómo, junto a su marido, crearon la empresa Tres E, dedicada a la generación de proyectos sustentables tendientes al cuidado del ecosistema. Era una forma de mantener a la familia unida, “lograr esquivar la persecución pinochetista y construir una fuente de ingreso para los participantes”.

Ricardo Palma Keller, uno de los hijos de Daniel, piensa que la empresa de sus padres era en realidad una pantalla para poder llevar a cabo su verdadera pasión: la política.

El 4 de agosto de 1976, Daniel Palma salió de su casa rumbo a la oficina de Tres E. Lo acompañaba su esposa. Se separaron en algún punto del recorrido con el compromiso de que él volvería a buscarla para que almorzaran juntos. Pero Daniel nunca llegó.

Posteriormente, la familia averiguó que ese día Daniel pasó a revisar su casilla postal, ubicada en avenida Matta. El testimonio lo aportó un acomodador de autos. Daniel manejaba entonces su renoleta color celeste. De ahí en adelante se convirtió en un recuerdo.

Durante cinco años, Rosalía y sus hijos lo buscaron por todos lados. Recorrieron los hospitales de Santiago, la morgue, las comisarías, todo, sin resultados. Agotaron las instancias judiciales. Se lo había tragado la tierra.

Cuando ella falleció en 2007, sus hijos comenzaron a buscar datos acerca de su padre. Dieron con un maletín que había pertenecido a Rosalía y en él encontraron una serie de dibujos y planos hechos a mano. El autor era el holandés Gerard Croiset júnior, hijo del legendario clarividente del mismo nombre, especializado en deve-

lar el destino de personas desaparecidas. Así lo señalaba un membrete al costado superior izquierdo de las hojas. Croiset vivía entonces en un pequeño pueblo de Holanda, Enschede, y atendía a los clientes de su padre, por entonces enfermo. Se decía que había heredado parte de los “poderes” de su progenitor.

Rosalía, en su desesperación, buscó respuestas por intermedio del vidente, quien le fue presentado por un amigo común en el exilio. Croiset había sido visitado tiempo antes por familiares de los uruguayos desaparecidos en la cordillera de los Andes⁵³ y sus visiones, aunque incorrectas, finalmente tuvieron algo de verdad.

En el caso de Daniel, sus dibujos situaban el lugar donde se perdió al oriente de la capital de Chile. Señaló “problemas económicos” como la razón de su privación de libertad. No estaba lejos de la verdad.

Su primer recuerdo de Daniel Palma dentro del cuartel es en los calabozos. Entró a hacer aseo a los baños, como de costumbre. Llevaba su escobillón y un paño para pasar el cloro a las duchas y a las tazas de los inodoros. El detenido nuevo había llegado ese día. Estaba en eso cuando los agentes entraron. No sabía su nombre, no, nunca se decían nombres. Después, cuando le mostraron la foto en el tribunal sí lo recordó y le puso nombre al rostro.

Un caballero de edad. En malas condiciones. Al catre, amarras en los pies y las manos, de género para que no se le destruyeran las muñecas. Bernardo Daza, Juvenal Piña, Eduardo Oyarce, Héctor Valdebenito, el “Viejo Valde” y Obrequé le dieron duro. Y la “gigi” a toda máquina. Pusieron los electrodos en los puntos sensibles, como hacían con todos los detenidos. En sus tetillas, en los genita-

53 El 13 de octubre de 1972, una nave de la aviación uruguaya cayó en la cordillera de los Andes. Cuarenta y cinco personas, entre tripulación y pasajeros. Algunos murieron en choque, otros después. Solo dieciséis personas fueron rescatadas con vida.

les, debajo de la lengua. Le dieron manivela mientras varios lo interrogaban. En esa ocasión también estaba una de las agentes mujeres tomando nota, haciendo preguntas.

Juvenal Piña Garrido pertenecía al grupo de los Delfines. Gente de Barriga y Lawrence, especialista en detención, tortura y muerte. Y especializado en la cacería al Partido Comunista. Bernardo Daza Navarro, también presente, era el hombre de más confianza de Juan Morales, un Lautaro original y también de los más duros de su unidad, infante de Marina.

Los otros dos, Eduardo Oyarce Riquelme y Manuel Obreque Henríquez, pertenecían al Ejército, suboficiales. Eran parte del grupo original de Lautaro. Oyarce era cercano a Jorgelino, incluso ambos alojaban en el pabellón de solteros con Sergio Castro Andrade, carabinero.

Un par de días más tarde, mientras estaba en el casino haciendo aseo, vio que ingresaba un grupo de agentes con el mismo detenido de los calabozos. Eran Jorge Arriagada, Eduardo Reyes Lagos, Guillermo Ferrán y Díaz Radulovic, el “Gitano”. Las mujeres eran tres: Orfa Saavedra, Adriana Rivas, la “Chany”, e Italia Vacarella.

Sentaron al detenido en una silla, una de las usadas por el personal para almorzar cada día. Lo amarraron. Se ubicaron en torno a la silla en que estaba el hombre con la vista vendada y las manos esposadas tras la espalda.

Lo golpearon mucho. Se caía al suelo con la silla y lo volvían a levantar; una y otra vez y más combos, patadas, lo que fuera. Las mujeres le daban con lumas⁵⁴, puntazos más que golpes, para presionar las respuestas a las preguntas. Y gritos de ellos y ellas. Con la oreja parada ellas, tomando nota en libretitas cuando salía “algo bueno”. En esa ocasión fue sin corriente.

54 Luma. Arma de mano hecha de madera, usada generalmente por la fuerza policial.

Para 1973, la agente presente en la sesión de tortura Orfa Saavedra Vásquez era secretaria bilingüe. Fue reclutada por la DINA, hizo el curso de adiestramiento de agentes en Rocas de Santo Domingo y pasó a formar parte de la Brigada Lautaro desde sus inicios, bajo las órdenes de Morales Salgado. Hoy tiene cincuenta y siete años.

Adriana Rivas González, la “Chany”, todavía no se titulaba de secretaria bilingüe cuando fue reclutada en el mismo instituto donde estudiaba. También partió a Rocas de Santo Domingo a hacer el curso de adiestramiento de agentes DINA. En 1976 pasó a formar parte de la Brigada Lautaro cuando esta se encontraba en el edificio 5 de las Torres San Borja. Hoy tiene cincuenta y ocho años.

Italia Vacarella Gilio, la más bonita de todo el cuartel, también recibió formación en Rocas de Santo Domingo.

Unos días después, al salir de su pieza en el pabellón de solteros para ir a dejarle un café al capitán Morales, escuchó fuertes gritos. Fue a ver porque le llamó la atención. En el gimnasio estaban los agentes en la cancha donde jugaban fútbol y él practicaba tenis con Armando Fernández Larios.

Era el mismo detenido. Sentado sobre una silla con las manos esposadas o con amarras. Uno de los agentes, el “Keno” –nunca le supo el nombre–, tenía uno de esos palos para aplanar tierra. Fue una de las visiones más traumáticas, “porque lo golpeaban mucho con una de estas cosas para compactar la tierra. Un palo grueso, como polín y se le aplica un madero grueso abajo. Con eso le pegaban en la espalda. Le quebraron un brazo”.

Al mismo tiempo, con sus manos y pies, le dieron los tenientes Hernán Sovino y Dumays, Garay o Garat, y el “Chancho” Daza. Todos juntos, ensañados. Si se caía al piso con silla y todo, lo levantan.

taban. Lo tenían hecho pedazos. “¡Y cómo gritaba ese hombre! ¡Tan fuerte!”.

Desde el terreno contiguo se oyó una voz desesperada o molesta, o las dos cosas juntas. Era Jorge Morales, el vecino. “¡Ya, pues, por favor!”, gritó desde el otro lado de la pandereta. ¿Sabría lo que hacían ahí? Debe haber intuido bastante por lo menos, porque fue solo el grito, nada más. Ni una denuncia, ni una pregunta posterior, nada. En esa ocasión se asustaron, por eso también se le quedó grabado el episodio.

Los agentes se preocuparon y subieron la música al máximo.

Cuando terminaron con él, tipo seis o siete de la tarde, lo desataron de la silla con la venda y las esposas todavía puestas y lo lanzaron sobre el piso. Ese hombre quedó vivo. Pasó varias veces por el casino y lo vio tirado, lamentándose, moribundo. Bastante rato. Se arrastró un poco. Al día siguiente amaneció ahí mismo, muerto sobre el piso del gimnasio, destruido⁵⁵.

Es probable que el “Keno” sea un infante de Marina, aunque no ha sido identificado, parte del grupo de los Lautaros originales. Garay o Garat, como recuerda a otro de los presentes, no se encuentra procesado.

Los tenientes de Ejército Luis Dumays y Hernán Sovino Maturana venían formando parte de Lautaro desde el período en que funcionaban en la Remodelación San Borja, en la torre 5.

Al principio no lo recordaba, pero fue así. Ese mismo día, pasado un rato, los suboficiales de Ejército Carlos Bermúdez y Carlos Rinaldi lo llamaron para ayudar a “empaquetarlo”, transformarlo en un bulto. Un riel de tren, de los típicos. Alambre, bolsas de polietileno y bolsas paperas. Fue la última vez que lo vio.

55 Jorgelino declaró el 7 de febrero de 2012 en la causa rol 2182-1998, “Villa Grimaldi, episodio Insunza Bascuñán y otros”. Su relato es más general que el que narra en este libro y menciona como victimarios de Daniel Palma a Guillermo Ferrán, “Mario I” (Eduardo Reyes Lagos) y Jorge Díaz Radulovic.

Treinta y tres años después, Jorgelino se reunió con la familia de Daniel Palma en casa de Gerardo García-Huidobro, ex mirista y ex detenido. El encuentro fue filmado para el documental *El Mocito*.

Le mostraron la fotografía del padre desaparecido. Jorgelino lo reconoció como el detenido al que vio sufrir los tormentos antes descritos y la angustiada muerte en el cuartel Simón Bolívar. Y también señaló a los agentes que lo torturaron y asesinaron.

A partir de ese momento, el ministro que mantiene la causa por la desaparición de trece militantes del PC en esa fecha, comenzó a indagar.

En marzo de 2007, uno de los agentes de la Brigada Delfín, José Alfonso Ojeda Obando, declaró que en 1976 “se detuvo a un dirigente del Partido Comunista de apellido Palma”. La descripción corresponde a la de Daniel Palma.

Hasta ahora no hay procesamientos por el crimen.

Oficialmente, Daniel Palma nunca volvió a las filas del Partido Comunista desde su marginación en 1950. Pero todo indica que durante la dictadura, en plena clandestinidad de la organización, sí lo hizo o por lo menos comenzó a trabajar con sus militantes en la resistencia en el área de finanzas.

En una placa recordatoria a sus víctimas, ubicada en la sede central del partido, se encuentra inscrito su nombre.

El mismo día que detuvieron a Daniel Palma cayeron los médicos Iván Insunza Bascuñán, Carlos Godoy, Hugo Vivanco y su mujer, Alicia Herrera. Un día después lo hicieron el ex intendente de Llanquihue Óscar Ramos Garrido, Gabriel Castillo y Óscar Ramos Vivanco. Al día siguiente fue el turno de Manuel Vargas, ex regidor de Tiltil.

Todos eran militantes del Partido Comunista.

1976 fue un año trágico para la colectividad. Cerca de ochenta militantes de distintos niveles fueron desaparecidos. La mayoría debió haber pasado por el cuartel Simón Bolívar.

Aroma de mujer

La rutina en el cuartel le quedaba clara y la dictaba el hecho de que los detenidos no soportaban los golpes y fallecían durante las sesiones de torturas. Siempre supo que ahí se le daba “la última exprimida al limón”, y que el destino final era la muerte.

Entonces llegaba el turno de Gladys Calderón, la enfermera del cuartel. La vio muchas veces, casi siempre con jeans. Su figura menuda, algo envejecida, pelo liso, sin maquillaje, silenciosa. El detenido convertido ya en cadáver o cerca de serlo pasaba a manos de ella, que lo esperaba con su neceser a la mano. Inyectaba directo a la vena, en el brazo, cianuro, cree.

La vio tantas veces. Era el “trabajo principal” de Calderón, por llamarlo de alguna manera. Los palpaba, los auscultaba y así se daba cuenta si los detenidos estaban muertos o no. Pero de todas formas ella se aseguraba con “el tiro de gracia” y la orden siempre venía del oficial que estuviera de turno. Podía ser Morales Salgado o su segundo, Armando Fernández Larios, o el comandante de Delfín, Germán Barriga, o Ricardo Lawrence, segundo de Barriga. Y ella actuaba de forma automática, esa era su misión.

Casi nunca era necesario llamarla para la inyección letal, porque casi siempre estaba ahí presente. Sí, “asistiendo” a los torturados, determinando si podían soportar un poco más la “gigi” sin morir. Tenía su fonendoscopio colgado al cuello. Cuando la situación era crítica y los detenidos perdían la conciencia, ella se acercaba y lo ponía sobre el pecho del torturado. Después de escuchar con atención venía su diagnóstico y recomendación: parar, seguir al tiro, en una hora, en un par de horas, tras un día de descanso.

Lo hacía solo ella.

El agente José Alfonso Ojeda Obando, suboficial de Ejército en retiro, fue el jefe de la plana mayor de la agrupación Delfín en Simón Bolívar. Era el encargado de dejar el registro de ingresos, egresos, solicitudes de permisos, además de sus labores operativas. En sus declaraciones judiciales recordó que cuando el grupo Delfín, en 1976, partió a Simón Bolívar desde la Villa Grimaldi, llevó consigo una cajón manzanero “con especies en su interior, lo cual se me había ordenado que mantuviera guardado con llaves en el escritorio de mi oficina. Luego me enteré que se trataba de inyecciones de pentotal, las cuales se les debían suministrar a los detenidos que eran ingresados a ese cuartel”.

Jorge Pichunman, también recordó en general cómo morían muchos de los detenidos en el cuartel. “Primero se le interrogaba, a tal extremo que o fallecía a consecuencia de los apremios ilegítimos o bien quedaba en tan malas condiciones que se sabía que iba a morir, por lo que se recurría una inyección para apurar su muerte y evitar mayores sufrimientos”.

Muchos más coincidieron en el nombre de quien daba el “tiro de gracia”: Gladys Calderón.

En enero de 2007, agentes de la Policía de Investigaciones dieron con el misterioso personaje. Era una mujer

ya de edad, el pelo totalmente plateado y liso, tomado atrás, sin una pizca de maquillaje. Soltera, solterona ya a esas alturas. Silenciosa, impávida. Reconoció haber inyectado por lo menos en dos ocasiones a detenidos en pésimas condiciones. Ella lo consideraba un acto humanitario. “A todas luces era para terminar con la agonía de los detenidos, los que eran salvajemente torturados por el grupo de Lawrence. Dicho elemento era para darles muerte a los detenidos”, declaró.

La mujer había acompañado a Manuel Contreras desde los mismos inicios de la DINA, cuando todavía no recibía ese nombre.

Por ese tiempo, fines de 1973, Contreras tenía a su cargo el Regimiento de Ingenieros de Tejas Verdes en San Antonio. Tras el golpe se instaló ahí el primer centro de detención y tortura en esa ciudad, a un costado del centro militar. Un verdadero campo de concentración.

Ahí, el facultativo destinado a “asistir” a los detenidos en medio de las torturas era el doctor Vittorio Orvietto Teplinski⁵⁶.

Entre 1969 y 1970, Calderón había hecho un curso de enfermera voluntaria en la Cruz Roja de Melipilla, su pueblo natal. “Ahí se me enseñó la aplicación de primeros auxilios y todo lo relacionado con la enfermería del paciente”. Según su declaración, al final del curso llegó una circular a la Cruz Roja de parte del Hospital de Campaña del Ejército de Chile. Llamaban a los voluntarios a efectuar un curso de enfermería de guerra en Santiago. Ella lo aceptó, al igual que una colega. Juntas siguieron el camino en la DINA.

56 Supervisó a los detenidos en tortura en el centro de detención Tejas Verdes. Condenado por la justicia por su participación en desapariciones en este centro. Luego fue director de la Clínica Santa Lucía de la DINA. Gladys Calderón era su brazo derecho.

Tras el golpe de Pinochet, Calderón se presentó en la Comisaría de Carabineros de Melipilla. Ahí la destinaron a Tejas Verdes. Por lo menos esa es su versión.

Estando en Tejas Verdes la mandaron al cuartel Rocas de Santo Domingo, el lugar donde se adiestraba a los nuevos agentes de la DINA, las cabañas en “A”, donde en años posteriores los funcionarios iban de vacaciones con toda su familia. Ahí, Calderón conoció a más mujeres en su misma situación, entre ellas a la suboficial de Ejército Berta Jiménez y a la funcionaria civil Orfa Saavedra.

Terminado el entrenamiento, cerca de sesenta partieron a Santiago, entre ellas iban Berta Jiménez, Orfa Saavedra y Elisa Magna, esposa del infante de Marina Sergio Escalona. Todas bajo el mando de la teniente de Carabineros Ingrid Olderock, célebre por entrenar perros que violaban a las detenidas.

Como primer destino de las nuevas agentes se instalaron en la Escuela de Inteligencia de Rinconada de Maipú. Ahí se curtieron.

“Se nos enseñó preparación física, yudo, kárate, inteligencia, contrainteligencia, tiro”, declaró Joyce Ahumada Despuy, la que más quería a Jorgelino. Sabía lo que se sentía ser desplazada. Antes de ser miembro de la DINA había postulado a Carabineros, pero no la aceptaron. Tiempo después, con la llegada de la dictadura, la contactó Ingrid Olderock para darle la “buena nueva”. Estaba adentro.

Orfa Saavedra declaró que recién llegadas a Santiago se instalaron en un cuartel en la calle Santa Lucía, integrando la Brigada de Inteligencia Femenina (BIF), a cargo de Olderock. Su misión consistía en realizar vigilancia a miembros de la Junta Militar, sus familias y colaboración con otras brigadas.

Segunda o tercera en orden jerárquico de esta brigada era la enfermera Gladys Calderón. De ahí que todos luego en Lautaro la conocieran luego como “teniente” Calderón. Tenía mando.

A algunas luego las derivaron a otras unidades. Joyce Ahumada, por ejemplo, declaró que junto a una compañera partió a una casa ubicada en calle Lord Cochrane, en el centro de Santiago, donde funcionaba una brigada de seguridad a cargo del actual alcalde de Providencia, Cristián Labbé Galilea. Su función allí fue cubrirle las espaldas a Lucía Hiriart, esposa de Augusto Pinochet, y luego a su hija Jacqueline.

En esta y otras causas varios agentes reconocen a Labbé como uno de los instructores de agentes de la DINA en el cuartel Rocas de Santo Domingo, a un costado de Tejas Verdes, dirigido por Manuel Contreras. En la causa judicial de Tejas Verdes, un detenido⁵⁷ declaró que el alcalde de Providencia participó en un grupo de tortura cuando estuvo detenido en ese cuartel.

Pasado un año, en 1975, Calderón, Berta Jiménez, Elisa Magna, Joyce Ahumada y Orfa Saavedra, entre otras, se volvieron a unir. Fue en torno a la Brigada Lautaro. El capitán Juan Morales las pidió para integrarlas al grupo en formación.

En total, entre secretarias contratadas por el Ejército, civiles, la Armada, funcionarias de carrera y otras con “inquietudes sanitarias”, entrado 1976 sumaban cerca de quince mujeres en el cuartel de Simón Bolívar.

Hasta ahora la más recordada es Gladys Calderón. En 2009 conseguí su teléfono. Quería conversar con ella. La imagen del “ángel de la muerte” personificado en

57 Anatolio Zárate. Ex militante del Partido Socialista. Detenido en septiembre de 1973. A esa fecha era presidente de la estatizada Pesquera Arauco.

una mujer, en una enfermera, no me dejaba tranquilo. Al otro lado de la línea contestó una voz muy baja, apenas audible. Estaba asustada, cuidando a su madre en su casa de Melipilla. Las dos vivían solas. Sí, quería juntarse conmigo a conversar. No tenía problemas.

Hablamos en dos ocasiones. Siempre fue igual. Yo intentando darle confianza. Ella, en una excelente disposición, pero no “tenía tiempo” porque el cuidado de su madre le ocupaba todo el día. La tercera vez no me contestó el teléfono. Llamé unas diez veces más en los días siguientes. No volvió a responder a mis llamadas.

La limpieza mecánica

Varias veces le tocó presenciarlo. Era parte del procedimiento estándar. Una vez muertos, se les quemaba cualquier rasgo distintivo. Las huellas dactilares, el rostro, heridas notorias. El encargado de hacerlo era generalmente el cabo Leyton, “Mario Segundo”. Lo hacía dentro de la piscina vacía en forma de riñón al lado de la habitación del pabellón de solteros. Otros se turnaban en esta labor también, como Juvenal Piña, el “Elefante”; Héctor Valdebenito, el “Viejo Valde”, y Eduardo Reyes Lagos, “Mario Primero”. Siempre de noche, o cuando oscurecía.

La primera vez fue muy notoria, por el olor inconfundible. Estaba viendo televisión en la salita de estar del pabellón y le llamó la atención la fetidez. “Tan, pero tan hediondo”.

—¿Similar a qué puede ser?

—Córtese las uñas, recójalas y quémelas con un fósforo o un encendedor. Cuando lo haga no aleje la nariz del lugar. Aspire. Así va a sentir el fétido, insoportable aroma del cuerpo quemándose.

Estaba en la puerta del pabellón. Se quedó parado sobre los pedregales. Nunca lo había observado. Ahí estaba el “Viejo Valde” con el soplete encima de un cuerpo desnudo, quemándolo en la oscuridad. A su lado se encontraba Emilio Troncoso Vivallos. La llama azul alumbraba sus rostros.

El cuerpo estaba tirado sobre el fondo de la piscina para ver bien en qué lugar se encontraban las cicatrices. Y el “Viejo Valde” lo recorría con un cortaplumas. Esa fue la vez, sí. Se la metió al detenido dentro de la boca y comenzó a hurguetear. Le estaba sacando las tapaduras de oro. ¿Para ganar plata con eso? Probablemente. Se las guardaba en el bolsillo, para luego hacer quizás qué. Después, con el tiempo, se dio cuenta de que también “Mario Segundo” les sacaba las tapaduras a los detenidos.

El “Viejo Valde” estaba mirándolo. “¿Tenés miedo? No, claro que no. Bueno, si querés estar aquí, cabro chico, podís... y si no querés estar aquí, muere piola”. Se las daba de valiente. Que no lo fueran a mirar “a huevo”.

Héctor Valdebenito Araya, suboficial de Carabineros, tenía a la fecha cuarenta y un años de edad. El “Viejo Valde” le decían. Era experto en tortura, al igual que los funcionarios de Investigaciones. El contacto directo con la delincuencia en la calle y en las comisarías les daba ese “valor agregado”. Muchas de las máquinas de tortura, las “gigís”, venían de estas comisarías y se ocupaban desde antes de la dictadura con los delincuentes. Partió en la DINA desde sus inicios con el curso en las cabañas en Rocas de Santo Domingo. Los centros de tortura Londres 38 y la Villa Grimaldi forman parte de su recorrido. En 1974 se unió a la Brigada Lautaro.

Emilio Troncoso Vivallos, el otro suboficial presente quemando cuerpos, era carabiniere, también con historial en detención y tortura. Hizo el mismo curso en Rocas de Santo Domingo, pero el destino los separó.

Cuando llegó a Simón Bolívar formando parte de Delfín se reencontró con su amigo el “Viejo Valde”.

Jorge Pichunman, el “Indio”, carabinero y uno de los más queridos también por Juan Morales Salgado en ese tiempo, confesó judicialmente más detalles en 2007. “Los sopletes eran uno o dos y permanecían en la guardia. Morales no permitía que salieran de ese lugar, solo cuando iban a ser ocupados. Yo recuerdo que me tocó entregarlo a Leyton en una ocasión”. Según él, no le tocó efectuar esta labor. El especialista era el cabo Manuel Leyton. Pero el cocinero del cuartel, Carlos Marcos Muñoz, declaró que lo vio quemando el rostro y huellas dactilares de un detenido en la piscina del cuartel.

Eduardo Reyes Lagos, “Mario Primero”, suboficial de Ejército y parte de la Brigada Delfín, recordó el momento en que se dio la orden concreta de llevar a cabo el procedimiento. “Se nos ordenó –estaban Morales y Barriga– que debíamos borrar las huellas digitales de unos detenidos muertos que estaban en el patio. Eran alrededor de seis. Yo no realicé el trabajo porque era el jefe del equipo. Lo hicieron Piña y Risco. No sé qué pasó con esos detenidos porque eran prisioneros de la Brigada Lautaro. Yo era primera vez que veía que quemaran muertos”.

Reyes recordó también que los encargados eran del “grupo de los elefantes”. Venían de la Villa Grimaldi. Les decían de esa forma porque todos eran grandes y gruesos, “y a Piña porque tenía una memoria que sobresalía”.

Varios agentes más de la Brigada Lautaro y del grupo Delfín reconocieron este procedimiento. O porque lo escucharon o porque lo vieron. En el fondo porque lo sabían, todos lo sabían.

Personalmente, él sintió el olor muchas veces. De ahí a verlo con sus propios ojos... por lo menos unas tres más. Pero no se las ha relatado a la justicia, no lo recordó cuando lo interrogaron los agentes de Investigaciones y el ministro.

Fue en enero de 1977. Camino al baño. De noche, tipo nueve. Poco rato antes había visto llegar al “Chico” Meza, a Rinaldi y a Luis Reyes, “Mario Primero”, en el Peugeot 404 calipso, particular de Meza. Así que él estaba, seguro.

Entrando al baño se sentía el olor fétido. “Mario Primero” y Meza estaban sopleteando al detenido adentro de la piscina, en la semipenumbra. No, no recuerda su rostro, estaba oscuro y el cuerpo ya estaba bastante quemado.

José Miguel Meza era infante de Marina, fundador de Lautaro, de confianza de Morales Salgado, parte del grupo de “los míos”. Carlos Rinaldi, suboficial de Ejército, parte de la Brigada Delfín.

El siguiente episodio fue entre febrero y marzo de 1977, porque había vuelto recién del veraneo. El “Chico” Polo lo fue a buscar a la casa de la “tía Mila”. Estaba tomando té con la familia. El “Chico” Polo estaba de guardia ese día en el cuartel Lautaro.

—Por favor, reemplázame tres horas, te las devuelvo después.

—Muy bien, ni un problema.

Y partió soplado. Ahí se dio cuenta que andaba de jeans y fue a cambiarse al casillero. Camino a su habitación sintió de nuevo el aroma fétido de un cuerpo humano quemado. De nuevo estaba el “Viejo Valde”, con otro agente, llevando a cabo el procedimiento. No le vio el rostro.

Después, los agentes salieron en el Chevi Nova de la institución. Él estaba de guardia. Deben haber sido ya como las once de la noche. Iban Emilio Troncoso, del grupo de Barriga, y Obreque.

Manuel Obreque es suboficial de Ejército en retiro y pertenece al grupo original de la Brigada Lautaro.

La tercera vez estaba de guardia en el cuartel. Turno de ocho horas. Esa vez sintió el olor y se acercó por el costado del casino hasta ver en la oscuridad el soplete. El “Chico” Lagos era el operador. Luis Lagos Yáñez era funcionario civil de la Fuera Aérea.

Con el soplete y la jeringa nunca participó, a él no le pedían eso. Solo a los agentes especialistas. “¿Empaquetar?”. Eso sí, en unas tres ocasiones, aunque no lo recordó ante la justicia. No se lo preguntaron, puede ser eso.

Primero, una bolsa plástica desde los pies a la cintura. Otra igual de la cabeza a la cintura. Luego, el riel atado al estómago o a la cintura del detenido. Los rieles tienen unos hoyitos. Por ahí pasaba el alambre, una y otra vez, hasta dejarlo firmemente atado para que no se fuera a soltar. Era el típico alambre de fardo. Y los rieles estaban en el sector poniente del gimnasio, siempre unos cuatro o cinco. Y al lado, unas bolsas plásticas de polietileno.

La primera debió ser con el detenido Palma, el de la renoleta, se enteró de ese dato mucho después. El segundo lo recuerda bien. Estaba viendo televisión en su pieza con Sergio Castro Andrade, “Corderito”. Escuchó el grito desde afuera. Era el “Chico” Bermúdez. En esa ocasión seguramente le tocó ensacar el cadáver de un profesor del Partido Comunista, no está seguro. Preparó las bolsas, el riel, el alambre, y... el “paquete” estaba listo para el viaje.

Carlos Bermúdez es suboficial de Ejército en retiro.

Pertenece a los Lautaros originales.

La segunda vez le tocó hacer el bulto de Reinalda Pereira, la mujer embarazada que llegó detenida al cuartel. Esa vez se lo pidió el “Chico” Rinaldi o Pedro Bitterlich, “Marco Antonio”. A ella no le quemaron el rostro.

Varios agentes más reconocieron el procedimiento.

Jorge Pichunman declaró que muchas veces estando de guardia le pedían bolsas, en realidad sacos paperos color café. Los traían de otras partes. “A mí también se me

ordenó específicamente colaborar en meter detenidos muertos en sacos. Esto se hacía en el gimnasio o en el calabozo donde los detenidos se encontraban. Cada vez eran tres o cuatro los bultos con los cuerpos que se dejaban apilados en la cancha que se techó, en espera de ser retirados, ocurriendo este tipo de hechos preferentemente durante la noche. Sobre todo en períodos críticos”.

Emilio Troncoso Vivallos dijo que los rieles eran conseguidos por Manuel Leyton “en el Regimiento Ferrocarrilero de Puente Alto, por cuanto él había trabajado en ese lugar”.

De eso él no tiene idea. El procedimiento sí, lo tiene claro. Cuando estaba todo listo, los cuerpos inyectados, sopleteados y ensacados en el gimnasio, generalmente se apiñaba un grupo a un costado. A varios los traían de otras unidades, como de la Villa Grimaldi. Había que cargar los cuerpos hasta los autos que esperaban en el estacionamiento. Los mismos de siempre, el Chevi Nova, los Peugeot 404 y las camionetas Chevrolet C-10. Siempre de noche.

¿Dónde los llevaban? El “Viejo Valde” siempre decía que “los detenidos ya son comida para los pescados”. También escuchó hablar de la Escuela de Paracaidismo de Peldehue, como paso previo. Y de la cuesta Barriga, los acantilados del Cajón del Maipo y la quebrada de Rapel.

En muchas oportunidades él abrió el portón para la salida de la comitiva. En una, que hasta ahora no había contado a la justicia, también acompañó los cuerpos rumbo a su destino final.

Era septiembre de 1976. Estaba jugando Carioca en la guardia con una de las mujeres. La Marilyn Silva o la Joyce Ahumada. Con una de ellas dos. Y lo llamaron el “Negro” Escalona, el “Chico” Meza y Manuel Obreque Henríquez.

Sergio Escalona, infante de Marina en retiro es parte del grupo “los míos” de Morales Salgado, del grupo

Lautaro desde su inicio. Uno de los duros. Por eso le tocó prestar seguridad muchas veces al coronel Manuel Contreras y a otras figuras relevantes de la época, por lo menos así lo declaró él.

Llevaban dos bultos ya ensacados, listos para entregarlos. Salieron del cuartel, bajaron por Simón Bolívar, a la derecha por Carlos Ossandón, hasta avenida Larraín. Ahí se metieron al aeródromo de Tobaraba.

Uno de los agentes mostró su credencial en el pórtico de entrada y pasaron. Los estaba esperando un helicóptero de Carabineros, uno pequeño. Junto a la máquina aguardaban dos carabineros, de los motoristas que trabajan como escoltas. Con todo el equipo.

El “Chico” Meza y Obreque se bajaron y abrieron el portamaletas. Sacaron un cuerpo y lo subieron entre ambos al helicóptero que estaba apagado y con la compuerta abierta.

Obreque dijo: “Ayúdame con este”. “Okey”. Y se bajó. Pesaba mucho, el peso muerto de un ser humano es mucho mayor que cuando está vivo. Uno de cada lado, al helicóptero. Listo, y se fueron de vuelta al cuartel.

Eso fue todo. Según lo escuchado por él, era normal llevarlos a Tobaraba cuando eran pocos. Para las operaciones grandes no, ahí se armaba la comitiva completa, directo al campo de entrenamiento militar y base aérea de Peldehue.

Cuando ya los agentes estaban confesando sus crímenes en 2007, Jorge Pichunman agregó un dato fundamental: el mismo llevó cuerpos hacia el destino final, en este caso a la cuesta Barriga, por orden de Juan Morales Salgado y en compañía del teniente Hernán Sovino, Roque Almendra Estrada, Jorge Manríquez Manterola, Manuel Montre, Héctor Valdebenito Araya y Sergio Escalona.

“Llegamos a una mina abandonada, dejando ahí los cuerpos, y después fueron llevados dentro de la mina a

pulso, los tres cuerpos fueron llevados de una sola vez, cada cuerpo era llevado por dos agentes, con una mano tomaban el extremo del saco y con la otra iluminaban el túnel con una linterna. Ahí nos adentramos unos veinte metros y al final había un pozo donde fueron arrojados los tres cuerpos”.

Jorge Manríquez Manterola es suboficial de la Armada. Hernán Sovino es capitán de Ejército en retiro. Manuel Montre, suboficial de Carabineros. Todos son Lautaros originales. Almendra y Estrada no figuran en la lista de integrantes de ninguna de las dos agrupaciones.

Juan Morales Salgado, como jefe de la Brigada Lautaro, también reconoció que en septiembre de 1976 vio salir una camioneta C-10 junto a otro vehículo en el que viajaban Lawrence y Barriga y que en el interior de la camioneta llevaban entre cinco y seis bultos “correspondientes a cadáveres de personas que habían estado detenidas en el cuartel, o bien que habían sido traídas de otros lugares, todos los cuales fueron trasladados a Peldehue”. Solo eso reconoce, pero la enfermera Gladys Calderón lo señala como el oficial encargado de ordenarle ir junto a él hacia el destino final de un grupo de detenidos ya muertos.

Según cuenta, arriba de una camioneta subieron los cadáveres ya ensacados. Partieron en el auto de Morales Salgado y en otro más. Con la camioneta sumaban tres. Por un camino de tierra llegaron hasta la base aérea de Peldehue, hasta quedar al lado de un helicóptero grande, de color verde. “Y procedieron a bajar los cerca de diez bultos de la camioneta y dejarlos al interior de la aeronave”.

Unos años antes de que los agentes de la Brigada Lautaro delataran la existencia del cuartel Simón Bolívar

como centro de exterminio, en 2003 el agente de la Brigada Lautaro Emilio Troncoso Vivallos ya había confesado su actuación en la desaparición de la militante del Partido Comunista Marta Ugarte y un grupo de dirigentes de esa colectividad.

Todos ellos fueron llevados a la base aérea de Peldehue en 1976, subidos a un helicóptero Puma y lanzados al mar.

Los restos de Marta Ugarte fueron encontrados el 9 de septiembre de 1976 en la playa La Ballena, en el sector de Los Molles, con magulladuras en todo el cuerpo, fractura de columna y de brazo, entre otras lesiones, y signos de estrangulamiento. Troncoso confesó que cuando iban arriba del helicóptero se dieron cuenta de que estaba viva. El bulto comenzó a moverse. La inyección no había surtido efecto. Él mismo abrió los sacos paperos y la estranguló con el alambre que la rodeaba. Cuando estaba muerta volvió a sellar el “paquete”. Sin embargo, no lo cerró bien, pues un pescador encontró el cuerpo en la orilla, sin vida.

Lo que Troncoso no dijo en ese momento es que partieron del cuartel Simón Bolívar. Adecuó el hecho situando la salida de la comitiva de exterminio desde la Villa Grimaldi, el cuartel más conocido en ese momento. Cuando declaró, el cuartel Simón Bolívar ya era conocido, pero como una entidad menor que solamente formaba parte del relato de algunos agentes. Nunca como lo que realmente fue. Como lo conocido a partir de 2007.

Muchas víctimas fueron comunistas. Unos pocos, militantes del MIR. El “Viejo Valde”, Héctor Valdebenito Araya, llevó a uno de ellos hasta la cuesta Barriga. Era joven, un poco mayor que Jorgelino en ese tiempo.

En 2007 declaró que junto al teniente Hernán Sovino interceptaron a un joven en la esquina de avenida Providencia con Antonio Varas. Este iba camino a reunirse con su tía política, empleada doméstica en una casa del sector. Por descripciones que manejaban los agentes, comprobaron que se trataba del militante del MIR Ángel Gabriel Guerrero Carrillo, de veinticuatro años en ese momento.

Según recordó el “Viejo Valde”, llegaron al joven gracias a la delación de la dueña de casa donde trabajaba la tía, quien la escuchó hablando por teléfono con él. Le hablaba de reunirse y mencionaba el sector. Entonces la patrona llamó en secreto a la DINA para contarles de las andanzas de su empleada.

La tía de Ángel, Erica Quintanilla, contó luego su versión a la justicia. Mientras caminaban por la calle, recién reunidos en la placita, dos hombres los interceptaron y se llevaron a Ángel. Para siempre. La versión del “Viejo Valde” difiere un poco. Dice que cuando lo detuvieron, Ángel aún no se había reunido con su tía.

Según Valdebenito, primero lo llevaron a la Villa Grimaldi porque ahí estaban los especialistas dedicados a interrogar a militantes del MIR, entre ellos Marcia Alejandra Merino, la ex mirista conocida como la “Flaca” Alejandra, quien se cambió de bando luego de las torturas recibidas. A esas alturas ya era una interrogadora respetada dentro de la DINA.

A los pocos días, Ángel fue llevado de vuelta a Simón Bolívar. Iba en pésimas condiciones. Valdebenito fue instruido por Juan Morales Salgado para que fuera eliminado en ese momento. Recordó su dedo pulgar apuntando hacia abajo, como signo indesmentible.

El grupo del “Viejo Valde” en esa ocasión estuvo formado por los agentes de confianza de Morales, los infantes de Marina Daza, Escalona y Meza.

“Echamos a la rastra al automóvil al detenido y partimos junto a Daza, Escalona y al parecer Meza, hacia la cuesta Barriga. Al llegar a la cueva nos metimos a la entrada y dije a los demás que cumpliéramos la orden. En ese momento, Daza tomó por atrás al detenido, pasándole el brazo por el cuello, y el detenido, a pesar de lo mal que estaba, reaccionó y comenzó a patear, hasta que le tomé los pies mientras otros lo aseguraban por arriba, y en ese momento fue que Daza le dio giro al cuello del detenido muy brusco hacia un lado y lo desnucó. El detenido quedó inmóvil, muerto. El cuerpo fue cargado por otros dos, yo alumbré con linterna, lo llevaron al fondo y fue lanzado al pozo. Nunca antes conté esto, ni a mi familia”.

Todo esto se daba en medio de su vida afuera del cuartel, del día a día con sus compañeros, las labores de trabajo y las festividades. El 18 de septiembre de ese año fue con tragos y empanadas para todos. Los asados de conmemoración de las Fiestas Patrias contaron con la presencia del coronel Contreras. También estaban sus amigos Morales Salgado y Krassnoff. Risas de un lado y de otro. Bailongo en el casino con las agentes mujeres.

El casino entero adornado. Él había ayudado en eso. Las tiras de papel con banderitas de Chile por todo el borde de los muros, rodeándolos. La radio con las cumbias. Y afuera dos parrillas, con sus especialistas en el asado atendiendo a sus compañeros, cortando según el gusto de cada uno.

De una de esas ocasiones recuerda a la “Flaca” Alejandra ahí. Con una pistola al cinto. Se relacionaba mayormente con los oficiales. Los demás la respetaban. Y bailaba bien, era una mujer con personalidad.

Y él acumulando, acumulando.

“¿Y quién era yo para ponerle atajo a eso o hacer algo? No podía. ¿Dónde estaba Dios?”. La verdad, en ese tiempo no se le pasaba ni cerca de la cabeza.

Sería mentira decir que en esos momentos él pensaba en Dios. Mentira, nunca se lo preguntó. Lo ha pensado, sí, pero mucho tiempo después, pasados los años. Ahora, o hace un tiempo, ya mucho más adulto, después de haber recibido su educación. Sí, ha ido de una iglesia en otra. Católicos, mormones, evangélicos... y ninguna termina de convencerlo ciento por ciento.

“Dios es un ser supremo, todopoderoso, un ser imaginario para toda la gente, pero que nos da la fuerza física y psicológica para hacer las cosas de acuerdo a los mandamientos de él y las bendiciones que él envía. ¿Por qué estoy con buena salud? ¿Por qué tengo trabajo? Es gracias a Dios. Yo sé lo más básico de la Biblia, pero confío en él”.

Siempre estuvo Dios presente, eso cree. Ahí, en la DINA, viendo todo lo que vio. Pero tal vez no pudo hacer nada. No logró desviar el rumbo de acción de sus compañeros de labores, a sus jefes. “Tal vez Satanás fue más importante para ese grupo de personas”.

Las confesiones de Jorgelino y más tarde las del resto de los agentes implicados en el terrorismo de Estado dejaron en evidencia un verdadero tabú que ha comprometido a las organizaciones y partidos de izquierda de Chile y del mundo: la colaboración de los militantes detenidos con los servicios de seguridad para suspender o mitigar los tormentos inhumanos a los que fueron sometidos.

Aunque es un hecho que muchos “hablaron” o “entregaron” y que otros “callaron” o “resistieron”, el quiebre del torturado se opone a una especie de doctrina consuetudinaria e interna de los partidos, la del comportamiento ejemplar durante la tortura, la de quienes no delatan a sus compañeros de partido, transformándose esta en una obligación militante.

Hasta hoy no me queda claro cuáles son o han sido los criterios que señalan ese tipo de comportamiento como algo consustancial a la “calidad” del militante, ni tampoco quiénes fueron los compañeros capaces de soportar sin delatar a otros. Si existieron, estarán muertos.

Buscando respuestas solicité una entrevista al presidente del Partido Comunista, Guillermo Teillier, pero no obtuve respuesta positiva a mi petición. En realidad, no obtuve respuesta alguna.

Durante el ejercicio de la profesión de periodista conversé con numerosas víctimas de la tortura. Todas co-

inciden: “La tortura es insoportable”. Todos hablaron. Antes o después. Solo al principio, recién ocurrido el golpe de Estado, algunos pudieron engañar a sus torturadores, aún inexpertos y carentes de información para contrastar con los testimonios obtenidos mediante tormentos.

La historia recogida en muchas experiencias recabadas durante entrevistas a sobrevivientes de distintos campos de concentración, centros de detención y tortura, señala un continuo: “Cuando se trata de tortura sistemática y brutal, los héroes no existen”.

Según mi experiencia, y tras todo el trabajo de investigación en temas de violaciones a los derechos humanos, nunca me había topado con un grupo de agentes tan brutales como los miembros de la Brigada Lautaro y de la agrupación Delfín. Estaban especializados, habían sido entrenados específicamente para esa labor: dar caza al Partido Comunista. Para mediados de 1976 eran pocas las “mentiras” capaces de pasar por su cedazo, pocos los actos heroicos que sus presas pudieran efectuar entre sus garras.

La diferencia entre “detenidos colaboradores” y aquellos que “hablaron menos” durante las sesiones de torturas es una versión propagada por los propios agentes de la DINA. En todos los torturadores con que he podido conversar he visto un discurso común, una jerga similar. Hablan de detenidos que “cantaron todo, como pajaritos, que entregaron hasta a su mamá”, y de otros a los que, desde su óptica tan particular, consideraron “más o menos respetables”. Pero en todos los testimonios prima el desdén. Es parte de su lógica. ¿Extorsio-

naban de este modo la memoria de los familiares o de algunos detenidos que salvaron la vida? A mí me parece que sí.

El caso de los detenidos en el cuartel Simón Bolívar presenta diferencias respecto de la norma. Puesto que ninguno debía salir con vida, por órdenes provenientes de la dirección de la DINA, fue poco el cuidado que tuvieron con ellos. De ahí los asesinatos con corvos en medio de la noche, con impunidad total, o los cuerpos tirados en el gimnasio, desangrándose luego de una sesión de tortura. ¿Podían existir héroes en ese contexto?

Para los familiares de algunos miembros del Partido Comunista que pasaron por este infierno, esta diferenciación entre héroes o victimarios ha redundado en la dificultad de obtener información clara sobre los últimos pasos en la vida de sus seres queridos. ¿En qué andaban? No militaban abiertamente en aquellos tiempos de persecución, estaban encubiertos, eran parte del aparato clandestino, sirviendo como enlaces, formando parte de la dirección, o solo como “ayudistas”.

Claro, formaron parte de la cadena de delaciones que permitió a la DINA obtener su más grande triunfo en 1976, cuando estuvieron a punto de hacer desaparecer del mapa al partido político más antiguo de Chile.

El comienzo de la debacle se dio con la detención de Miguel Estay Reyno, el “Fanta”. Integrante del aparato de inteligencia del PC, cayó en diciembre de 1975 gracias a que su superior dentro de la estructura, René Besoa, lo entregó al enemigo. No es secreto ya los pormenores de su detención en manos del Comando Con-

junto⁵⁸ y la posterior caída de su familia cercana. Pocos días más tarde se transformó en un activo agente de esa repartición. René Besoa también.

Para 1985, el “Fanta” integraba la Dirección de Comunicaciones de Carabineros y a través de ese servicio participó en el crimen de los profesionales y ex compañeros de partido Santiago Nattino, Manuel Guerrero y José Manuel Parada, todos asesinados por degüello.

Gracias a los datos entregados por el “Fanta” y otros militantes que cayeron posteriormente, el 29 de marzo de 1976 fue el turno del subsecretario general de las Juventudes Comunistas, José Arturo Weibel Navarrete. Lo detuvieron a bordo de un autobús cuando iba a dejar a unos de sus hijos al colegio. Sus captores también fueron agentes del Comando Conjunto.

Con su detención, muchos más cayeron.

Cuatro días después, la DINA llegó al domicilio del ex diputado del Partido Comunista y dirigente sindical de la CUT Bernardo Araya Zuleta. Fue detenido junto a su esposa, María Olga Flores, su cuñado y dos nietos.

Con los ojos cubiertos por cintas adhesivas, todos fueron trasladados hasta Santiago, probablemente al cuartel Venecia⁵⁹ de calle Independencia. El matrimonio permanece desaparecido hasta hoy. Sus nietos y el cuñado fueron dejados en libertad.

58 Comando Conjunto. Grupo operativo y de inteligencia formado fundamentalmente por integrantes de la Fuerza Aérea y también miembros del Ejército, Carabineros, Investigaciones, la Armada y ex militantes del grupo civil Frente Nacionalista Patria y Libertad, cuyo jefe fue el abogado chileno Pablo Rodríguez Grez. Existió entre 1975 y 1977. Su principal función fue la represión del Partido Comunista. Funcionó de forma paralela a la DINA. También actuó en conjunto con ella a través de la colaboración informativa y traspaso de prisioneros. El eje articulador del grupo terrorista fue el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA), con el comandante de la Aviación (r) Edgar Ceballos Jones a la cabeza.

59 Cuartel Venecia. Cuartel de la DINA ubicado en la calle Venecia 1722, en la comuna de Independencia.

Durante los primeros días de mayo de 1976, los agentes de la DINA montaron una “ratonera”⁶⁰ en una casa de seguridad del partido ubicada en calle Conferencia 1587. La fecha coincide con la articulación de la agrupación Delfín. Con ese fin se creó en mayo de 1976, al mando del capitán Germán Barriga, asentada primero en la Villa Grimaldi y a poco más de un mes ubicada definitivamente en el cuartel Simón Bolívar. Operativamente, pronto se fusionaría con la Brigada Lautaro de Juan Morales Salgado.

Entre el 4 y 6 de mayo, casi todos los integrantes de la dirección clandestina del PC habían caído en la ratonera. Los máximos directivos habían coordinado una reunión. Uno a uno fueron ingresando a la casa copada por agentes de la DINA. Primero fue Mario Zamorano, luego Jorge Muñoz, marido de Gladys Marín. Al día siguiente, Uldarico Donaire Cortez y Jaime Donato Avendaño. También fue detenida Elisa Escobar.

El 9 de mayo fue detenido en su casa en Quinta Normal Lenin Díaz Silva, pareja de Elisa Escobar.

Gracias a los datos obtenidos por boca de los detenidos, Víctor Díaz López fue apresado el 12 de mayo de 1976 en la vivienda de José Canto, en Bello Horizonte, comuna de Las Condes. Díaz era por entonces subsecretario general de la dirección clandestina del Partido Comunista y la presa más codiciada por Manuel Contreras y Augusto Pinochet.

El 12 de mayo fue el turno de la militante comunista, María Espinoza Fernández, interceptada en calle In-

60 Ratonera. Normalmente corresponde a una vivienda inmueble hasta donde llegaban los agentes de la DINA u otros servicios de inteligencia con el objetivo de tomar el control de los integrantes del hogar, someterlos y así lograr que otras personas llegaran, ingresaran con confianza, para luego proceder a detenerlas, interrogarlas, torturarlas y, en muchos casos, asesinarlas.

dependencia, mientras intentaba tomar la locomoción colectiva.

Entre esa fecha y agosto, varios miembros del partido llegaron al cuartel Simón Bolívar. Miembros de la Jota –Juventudes Comunistas–, del Comité Central en tiempos de Salvador Allende, enlaces y también simples militantes. Todos fueron torturados y, finalmente, muchos asesinados.

En agosto de 1976 cayó lo que podría ser una segunda dirección clandestina interina del partido. El 4 de agosto fue el turno de los médicos Óscar Godoy e Iván Insunza –ambos pertenecientes al Frente de Profesionales– y Daniel Palma. Todos fueron secuestrados desde sus automóviles. Ese mismo día cayó Hugo Vivanco y su esposa, Alicia Herrera.

La hermana de Hugo Vivanco, Carmen Vivanco, estaba casada con Óscar Ramos, caído al día siguiente, el 5 de agosto, al igual que su hijo, Óscar Ramos Garrido.

Dos días más tarde fue detenido el ex alcalde de Tiltill Manuel Vargas, miembro del Comité Central.

El 9 de agosto cayó la tesorera del partido, Marta Ugarte, y cinco militantes más.

El 11 fue el turno de los miembros del Comité Central del partido durante la UP, Vicente Atencio, Miguel Nazal, y el encargado de provincias, Carlos Vizcarra.

Con eso se desmontaba una posible segunda dirección. Hasta ahora solo se conocen detalles acerca de la muerte de Marta Ugarte, debido a que su cadáver apareció en una playa de Los Molles, cerca de La Ligua, y de Daniel Palma Robledo, detenido en el cuartel Simón Bolívar.

En diciembre cayó la tercera dirección del Partido Comunista.

El día 9 de ese mes Armando Portilla fue detenido en la calle. El 13, Fernando Navarro.

El 15 fue otro día clave: juntos fueron atrapados en la rotonda Lo Plaza, en Ñuñoa, Lincoyán Berríos y Horacio Cepeda. Ese mismo día cayó el nuevo subsecretario general, Fernando Ortiz –profesor de Historia y Geografía de la Universidad de Chile– y el segundo de la dirección clandestina, Waldo Pizarro. También cayó Reinalda Pereira, embarazada de cinco meses, junto a Luis Lazo y Héctor Véliz.

Todos fueron llevados al cuartel Simón Bolívar y ahí torturados hasta la muerte. Su destino final se conoció debido a las confesiones de sus victimarios.

En general, el promedio de estadía de los detenidos en ese cuartel fue de una semana. Dos, como máximo.

Pero Víctor Díaz López permaneció detenido en Simón Bolívar durante cerca de siete meses.

La presa mayor

El tiempo pasaba dentro del cuartel. Era verano de nuevo, hacía calor y él se adaptaba a todo con facilidad. Veía en los comunistas a los “destruye patrias”, carroña pura. En cierta forma se lo tenían todo merecido, por intentar acabar con el país.

Los agentes, todos, lo tenían claro. Y los trataban en consecuencia, como basura. A veces parecía una competencia entre ellos, un juego interno, como si quisieran probar quién era capaz de hacerles más daño. El más malo, el más perro, era el mejor. No era una competencia abierta, pero muchas veces escuchó “pásamelo, déjame lo a mí”, y se los arrebataban a otros. Se peleaban a los detenidos. Cuál de ellos los torturaba con más ferocidad con la “gigi” girando veloz en manos frenéticas hasta la llegada de un oficial para poner orden. Y el detenido de turno saltando con espasmos sobre el catre metálico, apretado entero, o destruido por los golpes.

Dentro del ambiente también él tenía que encajar, estar a la altura. Si pasaba por el lado miraba al detenido con desprecio, eso estaba bien visto. O una patada, también. Así, dentro de ese sistema, nadie podía fallar. Tampoco él. Todos perros. Todos locos. No mostrar ni un sentimiento de compasión. Por dentro, obvio, sentía algo, pero quería estar dentro de ese grupo para ascender y hacer su carrera de militar. Si lo veían débil, aunque no le dijeran nada, se iban a dar cuenta. “El cabro no sirve, no es un duro, no es perro como nosotros”. Eso no, no quería quedar fuera.

¿Tenía la libertad para irse y abandonar todo eso? Lo pensó muchas veces, pero nada. Inaceptable. Era volver a la calle, dejar el mundo en el que estaba aprendiendo, donde recibía el alimento diario y las enseñanzas. O quizás podía ser peor, bastaba con un “elimínenlo”.

Entonces, cuando se mostraba así, como ellos, malo, frío, cuando daba patadas, cuando miraba con odio a un detenido, con una palabra, un grito, de vuelta recibía un gesto de aprobación. “Vas bien, vas por el buen camino”.

Con algunos detenidos podía hacer eso, pero no con el “Chino” Díaz, no con el “Chinito”. ¿Por qué le habrá tomado cariño? Se parecía a su padre, algo tenía en sus ojos. Cuando lo veía, simplemente lo recordaba.

Cuando llegó al cuartel, por ahí por junio, el “Chino” Díaz ya estaba detenido en los calabozos. Tenía su habitación al lado de todos los demás detenidos, pero claro, él era el único que no formaba parte de la rotación constante. Por algún motivo, no sabe cuál, pasaba las noches en su habitación encerrado como todos los demás, escuchando los gritos de sus compañeros en el pasillo, amarrados al catre metálico y sufriendo la “gigi”. ¿Cuántos gritos habrá soportado Víctor Díaz?

En 2007, Ricardo Lawrence, el segundo hombre de la jerarquía dentro de la agrupación Delfín, confesó a la justicia un encuentro secreto realizado entre los máximos dirigentes del PC y Augusto Pinochet, desarrollado en la casa de piedra del Cajón del Maipo, confiscada al ex director del diario *El Clarín*, Darío Sainte Marie.

Según Lawrence, en esa reunión estuvieron presentes el capitán Juan Morales Salgado, Manuel Contreras, dos dirigentes del Partido Comunista –detenidos en 1976– y Víctor Díaz. “En ese instante llega el general Pinochet, quien conversa con todos los detenidos, pero principalmente con el ‘Chino’ Díaz, quien le señala que atacar al

Partido Comunista era como sacar el agua de la mar con un balde”.

Desde ahí, Víctor Díaz fue llevado a la Villa Grimaldi, donde lo tenía apresado originalmente la agrupación Delfín.

El agente y jefe de la plana mayor de Delfín, Alfonso Ojeda Obando, declaró que cuando Víctor Díaz se encontraba recién detenido por su grupo en la Villa Grimaldi, antes de llevarlo al cuartel Simón Bolívar, lo interrogó. Luego de ello conversaron. “Me dijo: ‘Yo estoy dispuesto a colaborar porque estoy deshecho, todos mis compañeros están cayendo y yo ya no tengo más que hacer’ [...] Este detenido fue usado como ayuda memoria, diccionario o computador. Es decir, aparecía un nombre en las investigaciones, se le preguntaba si lo conocía o no. En ese período, el ‘Chino’ Díaz dio los nombres de dos personas de apellido Pereira, que fueron detenidas por la agrupación Delfín y cuya primera entrevista se las hice yo. Tenía que conversar con él, preguntarle qué necesitaba, era un detenido importante, sin contacto con nadie [...] Díaz estaba bien presentado, bien vestido y aseado. Seguramente algún equipo lo llevaba a los baños a asearse”.

Cuando la agrupación Delfín pasó en mayo de 1976 a instalarse desde sus oficinas en la Villa Grimaldi al cuartel Simón Bolívar, Víctor Díaz partió con ellos.

Poco tiempo después, él lo conoció.

Guardaba un vaso de plástico cumpleaños detrás del calefón, escondido de sus compañeros del cuartel. Entonces abría la escotilla inferior de la puerta y pasaba el vaso lleno de agua. De vuelta, la mano del “Chino” golpeando la de él, despacito. Era su forma de dar las gracias. No se decían nada, solo de vez en cuando las miradas

se cruzaban a través de la escotilla superior. Sí, se tenían buena. Era mutuo.

Navidad de 1976. Fue la última vez que se vieron los rostros. Él estaba de guardia; también estaban el jefe de la plana mayor del Lautaro, Sagardía, además de Ferrán y Emilio Troncoso Vivallos.

Iban a comer los cuatro juntos esa noche. En el casino. Pusieron la mesa, los cubiertos, estaba todo listo. Poco rato antes había pasado el vehículo del cuartel general con un funcionario repartiendo una canasta familiar para todos los agentes de guardia, además de una cena completa para esa noche. Pavo, papas con mayonesa, pisco, aguardiente y pan de pascua. Una buena comilona.

Algo pasó esa noche de fiesta en la casa del Mamo Contreras, no recuerda qué, solo la salida de los otros tres rumbo a Príncipe de Gales. Y él ahí, solo, de guardia, atento. Volverían dentro de un rato, luego de solucionar los problemas en la casa del coronel. “Bueno, no hay problema. Entonces, a esperar”.

Pero salió del casino, atravesó el pasillo, pasó frente al pabellón de solteros y con las llaves en la mano abrió la puerta de los calabozos. No recuerda quiénes estaban esa noche en la celda. Pero el “Chino” Díaz estaba, como siempre.

Abrió la cerradura de la puerta principal y luego, a la izquierda, la de su cama. Adentro estaba él, acostado. Casi sin palabras, salieron los dos a la noche de Navidad, rumbo al casino del cuartel Simón Bolívar.

Lo recuerda nítido. Los dos llegaron a la mesa del casino. Le mostró la silla, el “Chino” se sentó. Le quitó las esposas de las manos. Le sirvió un plato de pavo con papas mayo, de buen tamaño. También se sirvió él y se sentó al frente, del otro lado de la mesa.

Estaba débil el “Chino” a esas alturas. Lo habían “carrillado” hartó en fechas anteriores. Flaco, con su cojera siempre, con movimientos dificultosos. Y ahora lo miraba del otro lado de la mesa, en silencio, sin odio.

Él llevaba su fusil colgando del hombro, por si acaso, “porque era así nomás la cosa”. El “Chino” estaba tan débil que en realidad no era un peligro. “Estoy viejo, débil, míreme, ¿cree que voy a escapar? Déjelo a un lado, así va a estar más cómodo”. Muy bien, se quitó el fusil. Lo puso al lado de una salamandra. Así estaba más cómodo, efectivamente.

Comieron la cena navideña sin palabras de un lado ni del otro. El “Chino” Díaz pensando quizás en qué; él viendo a su padre en el rostro del detenido. Solo una palabra, una frase en realidad, en un momento. Lo miró primero y luego: “¿Qué hace un joven como usted metido en un lugar así?”. Se encogió de hombros, nada que decir. ¿Cómo contarle su vida, desde chico, luego donde el “Mamo”, el profesionalismo, sus ganas de ser militar, guardaespaldas...?

Terminaron de comer y levantó los platos. El “Chino”, al frente aún sentado. “Vamos de vuelta a la habitación”. Tal como salieron volvieron. Él, un poco urgido, en cualquier momento podrían regresar sus compañeros y si veían eso, si se daban cuenta de su actitud débil frente al detenido, entonces sería el fin del respeto.

Cerró las dos llaves, la de su puerta y la del calabozo. Cruzó hacia el casino y lavó los platos de ambos. Estaba en eso cuando escuchó el sonido del auto en la puerta del cuartel. Ya eran pasadas las doce. Miedo, “ojalá no haya dejado alguna evidencia”. El “Viejo Saga” llegó a su lado. Le dijo que ya había comido y que por eso estaba lavando los platos. No se dio cuenta de nada. Nunca nadie en ese cuartel supo de ese encuentro entre él y Víctor Díaz.

En declaraciones judiciales, varios agentes recordaron haber visto a Víctor Díaz. El cocinero del cuartel Simón Bolívar, Carlos Marcos Muñoz, declaró en febrero de 2007 que conoció de cerca al subsecretario general del Partido Comunista. Según él, en su pieza Díaz contaba con televisor, un catre y un velador. Él, como Jorgelino, iba también en ocasiones a dejarle la comida. “Se lo trataba de forma especial, ya que se sabía que estaba

colaborando en la entrega de información [...] Fruto de ello comenzaron a llegar detenidos, los que quedaban recluidos en los calabozos”.

Según el cocinero, Díaz le ayudaba en la cocina, acompañado por un agente. “Por tal razón lo comencé a conocer muy bien”.

No estaba libre dentro del cuartel, pasaba la mayor parte del día encerrado en su habitación, pero cada cierto tiempo lo veía en el patio. Lo sacaban a estirar las piernas. Tanto a él como a su padre, también cocinero del cuartel, Díaz los llamaba con las palabras jefe, señor y caballero.

Carlos Marcos se suicidó en su habitación el 24 de mayo de 2007 mientras estaba preso en el Batallón de Policía Militar por este caso. Se colgó con un suéter. Poco tiempo antes le había dicho al juez Montiglio que tenía miedo. Al parecer, otros agentes presos lo habían amenazado de muerte.

Eduardo Oyarce Riquelme, amigo de Jorgelino, también recordó a Víctor Díaz en el cuartel: “Permaneció detenido durante un largo tiempo, cerca de seis meses. Era una persona de buena apariencia, era letrado, culto, buen lector y circulaba libremente por el cuartel, era cojito, almorzaba con nosotros, nos preparaba la comida, teníamos un gran aprecio por él y, según me pude enterar, el trato hacia él era porque ayudaba a los agentes a la ubicación de otros militantes del Partido Comunista”.

Pero a él no le consta que eso sea verdad. Nunca lo vio colaborando con los agentes de la DINA, siempre estaba en su habitación, como un preso más.

Incluso puede decir que lo trataban mal. Y torturas también, en más de una ocasión. Solo él fue el del trato humano con el “Chino”, asegura. Los demás no. ¿Por qué todos señalan ese trato cordial ha-

cia Víctor Díaz mientras él dice que no es así? Cómo saberlo, pero ese es su recuerdo.

Sucedió después de la comida navideña. Pasada la hora de almuerzo. Entre Pascua y Año Nuevo de 1976. Ese día él no estaba de guardia. No había tampoco mucha actividad en el cuartel, pero de todas formas estaba atento a cualquier movimiento. Un sándwich, un café, lo que fuera que le pidieran... él tenía las llaves del casino.

Caminó hacia los calabozos para ver a los detenidos. En ese momento vio a la enfermera Calderón que venía de vuelta saliendo del lugar con su neceser en la mano, con sus utensilios de matar. En ese momento Morales estaba ahí, también afuera de los calabozos, a un costado. Y lo llamó: “Te necesitan ahí adentro”.

En el interior, a la izquierda, estaba la puerta de la habitación de Víctor Díaz semiabierta. Los dos hombres de confianza del capitán Morales, Daza y el “Negro” Escalona, estaban sentados al lado del cadáver del “Chino”. Aún tenía una bolsa plástica sobre la cabeza. Estaba muerto, totalmente muerto. Lo estaban “empaquetando” ahí, adentro de su pieza. Los bolsos papeeros, el alambre y el riel de tren.

Alcanzó a llegar al umbral. El “Negro” Escalona pateó la puerta y se la cerró en las narices. A esperar, fuera. Unos minutos. Luego lo llamaron otra vez ellos mismos. Abrió la puerta. El “Chino” Díaz era un paquete. Después de tantos meses, por fin se habían decidido a matarlo. ¿Por qué? ¿Por qué en ese momento? Quién sabe, cómo poder saberlo. Él no estaba en condiciones de manejar ese tipo de información.

Este recuerdo gatilló la caída de los agentes de la Brigada Lautaro. Jorgelino identificó a Daza y a Escalona el 19 de enero de 2007, cuando lo fue a buscar Investigaciones para tomarle una declaración.

Lo buscaban debido a que seis meses antes, en julio de 2006, otro de los agentes del cuartel, Jorge Díaz Radulovic, el “Gitano”, lo había cargado con la muerte de

Víctor Díaz. Los detectives llegaron donde el “Gitano” debido a la petición del abogado querellante Nelson Caucoto. Lo mencionaba como uno de los posibles asesinos del subsecretario general del Partido Comunista. Era solo una sospecha.

Díaz Radulovic declaró ante la policía que un tal Jorge Vergara lo había asesinado, sin mencionar el lugar ni mayores detalles. Durante el segundo semestre de ese año, la policía entrevistó a cerca de cincuenta Jorges Vergara en distintos puntos de Chile, más o menos de la misma edad del sospechoso. Hasta un ex dirigente del club de fútbol Colo Colo fue interrogado como presunto autor del delito.

Una de las agentes de Lautaro les dio una pista más certera. El tal Jorge Vergara tenía dos hermanos muertos. A partir de ese momento el trabajo se centró en dar con tipos de apellido Vergara muertos y cuyos padres coincidieran con los de un Jorge Vergara. Fueron semanas de búsqueda. Pero lo encontraron: su nombre era Jorgelino Vergara Bravo y sus dos hermanos estaban muertos.

En el Registro Civil figuraba una foto y su última dirección: Licantén, VII Región, hacia la costa. La inmensa cicatriz surcando su rostro se transformó en una desgraciada característica al momento de consultar por él en campos, casitas, negocios y al preguntar a personas de a pie a un costado de los caminos en los días siguientes. El 19 de enero de 2007 dieron con él.

Fue por eso que Jorgelino dijo todo lo que sabía sobre Díaz. Entregó los nombres de Daza y Escalona como los autores del crimen. Morales les dio la orden. El ministro Montiglio comenzó entonces a interrogar agentes

de la Brigada Lautaro. Investigaciones los detuvo con sigilo en distintos puntos del país. El procedimiento era el mismo. Se les tomaba declaración, quedaban detenidos y luego el juez los procesaba.

El primero después de Jorgelino fue Juan Morales. Lo llevaron hasta el cuartel de la Brigada de Derechos Humanos. Con los nuevos antecedentes, el interrogatorio fue duro. En un momento se tomó la cabeza con las manos, se agachó tras la mesa y volvió a su posición. Pidió un cigarrillo y dijo que lo reconocería una sola vez. Sí, él había dado la orden. Si sus hombres estaban señalándolo, entonces él se hacía cargo de la situación.

Recordó la llegada de Díaz al cuartel en mayo de 1976, escoltado por la gente de Barriga de la agrupación Delfín. Un interrogatorio de casi cuarenta y cinco minutos en el casino. Sin tortura. Lautaros y Delfines mezclados haciendo preguntas. Hombres y mujeres.

Unos cuatro días después, Morales asistió a un nuevo interrogatorio del “Chino” Díaz en el sector de los camarines, en el hall donde se encontraba la parrilla metálica. Según él, discutió con algunas mujeres de su unidad: ellas querían ir a ver el interrogatorio y participar. No lo permitió. Cuando llegó se encontró con Díaz amarrado y desnudo. Ahí sí hubo tortura con corriente. A cargo del interrogatorio estaba Ricardo Lawrence y sus hombres aplicándole corriente con la “gigi”.

Unos días después lo mismo, esta vez en los camarines, y las mujeres de su unidad consiguieron presenciar la tortura. “Pude ver al ‘Chino’ Díaz sobre la parrilla, con sus pies y manos amarrados a los fierros, desnudo y en muy mal estado físico. Recuerdo que este interrogatorio estaba a cargo de Lawrence y cuatro suboficiales de su

grupo, recordando a Leyton [Manuel], Heriberto Acevedo y el 'Viejo' [Héctor Valdebenito]. Permanecí unos diez minutos y me fui”, declaró Morales.

Según su recuerdo, bastante tiempo después recibió un llamado de Germán Barriga, jefe de la agrupación Delfín. Por orden del coronel Manuel Contreras debían eliminar a Díaz. “Entendido”. Le ordenó a la enfermera Gladys Calderón aplicarle la inyección letal de pentotal a la vena. La mujer obedeció, pero unos instantes después le contó la mala noticia: Díaz no había muerto, a pesar de la fuerte dosis.

Ahí mismo y en ese momento estaban sus hombres de confianza, Bernardo Daza y Sergio Escalona. A ellos les dio la orden de eliminarlo en su habitación, en los camarines. “Transcurridos unos minutos, Daza me hace una señal de que está listo. Esto ocurrió cerca de las 16:30 horas aproximadamente. Fui a ver y constaté que Díaz estaba asfixiado, estaba con una bolsa en su cabeza”.

El mismo día de la confesión de Morales, el 22 de enero de 2007, Investigaciones interrogó a Guillermo Ferrán Martínez, el primer agente detenido luego de la declaración de Jorgelino por el crimen de Víctor Díaz. Ferrán, suboficial de Ejército, era de los integrantes fundadores de la Brigada Lautaro. Había comenzado con ellos cuando eran un grupo pequeño con domicilio en las Torres San Borja.

Con el cúmulo de antecedentes con el que contaban los investigadores fue más fácil la tarea. Confesó que ese día estaba de guardia y vio el bulto salir desde los calabozos en los brazos de un agente que no recuerda (Jorgelino), y detrás de él a los agentes Daza, Escalona y Jorge Pichunman, el “Indio”.

El 2 de febrero de 2007, Jorge Pichunman, recién procesado por el ministro, declaró en tribunales. El día del crimen de Víctor Díaz estaba en el cuartel. Con su testimonio, los autores del crimen cambiaron su actitud. Estaba claro. Ese día, dijo Pichunman, dos agentes le pidieron que llevara bolsas plásticas y paperas hasta la habitación de Víctor Díaz. “Entré al calabozo. Yo lo alcancé a ver con vida. Estaba con los ojos abiertos y me dio la sensación de que estaba inconsciente. Estaba vestido con camisa y pantalón. Dejé las bolsas que me habían pedido”.

Díaz estaba tendido sobre la cama, preparado para su muerte. A él le tocó estirarle las piernas. “Le apreté las rodillas, enderezándoselas, y en ese momento salí del calabozo. No lo vi morir”.

Cuando salió del camarín, afuera esperaban el capitán Morales Salgado, Escalona y Daza. Ellos después se encargaron de “empaquetarlo”.

Uno de los agentes que Pichunman reconoció asfixiando a Díaz fue al “Elefante”, Juvenal Piña Garrido, un hombre gigante, descomunal. El 27 de febrero del 2007, los policías llegaron a buscarlo a su casa de calle Almirante Thompson, en la comuna de El Bosque. A las dos de la tarde confesó el crimen en el edificio de la Brigada de Derechos Humanos en medio de llantos.

Barriga le había dado la orden mortal. Partió a los calabozos. Entró a la habitación de Víctor Díaz y lo miró. Estaba en buen estado de salud y con sus vestimentas. Amarrado de pies y manos. “En ese mismo momento le manifiesto a Díaz que me perdonara por la acción que iba a llevar a cabo, es decir su posterior muerte. En ese instante un agente, no recuerdo quién, me entregó

una bolsa de nylon de supermercado, la que utilicé para introducir la cabeza de Díaz, momento en el que presioné esta bolsa a su cuello con el fin de impedir el paso de oxígeno a su cuerpo. Al cabo de unos tres minutos observé que ya no tenía signos vitales, instante en que terminé de presionar la bolsa, para salir del dormitorio inmediatamente, por cuanto me encontraba choqueado por la acción que había ejecutado”.

Cuando Jorgelino llegó a la celda todo eso ya había sucedido. No le tocó verlo. Solo encontrarse con Escalona y Daza, los encargados de hacer el “paquete” con los rieles de tren, el alambre, las bolsas de polietileno y los sacos paperos.

Los dos infantes de Marina levantaron el cuerpo en el aire y uno de ellos, no recuerda cuál, le dijo “pon el hombro”. Y lo puso. Arriba de su espalda iba el cadáver del “Chino” Díaz. Todavía se sentía su calor, parecía vivo.

El Chevi Nova estaba a unos veinte metros de distancia, esperándolo con el maletero abierto, listo para recibir el bulto. El camino hasta el auto se le hizo una eternidad. No era el peso del cuerpo solamente, sino también la sensación adentro del pecho.

Atrás caminaban los agentes. Estaba ahí el capitán Juan Morales Salgado supervisando la acción. Cuando llegó ante el maletero pensó por un instante en introducirlo suavemente, pero no, los demás agentes los lanzaban como bultos, así que lo dejó caer de golpe desde su hombro.

Trabajo cumplido. Lo había hecho bien. Con disimulo se fue al baño en el pabellón de solteros. Se encerró. Solo esa única vez se acordó de Dios. ¿Por qué?

Según ratificó más tarde el jefe de la Brigada Lautaro, Juan Morales, en el episodio de Víctor Díaz él mismo acompañó a la comitiva de automóviles hasta su destino final. Subió al Chevi Nova junto a Daza y al “Negro” Escalona, que iba al volante. Avanzaron con el cuerpo hasta la base aérea de Peldehue, donde los esperaba un

helicóptero Puma. Ahí se encontraron con Barriga y otro grupo de agentes. Traían otros bultos. Según Morales, habría sido el resto de los integrantes de la cúpula del Partido Comunista.

Estacionados al lado del Puma, sus agentes descargaron el cuerpo del “Chino” Díaz y lo entregaron a dos mecánicos puestos ahí para colaborar. Ellos se encargaron de subir a Díaz a la nave. Desde ahí, su cuerpo se fue volando hasta el mar.

Pidiendo huevadas

Fue a mediados de diciembre de 1976. Quizás unos días antes de la muerte del “Chino”. Pero por esos días en todo caso. No tenía idea que eran miembros de la dirección clandestina, pero comunistas sí, eso lo tenía claro.

Le quedó grabada su cara en la memoria para siempre. Porque era mujer, una de las pocas detenidas y porque estaba embarazada. “No de mucho tiempo, tenía su guatita aún pequeña”.

Barriga le pidió un café. En ese momento partió a buscar los utensilios al casino. Era de día. Cruzó de un lado al otro del cuartel hasta el sector poniente, al fondo, al lado del gimnasio, separado por un huertito con verduras; “sí, las que comían todos ellos”. Eran las dependencias de la Brigada Delfín, donde torturaban generalmente ellos solos. Detenidos especiales. Ahí tenían sus oficinas Germán Barriga y Ricardo Lawrence.

Era una sala con dos escritorios y, al final, un catre metálico.

Ricardo Lawrence Mires, en ese momento teniente de Carabineros, durante años fue la *vedette* de los casos emblemáticos de violaciones a los derechos humanos debido a que “colaboró” en varias causas con la justicia. Todo ello antes de conocerse su estadía en el cuartel Simón Bolívar. En su declaración no reconoció haber torturado a nadie, no reconoció a Reinalda Pereira, ni tampoco que tenía oficinas ahí.

Germán Barriga Muñoz, el jefe máximo de Delfín y capitán de Ejército, nunca se enojaba, siempre andaba con una sonrisa, de hablar pausado, tranquilo y nervioso a la vez. “¿Cómo llamarlo?... Poco confiable, eso”. Un cínico.

A ella, a Reinalda, le estaban dando entre Barriga y Lawrence. También estaban presentes Gladys Calderón y Teresa Navarro.

No conocía su nombre en ese momento. Ella estaba sobre la parrilla con los ojos cubiertos por una venda. Giraba la “gigi”, dale que dale; Barriga y Lawrence observando, haciendo preguntas, golpeándola con todo lo que tenían a mano.

Por favor, que la mataran, gritaba ella. Estaba hecha pedazos. Así no podría tener a su hijo, no iba a poder nacer con el daño que ella tenía en todo su cuerpo. Estaba segura. Así que, “por favor, mátenme”. Mientras tanto, él estaba ordenando unos libros en la oficina. Y Barriga y Lawrence comenzaron a reír fuerte. “Estaba pidiendo huevadas”. Lawrence fue hasta una cocinita al lado de la oficina. Y volvió con una sartén grande. Comenzó a golpearla en la cabeza, con violencia, una y otra vez. La estaban haciendo papilla.

Barriga tenía una pistola en la mano apuntando a la sien de la mujer ensangrentada, ya medio ida. Pasaba un segundo, otro más, le prometía que la iba a matar... percutaba el arma. Y nada, era una falsa ejecución. Se reían.

El 17 de enero de 2005, Germán Barriga se lanzó desde el piso 18 de un edificio en la calle Los Militares, comuna de Las Condes. Poco tiempo antes había sido proce-

sado por el juez Juan Guzmán junto a otros agentes por los crímenes de calle Conferencia.

Dejó una carta de despedida. Las acusaciones en su contra eran falsas, aseguraba. Los grupos políticos “lo perseguían”, no le permitían conseguir trabajo, todo por ser un coronel en retiro condenado antes de terminado el juicio por una sociedad chilena “vengativa”.

“Seré próximamente condenado por tener entre otros cargos varias personas secuestradas a las que según la justicia mantengo en esa ficticia situación desde la década de los setenta, e iré a una cárcel para cumplir condena por dichas figuras legales falsas, prescritas o cubiertas por la amnistía [...] He determinado tratar de irme de esta vida porque no quiero ser un cacho viviente, lleno de dificultades y malestares sin solución en esta vengativa sociedad que afecten aún más la incurable salud de mi adorada esposa, la que por más de treinta y cuatro años me acompañó lealmente, dándome todo su amor, apoyo, comprensión, tres maravillosos hijos y un nieto [...] A mis adorados hijos, esposa y nieto, que tanto les quiero, también solicito me perdonen, apoyen a la mamá y continúen luchando, ya que el destino les tiene marcada una trayectoria linda y normal, con la ayuda del Todopoderoso. El ex militar, el procesado y funado fui yo”.

Estuvo un rato viendo la tortura. Lo tiene claro. Ella no alcanzó a estar un día dentro del cuartel. “Se fue de una”. En el transcurso de la tarde la deben haber lanzado al gimnasio. Ahí la vio tirada, sin ropa. Pasó toda la noche ahí. En algún momento de ese día vio a la enfermera Calderón saliendo o entrando al gimnasio con su neceser bajo el brazo. Seguramente le habían solicitado la inyección letal.

El agente Eduardo Oyarce recordó haber visto a Reinalda tirada en el gimnasio junto a la enfermera Gladys

Calderón. Le inyectó el brazo. Y luego Reinalda desvaneciéndose, obteniendo el descanso rogado a Barriga y Lawrence rato antes. “Como estaba desnuda, podía ver que su corazón le saltaba”.

Jorgelino vio al agente Claudio Pacheco quemándole las huellas digitales con un soplete.

A ella no la ensacaron durante la noche, como era común. Fue en la mañana, se acuerda, a él se lo pidieron. Iba hacia el casino proveniente de las oficinas y en sentido contrario venía Daza con el “Negro” Escalona.

—Échenos una manito, por favor.

—Sí, claro.

Al gimnasio entonces. Ahí estaba ella tirada.

Los infantes de Marina fueron a buscar los implementos unos metros más allá. El alambre, las bolsas paperas, las bolsas plásticas, el riel. Y a empezar a hacer el paquete con la mujer.

Tenía el rostro con una expresión grabada, espantada. Pero a él a esas alturas, ya a fines de 1976, no le pasaba nada. No había sentimientos comprometidos, solo un trámite a cumplir, parte del trabajo, de la realidad concreta y diaria de ese lugar. Solo lo traicionaban los sueños de vez en cuando. La imagen de ella durante las noches siguientes en su cama parecía fija en su cabeza.

Entonces, nada, terminar. Y cuando estuvo lista quedó apoyada contra un muro, semisentada, a un costado de la puerta de ingreso para cuando vinieran a buscarla.

Reinalda Pereira fue a dar a la cuesta Barriga, es lo más probable. Uno de los encargados de trasladarla lo confesó en marzo de 2007, cuando ya muchos habían hablado. Según la declaración del agente y suboficial de Ejército Claudio Orellana de la Pinta, a él le ordenaron trasladarla junto a Jorge Arriagada Mora, funcionario civil de la Fuerza Aérea, y al carabinero Manuel Montre Méndez. Llevaban además otros dos “bultos”. Personas muertas en tortura.

En esa ocasión, recordó Orellana de la Pinta, el socavón de la cuesta Barriga estaba plagado de moscas. Dio cuenta a su superior y le ordenaron volver y solucionar la situación. “Fuimos en el auto con dos sacos de cal que compramos en una ferretería de la Gran Avenida y en el lugar vaciamos el contenido de ambos sacos en el tiro de la mina”.

Ese mismo día le tocó el turno al profesor universitario que después supo se llamaba Fernando Ortiz Letelier. También fue intenso. Lo torturaron en el casino, mucho. Él pasaba por el lado y los veía dándole.

La última vez lo sacaron del calabozo y al gimnasio, nada más. Amarrado a una silla lo golpearon por todos lados. Con palos. Le quebraron una canilla. El hueso blanco y astillado a la vista. Sangraba mucho. Caía de la silla y lo levantaban. Después le sacaron la ropa. Parecía muy educado, le llamó la atención que a pesar del dolor no dijo ni un solo garabato. Solo gritos y palabras pero nada de insultos, no como otros que se deshacían en improperios contra los agentes mientras los torturaban o les estaban ya quitando la vida.

Cuando le habían dado demasiado, pero demasiado, lo dejaron ahí tirado sobre el suelo del gimnasio. Uno de los agentes torturadores, Sergio Castro Andrade, llamó a la enfermera Gladys Calderón para que lo inyectara. Al instante estaba muerto.

Sí, también le tocó “empaquetar” al profesor y dejarlo en el gimnasio.

Luego de Jorgelino, Eduardo Oyarce describió el crimen de Ortiz cerca del gimnasio. Se entretuvieron golpeándolo durante toda la noche el suboficial de Ejército Hiro Álvarez Vega y uno más. Solo le conocía la “chapa”: el “Pato Lucas”. “Fue golpeado brutalmente con palos en las canillas, al punto que se podían ver los huesos, y lo dejaron moribundo. Eso fue aprovechado

por los torturadores para pisarle el pecho a la altura del corazón, supuestamente para revivirlo”.

Héctor Valdebenito, el “Viejo Valde”, reconoció haberlo visto morir mientras lo interrogaba. Según él, ahí le dijo su nombre y que lo habían detenido en la calle Pedro de Valdivia. “Yo me acerqué, me puse frente a él, le hice una pregunta y me percaté de que el hombre hablaba entrecortado, bajito y a consecuencia de los golpes que había recibido de el ‘Elefante’ [Juvenal Piña] y ‘Mario Primero’ [Reyes Lagos]. De ahí comenzó a perder la voz, se inclinó hacia el lado derecho y al verlo que estaba desmayado, llamo a Morales, Barriga y Lawrence y ahí constataron que estaba muerto”.

Quedó tirado a un costado del gimnasio junto a otros detenidos, amarrados y sentados en el piso, aún vivos.

Ese mismo día, el cocinero Carlos Marcos Muñoz vio en el gimnasio, en malas condiciones físicas, al grupo de detenidos aún vivos. Uno, al que luego identificó como Horacio Cepeda Marinkovic, miembro de la dirección clandestina a cargo de Fernando Ortiz, le pidió un vaso de agua. Se lo llevó y al instante el hombre comenzó a vomitar sangre. Cayó al suelo, aparentemente muerto. “Ese mismo día, mientras estaba en la cocina, observé que el funcionario de Carabineros de apellido Pichunman le quemó las huellas digitales y la cara con un soplete”.

Recordó también que ese detenido fue ensacado por el “Chancho” Daza y lo cargó hasta la camioneta Chevrolet C-10 del cuartel.

Eduardo Oyarce declaró haber visto el momento de la muerte de Horacio Cepeda Marinkovic. “Estuvo detenido por cerca de cinco días para posteriormente ser eliminado con golpes de palos en la cabeza dados por el

‘Elefante’ [Juvenal Piña, asesino de Víctor Díaz], quien también le apretaba la tráquea. Yo lo vi y podía escuchar los gritos que daba el viejito”.

Varios agentes coinciden en que durante ese día y el siguiente hubo un grupo más o menos numeroso de detenidos en el cuartel Simón Bolívar. Las versiones van de seis a quince.

Probablemente eran los cuerpos de los once miembros de la dirección clandestina del Partido Comunista encabezada por Fernando Ortiz: Armando Portilla, Fernando Navarro, Lincoyán Berríos, Horacio Cepeda, Waldo Pizarro, Reinalda Pereira, Luis Lazo, Héctor Véliz, Lisandro Cruz y Edras Pinto, junto a los militantes del MIR Edmundo Araya y Carlos Durán que, por ese tiempo, estaban coordinados con el Partido Comunista. En la justicia este hecho es conocido como el “caso de los trece”. Todos fueron detenidos entre el 29 de noviembre y el 20 de diciembre de 1976.

Los agentes de Lautaro están procesados por este caso. Según el “Viejo Valde”, esa noche y no a la siguiente —como habría sucedido— le ordenaron ir a tirar los bultos junto a la gente de Germán Barriga. Lo llamó su compañero de Lautaro Roque Almendra. Que no confiaba en la gente de Delfín, le dijo. Partieron ellos adelante y detrás iban dos autos. Cuando llegaron sacaron los bultos y entre todos los tiraron al pique en la cuesta Barriga. Luego volvieron a la ciudad, cada uno para su casa.

Prácticas de vuelo

A pesar de todo, el año 77 empezó bien para él. La cosa iba cada vez mejor. Ya estaba incorporado plenamente a la vida de la familia de la “tía Mila”, su marido, el Pancho, y por supuesto la Olga.

Ellos tenían un vecino que en realidad vivía a dos pasajes, José Luis. Tocaba la guitarra muy bien, cantaba y también le hacía al baile. Le interesaba todo lo relacionado con las raíces folclóricas. Se fueron conociendo primero en la casa de la tía, después iba con su polola a visitarlo.

José Luis tocaba para las misas en la iglesia de la Villa La Reina y tenía un espacio que le había cedido el curita para ensayar. Comenzó a ir con Olga y otros amigos del barrio. Bailaban mucho, pero también armaron un coro de canciones tradicionales del folclore. Él se sentía feliz ahí, aprendiendo. Se bautizaron como Juventud Cristiana de La Reina. A Olguita le encantaba el nombre porque era católica, pero a él, más o menos... con todo lo que vivía en el otro lado de su realidad... era difícil.

Lo pasaban bien. En dos oportunidades fueron al hogar de ancianos en calle Valenzuela Llanos, a un par de cuadras del cuartel. Bailes y cantos para los viejitos. Felices, aplausos.

El 11 de enero le dieron una gran sorpresa. No sabía de esas cosas, solo por la tele, o que eran asuntos que les pasaban a otras personas, pero a él no le había tocado ese privilegio. Después de la guardia del día sábado, cuando entró a la casa, un vecino de la “tía Mila” estaba sentado en el living. Lo saludó medio raro. Salió al patio y ahí estaban todos esperándolo. Bajo el parrón, los rostros llenos de risas y cariño. “¡Feliz cumpleaños, Alejandro!”. Y empezaron a cantar. Fue la emoción más grande de su vida, sentía ganas de llorar, pero no era pena sino alegría y cierto estremecimiento, como si las palabras faltaran o no fueran capaces de decir lo suficiente, de expresarlo a él, ahí, en medio de todos ellos, rindiéndole un homenaje.

Le tenían preparado un asado a todo dar. Verano, calor, comida, risas, todos juntos. Y la torta. Se la había comprado don Ramón, padre de un niño inválido del barrio. Cuando pasaba por ahí, él le echaba una ayudita, así que lo quería el caballero.

Tuvo que contar en el cuartel acerca de su amistad con esa familia de paisanos. Lo aceptaron. Incluso la Marilyn Silva y otros agentes también lo acompañaron donde la “tía Mila” en varias ocasiones. Después de unos meses paraban ahí varios de sus compañeros a tomar el té. Y ella no hacía preguntas, entregaba cariño solamente, nunca había sido de demasiadas palabras.

Por esos días, un poco después de su cumpleaños, la familia lo invitó a vivir a su casa. Con la Olga, en la misma pieza, en la misma cama, como si fueran un matrimonio. Claro, él la amaba, era el primer amor de su vida. Bonita, inteligente y la familia era ya la suya. Nada más que pedir.

Y la cosa mejoraba también en el trabajo. Además de sus funciones de guardia en Simón Bolívar y en la casa del “Mamo”, sumó una tercera labor: estafeta. Llevaba documentos desde Simón Bolívar al cuartel general y viceversa. En micro, para arriba y para abajo, desde La Reina al centro, por toda la ciudad. Le gustaba. El chico Jorge González Vega, hijastro del cocinero Carlos Marcos, comenzó a cumplir sus funciones de asistente de mozo, mientras él estaba en esas otras labores, ascendiendo, ascendiendo, aunque fuera un poco.

¿Sintió olor a quemado durante ese 1977? De todas formas durante ese año vio algunos bultos en el gimnasio, sintió también el olor de la carne quemada, fétido, proveniente de la piscina, y vio a los agentes borrando las huellas digitales, heridas. Pero ya no quedaron más marcas en su memoria con los rostros de los detenidos, ni los vio siendo masacrados. No los recuerda, no los debe haber visto, el disco duro con el tiempo se va borrando.

El terror dentro del cuartel también disminuyó notablemente. “Los comunistas habían sido derrotados”. Durante el año 77, hasta junio, no deben haber caído más de diez o doce, según lo visto por él. Muy pocos, casi nada comparado con el 76. ¿Unos doscientos en total? “Por ahí, sí, cerca de doscientos, todos los días en los calabozos con detenidos, a veces llenos, a veces no, pero constante”.

Comunistas y otros tomados por error en las operaciones rastri- llo, “todos muertos, sí, sí... nadie podía salir con vida de ese lugar”. Pero toda regla tiene su excepción. Solo una en este caso, no sabe el motivo, “cómo llegar a saber algo así; imposible”.

Era un tipo de entre veinte y veinticinco años, delgado. Le habían dado mucho. Entero golpeado. Lo sacaron al patio al lado del estacionamiento. Scappini (agente Claudio Orlando Orellana de la Pinta), Ferrán y Díaz Radulovic, el “Gitano”. Empezaron a embu- tirle copete por la boca, vino y pisco. Pero cantidades, mucho-mu- cho. Estaba completamente borracho. Y el “Gitano” quería meterle marihuana también. Siempre andaba con hachís de marihuana. Lo ponía en un palo de fósforo y en vez de fumarlo se lo jalaba, era un “chancho”.

Subieron todos a un auto. Adelante iban Scappini y Ferrán; atrás, el “Gitano” y el joven vendado, ido de borracho. “¿Quieres venir?”. Iban a dejarlo fuera de Santiago. “Pero obvio, encantado de dar un paseo”. Avanzaron hacia el poniente. Alameda, la carretera Norte- Sur, hacia el sur, conversando en el camino le metían más y más copete. Para que no se acordara de nada. Ni una huella. Pasaron el primer peaje.

Llegaron hasta cerca de Graneros, más o menos, un poco antes de Rancagua. Y Scappini detuvo el vehículo a un lado sobre la berma. El “Gitano” abrió la puerta, le dio una patada en el costado y el joven cayó rodando por el suelo en medio de una polvareda. El auto partió a toda velocidad, dio la vuelta en “U” y regresaron a Santiago, de vuelta al cuartel.

Ese año participó también en su primera operación de inteligencia. La DINA seguía por entonces al músico Mario Baeza Gajardo. Le ordenaron acompañar a Italia Vacarella, la agente más bonita de todo el cuartel Lautaro. “Muy bien”.

Fueron hasta el centro. Debían hacerse pasar por novios y pararse afuera de un lugar llamado Cámara Chile, en Miraflores, a un par de cuadras del Parque Forestal. El caballero hacía clases de música ahí. Estaba fichado por la DINA como “terriblemente rojo”; entonces, a seguirle los pasos de cerca. Con quién se juntaba, adónde iba.

Comenzaron a llegar los alumnos y ellos se detuvieron a conversar junto a la puerta de la casona; antes de entrar le dio un abrazo a Italia, la tomó de la mano, sonrisitas de un lado a otro, íntimas. No despertaron sospechas. Estuvieron mucho rato en el interior. Luego salieron y esperaron la salida del profesor. Cuando este emprendió el camino por Miraflores hacia el Parque Forestal, ellos dos iban detrás tomados de la mano, atentos a la jugada. Se metió en un restaurante, lo estaba esperando un hombre, comieron adentro. Después concluyeron que era su pareja.

Cuando salió emprendió el camino a pie hacia plaza Italia, por el Parque Forestal. Dobló hacia la Alameda cerca de la Fuente Alemana y le perdieron el rastro, no podían ir tan cerca, era sospechoso y había muchos locales. Se había metido al Zurich, o a la Fuente Alemana, a uno de esos.

La segunda vez fue calcada a la primera, pero en esa oportunidad fue solo. Como era chico, pasaba piola como estudiante de colegio.

Lo siguió y repitió la rutina. Después las agentes le pidieron los datos e hicieron un informe con lo señalado.

Lo hacía sin problemas, sin pensar. Estaba bien. Si le podía ayudar para el futuro, entonces okey.

Mario Baeza fue músico y conocido formador de coros. A lo largo de su vida creó varios, la mayoría especializados en la interpretación de música religiosa. Una de sus obras más destacadas fue el Coro Sinfónico de la Universidad de Chile, en 1945. En 1974 formó el Cámara Chile, que existe hasta hoy y que en 1998 fue rebautizado como Coro Mario Baeza, en su homenaje.

Pero seguían a muchos más. Se enteró porque a sus diversas labores se sumó otra: sacar antecedentes de personas del Registro Civil y del Departamento de Dactiloscopia en la Policía de Investigaciones. Luego, sus compañeros de Lautaro estudiaban los datos y los cruzaban.

De lo que queda en el disco duro recuerda claro los seguimientos al actor Héctor Noguera, a la bonita Schlomit Baytelman, a los futbolistas Carlos Caszely y Leonardo Véliz, al cantautor Fernando Ubierno.

Sí, fue un año tranquilo, un año muy bueno. El único hito violento, quizás, lo marcó la muerte del cabo Leyton, “Mario Segundo”. Los asustó a ellos, a los agentes de Lautaro. Era un mensaje para todos, enviado por el coronel Contreras de manera clara y brutal. En su estilo más clásico.

La larga garra de Contreras

A “Mario Segundo”, el cabo Manuel Leyton, siempre lo relacionó con lo mismo: uno de los principales encargados de quemar los cuerpos de los detenidos para hacerlos inidentificables en caso de que los encontraran por alguna razón del destino.

Era de los duros, del grupo de “Mario Primero”, el “Elefante”, Emilio Troncoso, Ferrán, toda gente de confianza del capitán Germán Barriga. Todos Delfines. ¿Duro para torturar? “Uno de los más perros, sí”. Y tenía su fama de ladrón, los demás decían eso. Era especialista en robo de vehículos.

Aparte de eso no destacaba demasiado. Un día del mes de marzo desapareció junto a Heriberto Acevedo, otro de los Delfines. Se hicieron humo, no se presentaron al trabajo, sencillamente.

Unos dos días después hubo movimientos extraños en el cuartel. Él estaba de guardia y fue testigo de la llegada de Leyton. Lo traían otros agentes, la gente de Barriga. Fue un verdadero operativo, venía

arrastrando los pies luego de bajarse con dificultad del automóvil. Lo llevaron casi en andas hasta el pabellón de solteros, justo a la habitación donde antes alojaba él; lo recostaron sobre la misma cama que usaba antes de irse a vivir con la familia de la “tía Mila” y la Olga.

Adentro de la habitación estaban Juan Morales y su segundo, Fernández Larios; también estaban Lawrence y Barriga. Lo revisaban, le preguntaban cosas. Afuera había más agentes dando vueltas por las inmediaciones. El aire se sentía cargado, se decían cosas extrañas. A Leyton, al parecer, lo habían detenido los pacos un par de días antes. ¿Por qué? Y también habían detenido a Acevedo, pero fue Leyton quien confesó todo a los pacos. Sí, que pertenecía a la DINA, la ubicación del cuartel y sus funciones en la Brigada Lautaro.

Pésima noticia para todos. Había develado información ultrasecreta. Podía significar el fin.

Pero bueno, solo quedaba esperar.

En la habitación lo auscultaba Gladys Calderón.

El cabo Manuel Leyton Robles había sido detenido dos días antes, el 24 de marzo de 1977. Un equipo de carabineros de la Brigada de Encargo de Robo de Vehículos llegó silenciosamente hasta su casa en La Florida, en el pasaje Los Pioneros 0286.

La mujer de Leyton, recién operada, estaba en ese momento sentada en el living junto al hermano del marido, Julio, también suboficial de Ejército, por ese entonces destinado en el Regimiento de Ingenieros de Puente Alto. Afuera, en el garaje, el cabo Leyton —o “Mario Segundo” para la DINA— trabajaba en dos renoletas⁶¹ de color rojo. Eran muy parecidas entre ellas, aunque una más opaca que la otra.

61 Renoleta. Automóvil marca Renault, de origen francés. Hoy es un modelo clásico, como el escarabajo de la Volkswagen.

Cuarenta y ocho horas antes, el cabo Leyton, junto a Heriberto Acevedo, había participado en un asalto. Detuvieron al ciudadano francés Marcel Duhalde Garat en la esquina de las calles Huérfanos con García Reyes. En ese momento, Duhalde manejaba su renoleta color rojo opaco del año 1972⁶².

Eran cerca de las siete y media de la tarde. Duhalde vio a unos sujetos bajando de un vehículo en plena calle, veloces, con armas de fuego cortas en sus manos. Uno de ellos lo encañonó, lo obligó a tomar el puesto trasero en el vehículo y lo golpeó con la cacha de la pistola en la cabeza.

Otro regresó al vehículo en que venían, otra renoleta roja. Cuando recién comenzaba el trayecto de huida, lo lanzaron de bruces sobre el asiento trasero. Le metieron un paño en la boca y lo ataron. Mientras avanzaban por las calles, Duhalde pudo identificar su entorno. Vio el letrero del Hotel Lux, ubicado en la intersección de Alameda con Bascañán. Nada más, debía memorizar datos por si salía vivo de esa.

Siguieron avanzando por cerca de una hora. Duhalde atrás, doblado, hecho un bulto, su captor conduciendo. Al rato se dio cuenta de que había menos ruido de calles, más silencio, que estaba más oscuro. El auto giró, ingresó por un camino de tierra y avanzó en un recorrido sinuoso. Luego se detuvo. Le ordenó bajar del vehículo y lo lanzó sobre el suelo. Su renoleta partió con las luces apagadas, dejándolo ahí abandonado. Era la noche del 21 de marzo de 1977.

Duhalde caminó de regreso a la ciudad. Luego de un buen rato andando llegó al camino principal. Estaba en

62 Artículo de la periodista Mónica González para la revista *Cauce*. “El caso de la renoleta robada”.

el sector de San José de Maipo, hasta ahí lo había llevado su captor. Estampó la denuncia por el robo de su vehículo en la subcomisaría del poblado cordillerano de La Obra.

En ese momento entró en acción Carabineros a través de la Brigada de Encargo de Vehículos Robados. Su líder, el capitán Alfonso Denecken Alberti, designó al sargento segundo Grimaldo Sánchez para desarrollar la investigación. Este fue hasta el lugar en que se había efectuado el robo y secuestro; interrogó a los carabineros de La Obra; fue al lugar donde soltaron a Duhalde y luego se contactó con él.

Lo pasó a buscar y volvieron juntos al tierral alejado de la carretera principal, esta vez de día. Dos cosas llamaron la atención al carabinero: el asaltante había cruzado todo Santiago, que por ese tiempo estaba plagado de controles policiales y militares, sin que eso lo amedrentara. Segundo: luego de dejar tirado a Duhalde en ese sector de difícil acceso, cerca de unas canteras, partió en el vehículo con las luces apagadas. Por lo temerario del accionar, le sugería que podía tratarse de un uniformado y que además debía conocer bien el lugar.

Entonces se dirigió al retén de Las Vizcachas. Un carabinero había visto pasar varias veces una renoleta perteneciente a dos hermanos de apellido Leyton, los conocía. Uno de ellos trabajaba en el Regimiento de Ingenieros de Puente Alto. Lo había controlado más de una vez. Luego se dirigió a la subcomisaría de La Obra, donde Duhalde había dejado estampada su denuncia. Claro, ahí también los conocían. Eran del sector, de toda la vida, y Manuel Leyton, el cabo de la DINA, había sido canterano en la zona cuando era menor. Un tercer carabinero agregó que recién, el día anterior, el cabo Leyton

había andado por ahí. Lo vio tomándose unos tragos con canteros.

El sargento partió entonces al Gabinete de Identificación de Puente Alto. No figuraban mayores antecedentes. Solo una foto de Leyton, demasiado joven. Entonces se dirigió al gabinete ubicado en Santiago Centro. No tenían su foto, pero sí su último domicilio. De todas formas le llevó la foto a Duhalde. El francés lo identificó. Manuel Leyton Robles era el hombre que lo encañonó con la pistola el día del robo, lo podía asegurar, aunque para entonces estaba más gordo. Moreno, tez rojiza, cara redonda, cerca de un metro setenta de estatura, poco menos.

El sargento Sánchez pensó que podían ser militares descolgados, dados de baja y dedicados a labores delictuales. Informó de sus hallazgos al teniente Denecken y destinaron a cerca de quince efectivos para desplegarse afuera de la casa de Leyton en La Florida. Cuando entraron, el 24 de marzo por la noche, su señora no alcanzó a gritar. Su hermano tampoco.

En ese momento sonó un balazo en medio de la oscuridad. Leyton había intentado sacar su arma, diciendo que era militar, perteneciente a la DINA. Al carabinero al frente suyo en ese momento le importó poco y disparó al aire. Por si acaso. Estaba detenido.

En ese mismo instante fue interrogado de forma severa por Carabineros. Leyton confesó el robo. Una renoleta era la de Duhalde, la otra, del mismo color, pertenecía a la DINA, donde trabajaba. Estaba cambiando partes de una a la otra. Y los llevó personalmente a buscar a su cómplice, pero pidió que por favor dejaran tranquilo a su hermano que no tenía nada que ver. Al poco rato se desarrolló un nuevo operativo, esa vez en la casa de

Heriberto Acevedo y de modo más violento.

El mayor Denecken pasó a buscar a su casa una cinta magnetofónica. Quería dejar evidencia concreta de las declaraciones. No hubo tortura, dijo luego Denecken, pero sí una presión psicológica fuerte.

Entrada la noche, el cabo Leyton y Acevedo estaban ya detenidos en Rodrigo de Araya con Santa Julia, Ñuñoa, en la Brigada de Vehículos Robados. Los interrogaron por separado. Luego, Acevedo dijo que desde donde estaba, en espera de ser interrogado, escuchaba los gritos de su cómplice.

En esa cinta quedó registrado todo, menos los gritos. Los dos, primero Leyton y luego su compañero, reconocieron el hecho. El robo se los había encargado “Don Jaime”. ¿Quién era? “Germán Barriga, capitán de Ejército”. ¿El motivo? “Para sacarle partes y arreglar otras unidades del mismo modelo. Sí, cuando recibió la orden estaba también presente ‘Don Julio’, Ricardo Lawrence”. Eran de la DINA.

Parecía claro.

Al día siguiente, el coronel Manuel Contreras ya estaba informado del hecho. Dos de sus hombres habían caído presos en manos de Carabineros. Desplegó a cerca de cien soldados armados hasta los dientes que llegaron en tres buses del Ejército y se apostaron afuera de la comisaría. Carabineros no quería entregarlos, para ellos solo eran delincuentes comunes.

El coronel Contreras relató los hechos en una carta dirigida al ministro de Defensa, Herman Brady, señalando que dos de sus hombres habían sido secuestrados por Carabineros. Según él, no tenían por qué andar de civil deteniendo personas; menos, a agentes de la DINA, como actuaría un grupo subversivo.

El Ministerio de Defensa ordenó investigar los detalles del caso a la Segunda Fiscalía Militar. Durante la madrugada del 25 de marzo, el teniente coronel Vianel Valdívieso logró sacar a los dos detenidos del recinto policial y los llevó al cuartel Simón Bolívar. Ahí, el doctor llegó a la conclusión de que las lesiones de Leyton eran de carácter leve.

Cuando Carabineros devolvió a los detenidos las pertenencias incautadas en las dos casas, se contabilizaron varios revólveres, cuchillos corvos, estuches con fotos de personas, 190 cartuchos de municiones AK, padrones de vehículos y numerosas placas patentes correspondientes al año 1976.

Leyton y Acevedo fueron liberados y ese mismo día ambos declararon su versión a la Segunda Fiscalía Militar. Detalladamente, el fiscal a cargo, Joaquín Erlbaum, los escuchó dar su versión de los hechos. Quedaron arrestados.

Probablemente fue tras esos dos días de arresto en la fiscalía cuando él lo vio llegar al cuartel Simón Bolívar acompañado por toda la oficialidad, en malas condiciones físicas.

Después de un rato de reposar en la que había sido su cama lo vio salir tal como entró, arrastrando con los pies y ayudado por dos agentes. No podía caminar solo. Se veía mal, medio mareado, ido.

Desde ahí los propios agentes de la Brigada Lautaro lo subieron a un automóvil y se lo llevaron a la Clínica London, donde murió tres días más tarde, el 29 de marzo de 1977, a la 1:25 de la madrugada. Como razón del deceso en su hoja clínica decía: “Episodio convulsivo, probablemente epiléptico, asfixia por aspiración masiva de vómito. Paro cardiorrespiratorio secundario”.

La renoleta de Marcel Duhalde nunca más apareció. Sin embargo, cuando fue citado por Carabineros para reconocer su vehículo, en su lugar encontró otra renoleta y, en su interior, varios enseres personales que sí eran suyos. Los policías rasparon la pintura color rojo y descubrieron bajo esta una capa del color original: celeste. El número de motor tampoco correspondía al vehículo del francés, pero sí al de uno encargado por robo tiempo antes: la renoleta de Daniel Palma Robledo, desaparecido el 4 de agosto junto a su vehículo en avenida Matta.

Ese auto era manejado habitualmente por el cabo Manuel Leyton, “Mario Segundo”. ¿Participó Leyton en la detención de Daniel Palma, el 4 de agosto, mientras manejaba su renoleta por avenida Matta?

La investigación de la Segunda Fiscalía Militar duró hasta fines de 1978, ya con la DINA disuelta⁶³. Concluyó que en la muerte de Leyton no hubo delito, que la renoleta de color celeste, supuestamente de Palma, no era un hecho fehaciente, como tampoco lo era que su desaparición hubiera constituido un hecho delictivo. Heriberto Acevedo fue dado de baja.

Los agentes de la DINA, sus compañeros en la Brigada Lautaro y en la agrupación Delfín, siempre pensaron que la suerte de Leyton había sido producto de un ajuste de cuentas al interior de la organización, que el coronel Contreras se había enfurecido de tal modo cuando conoció el tenor de las declaraciones de Leyton, que había ordenado su eliminación en la Clínica London como una forma de entregar un mensaje claro a sus subalternos: “Aquí no habla nadie”.

63 Luego de los coletazos por el crimen de Orlando Letelier en Washington y las presiones de Estados Unidos a raíz de este acto, Augusto Pinochet decidió terminar con la DINA. En su reemplazo se creó la Central Nacional de Informaciones (CNI) a partir de 1977. Operó hasta la llegada de la democracia en 1990.

Lo concreto es que en ese momento la DINA estaba en tela de juicio por el crimen de Orlando Letelier en Washington, perpetrado cinco meses antes. A Contreras le quedaba poco tiempo antes de su salida y posterior debacle. En ese momento clave la situación generada por la detención del cabo Leyton volvía a hacer sonar las voces de la Junta Militar en contra de Pinochet, recriminándole el misterio con que seguía operando la DINA. Y más encima la renoleta que Carabineros se quedó y que era manejada por Leyton pertenecía a un detenido desaparecido: era grave.

Durante mucho tiempo este caso fue un secreto a voces. El agente Michael Townley escribió en 1978 que el cabo Leyton había sido asesinado: “Un hombre de planta de la DINA [Leyton], quien estuvo involucrado en el robo de unos vehículos para su propio usufructo, junto con un oficial, y que cuando fueron atrapados por el servicio de Carabineros y apretados físicamente, implicó a sus oficiales superiores de la DINA. Después de ser rescatado pasó a la Clínica Londres con las costillas rotas y una noche la gente de Mulchén⁶⁴ aplicó sarín en el suero de este hombre, quien murió casi instantáneamente...”.

Recién en 2005 la investigación judicial por la muerte de Leyton determinó que efectivamente había sido eliminado con este gas al interior del centro hospitalario exclusivo para los agentes de la DINA.

La reconstrucción de los hechos estableció su estadía en calidad de detenido. Llegó caminando, se lo vio fumando en el lobby, preocupado. Luego fue alojado en el tercer piso, siempre con guardias externos. La enfermera Carlota Bolumburu, conocida luego por inyectar

64 Mulchén. Brigada de la DINA de la que Michael Townley fue parte a través de la agrupación Quetropillán. Esta brigada es la responsable del secuestro y crimen del diplomático español Carmelo Soria en 1976.

pentotal para eliminar a otros detenidos en esa clínica, ordenó que nadie subiera a ese piso. Una auxiliar, poco antes de la muerte del cabo, la vio subir con utensilios médicos hasta la habitación de Leyton en circunstancias que ella no cumplía esta labor con otros pacientes.

Uno de los primeros que confesó el crimen fue el capitán de la Brigada Lautaro Juan Morales Salgado. El equipo de confianza de Contreras aparecía ligado a un crimen, esta vez de un integrante de sus propias filas.

En 2005 declaró ante Interpol de la Policía de Investigaciones debido a que la esposa de Leyton había interpuesto años antes una querrela para conocer el verdadero destino de su marido. Tenía enormes dudas.

Morales, al ser presionado, contó detalles sin mencionar aún a qué se dedicaban realmente en el cuartel Simón Bolívar. La verdadera naturaleza de su trabajo, como el de Leyton, se conocería solo dos años después, en 2007, con la declaración de Jorgelino y la posterior confesión de sus compañeros.

“Me enteró a través del coronel Vianel Valdivieso —uno de los jefes operativos de la DINA y enlace entre la Brigada Lautaro y Manuel Contreras— que estaban muy molestos porque Leyton había entregado información secreta de su unidad operativa en el interrogatorio ante Carabineros [...] Esto habría molestado bastante al director de la DINA y le dio la orden al comandante Valdivieso de eliminar a Leyton”.

Como solo Leyton había confesado su participación en la Brigada Lautaro, a él lo mandaron detenido al cuartel Simón Bolívar y a Heriberto Acevedo lo enviaron a la Villa Grimaldi. Según Morales, apenas llegó a Simón Bolívar recibió la orden de trasladar al cabo Leyton a la

Clínica London y poner guardia las veinticuatro horas del día en ese lugar para él. Ahí moriría Leyton. Antes o después. Estaba decidido. Se haría cargo el personal de la clínica. Lo matarían con gas sarín. Valdivieso se lo señaló. Tuvieron una gran discusión. “Iba a traer consecuencias y desconfianza con la gente que yo trabajaba”, declaró Morales. Pero se impuso la orden vertical.

Eliminado “Mario Segundo”, varios testigos vieron en su habitación a Vianel Valdivieso acompañado de dos guardias. También estuvo ahí en esos instantes Juan Morales Salgado. Él mismo narró su ingreso a la habitación de Leyton, recién muerto, en la causa criminal: “Sí, lo vi. Ingresé junto a Valdivieso, observando que el cadáver de Leyton estaba sobre una camilla, cubierto por una sábana. Sentí inmediatamente un olor fuerte, extraño y mis ojos comenzaron a lagrimear. Valdivieso me dijo: ‘Hay que salir’. Esto lo repitió varias veces”.

Durante ese proceso, el enfermero de la Clínica London Carlos Norambuena Retamales hizo una confesión anexa escalofriante: “En esta clínica pude observar episodios que me marcaron para toda la vida. Pude comprobar que había un equipo de médicos involucrados secretamente en hechos de muertes de detenidos que llegaban a la Clínica Santa Lucía” (es la misma London con su dirección anterior).

Se daba cuenta de los crímenes cuando realizaba turnos de noche. Varias veces escuchó “viene paquete”, en alusión a un detenido traído por agentes de la DINA. Los metían a un box en compañía de los doctores y luego ellos mismos les inyectaban ocho miligramos de pentotal, lo que les provocaba un paro cardiorrespiratorio por arritmia y fallecían ahí mismo. Luego los sacaban semicamufados, tapados con una manta.

Y recordó los nombres de los doctores involucrados: Werner Zanghellini, Osvaldo Leyton y la enfermera jefa, Carlota Bolumburu.

La autopsia inicial en el Servicio Médico Legal no arrojó ninguna anomalía. Pero en 2005 el segundo hombre dentro de la estructura de la agrupación Delfín, Ricardo Lawrence, confesó el motivo. Manuel Contreras le había ordenado visitar al director del Servicio Médico Legal, doctor Alfredo Vargas Baeza, para asegurar que en el protocolo de autopsia no se viera involucrada la DINA. “Debo agregar que el doctor Vargas era de los nuestros, me refiero a la DINA. Es más, debo confesar que el coronel Manuel Contreras, después de este episodio de Leyton, me ordenó reunirme con el doctor Vargas Baeza para transmitirle el interés de la Junta de Gobierno para que él fuera ministro de Estado [...] Esta misión se la transmití durante un almuerzo en el restaurante Chez Henry del centro de Santiago, pero no aceptó el cargo, dando los agradecimientos por el ofrecimiento”.

El compañero de Leyton en el robo, Heriberto Acevedo, confesó también el motivo real de la muerte de su compañero. Cuando los llevaron a la Segunda Fiscalía Militar a declarar, escuchó cuando Leyton le dijo al fiscal militar “que había participado de lanzamiento de cadáveres al mar desde helicópteros, operativos en que habían participado individualmente Leyton, Pacheco y Troncoso, todos de mi patrulla en 1976”. El fiscal no lo consignó en la declaración. En cambio, se lo habría contado al director de la DINA.

En 2005 condenaron por asociación ilícita, secuestro y homicidio a los doctores de la Clínica London Hernán Taricco Lavín, Pedro Soto Valdivia, Osvaldo Leyton Bahamondes, Vittorio Orvietto y a la enfermera Car-

lota Bolumburu, junto al enfermero Lorenzo Toro Olivares. También fueron condenados Vianel Valdivieso y los agentes de Lautaro Juan Morales Salgado, Federico Chaigneau, Gladys Calderón, Hernán Sovino, Ricardo Lawrence y el director de la DINA, Manuel Contreras.

En el cuartel, cuando supieron de la muerte de Leyton, todos quedaron impactados, para adentro. Eso le pasaba a los hocicones, era el comentario de pasillos. Él lo cree completamente posible, con todas las cosas vistas ahí adentro, las pruebas con gas sarín de Michael Townley con los peruanos, los crímenes horribles a tanta gente... Mataban sin cuidado.

Entonces, obvio que sí. Además, después le tocó a su propia familia. Está seguro. Sus dos hermanos, José Vicente y Rosamel, murieron en extrañísimas circunstancias tiempo después. Uno a comienzos de la década de los ochenta; el otro, recién iniciada la transición a la democracia. Para él, sinceramente, viendo los detalles de cada caso y la forma de actuar de los agentes de la DINA, fabricando supuestos accidentes que disfrazaban crímenes, sus hermanos fueron asesinados.

Pero no tiene pruebas. Solo conoce el modus operandi interno de sus compañeros de esos tiempos. Los escuchó varias veces hablando, por ejemplo, de un agente X de la brigada que tenía un pariente comunista. Casi todos tenían una hermana, una prima, su madre, su padre, un amigo o amiga comunista. Familiares o cercanos medio rojos. “¿Quién no tiene o tenía un familiar de izquierda? ¡Todos, y los agentes de la DINA también!”. Y los escuchó diciendo que al agente X le habían matado un pariente por rojo. El agente en cuestión nunca se enteraba. Vivía creyendo que se trataba de un accidente. Lo escuchó muchas veces de sus bocas. Claro, la contrainteligencia ahí la hacían ellos mismos. Ese agente nunca iba a saber que sus propios compañeros le podían haber asesinado a su ser querido, era parte del control interno necesario dentro de los servicios. Pero sucedía, eran tipos de esa clase, perros.

Una vez retirados, sus dos hermanos hablaban más de la cuenta acerca de los respectivos trabajos que habían efectuado en la DINA. Lo hacían cuando ya no les pagaban el sueldo y eso hizo rebotar el rencor de haber sido utilizados durante tantos años. Eran buenos para tomar copete y ahí, claro, se les soltaba la lengua. Como ambos trabajaban en lugares relacionados con ex militares o militares en retiro, entonces era natural que los sapearan, que se pasara el dato, la alerta... y adiós.

“Los mataron de forma horrible”. Rosamel había trabajado como asistente de mozo en la casa del coronel Contreras antes de la llegada de Jorgelino a Santiago. Luego, cuando él se vino, pasó a la casa de Luis Larroucau, director de Obras Públicas. Escuchó y vio cosas. Cuando se retiró empezó a hablar mal de la DINA. Un día del año 87, a las doce de la noche en el paradero 31 de Puente Alto, un camión lo golpeó a toda velocidad. Lo tiró dentro de un canal y el agua lo arrastró varios kilómetros. Lo encontraron al tercer día, debajo del agua, enredado entre plantas y bolsas de basura. Nunca se responsabilizó a nadie.

Con José Vicente fue peor. Él estuvo más metido en la DINA que su hermano Rosamel. Trabajó en el Comando de Telecomunicaciones y Explosivos, en la Escuela Nacional de Inteligencia en Rinconada de Maipú y en el edificio Diego Portales. En el año 92 era empleado de una empresa de seguridad propiedad de un oficial en retiro. José Vicente sentía rencor por los servicios de inteligencia, le debían dinero. Y lo decía en convivencias, medio curado, lo comentaba con otros ex soldados. Se lo advirtieron, “cierra la boca”. Se lo advirtieron incluso a él, que conocía a algunos de sus colegas. “Tu hermano está hablando demasiado”. Pero José Vicente no hizo caso. En la Navidad de ese año, justo el día 25, bajó de la micro entre Santa Rosa y Vicuña Mackenna. Iba cargado de regalos para su familia. Un auto se lanzó contra él... No hizo sonar la bocina, nada. Trató de esquivarlo, corrió hacia la solera y el auto dobló también. Lo levantó en el aire y quedó ahí, moribundo. Se lo contaron luego

los bomberos de la esquina. Ellos vieron todo. Al chofer del auto nunca nadie pudo identificarlo. Fue duro estar a su lado en el Hospital Barros Luco, todo destrozado. Duró unos pocos días y murió.

De ahí viene entonces el respeto por el pacto de silencio que ha guardado durante tanto tiempo acerca de todo lo visto y oído. Por eso nunca se acercó a un sacerdote para contárselo al oído, mucho menos a la justicia. La policía llegó sola, por sus propios medios, a preguntarle por los crímenes, a inculparlo por lo de Víctor Díaz, y en el tira y afloja le ofrecieron seguridad. Manejaban mucha información. Sabían mucho acerca de él, pero jamás se acercó a la policía por voluntad propia, ni pensarlo, “habría sido como meter la cabeza al water”.

La desmemoria

Otro de los pocos casos achacables hasta ahora a la Brigada Lautaro durante 1977 es el de los comunistas Alexei Jacaard Siegler, Ricardo Ramírez Herrera y Héctor Velásquez Mardones. De paso por Buenos Aires, tenían en sus manos una buena cantidad de dinero para financiar al partido en Chile.

El 16 de mayo los detuvieron en Argentina. Nunca más se supo de ellos. Los agentes de Lautaro Eduardo Oyarce, Héctor Valdebenito y Guillermo Ferrán confesaron haberlos visto (o a personas que calzan con las descripciones) dentro del cuartel Simón Bolívar.

El caso aún no está resuelto, es una de las aristas de “Calle Conferencia”, pero Oyarce aportó un dato: “A ellos los eliminaron con gas sarín”.

Él no recuerda nada de esto. Nada. A partir de 1977, después de su cumpleaños, tal como llega a su mayoría de edad, la memoria de Jorgelino se va o por lo menos se aleja. Ya no recuerda episodios con tanto detalle. Con dieciocho años cumplidos le es difícil creer en la clemencia de la justicia.

El ministro Montiglio lo exculpó de responsabilidad por los crímenes cometidos durante su permanencia en la Brigada Lautaro solo porque los hechos investigados corresponden al año 1976, mientras era menor de edad.

Por eso muchos de los sucesos narrados de aquí en adelante, sobre todo aquellos vinculados a su estadía en la CNI, están fragmentados, más dispersos, elegidos por él y sin el deseo de profundizar en ellos. Algunos son algo imprecisos, otros no.

¿Por qué no puede contar todo acerca de esa época? Obvio, “sería meter la cabeza al water”, insiste. Debe cuidarse. Sabe que siguió hasta mediados de 1977 en el cuartel Simón Bolívar.

Según sus recuerdos, cerca de junio de ese año, eliminado el Partido Comunista, o fuera de combate temporalmente, reorganizaron las fuerzas y los grupos. Él partió junto a Germán Barriga, Ricardo Lawrence y los demás Delfines a un cuartel ubicado en Malloco⁶⁵.

Era una casona grande y antigua. Prácticamente no hubo actividad para los agentes y él casi no se movió del cuartel. Pero el rumor comenzó ni bien llegaron: la casa había pertenecido a gente del MIR y no era segura, en cualquier momento podrían sufrir un atentado.

El 16 de octubre de 1975, en esa casa se había enfrentado la dirección del MIR clandestina y la DINA al ser descubiertos en la soledad de esa parcela. Estaban reunidos el secretario general, Andrés Pascal Allende, y su mujer, Mary Ann Beausire, junto a Nelson Gutiérrez, Dagoberto Pérez, Martín Hernández y María Elena Bachman.

Los efectivos de la DINA cercaron el lugar. El encargado militar del MIR, Dagoberto Pérez, cubrió la retaguardia con un fusil AK-47 y falleció en combate. Nelson Gutiérrez fue herido durante el operativo. El resto escapó, se asiló y partió poco después rumbo al exilio,

65 Pequeña localidad ubicada en las cercanías de Santiago. Perteneció a la comuna de Peñaflores, Región Metropolitana.

dejando a la organización descabezada. Después de la muerte de Miguel Enríquez⁶⁶ en 1974, aquel había sido el golpe más duro recibido por el movimiento.

Un mes duró la preocupación. Estaba decidido. Dejaban la casa. Él habría partido al Cuartel Loyola, en la calle Camino de Loyola, entre Marte y Neptuno, comuna de Quinta Normal. En ese lugar se habría encontrado nuevamente con varios compañeros de la Brigada Lautaro, la mayoría de las mujeres y casi toda la gente de confianza del coronel Contreras: el “Negro” Escalona, Daza, Meza, Ferrán, Joyce Ahumada.

Los Delfines partieron al cuartel general de la CNI y desde ahí algunos habrían sido destinados a otro centro.

Según el agente de esa unidad Eduardo Reyes Lagos, “Mario Primero”, a él le tocó un cuartel ubicado en el centro de Santiago en la calle Santa Victoria. Su jefe ahí era el doctor Osvaldo Pincetti. Una de sus funciones: recibir osamentas humanas y llevarlas al cuartel. En una ocasión debió ir junto a otros compañeros al aeropuerto de Cerrillos. “Nos entregaron unas dos o cuatro bolsas negras. La persona que nos entregó los restos nos dijo que eran restos humanos, los que llevamos a la casa de Santa Victoria. Pincetti nos señaló con posterioridad que esos huesos antiguos servirían para cambiarlos por otros huesos”.

También recordó un viaje al sur junto a su unidad. Iba Juvenal Piña, el “Elefante”, el asesino de Víctor Díaz. Pararon en varias localidades, entre ellas Linares. Su trabajo era recoger restos humanos para hacerlos desaparecer. “Estos eran llevados a alguna unidad militar y luego a la comisaría. Logramos recoger como veintitrés cuerpos. Nosotros los dejábamos allí, no sé qué pasaba

66 Secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, caído en combate el 5 de octubre de 1974.

con los restos. En una oportunidad vi un helicóptero y en otro una fogata. No sé qué pasó con ellos”.

Es probable que lo narrado corresponda a la “Operación retiro de televisores”. A fines de 1978, Augusto Pinochet ordenó el desentierro de prisioneros asesinados y sepultados en fosas clandestinas para lanzarlos al mar o incinerarlos. Así ocurrió en algunos regimientos en el sur de Chile.

El Cuartel Loyola, donde Jorgelino recuerda haber llegado, existió. Tal como relata él y numerosos agentes de Lautaro destinados desde Simón Bolívar a ese lugar, a partir de mediados de 1977 o principios de 1978 habría estado a cargo del capitán de Ejército Ernesto Ureta Pernas. Fue el reemplazo de Juan Morales Salgado en la jefatura de la Brigada Lautaro.

Según su testimonio y el de algunos agentes de la Brigada Lautaro, consignado en un informe policial entregado al ministro Montiglio en 2007, como segundo en el mando fue designado el teniente de Ejército Álvaro Maldonado Cabrera.

Más abajo estaba el teniente de Ejército Fernando Paredes Uribe, hijo de Fernando Paredes Pizarro, director de Investigaciones entre 1980 y 1990.

Siguiendo el escalafón de Loyola habría estado el teniente de Carabineros Ramón Briceño Rodríguez. Según los registros del *Diario Oficial*, en 1999 formó la empresa de seguridad Brisein Limitada.

Como quinto dentro de la jerarquía se encontraba el teniente de Ejército Felipe Palacios Cabrera. En 2003 se fue a retiro como teniente coronel. Actualmente es el jefe del Departamento de Planificación de la Guardia Civil, dependiente del Ministerio de Defensa.

Último dentro de la cadena de mando estaba el subcomisario de la Policía de Investigaciones Sergio Mellado Faúndez. Mellado llegó a prefecto y fue jefe de Informática y Telecomunicaciones de Investigaciones hasta 2009, año en que pasó a retiro.

Este nombre lo recordó solo para este libro. No se encuentra en sus declaraciones por el caso. Ninguno de ellos está procesado en casos de violaciones a los derechos humanos. Ni siquiera son mencionados.

Tras abandonar Malloco llegaron a instalarse en una casona grande, colonial. Según recuerda, al parecer había sido la casa de Volodia Teitelboim⁶⁷. Eso decían los agentes. Supuestamente, el perro del cuartel se llamaba Volodia, como su antiguo dueño, y había permanecido en la casa tras la ocupación de la DINA.

Al consultarle sobre sus labores en ese sitio dijo que fundamentalmente siguieron siendo las mismas. Asistente de mozo y agente en operaciones de inteligencia, como ayudante, nunca con un grupo a su cargo; “si ni siquiera era clase, solo un empleado civil sin educación básica completa”.

Dijo también que como era joven y tenía rostro infantil lo comenzaron a mandar a las peñas folclóricas de Santiago. Las frecuentaba mucho, al igual que los conciertos de grupos musicales chilenos. Debía escuchar las conversaciones, las consignas en contra del sistema, anotar todo, el tipo de arengas que se gritaban y dejar un registro con la grabadora. Se compró un morral, se dejó el pelo largo y comenzó a vestir ropa hippie. Le gustaba, o comenzó a gustarle, tanto el estilo como la música. Hasta hoy la escucha.

Compraba telas importadas y se mandaba a hacer los pantalones pata de elefante, las camisas floreadas. Asistía con frecuencia a la Peña Yugo, la San Isidro, la Doña Javiera. Iba a todas. Se movía por La Reina, el centro, el Parque La Quintrala, Quinta Normal, ya

67 Volodia Teitelboim. Abogado, político, escritor y poeta chileno, Premio Nacional de Literatura en 2002. Destacado militante del Partido Comunista.

fuera en micro o en un auto de la organización, de día y de noche. La pasaba bien.

Trataba de no llamar la atención. Anotaba a máquina todo lo visto —las mujeres de la brigada le enseñaron a tipear y a esas alturas ya lo hacía bastante rápido—. Transcribía la cinta con todo lo que le pareciera relevante y entregaba su informe a su superior, Patricio Ureta. Todo se archivaba y luego era interpretado por los especialistas.

Según recuerda su labor se enmarcaba dentro del “área artística”. Estaban también las áreas de “salud”, “educación”, “religión” y “cultural deportiva”. Cada agente, o más de uno, se preocupaba de tener cubierto su sector en profundidad. Para eso la infiltración era fundamental. Los informantes eran los encargados de proporcionar los datos esenciales que obtenían en las universidades, en las empresas, en los sindicatos, los colegios y en todos los sitios donde pudiera existir algún tipo de agitación contra del sistema.

Era simple. El informante podía ser desde el gerente hasta el júnior de la empresa. No importaba. Su labor, además de entregar datos, era infiltrar el lugar. Entonces ayudaba a que un agente de Lautaro ingresara a trabajar ahí. Tampoco importaba el cargo, podía ser barriendo incluso. Lo importante era “la actitud”. Llegado el momento, el informante debía ayudar al agente a abrirse paso para coleccionar datos, darle señas sobre eventos importantes, conversaciones, la “beligerancia”. Y así controlaban el lugar “desde el pensamiento”.

Una de las pocas operaciones específicas que Jorgelino recordó tuvo lugar en la peña de Nano Acevedo, la Doña Javiera. Ese día el agente Guillermo Ferrán lo acompañó, previa explicación del trabajo a llevarse a cabo. Querían “cerrarle el boliche”, pero no tenían cómo, no estaban infringiendo ninguna ley, pero el sitio estaba lleno de comunistas, era un lugar de intercambio de ideas políticas, de posible agitación en medio de los cánticos y de los gritos. Había que borrar esa peña del mapa.

Ferrán se sentó a su lado con un vino sobre la mesa. La música sonaba fuerte, los vasos chocaban en cada brindis, el humo del cigarrillo copaba el ambiente y él con su bebida gaseosa. Dejaron pasar un rato. Y Ferrán: “Oye, Alejandro, tómate un vinito”. Le sirvió un vaso. Sabía lo que significaba, era la señal esperada.

Ferrán se levantó y él se quedó en la mesa. Por teléfono o por radio, no lo recuerda, su compañero llamó a Carabineros, que ya estaban afuera, esperando según lo acordado y en un segundo estaban adentro, haciendo una inspección del lugar.

Entonces, Ferrán comenzó a reclamar a los gritos y él lo secundó: “¡Pacos desgraciados, dejen tranquila a la gente!”. Y luego más gritos se fueron sumando. Los carabineros fueron directo hacia su mesa. “Documentos. ¡Pero si este joven es menor de edad y está tomando alcohol! Eso es un delito, señor, ¡clausurada la peña!”. Y ahí quedó la embarrada, se llenó de polis, todos los asistentes fueron registrados y expulsados del lugar. Le habían logrado clausurar la peña al Nano Acevedo.

Dice que a mediados de 1978 lo mandaron a hacer un curso de paracaidismo a la base aérea de Peldehue. Recibió instrucción de parte de los comandos boinas negras del Ejército en distintas áreas. Paracaidismo, supervivencia, combate con corvo e incluso habría sido entrenado en métodos de tortura y resistencia al dolor.

Le gustó mucho. Iniciado 1979, en medio del curso, habría sufrido un accidente mientras se preparaba para saltar al vacío desde un avión junto a sus compañeros. El avión falló, el instructor los lanzó rápidamente y los paracaídas de varios se enredaron entre sí. “De cinco personas enredadas en el aire, solo tres paracaídas se abrieron”. Habría quedado en coma durante once días producto de la caída. Luego dice haber pasado casi un año en el Hospital de la FACH⁶⁸, hasta su recuperación definitiva y de ahí de vuelta al cuartel Loyola.

68 Fuerza Aérea de Chile.

¿Como recuerda en general esa época en la CNI? “La CNI era igual o peor que la DINA en sus procedimientos”. Pero en el cuartel Loyola “no pasaba nada”; según él, “se transformó en un cuartel donde solo se procesaban papeles, inteligencia”.

Sin embargo, la parte trasera del establecimiento colindaba con el cuartel de reparaciones de automóviles de la CNI, lugar donde él recuerda haber visto a detenidos bajar de automóviles con sus captores, luego sus gritos en medio de probables sesiones de torturas y finalmente el silencio total.

Sus compañeros ex Lautaros muchas veces salían a trabajar a la calle, a poblaciones, para ejecutar “operaciones rastrillo”. En ese tiempo los detenidos iban a parar al cuartel Borgoño⁶⁹. Lo escuchaba por el radio, sabía que llevaban a los detenidos ahí.

¿Le tocaba participar de acciones operativas dentro de la CNI? Ese es un tema que prefiere dejar fuera en esta conversación.

“No me gustaría ni dar a conocer públicamente, ni que recordaran esa segunda etapa de mi vida. Sería echar a perder lo bueno, ¿me entiende? Y no es el caso. Prefiero no entrar en detalles. Más que nada por respeto general a los derechos humanos, a los familiares de desaparecidos y por respeto a mí mismo”.

Sí aceptó nombrar algunos asuntos de los que le tocó participar estando en el cuartel Loyola, “aunque no tan graves”, como el fraude electoral, por ejemplo.

Para el plebiscito del 80⁷⁰, que sirvió para aprobar la Constitución, recuerda haberse levantado temprano, listo para comenzar las labores. Todos en Loyola estaban acuartelados. En el casino les die-

69 Cuartel de la Central Nacional de Informaciones (CNI), sucesora de la DINA.

70 Plebiscito celebrado en 1980. A través de él se aprobó la Constitución Política de 1980, ideada por el líder de la UDI, Jaime Guzmán Errázuriz, y que rige a Chile en la actualidad. El resultado fue 67,04% para el Sí y 30,19% para el No.

ron la orden: desde muy temprano debían acudir a las municipalidades de Santiago y votar por el Sí.

En seis autos de la CNI recorrieron las calles de la ciudad en grupos de a cinco, en caravana. A él le correspondió, según recuerda, ir junto a los agentes Díaz Radulovic, Ferrán Martínez, Mellado Faúndez y Paredes Uribe, entre otros. Todos fueron en esa ocasión con su documentación verdadera, nada de “chapas”. Al llegar al primer lugar de votación ingresaron inmediatamente, nadie les pidió que se pusieran en la fila, nada. Los vocales de mesa debían haber estado al tanto porque nadie, pero nadie, se les interpuso en ese momento. Todos votaron y volvieron a partir.

En la siguiente comuna repitieron lo mismo, exactamente igual: entrar a toda velocidad y salir igual de rápido después de votar por segunda vez. Y así hasta muy pasado el mediodía, cuando ya habían cubierto la ciudad en todos los puntos. Luego se detuvieron a almorzar y partieron nuevamente haciendo el mismo recorrido, pero en sentido inverso, a votar de nuevo.

Fueron muchos votos los que obtuvieron de este modo, por lo menos en Santiago. Además, se encontró con otros colegas de otros cuarteles haciendo el mismo recorrido. En más de una comuna. Apenas alcanzaban a saludarse. Todos andaban en lo mismo. Por eso sabe que fueron muchos.

Otro dato que Jorgelino aporta en medio de la esquivia nebulosa de su memoria, sin querer ahondar en detalles, es que ese mismo año entró al colegio nocturno, terminó la educación básica y años más tarde se licenció en educación media en el Liceo José Victorino Lastarria, de Providencia, en 1984.

Y concluyó su relación con Olga. Lo habría descubierto en una relación con otra mujer, una agente de la DINA.

También aceptó hablar sobre un grupo al que dice que no perteneció, pero sí conoció a varios de sus integrantes durante su estadía

en el cuartel Loyola y luego en las oficinas centrales de la CNI: el Comando Vengador de Mártires (Covema). El grupo es y ha sido hasta ahora algo parecido a un mito o a una leyenda urbana del horror, escondido tras la nebulosa de una existencia secreta. Durante los años ochenta, ellos mismos se atribuyeron una serie de crímenes a civiles en poblaciones y otros lugares de la capital. Siempre se ha creído que sus integrantes, por las siglas, pertenecieron a los servicios de inteligencia. En los lugares de los crímenes, varias veces dejaron en el piso los panfletos con su nombre, aludiendo a que la finalidad del escuadrón de la muerte era vengar los crímenes a sus compañeros de filas en manos de insurgentes que combatían la dictadura de Pinochet. Pero nunca una causa judicial, ni una investigación policial, ha llegado a individualizarlos como una estructura con una orgánica definida, ni tampoco a sus integrantes.

“El Covema se formó para eliminar a todas aquellas personas que habían matado a funcionarios de las Fuerzas Armadas, ex DINA o ex CNI. Ese era el objetivo principal del Covema”, dijo Jorgelino, y explicó que en su cuartel varios integraban el escuadrón. Algunos eran sus compañeros en la Brigada Lautaro. Recuerda a Jorge Díaz Radulovic, el “Gitano”, el mismo que lo acusó del crimen de Víctor Díaz, y también a Guillermo Ferrán Martínez, otro de los que confesó piezas clave en el crimen del subsecretario general del Partido Comunista. También menciona al teniente de Carabineros Ramón Briceño y a Felipe Palacios Cabrera, el mismo que hoy se encuentra en la jefatura de la Defensa Civil.

Esos eran los integrantes provenientes de su cuartel, pero él dice que eran más, venían de distintos centros de la CNI. Su improvisado cuartel de reuniones era móvil, se juntaban en restaurantes o fuentes de soda elegidas por ellos mismos: “Eran muchos los puntos de reunión que tenían para organizar un operativo. Por ejemplo, El Faro de Apoquindo, el Nico’s Pizza, el restaurante La Rueda de Las Condes, la Fuente Alemana, el Jaque Mate, el Zurich, el Derby en Alameda. Muchos, muchos lugares donde se reunían”.

Recuerda que en pasillos del cuartel escuchó a sus compañeros atribuirse el crimen de un estudiante universitario. Lo habían dejado botado en una calle en la comuna de La Reina. Su descripción corresponde a la del militante del MIR y estudiante de periodismo de la Universidad Católica Eduardo Jara, secuestrado junto a su pareja en la intersección de las calles Los Leones con Eliodoro Yáñez el 23 de julio de 1980. Diez días después, los dos fueron lanzados desde un automóvil en calle Vicente Pérez Rosales, en La Reina. Eduardo murió horas más tarde en la Posta Central.

El crimen se produjo ocho días después de la muerte del capitán de Ejército Roger Vergara, entonces director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, eliminado mientras viajaba en su auto por calle Manuel Montt, casi esquina con Francisco de Bilbao, a manos de un comando del MIR.

Las razones del Covema para llevar a cabo este y probablemente otros crímenes fueron explicadas por el diario *La Segunda* en su edición del 5 de agosto de ese año, al reproducir una carta atribuida al grupo. “Señores, ante la incapacidad de las fuerzas de seguridad y de policía, con esta fecha hemos formado el Comando Vengadores de Mártires (Covema). Asumimos las responsabilidades que ustedes y la sociedad han eludido. Dios y Patria”.

Otra de las operaciones del Covema guardadas en su memoria es el incendio del restaurante Campo Lindo. Se trataba de un negocio de los jugadores del club de fútbol Colo Colo Carlos Caszely y Leonardo Véliz, quien confirmó a este autor un atentado que coincidiría con el narrado por Jorgelino. Ambos eran también parte de la selección chilena de ese deporte.

Recuerda cómo se lo contaron. “Ingresaron por la parte posterior, maniataron al cuidador, le prendieron fuego a la cocina y ahí

empezó a expandirse el fuego, arrancó toda la gente. Dejaron la media cola; más allá de eso, no escuché otro comentario, que haya muerto alguien, que hayan detenido a alguien. Eso como ejemplo de uno de los operativos que hacía el Covema”.

Cuando todavía estudiaba en el Liceo Victorino Lastarria, en 1983, lo trasladaron al cuartel general, ahora ubicado en calle República 540. Tampoco recuerda ninguna participación en operaciones de ese tiempo. Prefiere mantener la cabeza fuera del water.

A partir de ese momento, “solo hubo pésimos momentos para mí”, dice. Ya no estaba el capitán Ureta, había sido destinado a otro lugar; el “Mamo” Contreras era solo un recuerdo dentro de la institución y la oficialidad comenzó a tomarle mala. En 1985, que señala como su último año en los aparatos de inteligencia, lo humillaron varias veces.

Uno de los oficiales, el teniente de Ejército Carlos Grog Muñoz, lo habría agarrado a patadas durante un partido de fútbol; en otra ocasión lo mandó a limpiar un vidrio y cuando él respondió que lo había hecho recién, el teniente lo escupió. “Ahora está sucio”, le dijo con mofa, “límpialo”.

Por ese tiempo, según recuerda (y sorprende que haya tenido esas atribuciones), se le ocurrió recomendar dentro del cuartel la salida de los miembros de las Fuerzas Armadas de la CNI. “Es mejor si solo la componen funcionarios civiles”. Creía que era malo para la institucionalidad tener a tantos agentes enredados en demasiadas violaciones a los derechos humanos. Pero lo tomaron como una escapada de tarros. El trato empeoró.

Poco tiempo después comenzaron a tratarlo como a un loco, al menos ese es su recuerdo. Cada vez tenían menos confianza en él. “Un compañero me confidenció que el teniente Carlos Grog había recomendado eliminarme”.

Lo aislaron y terminó con dos agentes a su lado escoltándolo hasta el Hospital Psiquiátrico de avenida La Paz. Lo examinarían para comprobar cierto grado de desquiciamiento. Querían perjudicarlo, lograr que metiera la pata, para así tener un motivo y echarlo de la institución. O para sencillamente acabar con él.

Estaba ante un médico. Le hacía preguntas capciosas, quería emboscarlo por el lado emocional, por los afectos, le incitaba a que se abriera. Nunca. Jamás lo haría. Solo iba a seguirle la corriente; total, estaba entrenado para eso, para no caer como un niño en ese tipo de trampas.

Durante casi tres meses lo habrían llevado ahí dos veces por semana.

Preguntas y más preguntas. De su parte, nada. ¿Y si el psicólogo o doctor iba y lo denunciaba? ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué certeza tiene él, aparte de su silencio, de que no lo vayan a llevar a la cárcel por unas pocas palabras?

Dedujo que hubo un acuerdo entre Álvaro Maldonado Cabrera, a cargo del cuartel, con algún facultativo médico para que le diagnosticaran por escrito algo que dijera que no estaba en sanas condiciones mentales. Entonces el escrito que mandó el facultativo al comandante de brigada fue algo que nunca se le olvidó. Padecía de ‘vivencia anormal asténica’⁷¹ y nunca le preguntó a un facultativo qué significa eso.

Cuando salió de esas sesiones, en pleno 85, el jefe del cuartel le habría comunicado la noticia. Estaba fuera. Ya no era funcionario de

71 Según la literatura psiquiátrica, los asténicos son altos y delgados, de pecho estrecho, piernas, brazos, manos y pies largos, lo mismo que la cara. También se les llama leptosomáticos, que quiere decir de formas delgadas, estrechas. Son reservados y solitarios, con frecuencia idealistas y se les suele aplicar el calificativo de raros o excéntricos. Se les considera a menudo como personalidades impenetrables. Son prudentes, tímidos, reflexivos, irritables, rencorosos, vengativos, lacónicos, perseverantes, idealistas, soñadores, retraídos, inadaptables.

la CNI. ¿No preguntó el motivo de su salida o algo? Nada, lo tenía más que claro. Simplemente lo querían sacar. Así lo recuerda.

De ahí fue directo a la oficina de personal y el director de la CNI en ese tiempo, Hugo Salas Wenzel... Perdón... ¿El director de la CNI dedicó su tiempo solo para despedir a un mocito con problemas psiquiátricos? Sí, él fue quien le comunicó su salida, sin motivos, escuetamente. Ni un peso de indemnización, nada. Años de su vida tirados al basurero. “¿Cuánto les había dado, cuánto había hecho por ellos, siempre con una sonrisa? ¿Para eso? ¿Para ser sacado como si nada?”. Por eso está resentido hasta ahora con la inteligencia del Ejército. Nunca, jamás lo valoraron en lo que él significó, jamás reconocieron todo lo hecho. Siempre lo trataron como el “Mocito”, jamás le dieron la oportunidad de profesionalizarse, su deseo de toda la vida, entrar a la Escuela de Suboficiales por la puerta grande y no haberse quedado con todos esos cursitos escondidos, parte de la formación secreta, pero en la práctica inexistentes. Nada, salió de ahí solo con su cuarto medio rendido.

Pero sumando y restando se fue con educación y varios cursos, ¿no? Sí, pero igual, él merecía mucho más, mucho más. Lo tomaron siendo un niño y lo sometieron a todo eso, para nada, no se quedó con nada.

Según él, antes de dejar el edificio de República le ordenaron pasar a una oficina. Parte del trámite de rigor. Ahí lo esperaba el doctor Pincetti. Después de casi una década se volvían a encontrar. Se saludaron. A la camilla. El hombre sacó una pastilla igual a la que le daba a los presos políticos y comenzó a hipnotizarlo. “Te vas a olvidar de todo, de todo”. Nada, no le hizo el más mínimo efecto. Y luego habría sacado el cintillo metálico, el mismo visto en su oficina en 1976, parecido al de las machis. En la cabeza y la corriente fuerte. El cuerpo entero tensado.

—¿Olvidaste todo?

—Sí, todo.

Por dentro lo llenaban las ganas de matar al “Doctor Tormento” ahí mismo.

Así, algo electrificado, habría salido de los servicios de seguridad.

Y luego de eso descolgado. Su principal trabajo a partir de ese momento fue como guardia de seguridad en Curicó, en Santiago, adiestrando perros, luego a Viña del Mar, donde incluso habría tenido un hijo, y dice haber trabajado para el hermano del presidente Sebastián Piñera en la seguridad de un bar de su propiedad.

Hasta ahora no ha podido formar una familia estable. Su relación con la historia más negra de Chile de alguna forma lo persigue. En una ocasión, recién salido de la CNI, dice haberse casado con una mujer de Curicó. Nunca le contó de su trabajo en los servicios de seguridad. Pero se enteró de todos modos. Su padre era comunista. Ella lo abandonó recién casados.

Luego, lo más cercano a una pareja estable fue en Viña del Mar. Ahí habría salido escapando luego de pelearse con un empleador abusivo. Según cuenta, en esa ocasión dejó a su mujer y también a un hijo en camino. Y la última importante, con quien estuvo hasta la llegada de la Policía de Investigaciones a su casa a buscarlo para que confesara los crímenes de la Brigada Lautaro. Ella también lo abandonó.

¿El sueño? Tener una mujer. Aunque posiblemente no haya hijos ya a estas alturas.

“Con eso me refiero a empezar a vivir, a luchar juntos, viendo un futuro en pareja con transparencia, con cariño. Pero sin tocar temas que no corresponden, obvio. ¿Por qué yo tendría que contarle a una pareja todas estas vivencias mías? Para mí lo compartido cuenta desde que yo conozco a una persona. No tendría por qué preguntarle a ella, ni al revés, cosas que nos podrían psicosear. Ahora, si con mi pareja yo tuviera un diálogo profundo, para llegar a este tipo de situaciones, contarle todo este tipo de vivencias y si ella me dice

‘el pasado es pasado, te apoyo, igual te entiendo, dejémoslo atrás’, entonces bien. Obviamente, yo me voy a aferrar más a esa persona porque me está entendiendo y eso me da la posibilidad de socializarme”.

“Pero si esa persona me dice a mí ‘oye, pero es que tu pasado es oscuro’, yo estaría siempre pendiente por saber cuáles van a ser los cambios que se van a presentar en esta persona por saber mi historial. Entonces yo soy práctico. Agarro mi mochila y me voy. Tal vez con el dolor de mi corazón ¿Pero qué otra alternativa tengo? ¿Seguir viviendo con esa incertidumbre?”.

“Soldado que arranca sirve para otra batalla. Puedo partir, así nada más. Mire, nada más. Usted sabe que la mente es muy rápida y resignarse cuesta, cuando uno pierde cosas muy importantes de uno, pero ¿qué otra opción tienes más que resignarte si la vida sigue su curso? No tendría ninguna otra opción”.

–Si su papá estuviera vivo, ¿qué cree que sentiría por usted?

–Tal vez sentiría odio hacia mí. ¿Sabe por qué? Porque yo, sin tener idea y con el transcurso de los años, después de que yo he vivido la vida plenamente, conversé muchas cosas con mi hermano mayor. Y después de cuarenta años supe que mi viejo era terriblemente comunista. Ideológicamente, claro. No participaba en nada. Típico comunista, que le gustaba alegar contra los patrones, que le gustaba trabajar poco, que era flojo, que era conflictivo.

–¿Qué le respondería usted?

–Si el me dijera algo, si yo tuviera a mi padre vivo y me criticara, yo le diría: bueno, en cierta parte tuve la posibilidad de llevar, aunque fue muy duro, una vida disciplinada, ordenada, independiente a todo lo malo que se hizo. Pero sí aprendí a tener disciplina, orden, higiene, limpieza, buena conducta.

–Jorgelino, por última vez, ¿cuando ya era mayor de edad participó en labores operativas?

—Mire, le voy a poner un ejemplo. Usted es un niño adolescente en la Brigada Lautaro, posteriormente pasa a otra brigada. Tiempo después, ya estando metido en ese grupo, viene un oficial cualquiera de la jefatura que existe en su unidad y lo incorpora a usted a salir a patrullar en las poblaciones, cualquiera de las poblaciones más peludas que hay en Santiago. Y usted obviamente va armado, ya sea con una metralleta o con un fusil, y resulta que le reconocen el vehículo y la gente de la población lo empieza a atacar. Si ve, por ejemplo, que hay un grupo de personas y que están armadas y empiezan a dispararle a usted. Usted, incorporado a ese grupo operativo que anda patrullando, con la posibilidad de que lo pueden matar, ve cómo empiezan a dispararle y para repeler el fuego dispara. Y por esas cosas mata o le da a alguien, obvio que en defensa propia, ¿Qué pasaría? ¿Qué haría usted? ¿Cierto? Esas son situaciones que se podrían haber dado muchas veces.

Javier Rebolledo



Javier Rebolledo (1976). Periodista.

Se ha especializado en la investigación y publicación de temas relacionados con violaciones sistemáticas a los Derechos Humanos en Chile, abusos a menores y denuncias de malas prácticas empresariales y políticas.

Desde el año 2002, ha publicado e integrado equipos de investigación periodística en medios impresos nacionales (*Siete + 7*, *The Clinic*, *La Nación Domingo*).

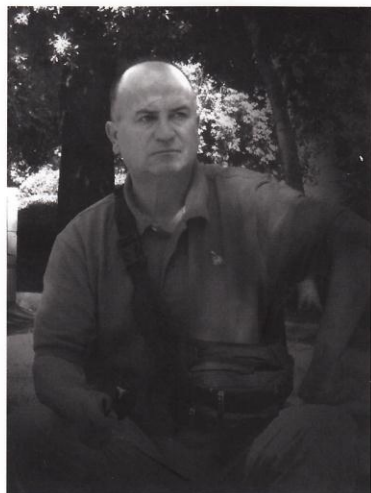
En 2005, fue seleccionado por Chile y finalista en el concurso internacional de la Unicef con el reportaje "Alcatraz para menores" (*The Clinic*).

Periodista investigador y asistente de dirección del documental "El mocito", dirigido por Marcela Said y Jean de Certeau.

En 2010, realizó el documental "Castilla" para la serie de televisión "¿Por qué en mi jardín?" de la productora La Ventanacine, con el que ganó el Premio al Periodismo de Excelencia de la Universidad Alberto Hurtado.

Desde 2011, realiza los videos de difusión de las actividades de Greenpeace Chile.

"La danza de los cuervos" es su primer libro de investigación periodística.



Durante cinco años el periodista Javier Rebolledo se sumergió en el entramado de silencios, mentiras y omisiones que quedó en evidencia tras las primeras declaraciones judiciales del ex empleado civil de los aparatos represivos de la dictadura chilena, Jorgelino Vergara, ante el ministro Víctor Montiglio. Siguiendo de cerca los avances de las investigaciones policiales y estrechando el círculo con una implacable vocación periodística, Rebolledo logra exponer en “La danza de los cuervos” el episodio más crudo de la barbarie de nuestra historia reciente. Primero como investigador y asistente de dirección para el documental “El Mocito” (Marcela Said y Jean de Certeau) y luego profundizando en una pesquisa plagada de horrores, el periodista devela el secreto mejor guardado de la dictadura de Augusto Pinochet, exponiendo sin falso recato la historia “puertas adentro” de un testigo y protagonista del cotidiano aberrante de la DINA dirigida por Manuel Contreras. Un libro en que nos asomamos, aterrados, al pozo sin fondo de la deshumanización de los agentes, asesinos y torturadores, a la vez que a las complicidades de empresarios, funcionarios públicos y oficiales que, hasta nuestros días, esquivan el rigor de una justicia que tarda y no llega.

ISBN: 978-956-9071-15-7



9 789569 071157